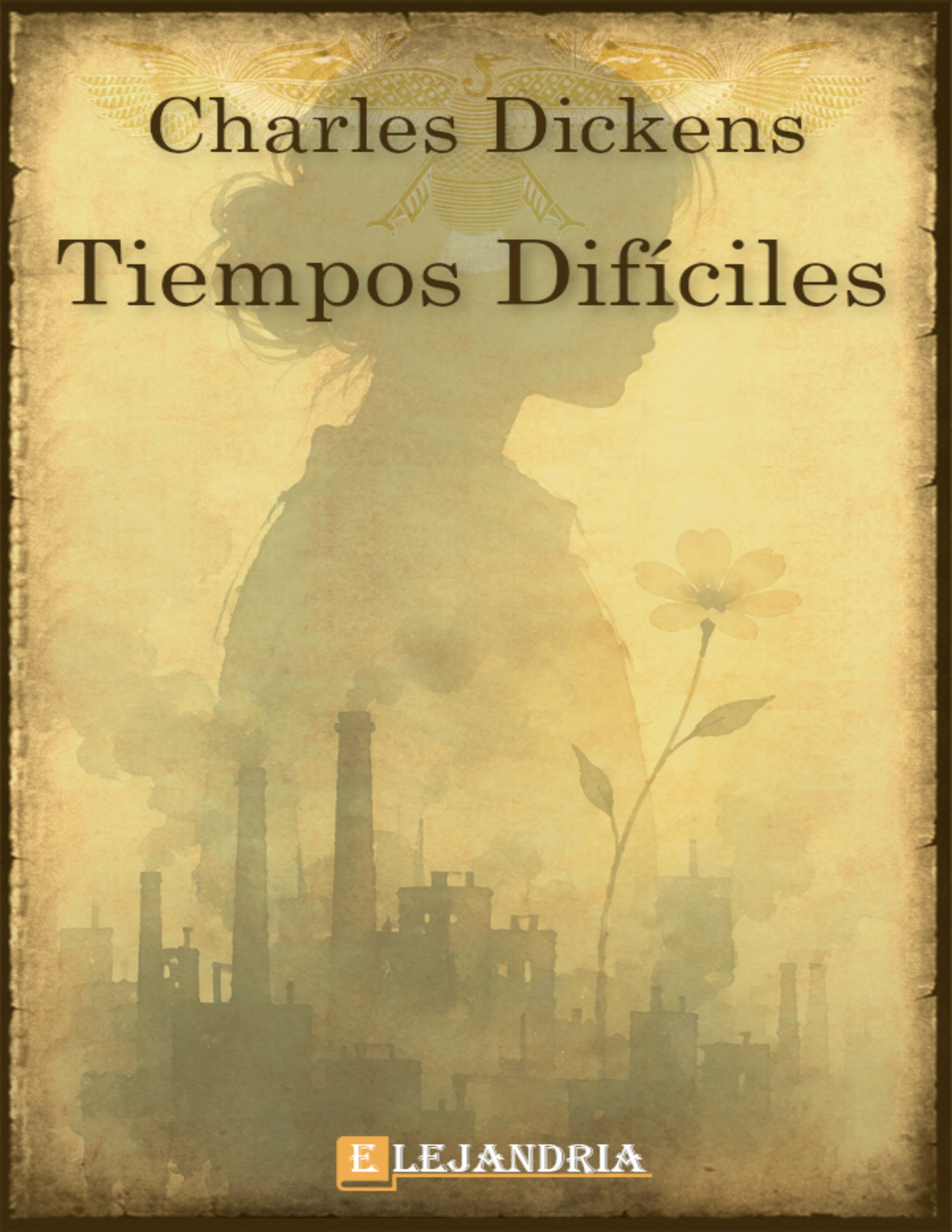
Charles Dickens

Tiempos Difíciles



ELEJANDRIA


Charles Dickens
Tiempos Difíciles
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

TIEMPOS DIFÍCILES

CHARLES DICKENS

PUBLICADO: 1854
FUENTE: HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: CHAPMAN HALL, LD., LONDON
CHARLES SCRIBNER'S SONS , NEW YORK, 1905

Libro I

La siembra

Capítulo I. Lo único necesario

—Ahora bien, lo que quiero son Hechos. Enseñe a estos niños y niñas nada más que Hechos. En la vida no hacen falta más que Hechos. No plante nada más y arranque de raíz todo lo demás. Solo con Hechos se puede formar la mente de los animales racionales: nada más les será nunca de provecho. Este es el principio con el que educo a mis propios hijos, y este es el principio con el que educo a estos niños. ¡Aténgase a los Hechos, señor!

La escena era una llana, desnuda y monótona bóveda de aula, y el dedo índice cuadrado del orador acentuaba sus observaciones subrayando cada frase con una raya en la manga del maestro de escuela. El énfasis se veía ayudado por la cuadrada muralla de frente del orador, que tenía las cejas por base, mientras sus ojos hallaban una cómoda bodega en dos oscuras cuevas, ensombrecidas por la muralla. El énfasis se veía ayudado por la boca del orador, ancha, fina y de rictus duro. El énfasis se veía ayudado por la voz del orador, inflexible, seca y dictatorial. El énfasis se veía ayudado por el cabello del orador, que se erizaba en los faldones de su cabeza calva, una plantación de abetos para mantener el viento apartado de su superficie brillante, todo cubierto de protuberancias, como la corteza de un pastel de ciruelas, como si la cabeza apenas tuviera espacio de almacén para los duros hechos guardados dentro. El porte obstinado del orador, su levita cuadrada, sus piernas cuadradas, sus hombros cuadrados —incluso su misma corbata, adiestrada para agarrarlo por el cuello con una presa nada

complaciente, como un hecho tozudo que era—, todo ello ayudaba al énfasis.

—¡En esta vida no queremos más que Hechos, señor; nada más que Hechos!

El orador, el maestro de escuela y la tercera persona adulta presente retrocedieron un poco, y recorrieron con la mirada el plano inclinado de pequeñas vasijas allí dispuestas en fila, listas para que se les vertieran dentro galones imperiales de hechos hasta quedar llenas hasta el borde.

Capítulo II. La matanza de los inocentes

Thomas Gradgrind, señor. Un hombre de realidades. Un hombre de hechos y cálculos. Un hombre que procede según el principio de que dos y dos son cuatro, y nada más, y al que no se puede convencer de que admita nada más. Thomas Gradgrind, señor —perentoriamente Thomas—, Thomas Gradgrind. Con una regla y un par de balanzas, y la tabla de multiplicar siempre en el bolsillo, señor, dispuesto a pesar y medir cualquier porción de naturaleza humana y decir exactamente a cuánto asciende. Es una mera cuestión de cifras, un caso de simple aritmética. Podría uno esperar meter alguna otra creencia disparatada en la cabeza de George Gradgrind, o de Augustus Gradgrind, o de John Gradgrind, o de Joseph Gradgrind (todas ellas personas supuestas, inexistentes), pero en la cabeza de Thomas Gradgrind... ¡no, señor!

En tales términos se presentaba siempre mentalmente el señor Gradgrind, ya fuera a su círculo privado de amistades, ya al público en general. En tales términos, sin duda, sustituyendo las palabras «niños y niñas» por «señor», Thomas Gradgrind presentaba ahora a Thomas Gradgrind ante los pequeños cántaros que tenía delante, que habían de llenarse hasta rebosar de hechos.

En efecto, mientras centelleaba hacia ellos con avidez desde la bodega ya mencionada, parecía una especie de cañón cargado hasta la boca de hechos, dispuesto a hacerlos saltar limpiamente fuera de los dominios de la infancia de una sola descarga. Parecía también un aparato galvánico, cargado con un torvo sustituto mecánico para las

tiernas imaginaciones juveniles que estaban destinadas a ser aniquiladas por asalto.

—La alumna número veinte —dijo el señor Gradgrind, señalando cuadradamente con su índice cuadrado—, no conozco a esa niña. ¿Quién es esa niña?

—Sissy Jupe, señor —explicó la número veinte, ruborizándose, poniéndose en pie y haciendo una reverencia.

—Sissy no es un nombre —dijo el señor Gradgrind—. No te llames Sissy. Llámate Cecilia.

—Es padre quien me llama Sissy, señor —respondió la niña con voz temblorosa, e hizo otra reverencia.

—Entonces no tiene ningún derecho a hacerlo —dijo el señor Gradgrind—. Dile que no debe. Cecilia Jupe. Veamos. ¿Qué es tu padre?

—Pertenece a la compañía ecuestre, si le place, señor.

El señor Gradgrind frunció el ceño y apartó con un gesto de la mano aquella profesión censurable.

—Aquí no queremos saber nada de eso. Aquí no debes contarnos eso. Tu padre doma caballos, ¿no es así?

—Si le place, señor, cuando consiguen alguno que domar, doman caballos en la pista, señor.

—Aquí no debes hablarnos de la pista. Muy bien, entonces. Describe a tu padre como domador de caballos. Cura caballos enfermos, me atrevo a suponer, ¿no?

—Oh, sí, señor.

—Muy bien, entonces. Es cirujano veterinario, herrador y domador de caballos. Dame tu definición de caballo.

(Sissy Jupe, sumida en la mayor alarma ante esta exigencia.)

—¡La alumna número veinte, incapaz de definir un caballo! —dijo el señor Gradgrind, para provecho general de todos los pequeños

cántaros—. ¡La alumna número veinte, sin ningún hecho en relación con uno de los animales más comunes! Que algún niño dé su definición de caballo. Bitzer, la tuya.

El dedo cuadrado, moviéndose de aquí para allá, se posó de pronto en Bitzer, quizá porque este se encontraba sentado por casualidad en el mismo rayo de sol que, colándose por una de las ventanas desnudas de la sala intensamente encalada, iluminaba a Sissy. Porque los niños y las niñas se sentaban en la superficie del plano inclinado formando dos cuerpos compactos, divididos por el centro por un estrecho intervalo; y Sissy, que estaba en la esquina de una fila del lado soleado, recibía el principio de un rayo de sol cuyo final captaba Bitzer, que estaba en la esquina de una fila del otro lado, unas filas más adelante. Pero, mientras que la niña tenía los ojos y el cabello tan oscuros que parecía recibir del sol, cuando la iluminaba, un color más profundo y lustroso, el niño tenía los ojos y el cabello tan claros que esos mismos rayos parecían extraerle el poco color que jamás había tenido. Sus fríos ojos apenas habrían sido ojos, de no ser por las cortas puntas de las pestañas que, al contrastar de inmediato con algo aún más pálido que ellas mismas, revelaban su forma. Su pelo cortado al rape bien podría haber sido una mera continuación de las pecas rojizas de su frente y su rostro. Su piel era tan insalubremente pobre del tinte natural, que parecía que, si se le cortara, sangraría blanco.

—Bitzer —dijo Thomas Gradgrind—. Tu definición de caballo.

—Cuadrúpedo. Graminívoro. Cuarenta dientes, a saber: veinticuatro molares, cuatro colmillos y doce incisivos. Muda el pelo en primavera; en los países pantanosos, muda también los cascos. Cascos duros, pero que requieren ser herrados con hierro. La edad se conoce por las marcas de la boca. —Así (y mucho más) Bitzer.

—Ahora, alumna número veinte —dijo el señor Gradgrind—, ya sabes lo que es un caballo.

Ella hizo otra reverencia y se habría ruborizado aún más, de haber podido ruborizarse más de lo que ya se había ruborizado todo ese

tiempo. Bitzer, tras parpadear rápidamente hacia Thomas Gradgrind con ambos ojos a la vez, de modo que la luz prendía en las trémulas puntas de sus pestañas y parecían las antenas de insectos atareados, se llevó los nudillos a la frente pecosa y volvió a sentarse.

El tercer caballero dio entonces un paso al frente. Era un hombre formidable en esto de cortarlo y curarlo todo a su manera; un funcionario del gobierno; a su manera (y también a la de la mayoría de la gente), un pugilista de profesión; siempre en entrenamiento, siempre con un sistema que hacer tragar a la garganta general como quien administra una píldora, siempre dispuesto a que se hablara de él en el estrado de su pequeña oficina pública, listo para pelear contra toda Inglaterra. Por seguir con la fraseología pugilística, tenía el genio de presentarse en la raya de salida, fuera cual fuese esta y dondequiera que estuviese, y de demostrar que era un adversario de cuidado. Entraba y dañaba cualquier tema con la derecha, seguía con la izquierda, paraba, intercambiaba golpes, contraatacaba, acorralaba a su oponente (siempre peleaba contra toda Inglaterra) contra las cuerdas, y caía sobre él con pulcritud. Estaba seguro de dejar sin aliento al sentido común, y de volver sordo a la llamada del tiempo a aquel desdichado adversario. Y tenía el encargo, de una alta autoridad, de traer el gran Milenio de las oficinas públicas, cuando los Comisionados habrían de reinar sobre la tierra.

—Muy bien —dijo este caballero, sonriendo con viveza y cruzando los brazos—. Eso es un caballo. Ahora, dejadme preguntaros, niñas y niños: ¿empapelaríais una habitación con representaciones de caballos?

Tras una pausa, la mitad de los niños gritó a coro: —¡Sí, señor! Ante lo cual la otra mitad, viendo en el rostro del caballero que Sí era la respuesta equivocada, gritó a coro: —¡No, señor! —como es costumbre en estos exámenes.

—Por supuesto que no. ¿Por qué no?

Una pausa. Un niño corpulento y lento, de respiración fatigosa, se aventuró a responder que él no empapelaría en absoluto una

habitación, sino que la pintaría.

—*Debes* empapelarla —dijo el caballero, con bastante acaloramiento.

—Debes empapelarla —dijo Thomas Gradgrind—, te guste o no. No nos digas a *nosotros* que no la empapelarías. ¿Qué quieres decir, niño?

—Entonces te lo explicaré —dijo el caballero, tras otra pausa lúgubre—: por qué no empapelarías una habitación con representaciones de caballos. ¿Acaso ves alguna vez caballos subiendo y bajando por las paredes de las habitaciones en la realidad... en el hecho? ¿Los ves?

—¡Sí, señor! —de una mitad. —¡No, señor! —de la otra.

—Por supuesto que no —dijo el caballero, con una mirada indignada hacia la mitad equivocada—. Pues bien, no debéis ver en ninguna parte lo que no veis en el hecho; no debéis tener en ninguna parte lo que no tenéis en el hecho. Lo que se llama Gusto no es más que otro nombre para el Hecho. —Thomas Gradgrind asintió en señal de aprobación.

—Este es un principio nuevo, un descubrimiento, un gran descubrimiento —dijo el caballero—. Ahora os pondré otra vez a prueba. Suponed que fuerais a alfombrar una habitación. ¿Usaríais una alfombra con una representación de flores?

Como para entonces había ya una convicción general de que «¡No, señor!» era siempre la respuesta correcta para este caballero, el coro de NO fue muy fuerte. Solo unos pocos rezagados débiles dijeron Sí: entre ellos, Sissy Jupe.

—Alumna número veinte —dijo el caballero, sonriendo con la calma fuerza del saber.

Sissy se ruborizó y se puso en pie.

—Así que alfombrarías tu habitación —o la habitación de tu marido, si fueras una mujer adulta y tuvieras marido— ¿con

representaciones de flores? —dijo el caballero—. ¿Por qué lo harías?

—Si le place, señor, me gustan mucho las flores —respondió la niña.

—¿Y es por eso por lo que pondrías mesas y sillas encima, y dejarías que la gente caminara sobre ellas con botas pesadas?

—No les haría daño, señor. No se aplastarían ni se marchitarían, si le place, señor. Serían las imágenes de algo muy bonito y agradable, y yo imaginaría...

—¡Ajá, ajá, ajá! Pero no debes imaginar —exclamó el caballero, muy exultante por llegar tan felizmente a su argumento—. ¡Eso es! Nunca debes imaginar.

—No debes, Cecilia Jupe —repitió Thomas Gradgrind con solemnidad—, hacer nada de ese tipo.

—¡Hecho, hecho, hecho! —dijo el caballero. Y —¡Hecho, hecho, hecho! —repitió Thomas Gradgrind.

—Debéis estar en todo regulados y gobernados —dijo el caballero — por el hecho. Esperamos tener, antes de mucho, una junta del hecho, compuesta de comisionados del hecho, que obligarán al pueblo a ser un pueblo del hecho, y de nada más que del hecho. Debéis descartar del todo la palabra Fantasía. No tenéis nada que ver con ella. No debéis tener, en ningún objeto de uso u ornamento, nada que sea una contradicción en el hecho. No camináis sobre flores en el hecho; no se os puede permitir caminar sobre flores en las alfombras. No encontráis que pájaros y mariposas extranjeros vengan a posarse en vuestra vajilla; no se os puede permitir pintar pájaros y mariposas extranjeros en vuestra vajilla. Nunca os topáis con cuadrúpedos subiendo y bajando por las paredes; no debéis tener cuadrúpedos representados en las paredes. Debéis usar —dijo el caballero— para todos estos propósitos, combinaciones y modificaciones (en colores primarios) de figuras matemáticas susceptibles de prueba y demostración. Este es el nuevo descubrimiento. Esto es el hecho. Esto es el gusto.

La niña hizo una reverencia y se sentó. Era muy joven, y parecía asustada ante la perspectiva puramente fáctica que el mundo le ofrecía.

—Ahora bien, si el señor M'Choakumchild —dijo el caballero— procede a dar aquí su primera lección, señor Gradgrind, tendré mucho gusto, a petición de usted, en observar su modo de proceder.

El señor Gradgrind se lo agradeció mucho. —Señor M'Choakumchild, solo le esperamos a usted.

Así pues, el señor M'Choakumchild comenzó a lucir sus mejores maneras. Él y otros ciento cuarenta maestros de escuela habían sido recientemente torneados al mismo tiempo, en la misma fábrica, según los mismos principios, como si fueran otras tantas patas de pianoforte. Había sido sometido a una inmensísima variedad de ejercicios, y había respondido a volúmenes enteros de preguntas que rompían la cabeza. Ortografía, etimología, sintaxis y prosodia, biografía, astronomía, geografía y cosmografía general, las ciencias de la proporción compuesta, álgebra, agrimensura y nivelación, música vocal y dibujo del natural, todo ello estaba en la punta de sus diez dedos ateridos. Se había abierto camino a pulso, como quien horada piedra, hasta el Cuadro B del Muy Honorable Consejo Privado de Su Majestad, y había despojado de su lozanía a las ramas más altas de las matemáticas y la física, el francés, el alemán, el latín y el griego. Lo sabía todo sobre todas las vertientes hidrográficas de todo el mundo (sean estas lo que sean), y todas las historias de todos los pueblos, y todos los nombres de todos los ríos y montañas, y todas las producciones, costumbres y usos de todos los países, y todos sus límites y orientaciones en los treinta y dos rumbos de la brújula. Ah, un tanto excedido, M'Choakumchild. ¡Si tan solo hubiera aprendido un poco menos, cuánto mejor —infinitamente mejor— habría podido enseñar mucho más!

Se puso manos a la obra en esta lección preparatoria, no muy distinto de Morgiana en Los cuarenta ladrones: mirando dentro de todas las vasijas dispuestas ante él, una tras otra, para ver qué contenían. Dime, buen M'Choakumchild. Cuando de tu hirviente

provisión llenes por fin cada tinaja hasta el borde, ¿crees que siempre matarás en el acto al ladrón Fantasía que acecha dentro... o que a veces solo lo mutilarás y lo desfigurarás?

Capítulo III. Un resquicio

El señor Gradgrind volvía a casa desde la escuela, caminando en un estado de considerable satisfacción. Era su escuela, y se proponía que fuese un modelo. Se proponía que todos los niños que hubiese en ella fuesen un modelo, del mismo modo que los pequeños Gradgrind eran todos modelos.

Había cinco pequeños Gradgrind, y todos y cada uno de ellos eran un modelo. Se les había dado lecciones desde sus años más tiernos; se los había cazado a la carrera, como a liebrecillas. Casi tan pronto como pudieron correr solos, se les hizo correr hacia la sala de conferencias. El primer objeto con el que tuvieron alguna asociación, o del que guardaron algún recuerdo, fue una gran pizarra negra sobre la que un Ogro reseco trazaba con tiza espantosas cifras blancas.

No es que supieran, ni de nombre ni de naturaleza, nada acerca de ningún Ogro. ¡Los Hechos lo prohíban! Solo empleo la palabra para expresar un monstruo alojado en un castillo de conferencias, con sabe el Cielo cuántas cabezas fundidas en una sola, que toma cautiva a la infancia y la arrastra por los cabellos hasta sombrías guaridas estadísticas.

Ningún pequeño Gradgrind había visto jamás una cara en la luna: ya estaba versado en la luna antes de poder hablar con claridad. Ningún pequeño Gradgrind había aprendido jamás la tonta cancioncilla de: ¡Brilla, brilla, estrellita; cómo me pregunto qué eres! Ningún pequeño Gradgrind había conocido jamás el asombro en la

materia, pues cada pequeño Gradgrind había diseccionado a los cinco años la Osa Mayor como un profesor Owen, y había conducido el Carro como un maquinista de locomotora. Ningún pequeño Gradgrind había asociado jamás una vaca en un prado con aquella famosa vaca del cuerno retorcido que embistió al perro que acosó al gato que mató a la rata que se comió la malta, ni con aquella otra vaca aún más famosa que se tragó a Pulgarcito: nunca había oído hablar de tales celebridades, y solo se le había presentado la vaca como un cuadrúpedo graminívoro y rumiante, provisto de varios estómagos.

Hacia su prosaico hogar, que se llamaba Stone Lodge, dirigía el señor Gradgrind sus pasos. Se había retirado prácticamente del comercio al por mayor de artículos de ferretería antes de construir Stone Lodge, y ahora andaba a la busca de una oportunidad propicia para hacer una figura aritmética en el Parlamento. Stone Lodge se hallaba situada en un páramo, a una milla o dos de una gran ciudad, llamada Coketown en esta fiel guía.

Stone Lodge era un rasgo muy regular en la faz del país. Ni el más leve disfraz atenuaba ni difuminaba aquel hecho intransigente en el paisaje. Una gran casa cuadrada, con un pesado pórtico que oscurecía las ventanas principales, igual que las pesadas cejas de su dueño ensombrecían sus ojos. Una casa calculada, sumada, equilibrada y comprobada. Seis ventanas a un lado de la puerta, seis al otro; un total de doce en un ala, un total de doce en la otra ala; veinticuatro trasladadas a las alas traseras. Un césped y un jardín y una avenida incipiente, todo trazado en línea recta como un libro de cuentas botánico. Gas y ventilación, desagüe y suministro de agua, todo de la más primera calidad. Abrazaderas y vigas de hierro, a prueba de incendios de arriba abajo; montacargas mecánicos para las criadas, con todos sus cepillos y escobas; todo cuanto el corazón pudiera desear.

¿Todo? Bueno, supongo que sí. Los pequeños Gradgrind tenían también vitrinas en varios departamentos de la ciencia. Tenían una pequeña vitrina conquiliológica, y una pequeña vitrina metalúrgica, y

una pequeña vitrina mineralógica; y todos los especímenes estaban ordenados y etiquetados, y los trozos de piedra y de mineral parecían como si hubiesen sido desprendidos de sus sustancias madre por esos instrumentos tremendamente duros que eran sus propios nombres; y, para parafrasear la ociosa leyenda de Peter Piper, que jamás había encontrado el camino hasta su cuarto de niños, si los codiciosos pequeños Gradgrind agarraban algo más que esto, ¡qué cosa era, santo cielo, por caridad, lo que los codiciosos pequeños Gradgrind agarraban!

Su padre seguía caminando con ánimo esperanzado y satisfecho. Era un padre cariñoso, a su manera; pero probablemente se habría descrito a sí mismo (si se le hubiera puesto, como a Sissy Jupe, a dar una definición) como un padre «eminentemente práctico». Sentía un orgullo particular por la frase eminentemente práctico, que se consideraba de especial aplicación a su persona. Cualquiera que fuese el mitin público celebrado en Coketown, y cualquiera que fuese el tema de dicho mitin, algún ciudadano de Coketown no dejaba de aprovechar la ocasión para aludir a su eminentemente práctico amigo Gradgrind. Esto complacía siempre al eminentemente práctico amigo. Sabía que era lo que se le debía, pero lo que se le debía le resultaba grato.

Había llegado al terreno neutral de las afueras de la ciudad, que no era ni ciudad ni campo, y sin embargo ambos quedaban estropeados por ello, cuando sus oídos se vieron invadidos por el sonido de una música. La banda estrepitosa y atronadora adscrita al establecimiento ecuestre, que había fijado allí su asiento en un pabellón de madera, tocaba a pleno pulmón. Una bandera, que ondeaba en lo alto del templo, proclamaba a la humanidad que era «la compañía ecuestre de Sleary» la que reclamaba sus favores. El propio Sleary, una robusta estatua moderna con una hucha junto al codo, instalada en un nicho eclesiástico de arquitectura gótica primitiva, cobraba el dinero. La señorita Josephine Sleary, según anunciaban unas tiras de cartel muy largas y muy estrechas, estaba entonces inaugurando el espectáculo con su grácil número ecuestre tirolés de las flores. Entre las demás maravillas amenas, pero

siempre estrictamente morales, que había que ver para creer, el señor Jupe iba a «poner de manifiesto aquella tarde las divertidas habilidades de su perro amaestrado Merrylegs, de excelente adiestramiento». Iba también a exhibir «su asombrosa proeza de lanzar setenta y cinco quintales, en rápida sucesión, a contramano por encima de la cabeza, formando así una fuente de hierro macizo en el aire, proeza jamás intentada antes en este ni en ningún otro país, y que, habiendo suscitado tan arrebatados aplausos de entusiastas multitudes, no puede ser retirada del programa». El mismo señor Jupe iba a «animar las variadas actuaciones, a intervalos frecuentes, con sus castos chistes y réplicas shakesperianos». Por último, iba a cerrarlas apareciendo en su personaje favorito de Mr. William Button, de Tooley Street, en «la novedosísima y jocosa hipocomedieta El viaje del sastre a Brentford».

Thomas Gradgrind no hizo caso alguno de estas frivolidades, por supuesto, sino que siguió su camino como debía hacerlo un hombre práctico, ya fuese espantando de sus pensamientos aquellos insectos ruidosos, ya consignándolos a la Casa de Corrección. Pero el recodo del camino lo llevó por detrás de la barraca, y detrás de la barraca se hallaba congregado un buen número de niños, en no pocas actitudes furtivas, esforzándose por atisbar las glorias ocultas de aquel lugar.

Esto lo hizo detenerse. —Vaya, pensar que estos vagabundos —dijo— atraen a la chusma joven de una escuela modelo.

Como entre él y la joven chusma mediaba un espacio de hierba raquítica y basura seca, se sacó el monóculo del chaleco para buscar algún niño al que conociera por su nombre y pudiera echar de allí. Fenómeno casi increíble, aunque claramente visto, ¡qué otra cosa contempló entonces sino a su propia Louisa metalúrgica, atisbando con todas sus fuerzas por un agujero de una tabla de pino, y a su propio Thomas matemático, rebajándose hasta el suelo para no alcanzar a ver más que un casco del grácil número ecuestre tirolés de las flores!

Mudo de asombro, el señor Gradgrind cruzó hasta el lugar donde su familia se hallaba así deshonrada, posó la mano sobre cada uno de los hijos extraviados, y dijo:

—¡¡Louisa!! ¡¡Thomas!!

Ambos se incorporaron, encendidos y desconcertados. Pero Louisa miró a su padre con más audacia que Thomas. En efecto, Thomas ni siquiera llegó a mirarlo, sino que se dejó llevar a casa como una máquina.

—¡En nombre del asombro, de la ociosidad y de la insensatez! —dijo el señor Gradgrind, llevándose a cada uno de la mano—. ¿Qué hacéis aquí?

—Quería ver cómo era —replicó Louisa, secamente.

—¿Cómo era?

—Sí, padre.

Había en ambos un aire de hosquedad hastiada, y en particular en la muchacha: y, sin embargo, abriéndose paso a través del descontento de su rostro, había una luz sin nada sobre lo que posarse, un fuego sin nada que quemar, una imaginación hambrienta que mantenía en sí misma alguna forma de vida, y que iluminaba su expresión. No con el brillo natural de una juventud alegre, sino con destellos inciertos, ansiosos, dubitativos, que tenían en sí algo doloroso, análogo a los cambios de un rostro ciego que va tanteando su camino.

Era todavía una niña, de quince o dieciséis años; pero no tardaría en parecer convertirse de golpe en una mujer. Así lo pensó su padre al mirarla. Era bonita. Habría sido testaruda (pensó él, a su manera eminentemente práctica) de no ser por la educación que había recibido.

—Thomas, aunque tengo el hecho ante mí, me cuesta creer que tú, con tu educación y tus recursos, hayas traído a tu hermana a una escena como esta.

—Lo traje yo a *él*, padre —dijo Louisa, rápidamente—. Le pedí que viniera.

—Siento oír eso. Lo siento muchísimo, la verdad. Eso no mejora en nada a Thomas, y a ti, Louisa, te empeora.

Volvió a mirar a su padre, pero ni una lágrima le corrió por la mejilla.

—¡Tú! Thomas y tú, a quienes se ha abierto el círculo entero de las ciencias; Thomas y tú, de quienes bien puede decirse que estáis repletos de hechos; Thomas y tú, adiestrados en la exactitud matemática; ¡Thomas y tú, aquí! —exclamó el señor Gradgrind—. ¡En esta posición degradante! Estoy asombrado.

—Estaba cansada, padre. Llevo mucho tiempo cansada —dijo Louisa.

—¿Cansada? ¿De qué? —preguntó el padre, atónito.

—No sé de qué... de todo, creo.

—No digas ni una palabra más —replicó el señor Gradgrind—. Eres una criatura. No pienso oír nada más. —No volvió a hablar hasta que hubieron caminado en silencio cosa de media milla, cuando prorrumpió gravemente: «¿Qué dirían tus mejores amigos, Louisa? ¿No concedes ningún valor a su buena opinión? ¿Qué diría el señor Bounderby?». Al oír este nombre, su hija le dirigió una mirada furtiva, notable por su carácter intenso y escrutador. Él no advirtió nada de ello, pues antes de que él la mirase a su vez, ella había vuelto a bajar los ojos.

—¿Qué —repitió al poco— diría el señor Bounderby? —Durante todo el camino hasta Stone Lodge, mientras con grave indignación conducía a casa a los dos delincuentes, repitió a intervalos: «¿Qué diría el señor Bounderby?», como si el señor Bounderby hubiera sido la señora Grundy.

Capítulo IV. El señor Bounderby

No siendo la señora Grundy, ¿quién *era* entonces el señor Bounderby?

Pues bien, el señor Bounderby se acercaba tanto a ser el amigo del alma del señor Gradgrind, cuanto puede acercarse a esa relación espiritual un hombre perfectamente desprovisto de sentimiento respecto de otro hombre igualmente desprovisto de sentimiento. Tan cerca estaba el señor Bounderby de serlo... o, si el lector lo prefiere, tan lejos.

Era un hombre rico: banquero, comerciante, fabricante, y qué sé yo cuántas cosas más. Un hombre grande y estruendoso, de mirada fija y risa metálica. Un hombre hecho de un material tosco, que parecía haber sido estirado para dar de sí tanto como daba. Un hombre de cabeza y frente hinchadas, con las venas de las sienes abultadas, y una piel del rostro tan tirante que parecía mantenerle los ojos abiertos por la fuerza y alzarle las cejas. Un hombre con un aire general de estar inflado como un globo, y a punto de salir despedido. Un hombre que jamás lograba vanagloriarse lo bastante de ser un hombre hecho a sí mismo. Un hombre que proclamaba sin cesar, a través de aquella voz suya de trompeta de latón, su antigua ignorancia y su antigua pobreza. Un hombre que era el fanfarrón de la humildad.

Uno o dos años más joven que su amigo eminentemente práctico, el señor Bounderby parecía sin embargo mayor; a sus cuarenta y siete o cuarenta y ocho años bien se les podían añadir otros siete u

ocho más sin que nadie se sorprendiera. No tenía mucho pelo. Cabía imaginar que se lo había hablado hasta hacerlo desaparecer; y que lo que le quedaba, erizado y en desorden, se hallaba en tal estado por efecto de que su ventosa fanfarronería lo agitaba constantemente.

En el severo salón de Stone Lodge, de pie sobre la alfombrilla de la chimenea, calentándose ante el fuego, el señor Bounderby dirigía algunas observaciones a la señora Gradgrind acerca de la circunstancia de ser aquel su cumpleaños. Se plantaba ante el fuego, en parte porque era una fresca tarde de primavera, aunque brillaba el sol; en parte porque la sombra de Stone Lodge estaba siempre encantada por el fantasma del mortero húmedo; en parte porque de ese modo ocupaba una posición dominante desde la cual someter a la señora Gradgrind.

—No tenía un zapato que ponerme en el pie. En cuanto a una media, ni siquiera conocía esa cosa de nombre. Pasé el día en una cuneta, y la noche en una pocilga. Así fue como pasé mi décimo cumpleaños. Y no es que una cuneta fuera nada nuevo para mí, porque nací en una cuneta.

La señora Gradgrind, un pequeño y delgado fardo de chales, blanco, de ojos rosados, de una endeblez suprema, tanto mental como física; que tomaba constantemente medicinas sin ningún efecto, y que, cada vez que mostraba algún síntoma de volver a la vida, quedaba invariablemente aturdida por algún pesado hecho que le caía encima; la señora Gradgrind confiaba en que fuera una cuneta seca, ¿verdad?

—¡No! Empapada como una sopa. Con un pie de agua dentro —dijo el señor Bounderby.

—Bastante para resfriar a un bebé —consideró la señora Gradgrind.

—¿Resfriar? Nací con una inflamación de pulmones, y de todo lo demás, creo yo, que fuera capaz de inflamarse —replicó el señor Bounderby—. Durante años, señora, fui uno de los desdichados más

miserables que se hayan visto jamás. Era tan enfermizo que no paraba de gemir y de quejarme. Iba tan andrajoso y tan sucio que no me habría usted tocado ni con unas tenazas.

La señora Gradgrind dirigió una débil mirada a las tenazas, por ser lo más apropiado que su imbecilidad acertaba a hacer.

—Cómo logré salir adelante, *yo* no lo sé —dijo Bounderby—. Supongo que tenía determinación. He tenido un carácter decidido en mi vida posterior, y supongo que ya lo era entonces. Aquí estoy, señora Gradgrind, sea como fuere, y no tengo a nadie a quien agradecer el estar aquí, sino a mí mismo.

La señora Gradgrind expresó, mansa y débilmente, la esperanza de que su madre...

—¿Mi madre? ¡Puso pies en polvorosa, señora! —dijo Bounderby.

La señora Gradgrind, aturdida como de costumbre, se desplomó y renunció a seguir.

—Mi madre me dejó al cuidado de mi abuela —dijo Bounderby—; y, según mi mejor recuerdo, mi abuela fue la vieja más perversa y más malvada que haya existido jamás. Si por casualidad conseguía yo un par de zapatitos, ella me los quitaba y los vendía para beber. Vaya, si he llegado a ver a esa abuela mía quedarse tumbada en la cama y beberse catorce vasos de licor antes del desayuno.

La señora Gradgrind, sonriendo débilmente, y sin dar ninguna otra señal de vitalidad, parecía (como siempre) una transparencia mal ejecutada de una pequeña figura femenina, sin luz suficiente detrás.

—Tenía una tienda de ultramarinos —prosiguió Bounderby—, y a mí me tenía metido en una caja de huevos. Esa fue la cuna de *mi* infancia; una vieja caja de huevos. En cuanto fui lo bastante mayor para escaparme, naturalmente me escapé. Entonces me convertí en un joven vagabundo; y, en lugar de una sola vieja que me zarandeaba y me mataba de hambre, todo el mundo, de todas las edades, me zarandeaba y me mataba de hambre. Tenían razón; no

tenían por qué hacer otra cosa. Era una molestia, una carga y una plaga. Lo sé muy bien.

Su orgullo por haber alcanzado, en algún momento de su vida, tan gran distinción social como la de ser una molestia, una carga y una plaga, solo podía darse por satisfecho mediante tres sonoras repeticiones de la jactancia.

—Estaba destinado a salir adelante, supongo, señora Gradgrind. Estuviera o no destinado a hacerlo, señora, lo hice. Salí adelante, aunque nadie me echó una cuerda. Vagabundo, mozo de recados, vagabundo, jornalero, mozo de cuerda, empleado, director general, socio menor, Josiah Bounderby de Coketown. Esos son los antecedentes, y ese el colofón. Josiah Bounderby de Coketown aprendió sus letras en los rótulos de las tiendas, señora Gradgrind, y aprendió por primera vez a decir la hora en una esfera de reloj estudiando el reloj de la torre de la iglesia de St. Giles, en Londres, bajo la dirección de un tullido borracho, ladrón convicto y vagabundo incorregible. Háblele usted a Josiah Bounderby de Coketown de sus escuelas de distrito y de sus escuelas modelo, y de sus escuelas de formación, y de todo su batiburrillo de escuelas; y Josiah Bounderby de Coketown les dice llanamente: de acuerdo, muy bien... él no tuvo tales ventajas... pero que se nos dé gente de cabeza dura y puño firme... la educación que lo hizo a él no sirve para todo el mundo, lo sabe muy bien... tal y tal fue, sin embargo, su educación, y se le podrá obligar a tragar grasa hirviendo, pero jamás se le obligará a callar los hechos de su vida.

Acalorado al llegar a este punto culminante, Josiah Bounderby de Coketown se detuvo. Se detuvo justo cuando su amigo eminentemente práctico, todavía acompañado por los dos jóvenes culpables, entraba en la sala. Su amigo eminentemente práctico, al verlo, se detuvo también, y dirigió a Louisa una mirada de reproche que decía claramente: «¡He aquí a tu Bounderby!».

—¡Vaya! —bramó el señor Bounderby—. ¿Qué pasa? ¿Por qué anda alicaído el joven Thomas?

Hablaba del joven Thomas, pero miraba a Louisa.

—Estábamos espiando el circo —masculló Louisa, altivamente, sin levantar los ojos—, y padre nos ha pillado.

—Y, señora Gradgrind —dijo su marido con aire encumbrado—, lo mismo me habría esperado encontrar a mis hijos leyendo poesía.

—Dios mío —gimoteó la señora Gradgrind—. ¡Cómo podéis, Louisa y Thomas! Me dejáis asombrada. Declaro que sois capaces de hacer que una se arrepienta de haber tenido familia. Tengo grandes ganas de decir que ojalá no la hubiera tenido. *Entonces*, ¿qué habríais hecho vosotros, me gustaría saber?

Al señor Gradgrind no parecieron impresionarle favorablemente estas contundentes observaciones. Frunció el ceño con impaciencia.

—¡Como si, con la cabeza como la tengo ahora, palpitándome, no pudierais ir a mirar las conchas y los minerales y las cosas que se os han proporcionado, en lugar de ir a los circos! —dijo la señora Gradgrind—. Sabéis tan bien como yo que ningún joven tiene maestros de circo, ni guarda circos en vitrinas, ni asiste a conferencias sobre circos. ¿Qué podéis querer saber entonces de los circos? Estoy segura de que tenéis bastante que hacer, si es eso lo que buscáis. Con la cabeza como la tengo ahora, no podría recordar ni los meros nombres de la mitad de los hechos a los que tenéis que atender.

—¡Esa es la razón! —replicó Louisa, haciendo un mohín.

—No me digas que esa es la razón, porque no puede ser nada de eso —dijo la señora Gradgrind—. Id ahora mismo a dedicaros a alguna-logía. —La señora Gradgrind no era de temperamento científico, y solía despachar a sus hijos a sus estudios con esta orden general para que ellos mismos escogieran su materia.

En verdad, la reserva de hechos de la señora Gradgrind era, en general, lamentablemente deficiente; pero el señor Gradgrind, al elevarla a su elevada posición matrimonial, se había dejado guiar por dos razones. En primer lugar, ella resultaba de lo más satisfactorio

en cuanto cuestión de cifras; y, en segundo lugar, no tenía «tonterías». Por tonterías entendía él la fantasía; y en verdad es probable que estuviera tan libre de toda aleación de esa naturaleza como pueda estarlo cualquier ser humano que no haya alcanzado la perfección de un idiota absoluto.

La simple circunstancia de quedarse a solas con su marido y el señor Bounderby bastó para aturdir de nuevo a esta admirable dama, sin necesidad de colisión alguna entre ella y ningún otro hecho. Así pues, volvió a apagarse una vez más, y nadie le hizo caso.

—Bounderby —dijo el señor Gradgrind, acercando una silla al fuego—, usted se interesa siempre tanto por mis hijos, en particular por Louisa, que no me disculparé por decirle que este descubrimiento me contraría muchísimo. Me he dedicado sistemáticamente (como usted sabe) a la educación de la razón de mi familia. La razón es (como usted sabe) la única facultad a la que debe dirigirse la educación. Y sin embargo, Bounderby, parecería, a juzgar por esta inesperada circunstancia de hoy, por trivial que sea en sí misma, como si se hubiese deslizado en las mentes de Thomas y de Louisa algo que es... o más bien, que no es... no sé si puedo expresarme mejor que diciendo... algo que nunca se pretendió que se desarrollara, y en lo cual su razón no tiene parte alguna.

—Ciertamente no hay razón alguna en mirar con interés a un hatajo de vagabundos —replicó Bounderby—. Cuando yo mismo era un vagabundo, nadie me miraba a *mí* con ningún interés; eso lo sé bien.

—Entonces surge la pregunta —dijo el padre eminentemente práctico, con los ojos puestos en el fuego—: ¿de dónde nace esta curiosidad vulgar?

—Yo le diré de dónde. De la imaginación ociosa.

—Espero que no —dijo el eminentemente práctico—; confieso, sin embargo, que esa sospecha *sí* me ha rondado de camino a casa.

—De la imaginación ociosa, Gradgrind —repitió Bounderby—. Algo muy malo para cualquiera, pero malísimo, maldita sea, para una muchacha como Louisa. Debería pedirle perdón a la señora Gradgrind por mis expresiones fuertes, si no fuera porque ella sabe muy bien que no tengo un carácter refinado. Quien espere refinamiento en *mí* quedará decepcionado. No tuve una educación refinada.

—Me pregunto —dijo Gradgrind, cavilando con las manos en los bolsillos y sus ojos cavernosos puestos en el fuego— si algún instructor o algún criado puede haber sugerido algo. Si Louisa o Thomas pueden haber estado leyendo algo. Si, a pesar de todas las precauciones, algún libro de cuentos ocioso puede haberse colado en la casa. Porque, en mentes formadas prácticamente por regla y línea desde la cuna, esto resulta tan curioso, tan incomprensible.

—¡Espere un momento! —exclamó Bounderby, que durante todo este tiempo había permanecido, como antes, en la chimenea, a punto de hacer reventar, con su humildad explosiva, el mismísimo mobiliario de la sala—. Usted tiene en la escuela a una de esas hijas de cómicos ambulantes.

—Se llama Cecilia Jupe —dijo el señor Gradgrind, con una mirada un tanto abatida hacia su amigo.

—¡Ahora, espere un momento! —volvió a exclamar Bounderby—. ¿Cómo llegó ella allí?

—Pues bien, el hecho es que yo mismo vi a la muchacha, por primera vez, hace tan solo un momento. Vino aquí, a la casa, a solicitar expresamente que la admitieran, dado que no pertenece regularmente a nuestra ciudad, y... sí, tiene usted razón, Bounderby, tiene usted razón.

—¡Ahora, espere un momento! —exclamó Bounderby, una vez más—. ¿Louisa la vio cuando vino?

—Louisa la vio, ciertamente, pues fue ella quien me mencionó la solicitud. Pero Louisa la vio, no me cabe duda, en presencia de la señora Gradgrind.

—Le ruego, señora Gradgrind —dijo Bounderby—, ¿qué fue lo que pasó?

—¡Ay, mi pobre salud! —replicó la señora Gradgrind—. La muchacha quería venir a la escuela, y el señor Gradgrind quería que vinieran muchachas a la escuela, y Louisa y Thomas dijeron los dos que la muchacha quería venir, y que el señor Gradgrind quería que vinieran muchachas, ¿y cómo era posible contradecirlos cuando ese era el hecho?

—¡Pues ahora le voy a decir una cosa, Gradgrind! —dijo el señor Bounderby—. Dé usted media vuelta a esta muchacha y que se acabó el asunto.

—Soy en gran medida de su misma opinión.

—«Hazlo enseguida» ha sido siempre mi lema desde niño —dijo Bounderby—. Cuando pensé que me escaparía de mi caja de huevos y de mi abuela, lo hice enseguida. Haga usted lo mismo. ¡Hágalo enseguida!

—¿Va usted andando? —preguntó su amigo—. Tengo la dirección del padre. ¿Le importaría quizá acompañarme a pie hasta la ciudad?

—Ni lo más mínimo —dijo el señor Bounderby—, ¡siempre que lo haga usted enseguida!

Así pues, el señor Bounderby se encasquetó el sombrero de un manotazo —siempre se lo encasquetaba así, como expresando a un hombre demasiado ocupado en hacerse a sí mismo como para adquirir ningún estilo de llevar el sombrero— y, con las manos en los bolsillos, salió caminando con parsimonia hacia el vestíbulo. «Yo nunca llevo guantes», solía decir. «No subí la escalera con *ellos* puestos. No estaría tan arriba, si los hubiera llevado».

Dejado a solas para deambular por el vestíbulo un minuto o dos mientras el señor Gradgrind subía en busca de la dirección, abrió la puerta del cuarto de estudio de los niños y miró hacia el interior de aquella serena estancia de suelo enlosado que, a pesar de sus estanterías y sus vitrinas y su variedad de aparatos eruditos y

filosóficos, tenía mucho del aspecto acogedor de un cuarto de cortarse el pelo. Louisa se apoyaba lánguidamente en la ventana, mirando hacia fuera sin mirar nada, mientras el joven Thomas permanecía de pie, resoplando vengativamente hacia el fuego. Adam Smith y Malthus, dos Gradgrind más jóvenes, se hallaban fuera, en una conferencia, bajo custodia; y la pequeña Jane, después de fabricarse en la cara una buena cantidad de arcilla húmeda con lápiz de pizarra y lágrimas, se había quedado dormida sobre las fracciones vulgares.

—Ya está todo bien, Louisa; todo bien, joven Thomas —dijo el señor Bounderby—; no volveréis a hacerlo. Yo respondo de que con padre ya ha quedado todo zanjado. Bien, Louisa, eso vale un beso, ¿no?

—Puede usted tomarlo, señor Bounderby —replicó Louisa, tras una fría pausa, y, cruzando lentamente la sala, alzó de mala gana la mejilla hacia él, con el rostro vuelto hacia otro lado.

—Siempre mi favorita; ¿verdad que sí, Louisa? —dijo el señor Bounderby—. ¡Adiós, Louisa!

Él siguió su camino, pero ella se quedó en el mismo sitio, frotándose con el pañuelo la mejilla que él había besado, hasta dejarla ardiendo de roja. Cinco minutos después, seguía haciéndolo.

—¿Qué haces, Loo? —le reprochó su hermano, hosco—. Vas a hacerte un agujero en la cara.

—Puedes cortarme el trozo con tu navaja si quieres, Tom. ¡No pienso llorar!

Capítulo V. La nota dominante

Coketown, adonde se dirigían ahora a pie los señores Bounderby y Gradgrind, era un triunfo del hecho; no tenía más tacha de fantasía que la propia señora Gradgrind. Demos la nota dominante, Coketown, antes de proseguir con nuestra melodía.

Era una ciudad de ladrillo rojo, o de ladrillo que habría sido rojo si el humo y las cenizas se lo hubieran permitido; pero tal como estaban las cosas, era una ciudad de un rojo y un negro antinaturales, como el rostro pintado de un salvaje. Era una ciudad de maquinaria y altas chimeneas, de las que interminables serpientes de humo se arrastraban para siempre jamás, sin llegar nunca a desenroscarse. Tenía un canal negro, y un río que corría púrpura de tinte maloliente, y vastas moles de edificios llenos de ventanas donde había un traqueteo y un temblor durante todo el día, y donde el pistón de la máquina de vapor subía y bajaba monótonamente, como la cabeza de un elefante loco de melancolía. Contenía varias calles grandes, todas muy parecidas entre sí, y muchas calles pequeñas, todavía más parecidas entre sí, habitadas por gente igualmente parecida entre sí, que entraba y salía toda a las mismas horas, con el mismo sonido sobre los mismos pavimentos, para hacer el mismo trabajo, y para quienes cada día era igual que ayer y que mañana, y cada año la réplica del último y del próximo.

Estos atributos de Coketown eran, en su mayor parte, inseparables del trabajo que la sustentaba; en su contra habían de ponerse las comodidades de la vida que se abrían camino por todo

el mundo, y las elegancias de la vida que hacían —no preguntaremos hasta qué punto— a la dama refinada que apenas podía soportar oír mencionar el lugar. El resto de sus rasgos eran voluntarios, y eran los siguientes.

En Coketown no se veía nada que no fuera severamente laborioso. Si los miembros de alguna confesión religiosa construían allí una capilla —como habían hecho los miembros de dieciocho confesiones religiosas—, la convertían en un piadoso almacén de ladrillo rojo, con a veces (pero esto solo en los ejemplares más ornamentados) una campana en una jaula de pájaros encima. La única excepción era la Iglesia Nueva: un edificio estucado con un campanario cuadrado sobre la puerta, rematado en cuatro pináculos cortos como floridas patas de madera. Todas las inscripciones públicas de la ciudad estaban pintadas del mismo modo, en severos caracteres de blanco y negro. La cárcel podría haber sido la enfermería, la enfermería podría haber sido la cárcel, el ayuntamiento podría haber sido cualquiera de las dos, o ambas, o cualquier otra cosa, por nada que apareciese en contrario en la gracia de su construcción. Hecho, hecho, por todas partes en el aspecto material de la ciudad; hecho, hecho, hecho, por todas partes en el inmaterial. La escuela del señor M'Choakumchild era todo hecho, y la escuela de diseño era todo hecho, y las relaciones entre patrón y obrero eran todo hecho, y todo era hecho entre el hospital de maternidad y el cementerio, y lo que no se pudiera expresar en cifras, o demostrar que se podía comprar en el mercado más barato y vender en el más caro, no era, ni debía ser jamás, por los siglos de los siglos, Amén.

¿Una ciudad tan consagrada al hecho, y tan triunfante en su afirmación, marchaba bien, por supuesto? Pues no, no del todo bien. ¿No? ¡Vaya por Dios!

No. Coketown no salía de sus propios hornos, en todos los aspectos, como oro que hubiera resistido el fuego. En primer lugar, el misterio desconcertante del lugar era: ¿quién pertenecía a las dieciocho confesiones? Porque, fueran quienes fuesen, los trabajadores no. Era muy extraño recorrer las calles un domingo por

la mañana y advertir a cuán pocos *de ellos* el bárbaro repique de campanas que estaba volviendo locos a los enfermos y a los nerviosos llamaba fuera de su propio barrio, de sus propias habitaciones estrechas, de las esquinas de sus propias calles, donde se apoyaban indolentes, mirando todo aquel ir a la iglesia y a la capilla como algo con lo que no tenían la menor relación. Y no era solo el forastero quien lo advertía, porque había en la propia Coketown una organización autóctona, cuyos miembros se dejaban oír en la Cámara de los Comunes en cada sesión, pidiendo indignados leyes del Parlamento que hicieran religiosa a esta gente por la fuerza. Luego venía la Sociedad de la Templanza, que se quejaba de que esa misma gente *se emborrachaba*, y demostraba con cuadros estadísticos que se emborrachaba, y probaba en las meriendas que ningún incentivo, humano o divino (salvo una medalla), la induciría a renunciar a su costumbre de emborracharse. Luego venía el farmacéutico y el droguero, con otros cuadros estadísticos, mostrando que cuando no se emborrachaban, tomaban opio. Luego venía el experimentado capellán de la cárcel, con más cuadros estadísticos, que superaban a todos los cuadros estadísticos anteriores, y mostraban que esa misma gente *frecuentaba* antros de mala fama, ocultos a los ojos del público, donde oían cantos vulgares y veían bailes vulgares, y acaso participaban en ellos; y donde A. B., de veinticuatro años en su próximo cumpleaños, y condenado a dieciocho meses de aislamiento, había dicho él mismo (no es que se hubiera mostrado nunca particularmente digno de crédito) que su perdición había comenzado allí, pues estaba perfectamente seguro y convencido de que, de no ser por eso, habría sido un espécimen moral de primer orden. Luego venían el señor Gradgrind y el señor Bounderby, los dos caballeros que en este mismo momento caminaban por Coketown, y ambos eminentemente prácticos, que podían, llegado el caso, aportar más cuadros estadísticos derivados de su propia experiencia personal, e ilustrados con casos que habían conocido y visto, de los cuales se desprendía con claridad —en resumen, era lo único claro en todo el asunto— que esa misma gente era, en conjunto, mala gente, caballeros; que, hicieran lo que hicieran por ellos, nunca lo

agradecían, caballeros; que eran inquietos, caballeros; que nunca sabían lo que querían; que vivían de lo mejor, y compraban mantequilla fresca; e insistían en el café moca, y rechazaban toda carne que no fuera de las mejores piezas, y aun así estaban eternamente insatisfechos e ingobernables. En resumen, era la moraleja de la vieja fábula infantil:

Hubo una vieja, ¿y qué os parece? Solo vivía de vituallas y bebida, eso parece; Vituallas y bebida eran todo su alimento, y aun así esa vieja NUNCA estaba quieta ni un momento.

¿Es posible, me pregunto, que hubiera alguna analogía entre el caso de la población de Coketown y el caso de los pequeños Gradgrind? Seguramente a ninguno de nosotros, en nuestro sano juicio y familiarizados con las cifras, se nos va a decir a estas alturas que uno de los elementos más importantes en la existencia de los trabajadores de Coketown había sido, durante décadas, deliberadamente reducido a la nada. ¿Que había en ellos alguna Fantasía que exigiera ser traída a una existencia sana en lugar de debatirse en convulsiones? ¿Que exactamente en la misma proporción en que trabajaban larga y monótonamente crecía en su interior el anhelo de algún alivio físico —alguna distensión que fomentara el buen humor y los buenos ánimos, y les diera una salida —, algún día festivo reconocido, aunque no fuera más que un honesto baile al son de una banda animada—, algún pastel ocasional en el que ni siquiera M'Choakumchild tuviera arte ni parte—, un anhelo que debía y tenía que ser satisfecho como es debido, o que debía y tenía que torcerse inevitablemente, hasta que se derogasen las leyes de la Creación?

—Este hombre vive en Pod's End, y yo no conozco muy bien Pod's End —dijo el señor Gradgrind—. ¿Dónde está eso, Bounderby?

El señor Bounderby sabía que estaba en algún lugar de la parte baja de la ciudad, pero no sabía nada más al respecto. Así que se detuvieron un momento, mirando alrededor.

Casi al mismo tiempo, dobló corriendo la esquina de la calle, a paso rápido y con aire asustado, una muchacha a quien el señor Gradgrind reconoció. —¡Eh! —dijo—. ¡Alto! ¡Adónde vas! ¡Alto! La chica número veinte se detuvo entonces, palpitante, y le hizo una reverencia.

—¿Por qué corres así por las calles —dijo el señor Gradgrind—, de esta manera tan impropia?

—Es que... es que me perseguían, señor —jadeó la muchacha—, y quería escapar.

—¿Que te perseguían? —repitió el señor Gradgrind—. ¿Quién iba a perseguirte *a ti*?

La pregunta fue respondida en su lugar, de manera inesperada y repentina, por el descolorido muchacho Bitzer, que venía doblando la esquina con tal velocidad ciega y anticipando tan poco un alto en la acera, que se estampó contra el chaleco del señor Gradgrind y rebotó hacia la calzada.

—¿Qué significa esto, muchacho? —dijo el señor Gradgrind—. ¿Qué haces? ¿Cómo te atreves a arremeter contra... contra todo el mundo... de esta manera? Bitzer recogió su gorra, que el golpe le había hecho caer, y retrocediendo, y llevándose los nudillos a la frente, alegó que había sido un accidente.

—¿Te perseguía este muchacho, Jupe? —preguntó el señor Gradgrind.

—Sí, señor —dijo la muchacha de mala gana.

—¡No, señor, yo no la perseguía! —exclamó Bitzer—. No hasta que ella echó a correr alejándose de mí. Pero a la gente de circo nunca le importa lo que dice, señor; son famosos por eso. Ya sabe que la gente de circo es famosa por no darle nunca importancia a lo que dice —añadió, dirigiéndose a Sissy—. Es tan sabido en la ciudad como... con perdón, señor, como la tabla de multiplicar no lo es para la gente de circo. Bitzer probó suerte con esto ante el señor Bounderby.

—Me dio tanto miedo —dijo la muchacha—, ¡con esas caras tan crueles que ponía!

—¡Ah! —exclamó Bitzer—. ¡Ah! ¡Si no eres tú una de ellas! ¡Si no eres tú una artista de circo! Yo no la miré, señor. Le pregunté si sabría definir mañana qué es un caballo, y me ofrecí a repetírselo, y ella salió corriendo, y yo corrí tras ella, señor, para que supiera responder cuando se lo preguntaran. ¿No se te habría ocurrido decir semejante maldad si no fueras una artista de circo?

—Su oficio parece ser bastante conocido entre ellos —observó el señor Bounderby—. En una semana habría tenido usted a toda la escuela atisbando en fila.

—Ciertamente, así lo creo —respondió su amigo—. Bitzer, date la vuelta y vete derecho a casa. Jupe, quédate aquí un momento. Como vuelva a oír que corres de esta manera, muchacho, sabrás de mí por medio del director de la escuela. Ya sabes lo que quiero decir. Vete.

El muchacho detuvo su rápido parpadeo, volvió a llevarse los nudillos a la frente, miró de reojo a Sissy, dio media vuelta y se retiró.

—Ahora, muchacha —dijo el señor Gradgrind—, llévanos a este caballero y a mí a casa de tu padre; allí es adonde vamos. ¿Qué llevas en esa botella que traes?

—Ginebra —dijo el señor Bounderby.

—¡No, por Dios, señor! Son los nueve aceites.

—¿El qué? —exclamó el señor Bounderby.

—Los nueve aceites, señor, para frotar a padre.

—Entonces —dijo el señor Bounderby, con una risa breve y estruendosa—, ¿para qué diablos frotas a tu padre con nueve aceites?

—Es lo que siempre usa nuestra gente, señor, cuando se hacen daño en la pista —respondió la muchacha, mirando por encima del

hombro para asegurarse de que su perseguidor se había ido—. A veces se hacen unos moretones muy malos.

—Bien merecido lo tienen —dijo el señor Bounderby—, por vagos. Ella alzó la vista hacia su rostro, con una mezcla de asombro y temor.

—¡Por Dios! —dijo el señor Bounderby—. Cuando yo tenía cuatro o cinco años menos que tú, llevaba encima peores moretones de los que diez aceites, veinte aceites, cuarenta aceites, habrían podido borrar. Y no me los gané haciendo posturas, sino a fuerza de golpes. Para mí no hubo baile en la cuerda floja; yo bailaba sobre el suelo desnudo, y me zurraban con la cuerda.

El señor Gradgrind, aunque bastante duro, no era ni mucho menos un hombre tan rudo como el señor Bounderby. Su carácter no era, bien mirado, poco bondadoso; podría incluso haber sido muy bondadoso, si tan solo, años atrás, hubiera cometido algún buen error de bulto en la aritmética que lo mantenía en equilibrio. Dijo, en lo que pretendía ser un tono tranquilizador, mientras torcían por un camino estrecho: —¿Y esto es Pod's End, no es así, Jupe?

—Esto es, señor, y... si no le importa, señor... esta es la casa.

Se detuvo, ya en el crepúsculo, ante la puerta de una mísera tabernita, con tenues luces rojas en su interior. Tan macilenta y tan mísera como si, por falta de parroquianos, ella misma se hubiera dado a la bebida, y hubiera seguido el camino que siguen todos los borrachos, y estuviera ya muy cerca del final de ese camino.

—Solo hay que cruzar el mostrador, señor, y subir las escaleras, si no le importa, y esperar allí un momento hasta que yo traiga una vela. Si oye usted un perro, señor, es solo Merrylegs, y él solo ladra.

—¡Merrylegs y los nueve aceites, vaya! —dijo el señor Bounderby, entrando el último con su risa metálica—. ¡Bonita cosa esta, para un hombre que se ha hecho a sí mismo!

Capítulo VI. La compañía ecuestre de Sleary

La taberna se llamaba El Escudo de Pegaso. Las patas de Pegaso habrían venido más al caso; pero, bajo el caballo alado del rótulo, se leía en letras romanas: El Escudo de Pegaso. Debajo de esa inscripción, en una cartela ondulante, el pintor había trazado estos versos:

La buena malta hace buena cerveza: entre, que aquí se la sirven; el buen vino hace buen brandy: venga a vernos y lo hallará a mano.

Enmarcado y con cristal, colgado en la pared detrás de la pequeña y mugrienta barra, había otro Pegaso —uno teatral—, con gasa auténtica incrustada en las alas, estrellas doradas pegadas por todo el cuerpo y un arnés etéreo de seda roja.

Como fuera había oscurecido demasiado para ver el rótulo, y dentro no había aclarado lo bastante para ver el cuadro, el señor Gradgrind y el señor Bounderby no recibieron ofensa alguna de aquellas idealidades. Siguieron a la muchacha por unas empinadas escaleras de rincón sin encontrarse con nadie, y se detuvieron a oscuras mientras ella iba a buscar una vela. Esperaban de un momento a otro oír a Merrylegs dar la voz de alarma, pero el perro amaestrado de gran cartel no había ladrado cuando la muchacha reapareció con la vela.

—Padre no está en nuestra habitación, señor —dijo ella, con el rostro lleno de asombro—. Si no les importa pasar, iré a buscarlo

enseguida. Entraron; y Sissy, tras acercarles dos sillas, se alejó con paso ligero y presuroso. Era una habitación pobre, amueblada con mezquindad, con una cama dentro. El gorro de dormir blanco, adornado con dos plumas de pavo real y una coleta tiesa como un mástil, con el que el signor Jupe había animado esa misma tarde las variadas actuaciones con sus castos chistes y réplicas shakespearianas, colgaba de un clavo; pero ninguna otra prenda de su vestuario, ni rastro alguno de su persona o de sus ocupaciones, se veía por ninguna parte. En cuanto a Merrylegs, aquel respetable antepasado del animal muy adiestrado que embarcó en el arca podría haberse quedado fuera por accidente, a juzgar por la ausencia de todo indicio de perro, a la vista o al oído, en El Escudo de Pegaso.

Oyeron las puertas de las habitaciones de arriba abrirse y cerrarse mientras Sissy iba de una a otra en busca de su padre; y al poco oyeron voces que expresaban sorpresa. Bajó de nuevo dando saltos, muy apresurada, abrió un baúl viejo, ajado y desvencijado, lo encontró vacío, y miró alrededor con las manos juntas y el rostro lleno de terror.

—Padre debe de haber bajado a la Carpa, señor. No sé por qué habría de ir allí, pero tiene que estar allí; ¡lo traeré en un minuto! Y se fue al instante, sin cofia, con su larga y oscura melena infantil ondeando a su espalda.

—¿Qué querrá decir? —dijo el señor Gradgrind—. ¿En un minuto? Si hay más de una milla.

Antes de que el señor Bounderby pudiera responder, un joven apareció en la puerta y, presentándose con las palabras «¡Con su permiso, caballeros!», entró con las manos en los bolsillos. Su rostro, bien afeitado, delgado y cetrino, quedaba sombreado por una gran cantidad de cabello oscuro, peinado en un rulo alrededor de toda la cabeza y partido por el centro. Tenía las piernas muy robustas, pero más cortas de lo que corresponde a unas piernas bien proporcionadas. El pecho y la espalda le sobraban tanto como le faltaba a las piernas. Vestía una levita de estilo Newmarket y

pantalones ceñidos; llevaba un chal al cuello; olía a aceite de lámpara, paja, cáscara de naranja, pienso de caballo y serrín; y parecía una especie de centauro de lo más singular, hecho a partes iguales de cuadra y de teatro. Dónde acababa lo uno y empezaba lo otro, nadie habría podido decirlo con precisión. Este caballero figuraba en los carteles del día como el señor E. W. B. Childers, tan justamente célebre por su atrevido número de volteo en el papel de Cazador Salvaje de las Praderas de Norteamérica; en cuya popular actuación, un niño menudo de rostro envejecido, que ahora lo acompañaba, hacía de hijo pequeño: lo llevaban cabeza abajo sobre el hombro de su padre, sujeto por un pie, y sostenido por la coronilla en la palma de la mano paterna, patas arriba, según la violenta manera paternal con que se observa a los cazadores salvajes mimar a sus vástagos. Emperifollado con rizos, guirnaldas, alas, blanco de bismuto y carmín, este jovenzuelo de tanto porvenir se remontaba hasta convertirse en un Cupido tan agradable que constituía el principal deleite de la parte materna del público; pero en privado, donde lo caracterizaban una levita de corte adulto que le venía precoz y una voz sumamente bronca, se convertía en un consumado hombre de carreras, turfista hasta la médula.

—Con su permiso, caballeros —dijo el señor E. W. B. Childers, paseando la mirada por la habitación—. Ustedes son, según creo, los que deseaban ver a Jupe.

—Así es —dijo el señor Gradgrind—. Su hija ha ido a buscarlo, pero yo no puedo esperar; así que, si le parece, le dejaré un recado para él.

—Verá usted, amigo mío —terció el señor Bounderby—, nosotros somos gente que sabe el valor del tiempo, y ustedes son gente que no sabe el valor del tiempo.

—No tengo —replicó el señor Childers, tras mirarlo de arriba abajo — el honor de conocerlo *a usted*; pero si quiere decir que puede sacarle más dinero a su tiempo del que yo le saco al mío, diría, a juzgar por su aspecto, que está usted en lo cierto.

—Y una vez que lo ha sacado, también sabrá guardarlo, me figuro —dijo Cupido.

—¡Kidderminster, ya vale! —dijo el señor Childers. (El joven Kidderminster era el nombre mortal de Cupido.)

—Entonces, ¿a qué viene a chulearnos? —gritó el joven Kidderminster, mostrando un temperamento de lo más irascible—. Si quiere chulearnos, suelte el parné en la puerta y desquítese allí.

—Kidderminster —dijo el señor Childers, alzando la voz—, ¡ya vale! Señor —añadió, dirigiéndose al señor Gradgrind—, me dirigía a usted. Puede que sepa, o puede que no (pues quizá no haya asistido mucho al público), que Jupe ha fallado el tip muy a menudo últimamente.

—¿Ha... qué es lo que ha fallado? —preguntó el señor Gradgrind, mirando al todopoderoso Bounderby en busca de ayuda.

—Ha fallado el tip.

—Anoche lo intentó cuatro veces en las Ligas y no le salió ni una —dijo el joven Kidderminster—. También falló el tip en las Banderas, y anduvo flojo en el ponging.

—Que no hizo lo que debía. Se quedó corto en los saltos y estuvo torpe en las volteretas —interpretó el señor Childers.

—¡Ah! —dijo el señor Gradgrind—. ¿Así que eso es el tip?

—Por lo general, eso es fallar el tip —respondió el señor E. W. B. Childers.

—¡Nueve aceites, Merrylegs, tips fallados, ligas, banderas y Ponging, vaya! —exclamó Bounderby, con su risa de las risas—. ¡Menuda compañía, además, para un hombre que se ha hecho a sí mismo!

—Pues entonces, rebájese —replicó Cupido—. ¡Ay, Señor! Si se ha encumbrado usted tan alto como para llegar a eso, bájese un poco.

—¡Vaya un chico entrometido! —dijo el señor Gradgrind, volviéndose y frunciendo el ceño hacia él.

—Habríamos traído a un señorito para recibirlo a usted, de haber sabido que venía —replicó el joven Kidderminster, sin turbarse lo más mínimo—. Es una lástima que no encargue usted una función de beneficio, ya que es tan exigente. Usted va de Tight-Jeff, ¿no es así?

—¿Qué querrá decir este chico tan mal educado —preguntó el señor Gradgrind, mirándolo con una especie de desesperación— con eso de Tight-Jeff?

—¡Vamos, fuera, fuera! —dijo el señor Childers, echando a su joven amigo de la habitación, más bien a la manera de las praderas —. Tight-Jeff o Slack-Jeff, da lo mismo: no es más que cuerda tensa y cuerda floja. ¿Iba usted a darme un recado para Jupe?

—Sí, así es.

—Entonces —prosiguió el señor Childers, rápidamente—, mi opinión es que nunca lo recibirá. ¿Lo conoce usted bien?

—No he visto a ese hombre en mi vida.

—Dudo que ahora usted *llegue* a verlo alguna vez. A mí me parece bastante claro que se ha largado.

—¿Quiere decir que ha abandonado a su hija?

—¡Ya lo creo! Quiero decir —dijo el señor Childers, asintiendo con la cabeza— que ha puesto pies en polvorosa. Anoche lo abuchearon, anteanoche lo abuchearon, hoy lo han abucheado. Últimamente se ha acostumbrado a que lo abucheen siempre, y no lo soporta.

—¿Por qué lo han... tanto... Abucheado? —preguntó el señor Gradgrind, arrancándose la palabra con gran solemnidad y reluctancia.

—Se le están agarrotando las articulaciones, y ya está acabado — dijo Childers—. Todavía tiene sus buenas dotes como Charlatán, pero de *ellas* ya no puede sacar para vivir.

—¡Un Charlatán! —repitió Bounderby—. ¡Ya estamos otra vez!

—Un orador, si el caballero lo prefiere así —dijo el señor E. W. B. Childers, arrojando la interpretación por encima del hombro con altanería, y acompañándola de una sacudida de su larga melena, que se agitó toda de golpe—. Ahora bien, señor, es un hecho notable que a ese hombre le doliera más saber que su hija se había enterado de que lo abucheaban, que el propio abucheo.

—¡Bueno! —interrumpió el señor Bounderby—. ¡Esto sí que tiene gracia, Gradgrind! ¡Un hombre tan encariñado con su hija, que huye de ella! ¡Esto tiene una gracia endiablada! ¡Ja, ja! Ahora bien, le voy a decir una cosa, joven. Yo no siempre he ocupado la posición que ocupo ahora. Sé bien lo que son estas cosas. Puede que le asombre oírlo, pero mi madre... se escapó de *mí*.

E. W. B. Childers replicó, con intención, que no le asombraba en absoluto oírlo.

—Muy bien —dijo Bounderby—. Yo nací en una cuneta, y mi madre se escapó de mí. ¿La disculpo por ello? No. ¿La he disculpado alguna vez por ello? Yo no. ¿Cómo la llamo por ello? La llamo probablemente la peor mujer que ha existido jamás en el mundo, salvo mi abuela, que era una borracha. En mí no hay orgullo de familia, ni patrañas sentimentales de la imaginación. A las cosas las llamo por su nombre; y a la madre de Josiah Bounderby de Coketown la llamo, sin miedo ni favoritismo, lo mismo que la llamaría si hubiera sido la madre de Dick Jones de Wapping. Pues lo mismo digo de este hombre. Es un pícaro fugado y un vagabundo, eso es lo que es, en buen inglés.

—A mí me da igual lo que sea o lo que no sea, lo mismo en inglés que en francés —replicó el señor E. W. B. Childers, volviéndose hacia él—. Le estoy contando a su amigo lo que son los hechos; si no le gusta oírlo, puede usted disfrutar del aire libre. Bastante boca tiene usted, eso sí; pero use la boca en su propio edificio, al menos —protestó E. W. B. con severa ironía—. No use la boca en este edificio hasta que se lo pidan. Supongo que tendrá usted algún edificio propio, ¿no?

—Puede que sí —respondió el señor Bounderby, haciendo sonar las monedas en el bolsillo y riendo.

—Entonces use la boca en su propio edificio, ¿quiere hacer el favor? —dijo Childers—. Porque este no es un edificio muy sólido, ¡y demasiado de usted podría venirse abajo!

Volviendo a mirar al señor Bounderby de arriba abajo, se apartó de él, como de un asunto ya zanjado, y se dirigió al señor Gradgrind.

—Jupe mandó a su hija a hacer un recado hace menos de una hora, y luego lo vieron escabullirse él mismo, con el sombrero calado hasta los ojos y un hatillo atado en un pañuelo bajo el brazo. Ella nunca lo creerá de él, pero se ha largado y la ha dejado.

—¿Y por qué —dijo el señor Gradgrind— no lo creerá nunca de él?

—Porque esos dos eran uno solo. Porque nunca estaban separados. Porque, hasta ahora, parecía adorarla —dijo Childers, dando un par de pasos para mirar dentro del baúl vacío. Tanto el señor Childers como el joven Kidderminster caminaban de un modo curioso, con las piernas más separadas de lo habitual y una entendida afectación de rigidez en las rodillas. Este modo de andar era común a todos los miembros varones de la compañía de Sleary, y se entendía que expresaba que siempre iban a caballo.

—¡Pobre Sissy! Más le habría valido ponerla de aprendiza —dijo Childers, sacudiéndose otra vez el pelo mientras alzaba la vista del cofre vacío—. Ahora la deja sin nada a lo que agarrarse.

—Es meritorio por su parte, que nunca ha sido aprendiz, expresar esa opinión —replicó el señor Gradgrind, con aprobación.

—¿Que *yo* nunca he sido aprendiz? A mí me pusieron de aprendiz cuando tenía siete años.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo el señor Gradgrind, algo resentido, como quien se ve estafado en su buena opinión—. No sabía yo que fuera costumbre poner de aprendices a los jóvenes para...

—La holgazanería —terció el señor Bounderby con una risotada—. ¡No, por vida de Dios! ¡Yo tampoco!

—Su padre siempre tuvo metido en la cabeza —prosiguió Childers, fingiendo no reparar en la existencia del señor Bounderby— que a ella había que enseñarle hasta el último rincón de la educación. Cómo se le metió eso en la cabeza, no sabría decirlo; solo puedo decir que nunca se le salió. Le ha ido consiguiendo un poco de lectura aquí, y un poco de escritura allá, y un poco de cálculo en otra parte, durante estos siete años.

El señor E. W. B. Childers se sacó una mano del bolsillo, se frotó la cara y la barbilla, y miró al señor Gradgrind con no poca duda y algo de esperanza. Desde el principio había procurado congraciarse con aquel caballero, por el bien de la muchacha abandonada.

—Cuando Sissy entró en la escuela de aquí —continuó—, su padre estaba tan contento como unas pascuas. Yo mismo no acababa de entender por qué, ya que nosotros no somos gente de asiento en ningún sitio, sino que vamos y venimos de un lado a otro. Supongo, sin embargo, que tenía en mente esa jugada —siempre anduvo medio chiflado— y que ya la consideraba con el porvenir asegurado. Si por casualidad hubiera venido usted esta noche con el propósito de decirle que pensaba hacerle algún pequeño favor a ella —dijo el señor Childers, frotándose otra vez la cara y repitiendo su mirada—, sería de lo más afortunado y oportuno; de lo más afortunado y oportuno.

—Al contrario —replicó el señor Gradgrind—. Vine a decirle que, por sus relaciones, ella no era candidata idónea para la escuela, y que no debía asistir más. Aun así, si su padre realmente la ha abandonado, sin connivencia alguna por parte de ella... Bounderby, déjeme hablar con usted un momento.

Ante esto, el señor Childers se retiró cortésmente, con su andar de jinete, al rellano de fuera de la puerta, y allí se quedó frotándose la cara y silbando por lo bajo. Mientras estaba así ocupado, oyó frases como estas en la voz del señor Bounderby: «No. *Yo* digo que no. Le

aconsejo que no. Digo que de ningún modo». Y del señor Gradgrind oyó, en un tono mucho más bajo, las palabras: «Pero aunque solo sea como ejemplo para Louisa, de a qué conduce y en qué termina esta afición que ha sido objeto de una curiosidad vulgar. Piénselo, Bounderby, desde ese punto de vista».

Mientras tanto, los diversos miembros de la compañía de Sleary fueron reuniéndose poco a poco desde las habitaciones de arriba, donde estaban alojados, y, tras quedarse un rato de pie, hablando en voz baja entre ellos y con el señor Childers, fueron insinuándose poco a poco, junto con él, en la sala. Había entre ellos dos o tres jóvenes hermosas, con sus dos o tres maridos, y sus dos o tres madres, y sus ocho o nueve niños pequeños, que hacían de hadas cuando era necesario. El padre de una de las familias tenía la costumbre de sostener en equilibrio al padre de otra familia sobre lo alto de una gran pértiga; el padre de una tercera familia solía formar una pirámide con esos dos padres, con el joven Kidderminster en la cúspide y él mismo en la base; todos los padres sabían bailar sobre toneles rodantes, sostenerse de pie sobre botellas, atrapar cuchillos y bolas, hacer girar palanganas, montar en cualquier cosa, saltar por encima de todo y no detenerse ante nada. Todas las madres sabían (y lo hacían) bailar sobre el alambre flojo y la cuerda floja, y ejecutar números vertiginosos sobre corceles a pelo; a ninguna le importaba lo más mínimo enseñar las piernas; y una de ellas, sola en un carro griego, conducía un tiro de seis caballos a la entrada de cada pueblo al que llegaban. Todos se las daban de muy calaveras y muy espabilados, no eran demasiado pulcros en su vestir privado, no tenían el menor orden en sus asuntos domésticos, y la literatura combinada de toda la compañía apenas habría bastado para producir una pobre carta sobre cualquier asunto. Y sin embargo había en esta gente una notable dulzura e infantilismo, una especial ineptitud para cualquier clase de artimaña, y una infatigable disposición a ayudarse y compadecerse los unos a los otros, merecedora a menudo de tanto respeto, y siempre de una interpretación tan generosa, como las virtudes cotidianas de cualquier otra clase de gente en el mundo.

El último en aparecer fue el señor Sleary: un hombre corpulento, como ya se ha dicho, con un ojo fijo y otro suelto, una voz (si es que puede llamarse así) como los esfuerzos de un viejo fuelle roto, una superficie fofa, y una cabeza confusa que nunca estaba sobria ni tampoco borracha.

—¡Zeñor! —dijo el señor Sleary, aquejado de asma, con la respiración demasiado espesa y pesada para la letra ese—. ¡A zu zervicio! Ezto ez un mal azunto, ezto lo ez. ¿Ha oído decir que ze zupone que mi Payazo y zu perro han puezto piez en polvoroza?

Se dirigía al señor Gradgrind, quien respondió: —Sí.

—Bueno, zeñor —respondió, quitándose el sombrero y frotando el forro con el pañuelo de bolsillo, que llevaba dentro precisamente para eso—. ¿Ez zu intención hacer algo por la pobre niña, zeñor?

—Tendré algo que proponerle cuando vuelva —dijo el señor Gradgrind.

—Me alegra oírlo, zeñor. No ez que quiera librarme de la niña, como tampoco quiero ponerme en zu camino. Eztoy dizpuezto a tomarla de aprendiza, aunque a zu edad ya ez tarde. Mi voz eztá un poco ronca, zeñor, y no ez fácil de oír para quienes no me conocen; pero zi a uzted lo hubieran enfriado y acalorado, acalorado y enfriado, enfriado y acalorado en la pizta cuando era joven, tantaz vecez como a mí, *zu* voz no habría durado máz que la mía, zeñor.

—No lo dudo —dijo el señor Gradgrind.

—¿Qué zerá, zeñor, mientraz ezpera? ¿Zerá jerez? ¡Dígame qué quiere, zeñor! —dijo el señor Sleary, con desenvoltura hospitalaria.

—Nada para mí, gracias —dijo el señor Gradgrind.

—No me diga que no, zeñor. ¿Qué dice zu amigo? Zi todavía no ha comido, tómeze un vazo de amargoz.

En esto, su hija Josephine —una bonita muchacha rubia de dieciocho años, a quien habían atado a un caballo a los dos años de edad, y que había hecho testamento a los doce, testamento que

llevaba siempre consigo, y en el que expresaba su último deseo de que la llevaran a la tumba los dos ponis pintos— exclamó: —¡Padre, calla! ¡Ha vuelto! —Entonces entró corriendo Sissy Jupe, tal como había salido corriendo. Y cuando los vio a todos reunidos, y vio sus miradas, y vio que no había ningún padre allí, prorrumpió en un llanto de lo más lastimoso, y se refugió en el pecho de la más consumada dama de la cuerda floja (que se hallaba, ella misma, en estado de buena esperanza), la cual se arrodilló en el suelo para acunarla y llorar con ella.

—Ez una vergüenza infernal, por mi alma que lo ez —dijo Sleary.

—¡Oh, padre mío querido, mi buen padre bondadoso, adónde te has ido! ¡Te has ido para intentar hacerme algún bien, lo sé! ¡Te has marchado por mi causa, estoy segura! ¡Y qué desdichado y desamparado estarás sin mí, pobre, pobre padre, hasta que vuelvas! Era tan patético oírla decir tantas cosas de este estilo, con el rostro vuelto hacia arriba y los brazos extendidos como si tratara de detener su sombra que se alejaba y abrazarla, que nadie dijo palabra hasta que el señor Bounderby (que empezaba a impacientarse) tomó cartas en el asunto.

—Vamos, buena gente —dijo—, esto es una pérdida de tiempo sin sentido. Que la niña entienda el hecho. Que se lo diga yo, si lo prefieren, que también a mí me abandonaron. A ver, ¿cómo te llamas? Tu padre se ha fugado... te ha abandonado... y no debes esperar volver a verlo mientras vivas.

Aquella gente se preocupaba tan poco por el Hecho puro y simple, y se hallaba en tal estado avanzado de degeneración en esta materia, que, en lugar de sentirse impresionada por el sólido sentido común de quien hablaba, se lo tomó con extraordinario disgusto. Los hombres murmuraron ¡vergüenza!, y las mujeres ¡bruto!; y Sleary, con cierta premura, le hizo aparte al señor Bounderby la siguiente advertencia.

—Le diré una coza, zeñor. Para hablarle claro, mi opinión ez que máz le vale cortarlo por lo zano y dejarlo eztar. Zon gente de muy

buena pazta, mi gente, pero eztán acoztumbradoz a zer rápidoz en zuz movimientoz; y zi no zigue mi conzejo, que me condene zi no creo que lo van a tirar por la ventana.

Contenido el señor Bounderby por esta suave sugerencia, el señor Gradgrind encontró ocasión para su eminentemente práctica exposición del asunto.

—No tiene la menor importancia —dijo— si cabe esperar que esta persona regrese en algún momento, o lo contrario. Se ha marchado, y no hay expectativa actual de que vuelva. Eso, creo, está convenido por todas las partes.

—Ezo eztá convenido, zeñor. ¡A ezo hay que atenerze! —dijo Sleary.

—Muy bien, entonces. Yo, que he venido aquí para informar al padre de la pobre niña, Jupe, de que ya no podrá ser admitida en la escuela, a causa de ciertas objeciones prácticas, en las que no necesito entrar, a la admisión allí de los hijos de personas empleadas en tales oficios, estoy dispuesto, dadas estas circunstancias alteradas, a hacerte una propuesta. Estoy dispuesto a hacerme cargo de ti, Jupe, a educarte y a mantenerte. La única condición que pongo (aparte de tu buena conducta) es que decidas ahora mismo, en el acto, si me acompañas o te quedas aquí. Y también que, si me acompañas ahora, se entiende que no volverás a comunicarte con ninguno de tus amigos aquí presentes. Estas observaciones comprenden la totalidad del asunto.

—Al mizmo tiempo —dijo Sleary—, debo decir también mi parte, zeñor, para que ambos lados del cartel ze vean por igual. Zi quierez, Zezilia, hacerte aprendiza, ya conocez la naturaleza del trabajo y conocez a tuz compañeroz. Emma Gordon, en cuyo regazo eztás ahora tumbada, zería una madre para ti, y Jozephine zería una hermana para ti. Yo no pretendo zer de la raza de los ángeles, y no voy a decir que, cuando fallez tu tip, no me encuentrez hecho una fiera, jurando y maldiciendo un poco. Pero lo que digo, zeñor, ez que, de buen humor o de mal humor, nunca le hice daño a un

caballo, como no fuera con alguna maldición, y no ezpero empezar de otro modo a eztaz alturaz de mi vida, con una amazona. Nunca fui muy Charlatán, zeñor, y ya he dicho lo que tenía que decir.

Esta última parte del discurso iba dirigida al señor Gradgrind, quien la recibió con una grave inclinación de cabeza, y a continuación observó:

—La única observación que voy a hacerte, Jupe, con ánimo de influir en tu decisión, es que resulta sumamente deseable contar con una educación sólida y práctica, y que incluso tu propio padre (según tengo entendido) parece haber sabido y sentido eso mismo, por tu bien.

Estas últimas palabras causaron en ella un efecto visible. Cesó en su llanto desatado, se apartó un poco de Emma Gordon, y volvió el rostro por entero hacia su protector. Toda la compañía percibió la fuerza del cambio, y todos a una respiraron hondo, en un gesto que decía claramente: ¡se irá!

—Asegúrate de saber lo que quieres, Jupe —le advirtió el señor Gradgrind—; no digo más. ¡Asegúrate de saber lo que quieres!

—Cuando padre vuelva —exclamó la niña, rompiendo de nuevo a llorar tras un minuto de silencio—, ¿cómo va a encontrarme si me voy?

—Puedes estar bien tranquila —dijo el señor Gradgrind con calma; resolvía todo el asunto como quien hace una suma—: puedes estar bien tranquila, Jupe, en ese punto. En tal caso, tu padre, entiendo, tendrá que averiguar quién es el señor...

—Zleary. Ezo ez mi nombre, zeñor. No me avergüenzo de él. Conocido en toda Inglaterra, y ziempre paga lo que debe.

—...tendrá que averiguar quién es el señor Sleary, quien entonces le hará saber adónde has ido. Yo no tendría poder para retenerte contra su voluntad, y él no tendría ninguna dificultad, en ningún momento, para encontrar al señor Thomas Gradgrind de Coketown. Soy bien conocido.

—Bien conocido —asintió el señor Sleary, haciendo girar su ojo suelto—. Uzted ez de ezoz, zeñor, que zaben guardar bien zu dinero. Pero no importa ezo ahora.

Se produjo otro silencio; y entonces ella exclamó, sollozando con las manos delante del rostro: —¡Oh, denme mi ropa, denme mi ropa, y dejen que me vaya antes de que se me rompa el corazón!

Las mujeres se pusieron tristemente a reunir la ropa —cosa que se hizo enseguida, pues no era mucha— y a guardarla en una cesta que había viajado con ellos muchas veces. Sissy permaneció todo el tiempo sentada en el suelo, sollozando aún y cubriéndose los ojos. El señor Gradgrind y su amigo Bounderby aguardaban junto a la puerta, dispuestos a llevársela. El señor Sleary se mantenía de pie en medio de la sala, con los miembros varones de la compañía a su alrededor, exactamente como se habría situado en el centro de la pista durante el número de su hija Josephine. Solo le faltaba el látigo.

Empaquetada la cesta en silencio, le llevaron el sombrero, le alisaron el cabello desordenado y se lo pusieron. Luego se apretaron a su alrededor, e inclinándose sobre ella en actitudes de lo más naturales, la besaron y la abrazaron; y trajeron a los niños para que se despidieran de ella; y formaban en conjunto un grupo de mujeres de corazón tierno, sencillas y un tanto necias.

—Vamos, Jupe —dijo el señor Gradgrind—. Si estás del todo decidida, ¡ven!

Pero aún le quedaba despedirse de la parte masculina de la compañía, y cada uno de ellos tuvo que descruzar los brazos (pues todos adoptaban la actitud profesional en cuanto se hallaban cerca de Sleary), y darle un beso de despedida —con la excepción del joven Kidderminster, en cuya joven naturaleza había un cierto sabor original a misántropo, y de quien también se sabía que había abrigado intenciones matrimoniales, y que se retiró de mal humor. El señor Sleary se reservó para el final. Abriendo los brazos de par en par, la tomó de ambas manos, y la habría hecho saltar arriba y

abajo, a la manera en que un maestro de picadero felicita a las jóvenes al desmontar de un número vertiginoso; pero en Sissy no había ningún rebote, y ella se quedó de pie ante él, llorando.

—¡Adióz, querida mía! —dijo Sleary—. Ezpero que hagaz fortuna, y ninguno de nueztros pobrez eztará jamáz para moleztarte, te lo azeguro. Ojalá tu padre no ze hubiera llevado a zu perro; ez un inconveniente tener al perro fuera de loz cartelez. Pero penzándolo mejor, no habría actuado zin zu amo, ¡azí que tanto da una coza como la otra!

Dicho esto, la miró con atención con su ojo fijo, pasó revista a su compañía con el suelto, la besó, movió la cabeza, y se la entregó al señor Gradgrind como si fuera un caballo.

—Ahí la tiene, zeñor —dijo, recorriéndola con una mirada profesional, como si la estuviera ajustando en su asiento—, y le hará juzticia. ¡Adióz, Zezilia!

—¡Adiós, Cecilia! ¡Adiós, Sissy! ¡Que Dios te bendiga, querida! —en varias voces, por toda la sala.

Pero el ojo de maestro de picadero había reparado en el frasco de los nueve aceites que llevaba en el pecho, y entonces intervino: —Deja el frazco, querida; ez grande para llevar; ya no te zervirá de nada. ¡Dámelo!

—¡No, no! —dijo ella, prorrumpiendo de nuevo en lágrimas—. ¡Oh, no! ¡Se lo ruego, déjeme guardarlo para padre hasta que vuelva! Lo necesitará cuando regrese. Él no pensaba en absoluto marcharse cuando me mandó a buscarlo. ¡Debo guardarlo para él, si me hace el favor!

—Azí zea, querida mía. (¡Ya ve cómo ez ezto, zeñor!) ¡Adióz, Zezilia! Miz últimaz palabraz para ti zon eztaz: cíñete a loz términoz de tu contrato, zé obediente con el zeñor, y olvídanoz. Pero zi, cuando zeaz mayor y eztéz cazada y bien zituada, te topaz alguna vez con gente de circo, no zeaz dura con ella, no te pongaz ázpera con ella, dale una función de beneficio zi puedez, y pienza que podríaz hacerlo peor. La gente tiene que divertirze, zeñor, de algún

modo —continuó Sleary, más resollante que nunca de tanto hablar —, no puede eztar ziempre trabajando, ni tampoco puede eztar ziempre aprendiendo. Zaquen lo mejor de nozotroz; no lo peor. Me he ganado la vida con el circo toda mi vida, lo zé; pero conzidero que expongo la filozofía del azunto cuando le digo a uzted, zeñor: zaca lo mejor de nozotroz, no lo peor.

La filosofía de Sleary quedó expuesta mientras bajaban las escaleras, y el ojo fijo de la Filosofía —y también el suelto— no tardó en perder de vista las tres figuras y la cesta en la oscuridad de la calle.

Capítulo VII. La señora Sparsit

Como el señor Bounderby era soltero, una señora de edad presidía su casa, a cambio de cierto estipendio anual. La señora Sparsit era el nombre de esta señora; y era una figura destacada en el séquito del carro del señor Bounderby, mientras este rodaba triunfante con el fanfarrón de la humildad dentro.

Porque la señora Sparsit no solo había conocido tiempos mejores, sino que además tenía muy buenas relaciones. Tenía una tía abuela que vivía todavía en estos mismos tiempos, llamada lady Scadgers. El señor Sparsit, difunto, de quien ella era la relicta, había sido por parte de madre lo que la señora Sparsit seguía llamando «un Powler». A veces se observaba que los forasteros de escasas luces y torpe entendimiento no sabían qué era un Powler, y hasta parecían dudar de si sería un negocio, un partido político o una profesión de fe. Las mentes de mejor calidad, sin embargo, no necesitaban que se les informara de que los Powler eran un linaje antiguo, capaz de remontarse tan extraordinariamente atrás que no era de extrañar que a veces se perdiera de vista a sí mismo —cosa que había hecho con bastante frecuencia, por lo que respecta a los caballos, el juego del monte ciego, las transacciones dinerarias hebreas y el Tribunal de Deudores Insolventes.

El difunto señor Sparsit, que por parte de madre era un Powler, se casó con esta señora, que por parte de padre era una Scadgers. Lady Scadgers (una anciana desmesuradamente gorda, de apetito desmedido por la carne de carnicería, y con una pierna misteriosa que llevaba ya catorce años negándose a salir de la cama) urdió el

matrimonio, en una época en que Sparsit acababa de alcanzar la mayoría de edad, y se hacía notar sobre todo por un cuerpo esbelto, débilmente sostenido sobre dos largos y flacos puntales, y coronado por una cabeza que no merecía mención. Heredó una considerable fortuna de su tío, pero la debía toda antes de llegar a poseerla, y la gastó dos veces inmediatamente después. Así, cuando murió, a los veinticuatro años (el escenario de su fallecimiento, Calais, y la causa, el coñac), no dejó a su viuda —de quien se había separado poco después de la luna de miel— en circunstancias desahogadas. Aquella dama desconsolada, quince años mayor que él, entró pronto en una enemistad mortal con su única pariente, lady Scadgers; y, en parte por despecho hacia su señoría, y en parte para mantenerse, se puso a trabajar por un salario. Y aquí estaba ahora, en sus años maduros, con la nariz de estilo coriolánico y las espesas cejas negras que habían cautivado a Sparsit, preparando el té del señor Bounderby mientras este desayunaba.

Si Bounderby hubiera sido un Conquistador, y la señora Sparsit una princesa cautiva a la que exhibiera como pieza de sus desfiles triunfales, no habría podido hacer con ella mayor alarde del que solía hacer. Del mismo modo que formaba parte de su jactancia rebajar su propia extracción, formaba parte de ella exaltar la de la señora Sparsit. En la medida en que no permitía que su propia juventud hubiese estado asistida por una sola circunstancia favorable, embellecía la carrera juvenil de la señora Sparsit con toda ventaja imaginable, y esparcía carretadas enteras de rosas tempranas por todo el camino de aquella señora. «Y sin embargo, señor —solía decir—, ¿cómo acaba resultando todo, después de todo? ¡Pues aquí la tiene usted, con cien libras al año (yo le doy cien, que ella se complace en llamar una suma generosa), llevando la casa de Josiah Bounderby de Coketown!»

Es más, dio tal publicidad a este contraste suyo, que terceras personas lo recogieron y lo manejaron en algunas ocasiones con bastante desenvoltura. Era uno de los rasgos más exasperantes de Bounderby que no solo cantara sus propias alabanzas, sino que además estimulara a otros hombres a cantarlas. Había en él una

infección moral de palabrería hueca. Forasteros bastante modestos en otras partes se ponían en pie en las cenas de Coketown y se jactaban, de un modo del todo desbordante, de Bounderby. Lo convertían en las armas reales, la bandera del Reino Unido, la Carta Magna, John Bull, el hábeas corpus, la Declaración de Derechos, la casa de un inglés es su castillo, la Iglesia y el Estado, y Dios salve a la Reina, todo junto. Y tantas veces (y era muy a menudo) como un orador de esta especie llevaba a su peroración,

«Príncipes y señores pueden florecer o marchitarse, un soplo puede hacerlos, como un soplo los ha hecho,»

—se entendía, con toda certeza, más o menos entre los presentes, que había oído hablar de la señora Sparsit.

—Señor Bounderby —dijo la señora Sparsit—, está usted hoy de lo más lento, señor, con el desayuno.

—Pues, señora —respondió él—, estoy pensando en el capricho de Tom Gradgrind —Tom Gradgrind, por un modo de hablar campechano e independiente, como si alguien estuviera siempre intentando sobornarlo con sumas inmensas para que dijera Thomas, y él no quisiera—; el capricho de Tom Gradgrind, señora, de criar a la niña saltimbanqui.

—La niña está esperando ahora saber —dijo la señora Sparsit— si debe ir directamente a la escuela, o a Stone Lodge.

—Tendrá que esperar, señora —respondió Bounderby—, hasta que yo mismo lo sepa. Supongo que tendremos aquí a Tom Gradgrind dentro de poco. Si él desea que se quede aquí uno o dos días más, por supuesto que puede, señora.

—Por supuesto que puede, si usted lo desea, señor Bounderby.

—Anoche le dije que le prepararía aquí una cama de fortuna, para que pudiera dormir sobre la decisión antes de resolver si dejaba que tuviese algún trato con Louisa.

—¿De veras, señor Bounderby? ¡Qué considerado por su parte! —La nariz coriolánica de la señora Sparsit sufrió una ligera dilatación

de las aletas, y sus cejas negras se contrajeron mientras tomaba un sorbo de té.

—A *mí* me resulta bastante claro —dijo Bounderby— que la gatita esa poco bien puede sacar de semejante compañía.

—¿Se refiere usted a la señorita Gradgrind, la joven, señor Bounderby?

—Sí, señora, me refiero a Louisa.

—Como su observación se limitaba a «gatita» —dijo la señora Sparsit—, y siendo dos las niñas en cuestión, no sabía a cuál podía referirse esa expresión.

—Louisa —repitió el señor Bounderby—. Louisa, Louisa.

—Es usted todo un segundo padre para Louisa, señor. —La señora Sparsit tomó un poco más de té; y, al inclinar sus cejas de nuevo contraídas sobre la taza humeante, parecía más bien que su rostro clásico estuviera invocando a los dioses infernales.

—Si hubiera dicho que soy un segundo padre para Tom —el joven Tom, quiero decir, no mi amigo Tom Gradgrind—, habría acertado más. Voy a llevarme al joven Tom a mi despacho. Voy a tenerlo bajo mi ala, señora.

—¿De veras? Un poco joven para eso, ¿no le parece, señor? —El «señor» con que la señora Sparsit se dirigía al señor Bounderby era una palabra ceremonial, que exigía más consideración para sí misma en su uso que honor para él.

—No voy a llevármelo enseguida; antes tiene que terminar su atiborramiento educativo —dijo Bounderby—. ¡Vive Dios, ya tendrá bastante de eso, de principio a fin! Ese chico abriría mucho los ojos si supiera lo vacía de instrucción que estaba *mi* mollera de joven, a su edad —lo cual, dicho sea de paso, probablemente ya sabía, pues lo había oído bastantes veces—. Pero es extraordinaria la dificultad que tengo, en tantísimos asuntos de estos, para hablar con nadie de igual a igual. Aquí, por ejemplo, le he estado hablando a usted esta mañana de saltimbanquis. Pues bien, ¿qué sabe *usted* de

saltimbanquis? En la época en que a mí haber sido saltimbanqui en el barro de las calles me habría parecido un regalo caído del cielo, un premio de lotería, usted estaba en la Ópera Italiana. Usted salía de la Ópera Italiana, señora, vestida de raso blanco y joyas, un fulgor de esplendor, cuando yo no tenía ni un penique para comprarle una tea que la alumbrase.

—Ciertamente, señor —respondió la señora Sparsit, con una dignidad serenamente doliente—, conocí bien la Ópera Italiana desde muy temprana edad.

—¡Caramba, señora, yo también! —dijo Bounderby—, pero por el lado malo. Le aseguro que el pavimento de su arcada hacía de cama bien dura. La gente como usted, señora, acostumbrada desde la cuna a yacer sobre plumón, no tiene ni idea de lo dura que es una losa hasta que la prueba. No, no, de nada sirve que le hable a *usted* de saltimbanquis. Debería hablarle de bailarinas extranjeras, y del West End de Londres, y de Mayfair, y de lores y damas y honorables.

—Confío, señor —replicó la señora Sparsit, con decorosa resignación—, en que no sea necesario que haga usted nada de eso. Espero haber aprendido a acomodarme a los cambios de la vida. Si he llegado a tomar interés en oír sus instructivas experiencias, y apenas puedo oír bastante de ellas, no me atribuyo ningún mérito por ello, pues creo que es un sentimiento general.

—Bueno, señora —dijo su patrón—, quizá a algunas personas les complazca decir que gustan de oír, contado a su modo sin pulir, lo que ha pasado Josiah Bounderby de Coketown. Pero debe usted confesar que nació, usted misma, en el regazo del lujo. Vamos, señora, usted sabe que nació en el regazo del lujo.

—No lo niego, señor —respondió la señora Sparsit con un movimiento de cabeza.

El señor Bounderby se vio obligado a levantarse de la mesa y quedarse de pie de espaldas al fuego, mirándola; tanto realzaba ella su posición.

—Y se movía usted en la flor y nata. En una sociedad endiabladamente alta —dijo él, calentándose las piernas.

—Es verdad, señor —respondió la señora Sparsit, con una afectación de humildad justo la contraria de la de él, y que por tanto no corría peligro de chocar con la suya.

—Estaba usted en lo más selecto de la moda, y todo lo demás —dijo el señor Bounderby.

—Sí, señor —respondió la señora Sparsit, con una especie de viudez social sobre sí—. Es indiscutiblemente cierto.

El señor Bounderby, doblando las rodillas, se abrazó literalmente las piernas en su gran satisfacción y rió a carcajadas. Anunciados entonces el señor Gradgrind y la señorita Gradgrind, recibió al primero con un apretón de manos, y a la segunda con un beso.

—¿Se puede hacer venir aquí a Jupe, Bounderby? —preguntó el señor Gradgrind.

Por supuesto. Así que se hizo venir a Jupe. Al entrar, hizo una reverencia al señor Bounderby, y a su amigo Tom Gradgrind, y también a Louisa; pero en su turbación, por desgracia, omitió a la señora Sparsit. Al advertirlo, el fanfarrón Bounderby hizo las siguientes observaciones:

—Ahora bien, te voy a decir una cosa, niña. El nombre de esa señora que está junto a la tetera es la señora Sparsit. Esa señora hace de ama de esta casa, y es una señora de muy buenas relaciones. En consecuencia, si alguna vez vuelves a entrar en cualquier habitación de esta casa, tu estancia en ella será breve si no te comportas con esa señora del modo más respetuoso. Ahora, a mí me importa un bledo lo que me hagas a *mí*, porque yo no pretendo ser nadie. Lejos de tener buenas relaciones, no tengo relación alguna, y vengo de la hez de la tierra. Pero por lo que respecta a esa señora, sí me importa lo que hagas; y harás lo que sea deferente y respetuoso, o no volverás por aquí.

—Espero, Bounderby —dijo el señor Gradgrind, en tono conciliador —, que esto no haya sido más que un descuido.

—Mi amigo Tom Gradgrind sugiere, señora Sparsit —dijo Bounderby—, que esto no ha sido más que un descuido. Muy probable. Sin embargo, como usted sabe, señora, no permito ni siquiera descuidos hacia usted.

—Es usted muy bueno, en verdad, señor —respondió la señora Sparsit, sacudiendo la cabeza con su humildad de Estado—. No merece la pena hablar de ello.

Sissy, que durante todo este tiempo había estado disculpándose débilmente con lágrimas en los ojos, fue entonces enviada con un gesto por el dueño de la casa hacia el señor Gradgrind. Se quedó mirándolo fijamente, y Louisa permanecía fríamente al lado, con los ojos clavados en el suelo, mientras él proseguía así:

—Jupe, he decidido llevarte a mi casa; y, cuando no estés asistiendo a la escuela, emplearte junto a la señora Gradgrind, que es más bien una inválida. Le he explicado a la señorita Louisa —esta es la señorita Louisa— el fin lamentable, pero natural, de tu pasada carrera; y debes entender expresamente que todo ese asunto ha quedado atrás, y no se volverá a mencionar más. A partir de ahora empiezas tu historia. Por el momento eres ignorante, lo sé.

—Sí, señor, muy ignorante —respondió ella, haciendo una reverencia.

—Tendré la satisfacción de hacer que se te eduque con rigor; y serás una prueba viviente, para todo el que trate contigo, de las ventajas de la instrucción que recibirás. Serás reformada y formada. Supongo que tenías la costumbre de leerle a tu padre, y a esa gente entre la que te encontré, ¿no es así? —dijo el señor Gradgrind, haciéndole seña de que se acercara antes de decir esto, y bajando la voz.

—Solo a padre y a Merrylegs, señor. O, mejor dicho, a padre, cuando Merrylegs siempre estaba allí.

—Deja a Merrylegs, Jupe —dijo el señor Gradgrind, con un fugaz ceño—. No pregunto por él. Tengo entendido que tenías la costumbre de leerle a tu padre, ¿no es así?

—Ay, sí, señor, miles de veces. Fueron los más felices... ¡ay, de todos los momentos felices que pasamos juntos, señor!

Solo ahora, cuando su dolor estalló, Louisa la miró.

—¿Y qué —preguntó el señor Gradgrind, en voz aún más baja— le leías a tu padre, Jupe?

—Sobre las hadas, señor, y el enano, y el jorobado, y los genios —sollozó ella—; y sobre...

—¡Basta! —dijo el señor Gradgrind—. Ya es suficiente. Que no vuelva a salir de tus labios ni una palabra de semejantes disparates destructivos. Bounderby, este es un caso para una instrucción rigurosa, y lo observaré con interés.

—Bueno —respondió el señor Bounderby—, ya le he dado mi opinión, y yo no haría lo que hace usted. Pero, muy bien, muy bien. Ya que está usted empeñado en ello, ¡*muy* bien!

Así, el señor Gradgrind y su hija se llevaron con ellos a Cecilia Jupe a Stone Lodge, y por el camino Louisa no dijo ni una palabra, ni buena ni mala. Y el señor Bounderby se ocupó de sus asuntos cotidianos. Y la señora Sparsit se retiró tras sus cejas y meditó en la penumbra de aquel retiro durante toda la tarde.

Capítulo VIII. No te asombres nunca

Toquemos de nuevo la nota dominante, antes de proseguir la melodía.

Cuando ella era seis años más joven, cierto día se había oído a Louisa empezar una conversación con su hermano diciendo: «Tom, me asombro...» —momento en que el señor Gradgrind, que era quien la oía, salió a la luz y dijo—: «¡Louisa, no te asombres nunca!»

En esto residía el resorte del arte y el misterio mecánicos de educar la razón sin rebajarse al cultivo de los sentimientos y los afectos. No te asombres nunca. Por medio de la suma, la resta, la multiplicación y la división, resuélvase todo de un modo u otro, y no te asombres nunca. Traedme, dice M'Choakumchild, a ese niño de allí que apenas sabe andar, y yo me comprometo a que nunca se asombre.

Ahora bien, además de muchísimos niños que apenas sabían andar, sucedía que en Coketown había una población considerable de niños que llevaban andando a contrarreloj hacia el mundo infinito veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y más. Como estos portentosos infantes resultaban criaturas alarmantes para pasearse por cualquier sociedad humana, las dieciocho denominaciones se arañaban incesantemente la cara y se tiraban del pelo unas a otras a fin de ponerse de acuerdo sobre las medidas que debían tomarse para su mejora —cosa que nunca hicieron; circunstancia sorprendente, si se considera la feliz adaptación de los medios al fin —. Aun así, aunque diferían en todos los demás puntos, concebibles

e inconcebibles (sobre todo en los inconcebibles), estaban bastante unidas en que esos desdichados infantes no debían asombrarse nunca. El cuerpo número uno decía que debían aceptarlo todo por fe. El cuerpo número dos decía que debían aceptarlo todo según la economía política. El cuerpo número tres les escribía librillos de plomo, mostrando cómo el niño-adulto bueno acababa invariablemente en la caja de ahorros, y el niño-adulto malo acababa invariablemente deportado. El cuerpo número cuatro, bajo tristes pretensiones de ser ameno (cuando en realidad era de lo más melancólico), hacía los más superficiales amagos de disimular las trampas del saber, en las que era deber de esos niños dejarse colar y engatusar. Pero todos los cuerpos estaban de acuerdo en que nunca debían asombrarse.

Había en Coketown una biblioteca, a la que el acceso general era fácil. El señor Gradgrind atormentaba enormemente su mente con lo que la gente leía en esta biblioteca: punto en el cual pequeños ríos de estados estadísticos desembocaban periódicamente en el océano bramante de los estados estadísticos, en el que ningún buzo consiguió jamás alcanzar profundidad alguna y salir cuerdo. Era una circunstancia descorazonadora, pero un hecho melancólico, que hasta esos lectores persistieran en asombrarse. ¡Se asombraban de la naturaleza humana, de las pasiones humanas, de las esperanzas y temores humanos, de las luchas, triunfos y derrotas, de los cuidados y alegrías y penas, de las vidas y muertes de los hombres y mujeres corrientes! A veces, después de quince horas de trabajo, se sentaban a leer meras fábulas sobre hombres y mujeres más o menos parecidos a ellos mismos, y sobre niños más o menos parecidos a los suyos. Estrechaban contra su pecho a De Foe en lugar de a Euclides, y parecían, en conjunto, hallar más consuelo en Goldsmith que en Cocker. El señor Gradgrind trabajaba sin descanso, impreso y sin imprimir, en esta excéntrica suma, y nunca lograba entender cómo producía este producto inexplicable.

—Estoy harto de mi vida, Loo. La odio por completo, y odio a todo el mundo excepto a ti —dijo el desnaturalizado joven Thomas Gradgrind, en el cuarto de cortarse el pelo, al anochecer.

—¿No odiarás a Sissy, Tom?

—Odio tener que llamarla Jupe. Y ella me odia a mí —dijo Tom, taciturno.

—¡No, no te odia, Tom, estoy segura!

—Tiene que odiarme —dijo Tom—. Tiene que odiar y detestar a toda esta pandilla nuestra. Van a acabar por sacarle de quicio la cabeza, me parece, antes de que hayan terminado con ella. Ya se está poniendo pálida como la cera, y tan pesada como... yo.

El joven Thomas expresaba estos sentimientos sentado a horcajadas sobre una silla frente al fuego, con los brazos apoyados en el respaldo, y su cara enfurruñada sobre los brazos. Su hermana estaba sentada en el rincón más oscuro junto al hogar, mirándolo ora a él, ora a las chispas brillantes que caían sobre la lumbre.

—En cuanto a mí —dijo Tom, revolviéndose el pelo en todas direcciones con sus manos enfurruñadas—, soy un Burro, eso es lo que soy *yo*. Soy tan testarudo como uno, soy más estúpido que uno, disfruto tanto como uno, y me gustaría dar coces como uno.

—A mí no, espero, ¿verdad, Tom?

—No, Loo; a ti no te haría daño. Hice una excepción contigo desde el principio. No sé qué sería esta... vieja y alegre... Cárcel Cetrina —Tom se había detenido a buscar un nombre suficientemente elogioso y expresivo para el techo paterno, y pareció aliviar su ánimo por un momento con la fuerte aliteración de este—, sin ti.

—¿De veras, Tom? ¿Lo dices de verdad y en serio?

—Pues claro que sí. ¡De qué sirve hablar de ello! —replicó Tom, restregándose la cara contra la manga de la chaqueta, como para mortificar su carne y ponerla al unísono con su espíritu.

—Porque, Tom —dijo su hermana, tras contemplar en silencio las chispas un rato—, a medida que me hago mayor, y más cerca de ser adulta, me quedo aquí sentada a menudo, asombrándome, y pienso en lo desafortunado que es para mí no poder reconciliarte con el

hogar mejor de lo que soy capaz. No sé lo que otras chicas saben. No puedo tocarte nada, ni cantarte. No puedo hablarte de modo que te alivie la mente, porque nunca veo espectáculos divertidos ni leo libros divertidos de los que sea un placer o un alivio para ti hablar, cuando estás cansado.

—Bueno, yo tampoco. Soy tan malo como tú en ese aspecto; y además soy una Mula, cosa que tú no eres. Si padre estaba decidido a hacer de mí un Pedante o una Mula, y yo no soy un Pedante, pues entonces, lógicamente, tengo que ser una Mula. Y lo soy —dijo Tom, desesperado.

—Es una gran lástima —dijo Louisa, tras otra pausa, hablando pensativa desde su rincón oscuro—; es una gran lástima, Tom. Es muy desafortunado para los dos.

—¡Ah! Tú —dijo Tom—; tú eres una chica, Loo, y una chica sale mejor parada de esto que un chico. A ti no te encuentro ninguna falta. Eres el único placer que tengo... puedes alegrar hasta este lugar... y siempre puedes llevarme por donde quieras.

—Eres un hermano querido, Tom; y mientras pienses que puedo hacer esas cosas, no me importa tanto saber que no es así. Aunque sé que no es así, Tom, y lo siento mucho. —Se acercó y lo besó, y volvió de nuevo a su rincón.

—Ojalá pudiera reunir todos los Hechos de los que tanto oímos hablar —dijo Tom, apretando los dientes con rencor—, y todas las Cifras, y a toda la gente que los descubrió; y ojalá pudiera poner mil barriles de pólvora debajo de ellos, ¡y hacerlos saltar a todos por los aires juntos! Sin embargo, cuando me vaya a vivir con el viejo Bounderby, tendré mi venganza.

—¿Tu venganza, Tom?

—Quiero decir que me divertiré un poco, y saldré por ahí a ver algo, y a oír algo. Me recompensaré por el modo en que me han educado.

—Pero no te hagas ilusiones de antemano, Tom. El señor Bounderby piensa como piensa padre, y es mucho más brusco, y ni la mitad de bueno.

—¡Bah! —dijo Tom, riendo—; eso no me importa. ¡Ya sabré yo cómo manejar y amansar al viejo Bounderby!

Sus sombras se recortaban nítidas sobre la pared, pero las de los altos armarios de la habitación se fundían todas juntas en la pared y en el techo, como si el hermano y la hermana estuvieran cubiertos por una oscura caverna. O, una imaginación fantasiosa —si semejante traición hubiera podido estar allí— podría haberla tomado por la sombra de su tema de conversación, y de su torva relación con el futuro de ambos.

—¿Cuál es tu gran método para amansar y manejar, Tom? ¿Es un secreto?

—¡Ah! —dijo Tom—, si es un secreto, no está lejos de aquí. Eres tú. Eres su mascota, eres su favorita; él hará cualquier cosa por ti. Cuando me diga algo que no me guste, yo le diré: «Mi hermana Loo se llevará un disgusto y una decepción, señor Bounderby. Siempre solía decirme que estaba segura de que usted sería más comprensivo conmigo de lo que está siendo». Eso lo hará entrar en razón, o no lo hará nada.

Tras esperar alguna respuesta y no obtener ninguna, Tom recayó cansinamente en el presente, y se enroscó bostezando en torno a los barrotes de su silla, y se despeinó cada vez más, hasta que de pronto levantó la vista y preguntó:

—¿Te has dormido, Loo?

—No, Tom. Estoy mirando el fuego.

—Pareces encontrar en él mucho más que ver de lo que yo he podido encontrar jamás —dijo Tom—. Otra de las ventajas, supongo, de ser una chica.

—Tom —preguntó su hermana, despacio, y en un tono extraño, como si estuviera leyendo lo que preguntaba en el fuego, y no

estuviera escrito allí con demasiada claridad—, ¿esperas con alguna satisfacción este cambio a casa del señor Bounderby?

—Bueno, hay una cosa que se puede decir de ello —respondió Tom, apartando la silla de sí y poniéndose de pie—; será salir de casa.

—Hay una cosa que se puede decir de ello —repitió Louisa en su anterior tono extraño—; será salir de casa. Sí.

—No es que no vaya a dejarte de mala gana, Loo, tanto por dejarte a ti como por dejarte aquí. Pero tengo que irme, ya lo sabes, me guste o no; y más me vale ir a donde pueda llevarme conmigo alguna ventaja de tu influencia, que a donde la perdería por completo. ¿No lo ves?

—Sí, Tom.

La respuesta tardó tanto en llegar, aunque no había indecisión en ella, que Tom fue a apoyarse en el respaldo de su silla, para contemplar el fuego que tanto la absorbía, desde su punto de vista, y ver qué podía sacar él de aquello.

—Salvo que es un fuego —dijo Tom—, me parece tan estúpido y vacío como me parece todo lo demás. ¿Qué ves en él? ¿No será un circo?

—No veo nada en él en particular, Tom. Pero mientras lo miraba, me he estado asombrando sobre ti y sobre mí, ya crecidos.

—¡Asombrándote otra vez! —dijo Tom.

—Tengo unos pensamientos tan indomables —respondió su hermana— que *se empeñan* en asombrarse.

—Entonces te ruego, Louisa —dijo la señora Gradgrind, que había abierto la puerta sin que nadie la oyera—, que no hagas nada de esa naturaleza, por el amor de Dios, niña desconsiderada, o no dejaré de oír hablar de ello por tu padre. Y, Thomas, es realmente vergonzoso, con mi pobre cabeza que no deja de agotarme, que un muchacho educado como lo has sido tú, y cuya educación ha costado lo que ha

costado la tuya, sea sorprendido animando a su hermana a asombrarse, cuando sabe que su padre ha dicho expresamente que ella no debe hacerlo.

Louisa negó que Tom hubiera participado en la falta; pero su madre la detuvo con la respuesta concluyente: «Louisa, no me digas eso, en el estado de salud en que me encuentro; porque, a menos que te hubieran animado, es moral y físicamente imposible que lo hubieras hecho».

—A mí no me animó nada, madre, sino mirar las chispas rojas que caían del fuego, y se iban emblanqueciendo y muriendo. Eso me hizo pensar, después de todo, en lo corta que sería mi vida, y en lo poco que podría esperar hacer en ella.

—¡Tonterías! —dijo la señora Gradgrind, casi enérgica—. ¡Tonterías! No te quedes ahí plantada diciéndome esas paparruchas en mi propia cara, Louisa, cuando sabes muy bien que si esto llegara alguna vez a oídos de tu padre no dejaría de oír hablar de ello. ¡Después de todo el trabajo que se ha tomado contigo! ¡Después de las conferencias a las que has asistido, y los experimentos que has visto! ¡Después de haberte oído yo misma, con todo el lado derecho de mi cuerpo entumecido, seguir con tu maestro hablando de combustión, y de calcinación, y de calorificación, y me atrevo a decir que de toda clase de aciones que pudieran volver loca a una pobre inválida, para venir a oírte hablar de este modo absurdo de chispas y cenizas! Desearía —gimoteó la señora Gradgrind, sentándose en una silla, y descargando su argumento más fuerte antes de sucumbir bajo estas meras sombras de hechos—, sí, de verdad *desearía* no haber tenido nunca una familia, ¡y entonces habrías sabido lo que era pasar sin mí!

Capítulo IX. Los progresos de Sissy

Sissy Jupe no lo pasó nada fácil entre el señor M'Choakumchild y la señora Gradgrind, y no le faltaron, en los primeros meses de su prueba, fuertes impulsos de huir. Llovían hechos todo el día con tanta fuerza, y la vida en general se le abría como un cuaderno de cálculo pautado con tal rigor, que sin duda habría huido, de no ser por un único freno.

Da pena pensarlo, pero aquel freno no era el resultado de ningún proceso aritmético, sino que se lo imponía ella misma desafiando todo cálculo, y contradecía de plano cualquier tabla de probabilidades que un actuario hubiera podido trazar a partir de las premisas. La muchacha creía que su padre no la había abandonado; vivía en la esperanza de que volviera, y en la fe de que sería más feliz sabiendo que ella se quedaba donde estaba.

La lamentable ignorancia con que Jupe se aferraba a este consuelo, rechazando el consuelo superior de saber, sobre una base aritmética sólida, que su padre era un vagabundo desnaturalizado, llenaba de compasión al señor Gradgrind. Y sin embargo, ¿qué se podía hacer? M'Choakumchild informó de que tenía la cabeza muy dura para las cifras; que, una vez adquirida una idea general del globo, apenas sentía el más mínimo interés concebible por sus medidas exactas; que era extremadamente lenta en la adquisición de fechas, a menos que algún incidente lastimoso viniera unido a ellas; que rompía a llorar cuando se le exigía (por el proceso mental) decir de inmediato el coste de doscientas cuarenta y siete cofias de muselina a catorce peniques y medio cada una; que estaba en la

escuela tan abajo como se podía estar; y que, tras ocho semanas de iniciación en los elementos de Economía Política, el día anterior mismo una parlanchina de tres palmos de altura había tenido que corregirla porque, ante la pregunta «¿Cuál es el primer principio de esta ciencia?», había vuelto a dar la absurda respuesta: «Hacer a los demás lo que yo querría que me hicieran a mí».

El señor Gradgrind observó, meneando la cabeza, que todo aquello estaba muy mal; que demostraba la necesidad de una molienda infinita en el molino del conocimiento, con arreglo a sistema, horario, libro azul, informe y cuadros estadísticos de la A a la Z; y que había que «no soltarle la mano» a Jupe. Así que a Jupe no se le soltó la mano, y se fue quedando alicaída, pero no más sabia.

—¡Qué buena cosa sería ser como tú, señorita Louisa! —dijo una noche, cuando Louisa había intentado aclararle un poco sus dificultades para el día siguiente.

—¿Tú crees?

—Sabría tantas cosas, señorita Louisa. Todo lo que ahora me resulta difícil, entonces sería tan fácil.

—Puede que no por eso estuvieras mejor, Sissy.

Sissy repuso, tras un poco de vacilación: —No estaría peor, señorita Louisa. A lo que la señorita Louisa contestó: —Eso no lo sé.

Había habido tan poca comunicación entre ambas —tanto porque la vida en Stone Lodge giraba monótonamente como una pieza de maquinaria que desalentaba toda intromisión humana, como por la prohibición relativa al pasado de Sissy— que seguían siendo casi desconocidas la una para la otra. Sissy, con sus ojos oscuros vueltos hacia el rostro de Louisa con asombro, no sabía si decir más o quedarse callada.

—Tú le eres más útil a mi madre, y más grata con ella de lo que yo podré serlo nunca —prosiguió Louisa—. Y te resultas más grata a ti misma de lo que *yo* me resulto a *mí* misma.

—Pero, por favor, señorita Louisa —suplicó Sissy—, es que soy... ¡ay, tan tonta!

Louisa, con una risa más viva que de costumbre, le dijo que ya sería más lista con el tiempo.

—No sabes —dijo Sissy, medio llorando— qué chica tan tonta soy. Durante todas las horas de clase cometo errores. El señor y la señora M'Choakumchild me sacan a la pizarra una y otra vez, con toda regularidad, para que los cometa. No puedo evitarlo. Me salen naturales.

—Supongo que el señor y la señora M'Choakumchild nunca cometen ningún error, ¿verdad, Sissy?

—¡Oh, no! —repuso ella con vehemencia—. Lo saben todo.

—Cuéntame algunos de tus errores.

—Casi me da vergüenza —dijo Sissy de mala gana—. Pero hoy, por ejemplo, el señor M'Choakumchild nos estaba explicando lo de la Prosperidad Natural.

—Nacional, digo yo que sería —observó Louisa.

—Sí, eso era. Pero ¿no es lo mismo? —preguntó tímidamente.

—Mejor di Nacional, que es lo que dijo él —repuso Louisa con su seca reserva.

—Prosperidad Nacional. Y dijo: Ahora bien, esta aula es una Nación. Y en esta nación hay cincuenta millones de dinero. ¿No es esta una nación próspera? Niña número veinte, ¿no es esta una nación próspera, y no estás tú en un estado floreciente?

—¿Qué contestaste? —preguntó Louisa.

—Señorita Louisa, dije que no lo sabía. Pensé que no podía saber si era una nación próspera o no, ni si yo estaba en un estado floreciente o no, a menos que supiera quién se había quedado con el dinero, y si algo de él era mío. Pero eso no tenía nada que ver. No estaba en las cifras en absoluto —dijo Sissy, enjugándose los ojos.

—Ese fue un gran error tuyo —observó Louisa.

—Sí, señorita Louisa, ya sé que lo fue, ahora. Entonces el señor M'Choakumchild dijo que lo intentaría otra vez conmigo. Y dijo: Esta aula es una ciudad inmensa, y en ella hay un millón de habitantes, y solo veinticinco mueren de hambre en las calles a lo largo de un año. ¿Qué observación te merece esa proporción? Y mi observación fue —porque no se me ocurrió otra mejor— que me parecía que debía de ser igual de duro para los que morían de hambre, tanto si los demás eran un millón como si eran un millón de millones. Y eso también estaba mal.

—Claro que lo estaba.

—Entonces el señor M'Choakumchild dijo que lo intentaría una vez más conmigo. Y dijo: Aquí están las tartamudísticas...

—Estadísticas —dijo Louisa.

—Sí, señorita Louisa... siempre me recuerdan a los tartamudos, y ese es otro de mis errores... de los accidentes en el mar. Y resulta (dijo el señor M'Choakumchild) que en un período determinado cien mil personas se hicieron a la mar en travesías largas, y de ellas solo quinientas murieron ahogadas o quemadas. ¿Cuál es el porcentaje? Y yo dije, señorita... —aquí Sissy rompió a sollozar de verdad, confesando con extrema contrición su mayor error— dije que no era nada.

—¿Nada, Sissy?

—Nada, señorita... para los parientes y amigos de la gente que murió. Nunca voy a aprender —dijo Sissy—. Y lo peor de todo es que, aunque mi pobre padre deseaba tanto que yo aprendiera, y aunque yo tengo tantas ganas de aprender, porque él lo deseaba, me temo que no me gusta.

Louisa se quedó mirando aquella cabecita bonita y modesta, inclinada ante ella con turbación, hasta que volvió a alzarse para mirarla a la cara. Entonces preguntó:

—¿Sabía tu padre tanto él mismo, que quería que a ti también te enseñaran bien, Sissy?

Sissy vaciló antes de responder, y mostró con tanta claridad que sentía que entraban en terreno prohibido, que Louisa añadió: —Nadie nos oye; y aunque alguien nos oyera, estoy segura de que no podría encontrarse ningún daño en una pregunta tan inocente.

—No, señorita Louisa —respondió Sissy, animada por esto, meneando la cabeza—; padre sabe, la verdad, muy poco. Ya hace bastante con saber escribir; y más de lo que la gente en general puede hacer es leer lo que él escribe. Aunque para *mí* está clarísimo.

—¿Tu madre?

—Padre dice que era toda una sabia. Murió cuando yo nací. Era... —Sissy hizo nerviosamente esta terrible confidencia— era bailarina.

—¿Tu padre la quería? —Louisa hacía estas preguntas con ese interés fuerte, salvaje y errante que le era peculiar; un interés extraviado como una criatura desterrada, que se escondiera en lugares solitarios.

—¡Oh, sí! Tanto como me quiere a mí. Padre me quiso, al principio, por ella. Me llevaba con él a todas partes cuando yo era muy pequeñita. Desde entonces nunca nos hemos separado.

—¿Y sin embargo ahora te deja, Sissy?

—Solo por mi bien. Nadie lo entiende como yo; nadie lo conoce como yo. Cuando me dejó por mi bien —nunca me habría dejado por el suyo propio—, sé que se le partía casi el corazón con la prueba. No será feliz ni un solo minuto hasta que vuelva.

—Cuéntame más de él —dijo Louisa—. No volveré a preguntarte nunca más. ¿Dónde vivíais?

—Íbamos de un lado a otro por el país, y no teníamos un sitio fijo donde vivir. Padre es... —Sissy susurró la palabra terrible— payaso.

—¿Para hacer reír a la gente? —dijo Louisa, con un gesto de complicidad.

—Sí. Pero a veces no se reían, y entonces padre lloraba. Últimamente, muy a menudo no se reían, y él volvía a casa desesperado. Padre no es como la mayoría. Los que no lo conocían tan bien como yo, ni lo querían tan entrañablemente como yo, podían creer que no estaba del todo bien de la cabeza. A veces le gastaban bromas; pero nunca supieron cuánto le dolían, ni cómo se encogía cuando estaba a solas conmigo. ¡Era mucho, mucho más tímido de lo que ellos creían!

—¿Y tú eras su consuelo en todo?

Ella asintió, con las lágrimas corriéndole por la cara. —Eso espero, y padre decía que sí lo era. Era porque se ponía tan asustado y tembloroso, y porque se sentía un hombre pobre, débil, ignorante e indefenso (esas solían ser sus palabras), por lo que quería tanto que yo supiera muchísimo, y fuera distinta de él. Yo le leía para animarle el ánimo, y a él le gustaba mucho eso. Eran libros indebidos —de eso no debo hablar aquí—, pero no sabíamos que hubiera ningún mal en ellos.

—¿Y le gustaban? —dijo Louisa, que no había dejado de mirar a Sissy con ojos escrutadores durante todo este rato.

—¡Oh, muchísimo! Muchas veces lo apartaban de lo que de verdad le hacía daño. Y noche tras noche, se olvidaba de todas sus penas preguntándose si el Sultán dejaría que la dama siguiera con el cuento, o le cortaría la cabeza antes de que terminara.

—¿Y tu padre fue siempre bueno contigo? ¿Hasta el final? —preguntó Louisa, contraviniendo el gran principio, y asombrándose mucho.

—¡Siempre, siempre! —repuso Sissy, juntando las manos—. Más bueno de lo que puedo decir. Solo se enfadó una noche, y no fue conmigo, sino con Merrylegs. Merrylegs —susurró el hecho terrible— es su perro de circo.

—¿Por qué se enfadó con el perro? —quiso saber Louisa.

—Padre, poco después de volver a casa de la función, le dijo a Merrylegs que saltara sobre los respaldos de las dos sillas y se quedara de pie a horcajadas entre ellas, que es uno de sus números. El perro miró a padre, y no lo hizo enseguida. A padre le había salido mal todo aquella noche, y no había conseguido contentar en absoluto al público. Gritó que hasta el perro sabía que estaba fracasando, y que no tenía compasión de él. Entonces pegó al perro, y yo me asusté, y dije: «¡Padre, padre! ¡Por favor, no le hagas daño a la criatura que tanto te quiere! ¡Que el Cielo te perdone, padre, para!». Y paró, y el perro estaba ensangrentado, y padre se tumbó en el suelo llorando con el perro en brazos, y el perro le lamió la cara.

Louisa vio que estaba sollozando; y acercándose a ella, la besó, le cogió la mano, y se sentó a su lado.

—Termina contándome cómo te dejó tu padre, Sissy. Ahora que te he preguntado tanto, cuéntame el final. La culpa, si hay alguna culpa, es mía, no tuya.

—Querida señorita Louisa —dijo Sissy, tapándose los ojos, sollozando todavía—, aquella tarde volví a casa de la escuela, y encontré al pobre padre que también acababa de volver, de la barraca. Y estaba sentado meciéndose junto al fuego, como si le doliera algo. Y le dije: «¿Te has hecho daño, padre?» (como le pasaba a veces, como les pasaba a todos ellos), y él dijo: «Un poco, cariño mío». Y cuando me agaché para mirarle la cara desde abajo, vi que estaba llorando. Cuanto más le hablaba, más escondía la cara; y al principio temblaba de arriba abajo, y no decía nada más que «Cariño mío» y «¡Amor mío!».

En esto entró Tom arrastrando los pies, y se quedó mirando a las dos con una frialdad que no denotaba especial interés por nada que no fuera él mismo, y ni siquiera mucho de eso por el momento.

—Le estoy haciendo unas preguntas a Sissy, Tom —observó su hermana—. No hace falta que te vayas; pero no nos interrumpas ni un momento, Tom, querido.

—¡Ah, muy bien! —repuso Tom—. Solo que padre ha traído a casa al viejo Bounderby, y quiero que vengas al salón. Porque si vienes, hay bastantes posibilidades de que el viejo Bounderby me invite a cenar; y si no vienes, ninguna.

—Voy enseguida.

—Te espero —dijo Tom—, para asegurarme.

Sissy prosiguió en voz más baja. —Al final, el pobre padre dijo que otra vez no había dado satisfacción, y que ya nunca daba ninguna satisfacción, y que era una vergüenza y una deshonra, y que yo habría estado mejor sin él desde siempre. Yo le dije todas las cosas cariñosas que se me venían al corazón, y al poco se quedó tranquilo, y yo me senté a su lado, y le conté todo lo de la escuela y todo lo que se había dicho y hecho allí. Cuando ya no me quedaba nada más que contarle, me echó los brazos al cuello, y me besó muchísimas veces. Luego me pidió que le trajera un poco del ungüento que usaba, para el pequeño daño que se había hecho, y que lo comprara en el mejor sitio, que quedaba en el otro extremo de la ciudad desde allí; y luego, después de besarme otra vez, me dejó ir. Cuando ya había bajado la escalera, volví atrás para hacerle un poco más de compañía todavía, y me asomé a la puerta, y dije: «Padre querido, ¿me llevo a Merrylegs?». Padre meneó la cabeza y dijo: «No, Sissy, no; no te lleves nada que se sepa que es mío, cariño mío»; y lo dejé sentado junto al fuego. Entonces debió de asaltarle la idea, ¡pobre, pobre padre!, de marcharse a intentar algo por mí; porque cuando volví, ya se había ido.

—¡Oye! ¡Date prisa por el viejo Bounderby, Loo! —protestó Tom.

—No hay nada más que contar, señorita Louisa. Le tengo preparado el linimento de los nueve aceites, y sé que volverá. Cada carta que veo en la letra del señor Gradgrind me corta la respiración y me nubla los ojos, porque pienso que viene de padre, o del señor Sleary hablando de padre. El señor Sleary prometió escribir en cuanto se supiera algo de padre, y confío en que cumplirá su palabra.

—¡Date prisa de una vez por el viejo Bounderby, Loo! —dijo Tom, con un silbido de impaciencia—. ¡Se marchará si no te das prisa!

Después de esto, cada vez que Sissy le hacía una reverencia al señor Gradgrind en presencia de su familia, y decía con voz vacilante: «Le pido perdón, señor, por molestar... pero... ¿ha llegado ya alguna carta sobre mí?», Louisa interrumpía la ocupación del momento, fuera cual fuese, y esperaba la respuesta con la misma ansiedad que Sissy. Y cuando el señor Gradgrind contestaba invariablemente: «No, Jupe, nada de eso», el temblor del labio de Sissy se repetía en el rostro de Louisa, y sus ojos seguían a Sissy con compasión hasta la puerta. El señor Gradgrind solía aprovechar estas ocasiones para observar, en cuanto ella se había marchado, que si a Jupe la hubieran educado bien desde pequeña, se habría hecho ver a sí misma, sobre principios sólidos, lo infundado de aquellas esperanzas fantasiosas. Y sin embargo, sí que parecía (aunque no a él, que no veía nada de ello) que la esperanza fantasiosa podía arraigar con tanta fuerza como el Hecho.

Esta observación debe limitarse exclusivamente a su hija. En cuanto a Tom, se estaba convirtiendo en ese no infrecuente triunfo del cálculo que suele ejercerse en beneficio del número uno. En cuanto a la señora Gradgrind, si decía algo sobre el asunto, asomaba un poco la cabeza fuera de sus envoltorios, como un lirón hembra, y decía:

—¡Santo cielo, bendíceme, cómo me atormenta y me preocupa la pobre cabeza esa niña Jupe con lo pesada que es preguntando una y otra vez por sus fastidiosas cartas! Le doy mi palabra de honor que parece que estoy destinada, predestinada y decretada a vivir en medio de cosas de las que nunca voy a dejar de oír hablar. Es de verdad una circunstancia de lo más extraordinaria que parezca como si nunca fuera a dejar de oír hablar de nada.

Más o menos en este punto, la mirada del señor Gradgrind solía posarse en ella; y bajo la influencia de aquel gélido fragmento de hecho, volvía a quedarse aletargada.

Capítulo X. Stephen Blackpool

Abrigo la débil idea de que el pueblo inglés trabaja tan duro como cualquier otro pueblo sobre el que brille el sol. Reconozco esta ridícula idiosincrasia como razón para querer concederle un poco más de esparcimiento.

En la parte más duramente trabajadora de Coketown; en las fortificaciones más internas de aquella fea ciudadela, donde la Naturaleza estaba tan sólidamente tapiada afuera como los aires y gases mortíferos tapiados adentro; en el corazón mismo del laberinto de patios estrechos sobre patios, y calles apretadas sobre calles, que habían ido surgiendo a trozos, cada trozo con una violenta prisa por servir al propósito de algún hombre en particular, y el conjunto una familia antinatural, empujándose, pisoteándose y aplastándose unos a otros hasta la muerte; en el último rincón cerrado de aquel gran recipiente agotado, donde las chimeneas, por falta de aire para hacer tiro, se habían construido en una inmensa variedad de formas achaparradas y torcidas, como si cada casa exhibiera un cartel anunciando la clase de gente que cabía esperar que naciera en ella; entre la multitud de Coketown, llamada genéricamente «los brazos» —una raza que habría hallado mayor favor entre ciertas personas si la Providencia hubiese tenido a bien hacerlos solamente brazos, o, como las criaturas inferiores de la orilla del mar, solamente brazos y estómagos—, vivía un tal Stephen Blackpool, de cuarenta años de edad.

Stephen parecía mayor de lo que era, pero había tenido una vida dura. Se dice que toda vida tiene sus rosas y sus espinas; en el caso

de Stephen, sin embargo, parecía haber habido un percance o un error, por el cual algún otro se había quedado con sus rosas, y él se había quedado con las espinas de ese mismo otro, además de con las propias. Había conocido, por decirlo con sus palabras, un buen montón de penas. Solían llamarlo el Viejo Stephen, en una especie de tosco homenaje a ese hecho.

Hombre algo encorvado, de ceño fruncido, expresión meditabunda, y una cabeza de aspecto recio y bastante capaz, sobre la que le crecía largo y ralo el pelo gris hierro, el Viejo Stephen habría podido pasar por un hombre particularmente inteligente para su condición. Y sin embargo no lo era. No ocupaba ningún lugar entre aquellos notables «brazos» que, reuniendo a lo largo de muchos años los retazos sueltos de su tiempo libre, habían llegado a dominar ciencias difíciles y a adquirir conocimiento de las cosas más insospechadas. Tampoco tenía sitio entre los brazos capaces de pronunciar discursos y sostener debates. Miles de sus semejantes hablaban mucho mejor que él, en cualquier momento. Era un buen tejedor de telar mecánico, y un hombre de perfecta integridad. Lo que más fuera, o lo que llevara dentro además de eso, si es que llevaba algo, que lo demuestre él mismo.

Las luces de las grandes fábricas, que cuando estaban encendidas parecían palacios de hadas —o eso decían los viajeros del tren expreso—, estaban ya todas apagadas; y las campanas habían tocado para dar por terminada la jornada, y habían vuelto a callar; y los brazos, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, iban en tropel hacia sus casas dando taconazos. El Viejo Stephen estaba de pie en la calle, con esa vieja sensación que siempre le producía la parada de la maquinaria: la sensación de que hubiera estado funcionando y se hubiera detenido dentro de su propia cabeza.

—¡Y sigo sin ver a Rachael! —dijo.

Era una noche de lluvia, y pasaron junto a él muchos grupos de mujeres jóvenes, con los chales echados sobre la cabeza descubierta y apretados bajo la barbilla para no mojarse. Conocía tan bien a Rachael que le bastaba una mirada a cualquiera de aquellos grupos

para saber que ella no estaba allí. Al final, ya no quedaba nadie más por pasar; y entonces se dio la vuelta, diciendo con tono de decepción: —Vaya, pues la he perdido.

Pero no había recorrido ni tres calles cuando vio, más adelante, otra de aquellas figuras con chal, a la que miró con tanta intensidad que quizá su mera sombra, reflejada confusamente en el pavimento mojado —si hubiera podido verla sin la figura misma moviéndose de farol en farol, iluminándose y apagándose a su paso—, le habría bastado para saber quién era. Apretando el paso a la vez que lo suavizaba, se lanzó hacia delante hasta quedar muy cerca de aquella figura, y entonces volvió a su andar de antes, y llamó: —¡Rachael!

Ella se volvió, justo entonces bajo la luz de un farol; y alzando un poco la capucha, dejó ver un rostro sereno y ovalado, moreno y bastante delicado, iluminado por un par de ojos muy dulces, y realzado además por el perfecto orden de su cabello negro y brillante. No era un rostro en su primera flor; era una mujer de treinta y cinco años.

—Ah, muchacho, ¿eres tú? —Cuando hubo dicho esto, con una sonrisa que se habría expresado por entero aunque de ella no se hubiera visto más que sus ojos agradables, volvió a cubrirse con la capucha, y siguieron andando juntos.

—Pensé que ibas detrás de mí, Rachael.

—No.

—¿Temprano esta noche, muchacha?

—Unas veces salgo un poco temprano, Stephen; otras veces un poco tarde. Conmigo nunca se puede contar, para volver a casa.

—Ni al contrario tampoco, según parece, Rachael.

—No, Stephen.

La miró con cierta decepción en el rostro, pero con la convicción respetuosa y paciente de que ella debía de tener razón hiciera lo que hiciera. Aquella expresión no le pasó desapercibida a ella; le puso la

mano ligeramente en el brazo un momento, como para darle las gracias por ello.

—Somos tan buenos amigos, muchacho, y tan viejos amigos, y nos estamos haciendo tan mayores ya...

—No, Rachael, estás tan joven como siempre lo has estado.

—Cualquiera de las dos tendría que apañárselas para envejecer, Stephen, sin que la otra envejeciera también, estando las dos vivas —respondió ella, riendo—; pero, en todo caso, somos tan viejos amigos que ocultarnos el uno al otro una palabra de verdad honrada sería un pecado y una lástima. Es mejor no andar juntos demasiado. A veces, sí; sería duro, desde luego, que no pudiera ser nunca —dijo, con un ánimo alegre que trataba de contagiarle a él.

—Es duro de todas formas, Rachael.

—Procura pensar que no, y te parecerá mejor.

—Llevo mucho tiempo procurándolo, y no ha mejorado. Pero tienes razón; podría hacer hablar a la gente, hasta de ti. Has sido tanto para mí, Rachael, durante tantos años; me has hecho tanto bien, y me has animado de esa manera que reconforta, que tu palabra es ley para mí. Ah, muchacha, ¡y una ley buena y clara! Mejor que algunas leyes de verdad.

—Nunca te preocupes por ellas, Stephen —respondió ella deprisa, no sin lanzarle una mirada preocupada al rostro—. Deja las leyes en paz.

—Sí —dijo él, con un par de lentos gestos de asentimiento—. Que las dejen en paz. Que lo dejen todo en paz. Que dejen tranquilo todo tipo de cosas. Es un embrollo, y eso es todo.

—¿Siempre un embrollo? —dijo Rachael, tocándole otra vez suavemente el brazo, como para sacarlo de aquel ensimismamiento en el que iba mordisqueando las largas puntas de su pañuelo suelto mientras caminaba. El roce tuvo un efecto inmediato. Dejó caer las puntas, volvió hacia ella un rostro sonriente, y dijo, rompiendo en una risa de buen humor: —Ay, Rachael, muchacha, siempre un

embrollo. Ahí es donde me atasco. Llego al embrollo una vez y otra, y nunca consigo pasar de ahí.

Habían andado ya buen trecho, y estaban cerca de sus respectivas casas. Se llegó antes a la de ella. Estaba en una de las muchas callejuelas para las que el enterrador favorito del barrio (que sacaba una buena suma de aquella única y triste pompa lúgubre del vecindario) tenía siempre lista una escalera negra, para que quienes se habían pasado la vida a tientas subiendo y bajando por escaleras estrechas pudieran deslizarse fuera de este mundo de trabajo por las ventanas. Ella se detuvo en la esquina, y poniéndole la mano en la suya, le deseó buenas noches.

—Buenas noches, querida muchacha; ¡buenas noches!

Ella se alejó, con su figura pulcra y su paso sobrio de mujer, calle abajo en la oscuridad, y él se quedó mirándola hasta que ella entró en una de las casitas. Puede que no hubiera un solo revuelo de su tosco chal que no despertara interés en los ojos de aquel hombre; ni un solo tono de su voz que no encontrara su eco en lo más hondo de su corazón.

Cuando la perdió de vista, siguió su camino hacia casa, alzando de vez en cuando la mirada al cielo, donde las nubes navegaban veloces y desatadas. Pero ya se habían roto, y la lluvia había cesado, y la luna brillaba, mirando por entre las altas chimeneas de Coketown hacia los hondos hornos de abajo, y proyectando sombras titánicas de las máquinas de vapor en reposo sobre los muros donde estaban alojadas. El hombre parecía haberse iluminado con la noche, a medida que avanzaba.

Su casa, en una calle parecida a la primera, aunque más estrecha, estaba encima de una tiendecita. Cómo era posible que a alguien le mereciera la pena vender o comprar aquellos míseros juguetitos, mezclados en el escaparate con periódicos baratos y cerdo (había una pata que se rifaba para la noche siguiente), no viene al caso aquí. Cogió su cabo de vela de un estante, lo encendió con otro cabo

de vela que había en el mostrador, sin molestar a la dueña de la tienda, que dormía en su cuartito, y subió a su vivienda.

Era una habitación no del todo ajena a la escalera negra bajo varios inquilinos anteriores; pero, de momento, tan pulcra como podía llegar a estarlo una habitación así. Había unos pocos libros y papeles sobre un viejo escritorio en un rincón, el mobiliario era decente y suficiente, y, aunque el ambiente estaba viciado, la habitación estaba limpia.

Al dirigirse a la chimenea para dejar la vela sobre una mesita redonda de tres patas que había allí, tropezó con algo. Al retroceder de un respingo, mirando hacia abajo, aquello se irguió y tomó la forma de una mujer sentada.

—¡Que el Cielo se apiade, mujer! —exclamó, apartándose todavía más de la figura—. ¡Has vuelto otra vez!

¡Menuda mujer! Una criatura incapacitada y borracha, apenas capaz de mantener la postura sentada apoyándose con una mano mugrienta en el suelo, mientras que la otra intentaba tan sin ningún tino apartarse de la cara el pelo enmarañado, que solo conseguía cegarla más con la suciedad que llevaba encima. Una criatura tan repugnante a la vista, con sus harapos, manchas y salpicaduras, pero mucho más repugnante todavía en su infamia moral, que era una vergüenza incluso mirarla.

Tras uno o dos juramentos de impaciencia, y algún torpe manoteo sobre sí misma con la mano que no necesitaba para sostenerse, consiguió apartarse el pelo de los ojos lo bastante para verlo a él. Entonces se quedó balanceando el cuerpo de un lado a otro, haciendo gestos con el brazo desmadejado, que parecían querer acompañar un ataque de risa, aunque tenía la cara embotada y somnolienta.

—¿Eh, muchacho? ¿Qué, ahí estás? —unos sonidos roncos que venían a decir esto le salieron por fin, con retintín burlón; y la cabeza se le cayó hacia delante sobre el pecho.

—¿Que otra vez de vuelta? —chilló, al cabo de unos minutos, como si él acabara de decirlo en ese instante—. ¡Sí! Y otra vez de vuelta. De vuelta una vez y otra y otra. ¿De vuelta? Sí, de vuelta. ¿Y por qué no?

Espoleada por la violencia sin sentido con que lo había gritado, se puso en pie a duras penas, y se quedó sosteniéndose con los hombros contra la pared; balanceando en una mano, sujeto por la cinta, un fragmento de sombrero que parecía sacado de un estercolero, y tratando de mirarlo con desprecio.

—¡Te vuelvo a vender, y te vuelvo a vender, y te vendo veinte veces más! —gritó, con algo a medio camino entre una amenaza furiosa y un intento de baile desafiante—. ¡Aparta de la cama! —Él estaba sentado al borde de ella, con la cara escondida entre las manos—. ¡Aparta, digo! Es mía, y tengo derecho a ella.

Mientras ella se tambaleaba hacia allí, él la esquivó con un escalofrío, y pasó —con la cara todavía escondida— al extremo opuesto de la habitación. Ella se dejó caer pesadamente sobre la cama, y pronto se puso a roncar con fuerza. Él se hundió en una silla, y no se movió más que una vez en toda aquella noche. Fue para echarle una manta por encima; como si sus manos no bastaran para ocultarla, ni siquiera en la oscuridad.

Capítulo XI. Sin salida

Los palacios de hadas estallaron en iluminación, antes de que la pálida mañana dejara ver los monstruosos serpentones de humo arrastrándose sobre Coketown. Un repiqueteo de zuecos sobre el pavimento; un rápido tañido de campanas; y todos los elefantes locos de melancolía, bruñidos y engrasados para la monotonía del día, volvían a su pesado ejercicio.

Stephen se inclinaba sobre su telar, callado, atento y firme. Un contraste especial, como lo era cada hombre en aquel bosque de telares donde Stephen trabajaba, frente a la pieza de mecanismo estrepitosa, destructora y desgarradora a la que servía. No teman, buenas gentes de ánimo receloso, que el Arte vaya a relegar a la Naturaleza al olvido. Pónganse, en cualquier parte, uno junto a otro, la obra de DIOS y la obra del hombre; y la primera, aunque se trate de una tropa de brazos de muy poca cuenta, ganará en dignidad con la comparación.

Tantos cientos de brazos en esta fábrica; tantos cientos de caballos de fuerza de vapor. Se sabe, hasta la fuerza de una sola libra de peso, lo que la máquina hará; pero ni todos los calculadores de la Deuda Nacional pueden decirme la capacidad para el bien o el mal, para el amor o el odio, para el patriotismo o el descontento, para la descomposición de la virtud en vicio, o a la inversa, en un solo instante cualquiera, del alma de uno de estos sus sosegados servidores, de rostros compuestos y acciones reguladas. No hay misterio en ella; hay un misterio insondable en el más humilde de ellos, para siempre.—¡Suponiendo que invirtiésemos nuestra

aritmética para los objetos materiales, y gobernásemos estas espantosas cantidades desconocidas por otros medios!

El día se hizo fuerte, y se mostró afuera, incluso contra las luces encendidas de dentro. Se apagaron las luces, y el trabajo continuó. Cayó la lluvia, y los serpentones de humo, sometidos a la maldición de toda su estirpe, se arrastraron sobre la tierra. En el patio de desechos de fuera, el vapor del tubo de escape, el revoltijo de barriles y hierro viejo, los relucientes montones de carbón, las cenizas por todas partes, quedaban envueltos en un velo de niebla y lluvia.

El trabajo continuó, hasta que sonó la campana del mediodía. Más repiqueteo sobre los pavimentos. Los telares, y las ruedas, y los brazos, todos desengranados durante una hora.

Stephen salió de la fábrica caldeada al viento húmedo y a las calles frías y mojadas, ojeroso y consumido. Se apartó de su propia clase y de su propio barrio, sin llevar más que un poco de pan mientras caminaba, hacia la colina en que vivía su principal patrono, en una casa roja de postigos negros por fuera, persianas verdes por dentro, una puerta de calle negra, dos escalones blancos por subir, BOUNDERBY (con unas letras muy parecidas a él mismo) sobre una placa de latón, y un llamador redondo de latón debajo, como un punto final de latón.

El señor Bounderby estaba almorzando. Así lo había previsto Stephen. ¿Querría decirle su criado que uno de los brazos suplicaba permiso para hablar con él? Recado de vuelta, pidiendo el nombre de dicho brazo. Stephen Blackpool. No había nada molesto que constara contra Stephen Blackpool; sí, podía entrar.

Stephen Blackpool en el salón. El señor Bounderby (a quien apenas conocía de vista), almorzando una chuleta con jerez. La señora Sparsit haciendo malla junto a la chimenea, en actitud de amazona, con un pie en un estribo de algodón. Formaba parte, a la vez, de la dignidad y del servicio de la señora Sparsit, no almorzar. Supervisaba la comida oficialmente, pero daba a entender que, en

su propia y majestuosa persona, consideraba el almuerzo una debilidad.

—Vamos, Stephen —dijo el señor Bounderby—, ¿qué le pasa a *usted*?

Stephen hizo una reverencia. No servil —¡esos brazos jamás harán tal cosa! Dios le bendiga, señor, nunca los sorprenderá en eso, aunque lleven veinte años con usted—; y, a modo de arreglo obsequioso para la señora Sparsit, se remetió las puntas del pañuelo del cuello dentro del chaleco.

—Vamos, ya sabe usted —dijo el señor Bounderby, tomando algo de jerez—, que nunca hemos tenido ninguna dificultad con usted, y que jamás ha sido de los que no atienden a razones. Usted no espera que le pongan un coche de seis caballos, ni que le den de comer sopa de tortuga y venado con cuchara de oro, como quieren tantos de ellos. —El señor Bounderby representaba siempre esto como el único, inmediato y directo objeto de todo brazo que no estuviera del todo satisfecho—. Y por eso ya sé que usted no ha venido aquí a quejarse. Vamos, ya sabe usted, de eso estoy seguro de antemano.

—No, señor, de fijo que no he venido por nada de eso.

El señor Bounderby pareció agradablemente sorprendido, a pesar de su firme convicción anterior. —Muy bien —repuso—. Usted es un brazo formal, y no me equivocaba. Vamos, oigamos de qué se trata. Ya que no es eso, oigamos qué es. ¿Qué tiene usted que decir? ¡Suéltelo, muchacho!

A Stephen le ocurrió mirar hacia la señora Sparsit. —Puedo retirarme, señor Bounderby, si así lo desea usted —dijo aquella dama abnegada, haciendo ademán de sacar el pie del estribo.

El señor Bounderby la detuvo, manteniendo en suspenso un bocado de chuleta antes de tragarlo, y tendiendo la mano izquierda. Luego, retirando la mano y tragando el bocado, dijo a Stephen:

—Vamos, ya sabe usted, esta buena señora es una dama de nacimiento, una gran señora. No vaya usted a suponer que, porque me lleve la casa, no haya estado muy arriba en el árbol... ¡ah, en lo más alto del árbol! Vamos, si tiene usted algo que decir que no pueda decirse delante de una dama de nacimiento, esta señora saldrá de la habitación. Si lo que tiene usted que decir *puede* decirse delante de una dama de nacimiento, esta señora se quedará donde está.

—Señor, espero no haber tenido nunca nada que decir que no fuera propio de oír por una dama de nacimiento, desde que yo mismo nací —fue la respuesta, acompañada de un ligero rubor.

—Muy bien —dijo el señor Bounderby, apartando su plato y recostándose—. ¡Adelante, dispare!

—He venido —empezó Stephen, alzando los ojos del suelo, tras un momento de reflexión— a pedirle a usted consejo. Bien lo necesito. Me casé el Lunes de Pascua, hace diecinueve años, largos y penosos. Ella era una moza joven —bien guapa— y con buena fama de sí misma. ¡Bueno! Se echó a perder... pronto. No por mi culpa. Bien sabe Dios que no fui un marido cruel con ella.

—Ya he oído todo esto antes —dijo el señor Bounderby—. Se dio a la bebida, dejó de trabajar, vendió los muebles, empeñó la ropa, y armó la de Dios es Cristo.

—Yo fui paciente con ella.

(«Tanto más tonto usted, diría yo», dijo el señor Bounderby, en confidencia a su copa de vino.)

—Fui muy paciente con ella. Traté de apartarla de eso una vez y otra. Probé esto, probé lo otro, probé lo de más allá. He llegado a casa, muchas veces, y he hallado desaparecido cuanto tenía yo en el mundo, y a ella sin sentido para bendecirse a sí misma, tendida en el suelo desnudo. Y no lo he visto una vez, ni dos veces... ¡veinte veces!

Cada línea de su rostro se ahondó al decirlo, y aportó su conmovedor testimonio del sufrimiento que había padecido.

—De mal en peor, y de peor a más peor todavía. Me dejó. Se deshonró a sí misma de todas las maneras, amarga y ruinmente. Volvió, volvió, volvió. ¿Qué podía hacer yo para impedírselo? He caminado por las calles noches enteras, antes de volver a casa. He ido hasta el puente, dispuesto a arrojarme por él y acabar con todo. He aguantado tanto, que ya era viejo cuando aún era joven.

La señora Sparsit, avanzando cómodamente con sus agujas de malla, enarcó las cejas coriolánicas y meneó la cabeza, como diciendo: «Los grandes conocen la desgracia tanto como los pequeños. Tenga la bondad de volver su humilde mirada hacia Mí».

—Le he pagado para que se mantuviera alejada de mí. Estos cinco años le he estado pagando. He vuelto a tener unos decentes cachivaches a mi alrededor. He vivido duro y triste, pero no avergonzado y temeroso todos los minutos de mi vida. Anoche fui a casa. ¡Allí estaba ella, tendida sobre mi propia piedra del hogar! ¡Ahí está!

En la fuerza de su desgracia, y en la energía de su angustia, se encendió por un instante como un hombre orgulloso. Al instante siguiente, volvió a quedar como había estado todo el tiempo: con su habitual encorvamiento; su rostro reflexivo vuelto hacia el señor Bounderby, con una curiosa expresión, mitad sagaz, mitad perpleja, como si su mente estuviera empeñada en desentrañar algo muy difícil; el sombrero apretado en la mano izquierda, que descansaba en la cadera; el brazo derecho, con una tosca propiedad y fuerza de ademán, subrayando muy seriamente lo que decía: no menos cuando siempre se detenía, un poco doblado, pero sin retirarse, mientras él callaba.

—Ya conocía todo esto, sabe usted —dijo el señor Bounderby—, salvo la última parte, desde hace mucho. Es un mal asunto, eso es lo que es. Más le habría valido quedarse satisfecho como estaba, y no haberse casado. Pero ya es tarde para decir eso.

—¿Fue un matrimonio desigual, señor, en cuanto a los años? —preguntó la señora Sparsit.

—Ya oye usted lo que pregunta esta señora. ¿Fue un matrimonio desigual en cuanto a los años, ese desdichado asunto suyo? —dijo el señor Bounderby.

—Ni eso siquiera. Yo tenía veintiún años; ella tenía cerca de veinte.

—¿De veras, señor? —dijo la señora Sparsit a su jefe, con gran placidez—. Deduje, por ser un matrimonio tan desdichado, que probablemente sería desigual en cuanto a los años.

El señor Bounderby miró muy fijamente a la buena señora, de reojo, con un extraño aire cohibido. Se fortaleció con un poco más de jerez.

—Bueno, ¿por qué no sigue? —preguntó entonces, volviéndose hacia Stephen Blackpool con cierta irritación.

—He venido a preguntarle a usted, señor, cómo puedo librarme de esta mujer. —Stephen infundió una gravedad aún más honda en la expresión mixta de su rostro atento. La señora Sparsit profirió una suave exclamación, como quien ha recibido un choque moral.

—¿Qué quiere decir? —dijo Bounderby, levantándose para apoyar la espalda contra la repisa de la chimenea—. ¿De qué está usted hablando? La tomó por usted para lo bueno y para lo malo.

—Tengo que librarme de ella. Ya no puedo soportarlo más. He vivido bajo eso tanto tiempo porque he tenido la piedad y las palabras de consuelo de la mejor moza que haya vivido o muerto. De no ser por ella, quizá me habría vuelto loco de remate.

—Desea ser libre, para casarse con la mujer de quien habla, me temo, señor —observó la señora Sparsit en voz baja, y muy abatida por la inmoralidad del pueblo.

—Así es. La señora dice lo que es cierto. Así es. Iba a llegar a eso. He leído en los papeles que la gente principal (¡buena suerte para

todos ellos! ¡No les deseo ningún mal!) no está atada de por vida para lo bueno y para lo malo con tanta firmeza, sino que puede quedar libre de *sus* matrimonios desdichados, y volver a casarse. Cuando no se entienden, porque sus genios no se avienen, tienen habitaciones de una clase y de otra en sus casas, de sobra, y pueden vivir separados. Nosotros, la gente llana, no tenemos más que una habitación, y no podemos. Cuando eso no basta, ellos tienen oro y otro dinero, y pueden decir «Esto para ti y aquello para mí», y pueden seguir cada uno su camino. Nosotros no podemos. A pesar de todo eso, ellos pueden quedar libres por males menores que el mío. Así que tengo que librarme de esta mujer, y quiero saber cómo.

—De ninguna manera —repuso el señor Bounderby.

—Si le hago algún daño, señor, ¿hay una ley que me castigue?

—Por supuesto que la hay.

—Si huyo de ella, ¿hay una ley que me castigue?

—Por supuesto que la hay.

—Si me caso con la otra querida moza, ¿hay una ley que me castigue?

—Por supuesto que la hay.

—Y si viviera con ella sin casarme —suponiendo que tal cosa pudiera ser, lo que nunca podría ni querría ser, siendo ella tan buena —, ¿hay una ley que me castigue, en cada hijo inocente que sea mío?

—Por supuesto que la hay.

—Ahora, en nombre de Dios —dijo Stephen Blackpool—, ¡muéstreme la ley que me ayude!

—¡Ejem! Hay una santidad en esa relación de la vida —dijo el señor Bounderby—, y... y... hay que mantenerla.

—No, no, no diga eso, señor. No se mantiene así. No de ese modo. Se hunde de ese modo. Soy tejedor, estuve en una fábrica

desde niño, pero tengo ojos para ver y oídos para oír. Leo en los papeles, en cada Audiencia, en cada Sesión —y usted también lee, ¡ya lo sé!— con espanto, cómo la supuesta imposibilidad de librarse jamás el uno del otro, a cualquier precio, en cualquier condición, trae sangre sobre esta tierra, y lleva a muchas gentes casadas del pueblo llano a la riña, al asesinato y a la muerte repentina. Que se entienda esto bien. El mío es un caso penoso, y quiero —si tiene usted la bondad— saber la ley que me ayude.

—¡Ahora le voy a decir una cosa! —dijo el señor Bounderby, metiéndose las manos en los bolsillos—. *Sí* que hay tal ley.

Stephen, recobrando su modo tranquilo, sin que su atención se desviara nunca, hizo un gesto de asentimiento.

—Pero no es en absoluto para usted. Cuesta dinero. Cuesta un dineral.

—¿Cuánto podría ser eso? —preguntó Stephen con calma.

—Pues tendría usted que ir a Doctors' Commons con un pleito, y tendría que ir a un tribunal de Derecho Común con un pleito, y tendría que ir a la Cámara de los Lores con un pleito, y tendría que conseguir una Ley del Parlamento que le habilitara para volver a casarse, y le costaría (si fuera un caso de lo más sencillo), calculo que de mil a mil quinientas libras —dijo el señor Bounderby—. Puede que el doble.

—¿No hay otra ley?

—Ciertamente que no.

—Entonces, señor —dijo Stephen, poniéndose blanco, y haciendo un ademán con aquella mano derecha suya, como si lo entregase todo a los cuatro vientos—, *es* un embrollo. No es más que un embrollo de arriba abajo, y cuanto antes me muera, mejor.

(La señora Sparsit, otra vez abatida por la impiedad del pueblo.)

—¡Bah, bah! No diga usted tonterías, buen hombre —dijo el señor Bounderby—, sobre cosas que no entiende; y no llame usted

embrollo a las Instituciones de su país, o se meterá usted mismo en un verdadero embrollo una de estas buenas mañanas. Las instituciones de su país no son su trabajo a destajo, y lo único que tiene usted que hacer es atender a su trabajo a destajo. Usted no tomó a su mujer a prueba y para dejarla luego, sino para lo bueno y para lo malo. Si le ha salido mala..., pues bien, lo único que tenemos que decir es que podría haberle salido buena.

—Es un embrollo —dijo Stephen, meneando la cabeza mientras se dirigía a la puerta—. ¡Todo es un embrollo!

—¡Ahora le voy a decir una cosa! —prosiguió el señor Bounderby, a modo de discurso de despedida—. Con lo que llamaré sus opiniones impías, ha escandalizado usted bastante a esta señora: quien, como ya le he dicho, es una dama de nacimiento, y quien, como no le he dicho todavía, ha tenido sus propias desgracias matrimoniales por un valor de decenas de miles de libras... ¡decenas de Miles de Libras! —lo repitió con gran deleite—. Ahora bien, usted ha sido siempre, hasta hoy, un brazo formal; pero mi opinión es, y se lo digo con toda franqueza, que se está usted metiendo por el mal camino. Ha estado escuchando a algún extraño malintencionado, sea quien sea... siempre andan por ahí... y lo mejor que puede hacer es apartarse de eso. Ahora, ya sabe usted —aquí su semblante expresó una perspicacia asombrosa—; yo veo tan lejos dentro de una piedra de amolar como cualquier otro, más lejos que muchos, quizá, porque de joven tuve bien pegada la nariz a ella. Veo en esto rastros de la sopa de tortuga, y el venado, y la cuchara de oro. ¡Sí, los veo! —exclamó el señor Bounderby, sacudiendo la cabeza con obstinada astucia—. ¡Por vida de Dios, los veo!

Con un meneo de cabeza muy distinto y un hondo suspiro, Stephen dijo: —Gracias, señor, que tenga usted buen día. —Y así dejó al señor Bounderby hinchándose ante su propio retrato en la pared, como si fuera a estallar dentro de él; y a la señora Sparsit, todavía trotando con el pie en el estribo, con aspecto de estar bastante abatida por los vicios del pueblo.

Capítulo XII. La anciana

El viejo Stephen bajó los dos escalones blancos, cerrando la puerta negra con la placa de latón, con ayuda del punto final de latón, al que dio un último bruñido con la manga del abrigo, al notar que su mano acalorada lo empañaba. Cruzó la calle con los ojos clavados en el suelo, y así se alejaba, apesadumbrado, cuando sintió un roce en el brazo.

No era el roce que más necesitaba en aquel momento —el roce que podía calmar las aguas embravecidas de su alma, como la mano alzada del amor y la paciencia más sublimes podía aplacar el furor del mar—, y sin embargo era también una mano de mujer. Era una anciana, alta y todavía bien formada, aunque marchita por el tiempo, la que se ofreció a sus ojos cuando se detuvo y se volvió. Iba muy limpia y sencillamente vestida, tenía barro del campo en los zapatos, y venía recién llegada de un viaje. El aturullamiento de sus maneras, en el ruido insólito de las calles; el chal de repuesto, llevado sin doblar sobre el brazo; el pesado paraguas y la cestita; los guantes holgados, de dedos largos, a los que sus manos no estaban acostumbradas; todo denotaba a una anciana del campo, con su sencillo traje de días de fiesta, venida a Coketown en una excursión poco frecuente. Advirtiendo esto de una ojeada, con la rápida observación propia de su clase, Stephen Blackpool inclinó su rostro atento —rostro que, como el de tantos de su condición, a fuerza de trabajar largamente con los ojos y las manos en medio de un ruido prodigioso, había adquirido la mirada concentrada que nos es

familiar en los semblantes de los sordos— para oír mejor lo que ella le preguntaba.

—Dígame, señor —dijo la anciana—, ¿no le he visto salir de la casa de ese caballero? —señalando hacia atrás, hacia la de Bounderby—. Creo que era usted, a menos que haya tenido la mala suerte de equivocarme de persona al seguirle.

—Sí, señora —repuso Stephen—, era yo.

—¿Ha... perdonará usted la curiosidad de una anciana... ha visto usted al caballero?

—Sí, señora.

—¿Y qué aspecto tenía, señor? ¿Era corpulento, atrevido, franco de palabra y campechano? —Mientras enderezaba su propia figura y erguía la cabeza, adaptando el gesto a las palabras, cruzó por la mente de Stephen la idea de que ya había visto antes a aquella anciana, y de que no le había gustado del todo.

—Oh, sí —repuso él, observándola más atentamente—, era todo eso.

—¿Y sano —dijo la anciana— como el viento fresco?

—Sí —repuso Stephen—. Estaba comiendo y bebiendo... tan grande y tan ruidoso como un abejorro.

—¡Gracias! —dijo la anciana, con infinito contento—. ¡Gracias!

Ciertamente, nunca había visto antes a aquella anciana. Y sin embargo, había un vago recuerdo en su mente, como si más de una vez hubiera soñado con alguna anciana parecida a ella.

Ella caminó a su lado, y él, acomodándose con suavidad a su talante, dijo que Coketown era un lugar muy ajetreado, ¿no era así? A lo que ella respondió: —¡Ay, sin duda! ¡Terriblemente ajetreado! — Luego dijo él que ella venía del campo, según veía. A lo que ella respondió afirmativamente.

—En el tren parlamentario, esta mañana. He venido cuarenta millas en el tren parlamentario esta mañana, y voy a volver esas

mismas cuarenta millas esta tarde. He andado nueve millas hasta la estación esta mañana, y si no encuentro a nadie por el camino que me lleve, andaré esas nueve millas de vuelta esta noche. ¡No está mal, señor, para mi edad! —dijo la anciana, charlatana, con el ojo brillándole de júbilo.

—Desde luego que sí. No lo haga demasiado a menudo, señora.

—No, no. Una vez al año —respondió ella, meneando la cabeza—. Así gasto mis ahorros, una vez cada año. Vengo con regularidad, a recorrer las calles, y a ver a los caballeros.

—¿Solo a verlos? —repuso Stephen.

—Con eso me basta —replicó ella, con gran seriedad y aire de interés—. ¡No pido más! He estado esperando por este lado de la calle, para ver salir a ese caballero —volviendo la cabeza otra vez hacia la casa de Bounderby—. Pero este año se retrasa, y no lo he visto. Ha salido usted en su lugar. Ahora bien, si tengo que volver sin haberlo entrevisto siquiera —solo quiero entreverlo—, ¡bueno! Lo he visto a usted, y usted lo ha visto a él, y con eso tendré que conformarme. —Al decir esto, miró a Stephen como para fijar sus facciones en la memoria, y su mirada ya no brillaba tanto como antes.

Con un amplio margen para la diferencia de gustos, y con toda sumisión hacia los patricios de Coketown, aquello le parecía una fuente de interés tan extraordinaria como para tomarse tantas molestias por ella, que lo dejaba perplejo. Pero ya pasaban por delante de la iglesia, y, al reparar su vista en el reloj, apretó el paso.

¿Iba a su trabajo?, dijo la anciana, apretando también ella el paso, con toda facilidad. Sí, se le acababa el tiempo. Al decirle él dónde trabajaba, la anciana se volvió una anciana más singular todavía que antes.

—¿No es usted feliz? —le preguntó ella.

—Pues... casi no hay nadie que no tenga sus penas, señora. —Respondió evasivamente, porque la anciana parecía dar por sentado

que él era muy feliz, y no tuvo valor para desengañarla. Sabía que había penas de sobra en el mundo; y si la anciana había vivido tanto, y podía contar con que él tuviera tan pocas, tanto mejor para ella, y nada peor para él.

—¡Ay, ay! ¿Quiere decir que tiene usted sus penas en casa? —dijo ella.

—A veces. De cuando en cuando —respondió él, sin darle importancia.

—Pero, trabajando bajo un caballero así, ¿no le siguen hasta la fábrica?

No, no; no le seguían hasta allí, dijo Stephen. Todo estaba en regla allí. Todo era conforme allí. (No llegó a decir, para complacerla, que allí reinaba una especie de derecho divino; pero yo he oído en los últimos años pretensiones casi tan magníficas.)

Estaban ya en el camino negro cercano al lugar, y los brazos se agolpaban para entrar. La campana estaba sonando, y la Serpiente era una Serpiente de muchos anillos, y el Elefante se preparaba. A la extraña anciana la encantó hasta la propia campana. Era la campana más hermosa que había oído en su vida, dijo, ¡y sonaba magnífica!

Le preguntó, cuando él se detuvo de buen grado a estrecharle la mano antes de entrar, cuánto tiempo llevaba trabajando allí.

—Una docena de años —le dijo él.

—Tengo que besar esta mano —dijo ella— que ha trabajado en esta hermosa fábrica durante una docena de años. —Y la alzó, aunque él habría querido impedírselo, y se la llevó a los labios. Qué armonía, además de su edad y su sencillez, la rodeaba, él no lo sabía, pero incluso en aquel gesto fantástico había algo que no desentonaba ni con el momento ni con el lugar: algo que, al parecer, nadie más habría podido hacer con tanta seriedad, ni ejecutar con un aire tan natural y conmovedor.

Llevaba ya una buena media hora en su telar, pensando en aquella anciana, cuando, teniendo que rodear el telar para ajustarlo, lanzó

una mirada por una ventana que había en su rincón, y la vio todavía con la vista alzada hacia la mole del edificio, perdida en la admiración. Indiferente al humo, al barro y a la humedad, y a sus dos largos viajes, la contemplaba como si el pesado zumbido que salía de sus muchos pisos fuera para ella una música orgullosa.

Al cabo se marchó, y el día se marchó tras ella, y las luces se encendieron de nuevo, y el Expreso pasó atronando a la vista del Palacio de Hadas, sobre los arcos cercanos: apenas sentido en medio del estruendo de la maquinaria, y apenas oído por encima de su fragor y su traqueteo. Mucho antes de eso, sus pensamientos habían vuelto a la sombría habitación encima de la tiendecita, y a la figura vergonzosa, pesada sobre la cama, pero más pesada aún sobre su corazón.

La maquinaria aminoró; palpitando débilmente como un pulso que desfallece; se detuvo. Otra vez la campana; disipado el resplandor de luz y calor; las fábricas, alzándose pesadas en la negra noche mojada, con sus altas chimeneas elevándose en el aire como Torres de Babel rivales.

Era verdad que había hablado con Rachael tan solo la noche anterior, y había caminado con ella un breve trecho; pero llevaba encima su nueva desgracia, en la que nadie más podía darle un momento de alivio, y, por su causa, y porque sabía que necesitaba aquel ablandamiento de su cólera que ninguna voz sino la de ella podía obrar, sintió que podía hasta cierto punto desatender lo que ella le había dicho, y esperarla de nuevo. Esperó, pero ella lo había eludido. Se había marchado. Ninguna otra noche del año podría haber prescindido tan mal de su rostro paciente.

¡Oh! Más valía no tener hogar donde reclinar la cabeza, que tener un hogar y temer volver a él, por semejante causa. Comió y bebió, porque estaba agotado —pero apenas supo ni le importó qué—; y anduvo vagando bajo la lluvia fría, pensando y pensando, y cavilando y cavilando.

Ninguna palabra de un nuevo matrimonio había pasado jamás entre ellos; pero Rachael se había compadecido mucho de él años atrás, y solo a ella había abierto, todo este tiempo, su corazón cerrado, en lo tocante a sus miserias; y él sabía muy bien que, si fuera libre para pedírselo, ella lo aceptaría. Pensó en el hogar que en aquel mismo momento podría haber estado buscando con placer y con orgullo; en el hombre distinto que podría haber sido aquella noche; en la ligereza que entonces tendría su pecho, ahora tan cargado; en el honor, el respeto de sí mismo y la tranquilidad que entonces habría recobrado, hechos ahora pedazos. Pensó en el desperdicio de la mejor parte de su vida, en el cambio que ello obraba en su carácter, a peor cada día, en la espantosa naturaleza de su existencia, atado de pies y manos a una mujer muerta, y atormentado por un demonio con su figura. Pensó en Rachael, en lo joven que era cuando se unieron por primera vez en estas circunstancias, en lo madura que era ahora, en lo pronto que iba a envejecer. Pensó en el número de muchachas y mujeres a las que había visto casarse, en cuántos hogares con niños había visto crecer a su alrededor, en cómo ella había seguido, contenta, su propio camino solitario y quieto —por él—, y en cómo él había visto a veces una sombra de melancolía en su bendito rostro, que lo hería de remordimiento y desesperación. Puso la imagen de ella junto a la infame imagen de la noche anterior; y pensó: ¿Sería posible que todo el curso terrenal de un ser tan dulce, bueno y abnegado estuviera sojuzgado a un desdichado como aquel?

Lleno de estos pensamientos —tan lleno que sentía una insana impresión de agrandarse, de hallarse colocado en alguna relación nueva y enferma con los objetos entre los que pasaba, de ver cómo el halo en torno a cada luz nebulosa se volvía rojo—, se fue a casa a guarecerse.

Capítulo XIII. Rachael

Una vela ardía con luz mortecina en la ventana, la misma ventana hacia la que tantas veces se había alzado la escalera negra para bajar deslizando cuanto había habido de más precioso en este mundo para una esposa esforzada y una prole de criaturas hambrientas; y Stephen añadió a sus demás pensamientos la severa reflexión de que, entre todos los azares de esta existencia terrena, ninguno se repartía con mano tan desigual como la Muerte. La desigualdad del Nacimiento no era nada en comparación. Porque, admitiendo que el hijo de un Rey y el hijo de un Tejedor naciesen esta misma noche en el mismo instante, ¿qué era aquella disparidad comparada con la muerte de cualquier criatura humana útil a otra, o amada por otra, mientras esta mujer abandonada seguía viviendo?

Desde el exterior de su casa pasó sombríamente al interior, con el aliento contenido y el paso lento. Subió hasta su puerta, la abrió, y así entró en la habitación.

Allí había quietud y paz. Allí estaba Rachael, sentada junto a la cama.

Ella volvió la cabeza, y la luz de su rostro brilló sobre la medianoche de la mente de él. Estaba sentada junto a la cama, velando y cuidando a su mujer. Es decir, él vio que alguien yacía allí, y sabía demasiado bien que debía de ser ella; pero las manos de Rachael habían colgado una cortina, de modo que quedaba oculta a su vista. Sus prendas vergonzosas habían sido retiradas, y en la habitación había alguna ropa de Rachael. Todo estaba en su sitio y

en orden, como él lo tenía siempre; el pequeño fuego acababa de ser avivado, y el hogar estaba recién barrido. A él le pareció ver todo esto en el rostro de Rachael, y no mirar nada más. Mientras lo miraba, quedó oculto a su vista por las lágrimas enternecidas que le llenaron los ojos; pero no antes de haber visto con cuánta gravedad lo miraba ella, y cómo también sus propios ojos se habían llenado.

Ella se volvió de nuevo hacia la cama, y, comprobando que allí todo estaba tranquilo, habló con voz baja, serena y animosa.

—Me alegro de que hayas venido por fin, Stephen. Vienes muy tarde.

—He estado caminando de un lado para otro.

—Ya me lo figuraba. Pero hace demasiada mala noche para eso. La lluvia cae muy fuerte, y se ha levantado viento.

¿El viento? Cierto. Soplaba con fuerza. ¡Qué manera de tronar en la chimenea, y qué bramido el suyo! ¡Haber estado fuera, con un viento así, sin haberse dado cuenta de que soplaba!

—Ya he estado aquí una vez hoy, Stephen. La casera vino a buscarme a la hora de comer. Dijo que había aquí alguien que necesitaba que la cuidasen. Y, en efecto, tenía razón. Toda perdida y extraviada, Stephen. Herida, además, y con magulladuras.

Él se dirigió lentamente a una silla y se sentó, dejando caer la cabeza ante ella.

—Vine a hacer lo poco que pudiera, Stephen; primero, porque trabajó conmigo cuando las dos éramos muchachas, y porque tú la cortejaste y te casaste con ella cuando yo era su amiga...

Él apoyó la frente surcada de arrugas en la mano, con un gemido sordo.

—Y, además, porque conozco tu corazón, y estoy bien segura y cierta de que es demasiado compasivo para dejarla morir, o siquiera sufrir, por falta de ayuda. Tú sabes quién dijo: «¡Que tire la primera piedra el que esté libre de pecado!». Ya ha habido de sobra quien se

la tirara. Tú no eres hombre de tirar la última piedra, Stephen, cuando ella ha caído tan bajo.

—¡Oh, Rachael, Rachael!

—Has sufrido cruelmente; ¡que el Cielo te lo premie! —dijo ella, con acento compasivo—. Soy tu pobre amiga, con toda mi alma y mi entendimiento.

Las heridas de que había hablado parecían estar en el cuello de la mujer que se había perdido por su propia mano. Se las curó entonces, sin dejar de ocultarla a su vista. Empapó un paño de lino en una jofaina, en la que vertió un líquido de un frasco, y lo aplicó con mano suave sobre la llaga. La mesita de tres patas había sido acercada junto a la cama, y sobre ella había dos frascos. Este era uno.

No estaba tan lejos como para que Stephen, siguiendo con los ojos las manos de ella, no pudiera leer lo que en él estaba impreso con grandes letras. Se puso de un color mortal, y un horror repentino pareció abatirse sobre él.

—Me quedaré aquí, Stephen —dijo Rachael, volviendo tranquilamente a sentarse—, hasta que den las tres. Hay que hacerlo otra vez a las tres, y después ya se la puede dejar hasta la mañana.

—Pero tu descanso, de cara al trabajo de mañana, querida.

—Anoche dormí bien. Puedo pasar despierta muchas noches, si hace falta. Eres tú quien necesita descansar, tan pálido y cansado que estás. Intenta dormir ahí, en la silla, mientras yo velo. Anoche no dormiste, bien lo creo. El trabajo de mañana es mucho más duro para ti que para mí.

Oía el fragor y el bramido de fuera, y le parecía como si su reciente humor iracundo anduviera rondando en busca de él. Ella lo había expulsado; ella lo mantendría fuera; él confiaba en que ella lo defendiera de sí mismo.

—No me reconoce, Stephen; solo murmura amodorrada y mira fijamente. Le he hablado una y otra vez, pero no se entera. Mejor así. Cuando recobre el juicio, yo ya habré hecho lo que pude, y ella no se habrá dado cuenta de nada.

—¿Cuánto tiempo se espera, Rachael, que siga así?

—El médico dijo que quizá recobrara el juicio mañana.

Sus ojos volvieron a caer sobre el frasco, y un temblor lo recorrió, haciéndole estremecerse de pies a cabeza. Ella pensó que tenía frío por la humedad. —No —dijo él—, no era eso. Había tenido un susto.

—¿Un susto?

—Sí, sí, al entrar. Cuando andaba caminando. Cuando iba pensando. Cuando yo... —Volvió a sobrecogerlo; y se puso en pie, sujetándose a la repisa de la chimenea, mientras se alisaba el pelo húmedo y frío con una mano que temblaba como si tuviera perlesía.

—¡Stephen!

Ella se acercaba a él, pero él extendió el brazo para detenerla.

—¡No! No, por favor, no. Déjame verte sentada junto a la cama. Déjame verte, tan buena, tan indulgente. Déjame verte como te vi al entrar. Nunca podré verte mejor que así. ¡Nunca, nunca, nunca!

Le sobrevino un violento acceso de temblor, y después se dejó caer en la silla. Al cabo de un rato se dominó, y, apoyando un codo en la rodilla y la cabeza en aquella mano, pudo volver la mirada hacia Rachael. Vista a través de la vela mortecina, con los ojos empañados, parecía tener una aureola de gloria en torno a la cabeza. Él pudo haber creído que la tenía. Lo creyó de veras, mientras el ruido de fuera sacudía la ventana, hacía traquetear la puerta de abajo, y andaba por toda la casa clamando y lamentándose.

—Cuando ella mejore, Stephen, es de esperar que te deje otra vez en paz, y no te haga más daño. De todos modos, esperémoslo así por ahora. Y ahora voy a callar, porque quiero que duermas.

Cerró los ojos, más por complacerla que por descansar su cabeza fatigada; pero, poco a poco, mientras escuchaba el gran fragor del viento, dejó de oírlo, o este se transformó en el traqueteo de su telar, o incluso en las voces del día (la suya propia incluida) diciendo lo que de verdad se había dicho. Hasta esta conciencia imperfecta se desvaneció al fin, y tuvo un sueño largo y turbado.

Soñó que él, y alguien en quien su corazón llevaba mucho tiempo puesto —pero no era Rachael, y aquello le sorprendió, aun en medio de su dicha imaginaria—, estaban en la iglesia, casándose. Mientras se celebraba la ceremonia, y mientras reconocía entre los testigos a algunos que sabía vivos, y a muchos que sabía muertos, se hizo la oscuridad, seguida del resplandor de una luz tremenda. Brotaba de una línea de la tabla de los mandamientos que había en el altar, e iluminaba el edificio con aquellas palabras. Resonaban también por toda la iglesia, como si hubiera voces dentro de las letras de fuego. Al llegar a esto, todo el aspecto de cuanto tenía delante y alrededor cambió, y no quedó nada de lo que había sido, salvo él mismo y el clérigo. Estaban a la luz del día ante una muchedumbre tan vasta que, pensó él, aunque se hubiera reunido en un solo lugar a toda la gente del mundo, no habría podido parecer más numerosa; y todos lo aborrecían, y no había un solo ojo compasivo o amistoso entre los millones que tenía clavados en el rostro. Estaba de pie sobre un estrado, bajo su propio telar; y, alzando la vista hacia la forma que había tomado el telar, y oyendo con toda claridad leer el oficio de difuntos, supo que estaba allí para sufrir la muerte. En un instante, aquello sobre lo que estaba de pie cedió bajo él, y desapareció.

De qué misterio regresó a su vida cotidiana, y a los lugares que conocía, no pudo saberlo; pero volvió a esos lugares por algún medio, y con esta condena sobre él: que nunca más, ni en este mundo ni en el otro, a lo largo de todas las edades inimaginables de la eternidad, volvería a mirar el rostro de Rachael ni a oír su voz. Errando de un lado a otro, sin cesar, sin esperanza, y en busca de no sabía qué (solo sabía que estaba condenado a buscarlo), era presa de un terror innombrable y horrible, un miedo mortal a una forma determinada que todo iba adoptando. Todo cuanto miraba se

convertía tarde o temprano en aquella forma. El objeto de su existencia miserable era impedir que la reconociera ninguna de las diversas personas con las que se encontraba. ¡Trabajo sin esperanza! Si los sacaba de las habitaciones donde ella estaba, si cerraba los cajones y armarios donde se hallaba, si apartaba a los curiosos de los lugares donde sabía que estaba oculta, y los llevaba afuera, a la calle, hasta las mismas chimeneas de las fábricas tomaban aquella forma, y en torno a ellas estaba la palabra impresa.

El viento volvía a soplar, la lluvia azotaba los tejados, y los amplios espacios por los que había vagado se contrajeron hasta las cuatro paredes de su cuarto. Salvo que el fuego se había apagado, todo estaba como cuando había cerrado los ojos. Rachael parecía haberse quedado adormilada en la silla junto a la cama. Estaba sentada, envuelta en su chal, perfectamente inmóvil. La mesa seguía en el mismo sitio, junto a la cama, y sobre ella, con sus proporciones y su aspecto reales, estaba la forma tantas veces repetida.

Le pareció que la cortina se movía. Volvió a mirar, y tuvo la certeza de que se movía. Vio asomar una mano y tantear un poco alrededor. Después la cortina se movió de manera más perceptible, y la mujer de la cama la apartó, y se incorporó.

Con sus ojos afligidos, tan macilentos y extraviados, tan pesados y grandes, recorrió con la mirada toda la habitación, y pasó por el rincón donde él dormía en su silla. Sus ojos volvieron a aquel rincón, y ella se hizo visera con la mano mientras miraba hacia allí. De nuevo recorrieron toda la habitación, apenas reparando en Rachael, si es que reparaban en algo, y volvieron a aquel rincón. Él pensó, mientras ella volvía a hacerse visera con la mano —no tanto mirándolo a él como buscándolo con un instinto animal de que él estaba allí—, que no quedaba un solo rastro, en aquellas facciones envilecidas ni en la mente que las acompañaba, de la mujer con la que se había casado dieciocho años atrás. Pero, de no haberla visto llegar a esto poco a poco, jamás habría podido creer que fuese la misma.

Durante todo este tiempo, como si un hechizo pesara sobre él, permaneció inmóvil e impotente, sin poder hacer otra cosa que mirarla.

Amodorrada y estúpida, o conversando consigo misma, incapaz, sobre nada, permaneció así un rato, con las manos en los oídos y la cabeza apoyada en ellas. Al poco, reanudó su mirar fijo por la habitación. Y entonces, por primera vez, sus ojos se detuvieron en la mesa con los frascos.

Al momento volvió los ojos hacia el rincón de él, con el desafío de la noche anterior, y, moviéndose con mucho cuidado y sigilo, tendió su mano codiciosa. Metió en la cama un jarro, y estuvo un rato considerando cuál de los dos frascos elegiría. Por fin, posó su mano insensata sobre el frasco que contenía una muerte rápida y segura, y, ante los ojos de él, sacó el corcho con los dientes.

Sueño o realidad, él no tenía voz, ni tenía fuerzas para moverse. Si esto es real, y su hora señalada no ha llegado aún, ¡despierta, Rachael, despierta!

También ella pensó en eso. Miró a Rachael, y, muy despacio, con mucho cuidado, vertió el contenido. El brebaje estaba ya en sus labios. Un instante más, y quedaría fuera del alcance de toda ayuda, aunque el mundo entero despertase y acudiera junto a ella con todo su poder. Pero en ese instante Rachael se incorporó de un salto, con un grito contenido. La criatura forcejeó, la golpeó, la agarró del pelo; pero Rachael se hizo con la copa.

Stephen se levantó de golpe de la silla. —Rachael, ¿estoy despierto o soñando, esta noche espantosa?

—Todo está bien, Stephen. Yo también me había dormido. Son casi las tres. ¡Chis! Oigo las campanas.

El viento traía hasta la ventana el sonido del reloj de la iglesia. Escucharon, y dio las tres. Stephen la miró, vio lo pálida que estaba, notó el desorden de su pelo, y las marcas rojas de unos dedos en su frente, y tuvo la certeza de que sus sentidos de la vista y el oído habían estado despiertos. Ella tenía aún la copa en la mano.

—Ya pensaba yo que debían de ser casi las tres —dijo ella, vertiendo con calma el contenido de la copa en la jofaina, y empapando el lino como antes—. ¡Cuánto me alegro de haberme quedado! Ya está, en cuanto le ponga esto. ¡Ya está! Y ahora vuelve a estar tranquila. Las pocas gotas que quedan en la jofaina las tiraré, porque es mala cosa dejarla por ahí, por poco que sea. — Mientras hablaba, vació la jofaina sobre las cenizas del fuego, y rompió el frasco contra el hogar.

Ya no le quedaba nada por hacer, salvo cubrirse con el chal antes de salir al viento y a la lluvia.

—¿Me dejarás acompañarte, a esta hora, Rachael?

—No, Stephen. Es solo un minuto, y ya estoy en casa.

—¿No te da miedo —dijo él en voz baja, mientras salían por la puerta— dejarme solo con ella?

Al mirarlo ella, diciendo: «¿Stephen?», él se puso de rodillas ante ella, en la pobre y mísera escalera, y se llevó a los labios una punta de su chal.

—Eres un Ángel. ¡Que Dios te bendiga, que te bendiga!

—Soy, como ya te he dicho, Stephen, tu pobre amiga. Los ángeles no son como yo. Entre ellos y una obrera llena de faltas hay un abismo profundo. Mi hermanita está entre ellos, pero está transformada.

Alzó los ojos un instante al decir estas palabras; y luego volvieron a posarse, con toda su dulzura y mansedumbre, en el rostro de él.

—Tú me cambias de malo a bueno. Tú me haces desear humildemente parecerme más a ti, y temer perderte cuando esta vida se acabe, y todo el embrollo quede aclarado. Eres un Ángel; puede que hayas salvado mi alma.

Ella lo miró, de rodillas a sus pies, con el chal todavía en la mano de él, y el reproche murió en sus labios al ver la agitación de su rostro.

—Volví a casa desesperado. Volví a casa sin ninguna esperanza, y enloquecido de pensar que, en cuanto decía una palabra de queja, me tomaban por un brazo irrazonable. Te dije que había tenido un susto. Era el frasco de veneno, encima de la mesa. Yo jamás he hecho daño a una sola criatura viva; pero, al dar con él tan de repente, pensé: «¿Cómo puedo *yo* decir lo que podría haberme hecho a mí mismo, o a ella, o a los dos?».

Ella le puso las dos manos en la boca, con el rostro lleno de espanto, para impedir que siguiera hablando. Él se las cogió con la mano que tenía libre y, sujetándolas, sin soltar el borde del chal, dijo apresuradamente:

—Pero yo te veo, Rachael, sentada junto a la cama. Te he visto así toda esta noche. En mi sueño agitado he sabido que seguías estando ahí. Para siempre te veré ahí. Nunca más la veré a ella ni pensaré en ella, sin que tú estés a su lado. Nunca más veré ni pensaré en nada que me encolerice, sin que tú, tan por encima de mí, estés junto a ello. Y así trataré de mirar hacia ese tiempo, y así trataré de confiar en ese tiempo, en que tú y yo, por fin, caminaremos juntos, lejos de aquí, más allá del abismo profundo, en el país donde está tu hermanita.

Volvió a besar el borde de su chal, y la dejó ir. Ella le dio las buenas noches con voz quebrada, y salió a la calle.

El viento soplaba desde el lado por donde pronto asomaría el día, y seguía soplando con fuerza. Había despejado el cielo a su paso, y la lluvia se había agotado o se había alejado hacia otra parte, y las estrellas brillaban. Él se quedó de pie en la calzada, con la cabeza descubierta, viendo cómo ella desaparecía deprisa. Lo que las estrellas resplandecientes eran para la pesada vela de la ventana, eso era Rachael, en la ruda fantasía de aquel hombre, para las experiencias comunes de su vida.

Capítulo XIV. El gran fabricante

El Tiempo avanzaba en Coketown igual que su propia maquinaria: tanta materia elaborada, tanto combustible consumido, tantas fuerzas desgastadas, tanto dinero ganado. Pero, menos inexorable que el hierro, el acero y el bronce, traía sus estaciones variables incluso a aquel desierto de humo y ladrillo, y presentaba la única resistencia que jamás *se* presentó en aquel lugar contra su aciaga uniformidad.

—Louisa se está haciendo —dijo el señor Gradgrind— casi una mujer.

El Tiempo, con su incontable potencia de caballos, seguía trabajando sin atender a lo que nadie dijera, y pronto hizo salir a Thomas —convertido ya en un joven— un palmo más alto que la última vez que su padre se había fijado particularmente en él.

—Thomas se está haciendo —dijo el señor Gradgrind— casi un hombre.

El Tiempo hizo avanzar a Thomas por la fábrica, mientras su padre lo pensaba, y allí estaba él, de pie, con levita de faldones largos y un cuello de camisa tieso.

—Realmente —dijo el señor Gradgrind—, ha llegado el momento en que Thomas debería entrar con Bounderby.

El Tiempo, sin soltarlo, lo hizo pasar al banco de Bounderby, lo convirtió en huésped de la casa de Bounderby, hizo necesaria la

compra de su primera navaja de afeitar, y lo ejercitó con diligencia en sus cálculos relativos al número uno.

El mismo gran fabricante, siempre con una inmensa variedad de trabajo entre manos, en todas las fases de elaboración, hizo avanzar también a Sissy por su fábrica, y la convirtió en un artículo verdaderamente bonito, la verdad.

—Me temo, Jupe —dijo el señor Gradgrind—, que continuar más tiempo en la escuela sería inútil.

—Me temo que sí, señor —respondió Sissy con una reverencia.

—No puedo ocultarte, Jupe —dijo el señor Gradgrind, frunciendo el ceño—, que el resultado de tu período de prueba allí me ha decepcionado; me ha decepcionado mucho. No has adquirido, bajo la tutela del señor y la señora M'Choakumchild, ni con mucho la cantidad de conocimiento exacto que yo esperaba. Estás sumamente deficiente en tus hechos. Tu conocimiento de las cifras es muy limitado. Estás del todo atrasada, y por debajo de lo exigido.

—Lo siento, señor —respondió ella—, pero sé que es completamente cierto. Aun así, me he esforzado mucho, señor.

—Sí —dijo el señor Gradgrind—, sí, creo que te has esforzado mucho; te he observado, y no puedo encontrar defecto alguno en ese aspecto.

—Gracias, señor. A veces he pensado —Sissy, muy tímida en este punto— que quizá intentaba aprender demasiado, y que si hubiera pedido que me dejasen intentarlo un poco menos, tal vez habría podido...

—No, Jupe, no —dijo el señor Gradgrind, negando con la cabeza del modo más profundo y eminentemente práctico que tenía—. No. El método que seguiste, lo seguiste conforme al sistema..., al sistema..., y no hay más que decir sobre eso. Solo puedo suponer que las circunstancias de tu primera infancia fueron demasiado desfavorables para el desarrollo de tus facultades de razonamiento,

y que empezamos demasiado tarde. Aun así, como ya he dicho, estoy decepcionado.

—Ojalá hubiera podido corresponder mejor, señor, a su bondad para con una pobre muchacha desamparada que no tenía ningún derecho sobre usted, y a la protección que le ha dispensado.

—No derrames lágrimas —dijo el señor Gradgrind—. No derrames lágrimas. No me quejo de ti. Eres una joven afectuosa, formal y buena..., y..., y con eso tendremos que conformarnos.

—Muchísimas gracias, señor —dijo Sissy, con una reverencia agradecida.

—Le eres útil a la señora Gradgrind, y (de un modo que se extiende a todo en general) también resultas útil en la familia; así lo entiendo por la señorita Louisa, y, en efecto, así lo he observado yo mismo. Por lo tanto, espero —dijo el señor Gradgrind— que sepas hacerte feliz en esas relaciones.

—No tendría nada que desear, señor, si...

—Te entiendo —dijo el señor Gradgrind—; todavía te refieres a tu padre. Por la señorita Louisa sé que aún conservas ese frasco. ¡Bien! Si tu formación en la ciencia de llegar a resultados exactos hubiera tenido más éxito, serías más sensata en estos puntos. No diré más.

En realidad le tenía demasiado afecto a Sissy para sentir desprecio por ella; de lo contrario, tenía en tan poca estima sus facultades de cálculo que forzosamente habría llegado a esa conclusión. De un modo u otro, se había apoderado de él la idea de que había en aquella muchacha algo que apenas podía expresarse en forma de tabla. Su capacidad de definición podía fácilmente cifrarse en una cantidad muy baja, su conocimiento matemático en nada; y, sin embargo, no estaba seguro de que, si se le hubiera pedido, por ejemplo, que la clasificara por columnas en un informe parlamentario, hubiera sabido con exactitud cómo dividirla.

En algunas fases de su fabricación del tejido humano, los procesos del Tiempo son muy rápidos. Como el joven Thomas y Sissy se

hallaban ambos en una de esas fases de su elaboración, estos cambios se realizaron en uno o dos años; mientras que el señor Gradgrind mismo parecía estacionario en su curso, y no sufría alteración alguna.

Excepto una, ajena a su progreso necesario por la fábrica. El Tiempo lo empujó a un pequeño mecanismo ruidoso y bastante sucio, en un rincón apartado, y lo convirtió en diputado por Coketown: uno de los respetados miembros por las onzas de peso y las medidas, uno de los representantes de la tabla de multiplicar, uno de esos honorables caballeros sordos, honorables caballeros mudos, honorables caballeros ciegos, honorables caballeros cojos, honorables caballeros muertos, para cualquier otra consideración que no fuese la suya. Porque, si no, ¿para qué vivimos en una tierra cristiana, mil ochocientos y pico años después de nuestro Maestro?

Durante todo este tiempo, Louisa había ido pasando de una fase a otra, tan callada y reservada, y tan aficionada a mirar las brasas relucientes al anochecer mientras caían en la parrilla y se apagaban, que, desde la época en que su padre había dicho que era casi una mujer —lo que parecía haber sido ayer mismo—, apenas había vuelto a llamar su atención, hasta que se encontró con que era toda una mujer.

—Toda una mujer —dijo el señor Gradgrind, pensativo—. ¡Válgame Dios!

Poco después de este descubrimiento, se volvió más pensativo de lo habitual durante varios días, y parecía absorto en un solo asunto. Cierta noche, cuando salía, y Louisa vino a despedirse de él antes de que partiera —pues él no volvería hasta tarde y ella no lo vería de nuevo hasta la mañana siguiente—, él la tomó entre sus brazos, mirándola del modo más afectuoso que tenía, y dijo:

—¡Mi querida Louisa, eres una mujer!

Ella respondió con aquella mirada antigua, rápida y escrutadora, de la noche en que la encontraron en el Circo; después bajó los ojos. —Sí, padre.

—Querida mía —dijo el señor Gradgrind—, tengo que hablar contigo a solas y en serio. Ven a mi despacho mañana, después del desayuno, ¿quieres?

—Sí, padre.

—Tienes las manos bastante frías, Louisa. ¿No te encuentras bien?

—Muy bien, padre.

—¿Y contenta?

Ella volvió a mirarlo, y sonrió a su manera peculiar. —Estoy tan contenta, padre, como suelo estar, o como he solido estar.

—Está bien —dijo el señor Gradgrind. Dicho esto, la besó y se marchó; y Louisa volvió a la serena estancia de aquel carácter de cuarto de cortarse el pelo, y, apoyando el codo en la mano, volvió a mirar las chispas de corta vida que tan pronto se apagaban en cenizas.

—¿Estás ahí, Loo? —dijo su hermano, asomando la cabeza por la puerta. Era ya todo un joven de placeres, y no precisamente de aspecto agradable.

—Querido Tom —respondió ella, levantándose y abrazándolo—, ¡cuánto tiempo hace que no vienes a verme!

—Bueno, es que he andado ocupado en otras cosas, Loo, por las noches; y de día el viejo Bounderby me ha tenido bastante atareado. Pero yo lo aplaco hablándole de ti cuando se pone demasiado pesado, y así nos mantenemos en buenos términos. ¡Oye! ¿Te ha dicho padre algo en particular hoy o ayer, Loo?

—No, Tom. Pero esta noche me ha dicho que quería hacerlo mañana por la mañana.

—¡Ah! Eso es lo que quiero decir —dijo Tom—. ¿Sabes dónde está esta noche? —con expresión muy misteriosa.

—No.

—Pues te lo diré yo. Está con el viejo Bounderby. Están de palique los dos, muy a gusto, arriba, en el banco. ¿Por qué en el banco, te preguntarás? Pues te lo diré también: para mantener los oídos de la señora Sparsit lo más lejos posible, me figuro.

Con la mano en el hombro de su hermano, Louisa seguía de pie, mirando el fuego. Su hermano echó un vistazo a su rostro con más interés del habitual, y, rodeándole la cintura con el brazo, la atrajo hacia sí con zalamería.

—Me tienes mucho cariño, ¿verdad, Loo?

—Claro que sí, Tom, aunque dejes pasar unos intervalos tan largos sin venir a verme.

—Bueno, hermanita mía —dijo Tom—, cuando dices eso, te acercas a lo que estoy pensando. Podríamos estar juntos mucho más a menudo, ¿no crees? Casi siempre juntos, ¿no? Me haría mucho bien que te decidieras a hacer lo que ya sabes, Loo. Sería estupendo para mí. ¡Sería la mar de divertido!

Su aire pensativo desconcertaba el escrutinio astuto de su hermano. Él no consiguió sacar nada en claro de su rostro. La apretó con el brazo, y la besó en la mejilla. Ella le devolvió el beso, pero siguió mirando el fuego.

—Oye, Loo, he pensado en venir a insinuarte lo que se está tramando; aunque me figuraba que tú lo adivinarías de todos modos, aunque no lo supieras. No puedo quedarme, porque esta noche he quedado con unos amigos. No te olvidarás de lo mucho que me quieres, ¿verdad?

—No, querido Tom, no me olvidaré.

—Esa es mi chica —dijo Tom—. Adiós, Loo.

Ella le dio las buenas noches con cariño, y salió con él hasta la puerta, desde donde se veían las hogueras de Coketown, que teñían de un rojo lúgubre la distancia. Se quedó allí, mirando fijamente hacia ellas, y escuchando los pasos de su hermano que se alejaban. Se retiraban deprisa, contentos de escapar de Stone Lodge; y ella

siguió allí, cuando él ya se había ido y todo estaba en calma. Parecía como si, primero en el fuego de su propia casa, y después en la neblina encendida de fuera, tratara de averiguar qué clase de trama tejería el Viejo Tiempo, aquel Hilandero mayor y más antiguo de todos, con los hilos que ya había hilado para convertirla en mujer. Pero su fábrica es un lugar secreto, su trabajo no hace ruido, y sus Brazos son mudos.

Capítulo XV. Padre e hija

Aunque el señor Gradgrind no se parecía a Barba Azul, su despacho era en verdad una cámara azul por la abundancia de libros azules que contenía. Fuera lo que fuese lo que pudieran demostrar (que suele ser cualquier cosa que uno quiera), allí lo demostraban, en un ejército que se reforzaba constantemente con la llegada de nuevos reclutas. En aquel aposento encantado se planteaban las cuestiones sociales más complicadas, se reducían a totales exactos y quedaban, por fin, resueltas —si tan solo se hubiera podido hacer saber esto a los interesados—. Como si se construyera un observatorio astronómico sin ventana alguna, y el astrónomo de su interior tuviera que ordenar el universo estrellado únicamente con pluma, tinta y papel, así el señor Gradgrind, en *su* Observatorio (y hay muchos parecidos), no tenía necesidad de posar los ojos en las miríadas de seres humanos que pululaban a su alrededor, pues podía resolver todos sus destinos en una pizarra y enjugar todas sus lágrimas con un mismo trocito de esponja sucia.

A este Observatorio, pues —una habitación severa, con un fúnebre reloj estadístico que medía cada segundo con un golpe como el que se da sobre la tapa de un ataúd—, se dirigió Louisa la mañana señalada. Una ventana daba a Coketown; y cuando se sentó cerca de la mesa de su padre, vio las altas chimeneas y las largas franjas de humo perfilándose, lúgubres, en la pesada lejanía.

—Querida Louisa —dijo su padre—, anoche te previne para que me prestaras tu seria atención en la conversación que vamos a tener ahora. Has sido tan bien educada, y haces, me complace decirlo,

tanta justicia a la educación que has recibido, que tengo perfecta confianza en tu buen juicio. No eres impulsiva, no eres romántica, estás acostumbrada a considerarlo todo desde el terreno firme y desapasionado de la razón y el cálculo. Solo desde ese terreno sé que considerarás lo que voy a comunicarte.

Esperó, como si le hubiera complacido que ella dijera algo. Pero ella no dijo ni una palabra.

—Louisa, querida, eres objeto de una propuesta de matrimonio que me han hecho.

Volvió a esperar, y ella de nuevo no respondió ni una palabra. Esto le sorprendió lo bastante como para inducirlo a repetir con suavidad: «una propuesta de matrimonio, querida». A lo que ella replicó, sin emoción visible alguna:

—Le oigo, padre. Le presto atención, se lo aseguro.

—¡Vaya! —dijo el señor Gradgrind, esbozando una sonrisa tras quedarse un momento desconcertado—. Eres incluso más desapasionada de lo que esperaba, Louisa. ¿O acaso ya no te coge del todo desprevenida el anuncio que tengo el encargo de hacerte?

—Eso no puedo saberlo, padre, hasta que lo oiga. Preparada o no, deseo oírlo todo de sus labios. Deseo oír cómo me lo expone usted, padre.

Cosa extraña, el señor Gradgrind no estaba en ese momento tan sereno como su hija. Cogió un abrecartas, le dio vueltas entre las manos, lo dejó, volvió a cogerlo, y aun así tuvo que quedarse mirando a lo largo de la hoja, pensando cómo continuar.

—Lo que dices, querida Louisa, es perfectamente razonable. Me he comprometido, pues, a hacerte saber que... en resumen, que el señor Bounderby me ha informado de que ha seguido tus progresos durante mucho tiempo con particular interés y satisfacción, y que ha abrigado durante mucho tiempo la esperanza de que llegara al fin el momento en que pudiera ofrecerte su mano en matrimonio. Ese momento, que ha esperado durante tanto tiempo, y desde luego con

gran constancia, ha llegado ya. El señor Bounderby me ha hecho su propuesta de matrimonio, y me ha rogado que te la dé a conocer, y que exprese su esperanza de que la tomes en consideración favorable.

Silencio entre ambos. El fúnebre reloj estadístico, muy hueco. El humo lejano, muy negro y muy pesado.

—Padre —dijo Louisa—, ¿cree usted que amo al señor Bounderby?

El señor Gradgrind se sintió sumamente turbado por esta pregunta inesperada. —Bueno, hija mía —respondió—, yo... realmente... no puedo tomarme la libertad de decirlo.

—Padre —prosiguió Louisa exactamente con la misma voz de antes—, ¿me pide usted que ame al señor Bounderby?

—Querida Louisa, no. No. No te pido nada.

—Padre —continuó ella—, ¿me pide el señor Bounderby que lo ame?

—Realmente, querida —dijo el señor Gradgrind—, es difícil responder a tu pregunta...

—¿Difícil responder sí o no, padre?

—Ciertamente, querida. Porque... —aquí había algo que demostrar, y esto lo hizo recobrar el ánimo— porque la respuesta depende en gran medida, Louisa, del sentido en que empleemos la expresión. Ahora bien, el señor Bounderby no te hace a ti la injusticia, ni se la hace a sí mismo, de pretender nada fantasioso, fantástico o —uso términos sinónimos— sentimental. De poco le habría servido al señor Bounderby verte crecer ante sus ojos, si pudiera olvidar hasta tal punto lo que debe a tu buen juicio, por no decir al suyo propio, como para dirigirse a ti desde semejante terreno. Por tanto, quizá la expresión misma —esto no te lo sugiero más que de pasada, querida— esté un poco fuera de lugar.

—¿Qué me aconseja usted emplear en su lugar, padre?

—Pues bien, querida Louisa —dijo el señor Gradgrind, ya completamente repuesto—, te aconsejaría (puesto que me lo preguntas) que consideraras esta cuestión, como has acostumbrado a considerar cualquier otra cuestión, simplemente como un Hecho tangible. Los ignorantes y los frívolos pueden embarazar tales asuntos con fantasías irrelevantes y otros absurdos que, bien mirados, no tienen existencia —realmente ninguna existencia—, pero no te hago ningún cumplido al decir que tú sabes más que eso. Ahora bien, ¿cuáles son los Hechos de este caso? Tú tienes, digamos en números redondos, veinte años; el señor Bounderby tiene, digamos en números redondos, cincuenta. Hay cierta disparidad entre vuestras respectivas edades, pero en cuanto a medios y posición no hay ninguna; al contrario, hay una gran conveniencia. Se plantea entonces la pregunta: ¿basta esa única disparidad para constituir un obstáculo para semejante matrimonio? Al considerar esta cuestión, no carece de importancia tener en cuenta las estadísticas del matrimonio, en la medida en que se han podido obtener hasta ahora, en Inglaterra y Gales. Compruebo, al consultar las cifras, que una gran proporción de estos matrimonios se contraen entre partes de edades muy desiguales, y que el mayor de los dos contrayentes es, en algo más de las tres cuartas partes de los casos, el novio. Resulta notable, como muestra de lo extendida que está esta ley, que entre los nativos de las posesiones británicas en la India, también en buena parte de China, y entre los calmucos de Tartaria, los mejores medios de cálculo que nos han proporcionado hasta ahora los viajeros arrojen resultados similares. La disparidad que he mencionado, por tanto, casi deja de ser disparidad, y (virtualmente) queda poco menos que anulada.

—¿Qué me recomienda usted, padre —preguntó Louisa, sin que su reservada compostura se viera afectada en lo más mínimo por estos gratificantes resultados—, que sustituya por el término que he empleado hace un momento? ¿Por la expresión fuera de lugar?

—Louisa —replicó su padre—, me parece que nada puede ser más claro. Ciñéndote rigurosamente al Hecho, la cuestión de Hecho que debes plantearte es: ¿me pide el señor Bounderby que me case con

él? Sí, me lo pide. La única cuestión que queda entonces es: ¿debo casarme con él? Creo que nada puede ser más claro que eso.

—¿Debo casarme con él? —repitió Louisa, con gran deliberación.

—Precisamente. Y me resulta satisfactorio, como padre tuyo, querida Louisa, saber que no abordas la consideración de esa cuestión con los hábitos de pensamiento previos, y los hábitos de vida, que son propios de muchas mujeres jóvenes.

—No, padre —respondió ella—, no los tengo.

—Ahora te dejo que juzgues por ti misma —dijo el señor Gradgrind—. He expuesto el caso, tal como suelen exponerse tales casos entre mentes prácticas; lo he expuesto tal como se expuso en su día el caso de tu madre y el mío. El resto, querida Louisa, te corresponde decidirlo a ti.

Desde el principio, ella había permanecido mirándolo fijamente. Cuando él se recostó ahora en su silla, y a su vez clavó en ella sus ojos hundidos, quizá hubiera podido ver en ella un momento de vacilación, cuando se sintió impulsada a arrojarse sobre su pecho y entregarle las confidencias reprimidas de su corazón. Pero, para verlo, habría tenido que salvar de un salto las barreras artificiales que llevaba muchos años levantando entre sí mismo y todas aquellas sutiles esencias de la humanidad que eludirán la más fina astucia del álgebra hasta que la última trompeta que jamás haya de sonar haga añicos hasta el álgebra misma. Las barreras eran demasiadas y demasiado altas para semejante salto. Con su rostro inflexible, utilitario, pegado a los hechos, volvió a endurecerla; y el momento se precipitó en las insondables profundidades del pasado, a mezclarse con todas las ocasiones perdidas que allí yacen ahogadas.

Apartando de él los ojos, se quedó tanto rato mirando en silencio hacia la ciudad, que él acabó diciendo: —¿Estás consultando las chimeneas de las fábricas de Coketown, Louisa?

—Allí no parece haber más que humo lánguido y monótono. ¡Y, sin embargo, cuando llega la noche, estalla el Fuego, padre! —respondió ella, volviéndose con brusquedad.

—Por supuesto que lo sé, Louisa. No veo la aplicación de esa observación. —Y, para hacerle justicia, no la veía en absoluto.

Ella desechó el comentario con un ligero gesto de la mano y, concentrando de nuevo su atención en él, dijo: —Padre, a menudo he pensado que la vida es muy corta. —Esto era tan claramente uno de sus temas favoritos que él intervino.

—Es corta, sin duda, querida. Aun así, está demostrado que la duración media de la vida humana ha aumentado en los últimos años. Los cálculos de varias compañías de seguros de vida y rentas vitalicias, entre otras cifras que no pueden equivocarse, han establecido ese hecho.

—Hablo de mi propia vida, padre.

—¿Ah, sí? Aun así —dijo el señor Gradgrind—, no necesito señalarte, Louisa, que se rige por las leyes que rigen las vidas en conjunto.

—Mientras dure, desearía hacer lo poco que pueda, y aquello poco para lo que sirvo. ¿Qué más da?

El señor Gradgrind parecía bastante desconcertado, sin comprender estas últimas palabras; y respondió: —¿Cómo que qué más da? ¿Qué es lo que da, querida?

—El señor Bounderby —prosiguió ella, con calma y sin desviarse, sin hacer caso de esto último—, me pide que me case con él. La pregunta que debo hacerme es: ¿debo casarme con él? Así es, ¿no es cierto, padre? Usted mismo me lo ha dicho, padre. ¿No es así?

—Ciertamente, querida.

—Que así sea. Puesto que al señor Bounderby le complace tomarme de este modo, me conformo con aceptar su propuesta. Dígale, padre, en cuanto usted guste, que esta ha sido mi respuesta. Repítasela palabra por palabra, si puede, porque desearía que supiera lo que he dicho.

—Está muy bien, querida —replicó su padre con aprobación—, ser exacta. Atenderé tu deseo, que es muy apropiado. ¿Tienes algún deseo respecto a la fecha de tu matrimonio, hija mía?

—Ninguno, padre. ¡Qué más da!

El señor Gradgrind había acercado un poco su silla a la de ella, y le había tomado la mano. Pero la repetición de estas palabras pareció sonar con cierta discordancia en su oído. Se detuvo a mirarla, y, sin soltarle la mano, dijo:

—Louisa, no he considerado esencial hacerte una pregunta, porque la posibilidad que implica me pareció demasiado remota. Pero quizá debería hacerla. ¿Nunca has albergado en secreto ninguna otra propuesta?

—Padre —respondió ella, casi con desdén—, ¿qué otra propuesta se me ha podido hacer *a mí*? ¿A quién he visto? ¿Dónde he estado? ¿Cuáles son las experiencias de mi corazón?

—Querida Louisa —replicó el señor Gradgrind, tranquilizado y satisfecho—. Me corriges con razón. Solo deseaba cumplir con mi deber.

—¿Qué sé yo, padre —dijo Louisa con su manera tranquila—, de gustos y fantasías; de aspiraciones y afectos; de toda esa parte de mi naturaleza en la que tales cosas ligeras podrían haberse nutrido? ¿Qué escape he tenido yo de los problemas que podían demostrarse, y de las realidades que podían asirse? —Al decir esto, cerró inconscientemente la mano, como sobre un objeto sólido, y la fue abriendo despacio, como si soltara polvo o ceniza.

—Querida —asintió su eminentemente práctico progenitor—, muy cierto, muy cierto.

—Vaya, padre —prosiguió ella—, ¡qué pregunta tan extraña para hacérmela *a mí*! Esa preferencia infantil que hasta yo he oído decir que es corriente entre los niños jamás tuvo su inocente lugar de descanso en mi pecho. Usted ha sido tan cuidadoso conmigo, que nunca tuve corazón de niña. Me ha educado tan bien, que nunca

soñé un sueño de niña. Ha obrado con tanta sabiduría conmigo, padre, desde la cuna hasta esta hora, que nunca tuve creencia de niña ni miedo de niña.

El señor Gradgrind se sintió muy conmovido por su éxito, y por este testimonio del mismo. —Querida Louisa —dijo—, recompensas con creces mis desvelos. Bésame, querida niña.

Así que su hija lo besó. Reteniéndola en su abrazo, dijo: —Ahora puedo asegurarte, hija predilecta mía, que me hace feliz la sensata decisión a la que has llegado. El señor Bounderby es un hombre muy notable; y la escasa disparidad que pueda decirse que existe entre vosotros —si es que existe alguna— queda sobradamente compensada por el temple que ha adquirido tu mente. Siempre ha sido mi propósito educarte de tal modo que pudieras, aún en tu primera juventud, tener (si se me permite expresarlo así) casi cualquier edad. Bésame una vez más, Louisa. Ahora, vayamos a buscar a tu madre.

En consecuencia, bajaron al salón, donde la estimable dama sin tonterías de ningún tipo yacía reclinada como de costumbre, mientras Sissy trabajaba a su lado. Dio algunas débiles señales de recobrar la animación cuando entraron, y al poco la tenue transparencia se presentó en actitud sentada.

—Señora Gradgrind —dijo su marido, que había esperado la consecución de esta hazaña con cierta impaciencia—, permítame presentarle a la señora Bounderby.

—¡Ah! —dijo la señora Gradgrind—. ¡Conque ya lo habéis decidido! Bueno, espero de veras que tengas buena salud, Louisa; porque si en cuanto te cases empieza a partírsete la cabeza, como me pasó a mí, no puedo considerar que seas de envidiar, aunque no me cabe duda de que tú piensas que sí, como piensan todas las muchachas. Sin embargo, te doy la enhorabuena, querida... y espero que ahora saques buen partido a todos tus estudios de -ologías, ¡de verdad que lo espero! Debo darte un beso de felicitación, Louisa; pero no me toques el hombro derecho, que llevo todo el día con algo

que me corre por él. Y ahora ya veis —gimoteó la señora Gradgrind, ajustándose los chales tras la ceremonia afectuosa—, voy a tener que preocuparme, mañana, tarde y noche, ¡por saber cómo he de llamarlo!

—Señora Gradgrind —dijo su marido, solemnemente—, ¿qué quiere usted decir?

—¡Cómo he de llamarlo, señor Gradgrind, cuando esté casado con Louisa! Tengo que llamarlo de algún modo. Es imposible —dijo la señora Gradgrind, con una mezcla de cortesía y agravio—, dirigirse constantemente a él sin darle nunca un nombre. No puedo llamarlo Josiah, porque ese nombre me resulta insoportable. Usted mismo no quiso ni oír hablar de Joe, bien lo sabe. ¿He de llamar a mi propio yerno «Señor»? No, me parece, a menos que haya llegado el momento en que, como inválida que soy, mis parientes han de pisotearme. Entonces, ¿cómo he de llamarlo?

Como nadie de los presentes tenía sugerencia alguna que ofrecer ante tan singular emergencia, la señora Gradgrind se despidió de esta vida por el momento, tras añadir el siguiente codicilo a las palabras ya pronunciadas:

—En cuanto a la boda, lo único que pido, Louisa, es —y lo pido con un aleteo en el pecho que se me extiende hasta las plantas de los pies— que se celebre pronto. De lo contrario, sé que es de esos asuntos de los que nunca dejaré de oír hablar.

Cuando el señor Gradgrind había presentado a la señora Bounderby, Sissy había vuelto la cabeza de repente, y había mirado, con asombro, con lástima, con pesar, con duda, con una multitud de emociones, hacia Louisa. Louisa lo había sabido, y lo había visto, sin mirarla. Desde ese momento se mostró impasible, orgullosa y fría —mantuvo a Sissy a distancia— y cambió del todo con ella.

Capítulo XVI. Marido y mujer

La primera inquietud del señor Bounderby al conocer su propia felicidad la ocasionó la necesidad de comunicársela a la señora Sparsit. No conseguía decidir cómo hacerlo, ni cuáles podrían ser las consecuencias de tal paso. Si ella partiría de inmediato, armas y bagajes, hacia lady Scadgers, o si se negaría en redondo a moverse de la casa; si se mostraría quejumbrosa o injuriosa, llorosa o hecha una furia; si se le rompería el corazón, o rompería el espejo; el señor Bounderby no lograba preverlo todo. Sin embargo, como había que hacerlo, no tenía más remedio que hacerlo; así que, tras intentar redactar varias cartas, y fracasar en todas ellas, resolvió hacerlo de viva voz.

De camino a casa, la tarde que reservó para tan trascendental propósito, tomó la precaución de entrar en una farmacia y comprar un frasco de las sales aromáticas más fuertes que hubiera. —¡Por San Jorge! —dijo el señor Bounderby—. ¡Si le da por desmayarse, le voy a levantar la piel de la nariz, digan lo que digan! —Pero, a pesar de ir así prevenido, entró en su propia casa con todo menos aire valeroso; y se presentó ante el objeto de sus recelos como un perro consciente de venir derecho de la despensa.

—¡Buenas noches, señor Bounderby!

—Buenas noches, señora, buenas noches. —Acercó su silla, y la señora Sparsit retiró la suya, como quien dice: «Su chimenea, señor. Lo admito de buen grado. Le corresponde a usted ocuparla entera, si lo tiene a bien».

—¡No se vaya usted al Polo Norte, señora! —dijo el señor Bounderby.

—Gracias, señor —dijo la señora Sparsit, y regresó, aunque sin llegar del todo a su posición anterior.

El señor Bounderby se quedó mirándola mientras ella, con las puntas de unas tijeras rígidas y afiladas, iba picando agujeros con algún propósito ornamental insondable en un pedazo de batista. Una operación que, unida a las cejas pobladas y la nariz aguileña, sugería con bastante viveza la idea de un halcón cebándose en los ojos de un pajarillo correoso. Estaba tan enfrascada en su tarea, que transcurrieron muchos minutos antes de que alzara la vista de su labor; cuando lo hizo, el señor Bounderby reclamó su atención con un movimiento brusco de la cabeza.

—Señora Sparsit —dijo el señor Bounderby, metiéndose las manos en los bolsillos, y comprobando con la derecha que el corcho del frasquito estaba listo para usarse—, no tengo necesidad de decirle que no solo es usted una dama de nacimiento y crianza, sino también una mujer endiabladamente sensata.

—Señor —replicó la dama—, esta no es, desde luego, la primera vez que me honra usted con expresiones semejantes de su buena opinión.

—Señora Sparsit —dijo el señor Bounderby—, voy a asombrarla.

—¿Sí, señor? —replicó la señora Sparsit, en tono interrogativo, y con la mayor tranquilidad posible. Solía llevar mitones, y en ese momento dejó su labor y se los alisó.

—Voy, señora —dijo Bounderby—, a casarme con la hija de Tom Gradgrind.

—Sí, señor —replicó la señora Sparsit—. Espero que sea usted feliz, señor Bounderby. ¡Ah, de veras espero que sea usted feliz, señor! —Y lo dijo con tan gran condescendencia, y con tan gran compasión hacia él, que Bounderby —mucho más desconcertado que si ella le hubiera arrojado el costurero al espejo, o se hubiera

desmayado sobre la alfombrilla de la chimenea— volvió a encajar bien las sales en su bolsillo, y pensó: «Que el diablo se lleve a esta mujer, ¿quién iba a imaginar siquiera que se lo tomaría de este modo?».

—Deseo de todo corazón, señor —dijo la señora Sparsit, con aire sumamente superior; de algún modo pareció, en un instante, haberse arrogado el derecho a compadecerlo para siempre en adelante—, que sea usted muy feliz en todos los sentidos.

—Bueno, señora —replicó Bounderby, con cierto resentimiento en el tono, claramente rebajado, aunque a su pesar—, se lo agradezco. Espero serlo.

—¿De veras lo espera, señor? —dijo la señora Sparsit, con gran afabilidad—. Pero, claro, cómo no habría de esperarlo; por supuesto que sí.

A esto le siguió una pausa muy incómoda por parte del señor Bounderby. La señora Sparsit retomó sosegadamente su labor y de vez en cuando dejaba escapar una tosecilla, que sonaba como la tos de quien es consciente de su propia fortaleza y contención.

—Bueno, señora —prosiguió Bounderby—, dadas las circunstancias, imagino que a una persona de su carácter no le resultaría agradable quedarse aquí, aunque sería usted muy bienvenida.

—Ay, no, señor, de ningún modo podría planteármelo. —La señora Sparsit negó con la cabeza, todavía con su aire sumamente superior, y cambió un poco la tosecilla, tosiendo ahora como si el espíritu de la profecía se alzara dentro de ella, aunque más le valiera ahogarlo con la tos.

—Sin embargo, señora —dijo Bounderby—, hay unos aposentos en el Banco, donde una dama de nacimiento y crianza, como guardiana del lugar, sería más bien una ganga que otra cosa; y si en los mismos términos...

—Le ruego me disculpe, señor. Tuvo usted la bondad de prometer que sustituiría siempre esa expresión por la de gratificación anual.

—Bien, señora, gratificación anual. Si la misma gratificación anual le resultara aceptable allí, pues bien, no veo qué pudiera separarnos, a menos que sea usted quien lo desee.

—Señor —replicó la señora Sparsit—. La propuesta es digna de usted, y si la posición que he de asumir en el Banco es tal que pueda ocuparla sin descender más en la escala social...

—Pues claro que lo es —dijo Bounderby—. Si no lo fuera, señora, no supondrá usted que se la ofrecería a una dama que se ha movido en la sociedad en que usted se ha movido. ¡No es que a *mí* me importe esa sociedad, ya lo sabe! Pero a *usted* sí.

—Señor Bounderby, es usted muy considerado.

—Tendrá usted sus propios aposentos privados, y tendrá su carbón y sus velas, y todo lo demás, y tendrá su doncella para atenderla, y tendrá su mozo de guardia para protegerla, y será usted, me tomo la libertad de considerar, sumamente confortable —dijo Bounderby.

—Señor —repuso la señora Sparsit—, no diga usted más. Al ceder mi puesto de confianza aquí, no quedaré libre de la necesidad de comer el pan de la dependencia —bien podría haber dicho las mollejas, pues ese delicado manjar en salsa parda y sabrosa era su cena favorita—; y prefiero recibirlo de su mano que de cualquier otra. Por tanto, señor, acepto su ofrecimiento con gratitud, y con muchos sinceros reconocimientos por los favores pasados. Y espero, señor —dijo la señora Sparsit, concluyendo de un modo imponentemente compasivo—, espero fervientemente que la señorita Gradgrind sea todo lo que usted desea, ¡y merece!

Nada volvió a mover a la señora Sparsit de esa posición. De nada le sirvió a Bounderby fanfarronear o afirmarse a sí mismo con cualquiera de sus modos explosivos; la señora Sparsit estaba resuelta a compadecerlo, como a una Víctima. Se mostraba cortés, servicial, alegre, esperanzada; pero, cuanto más cortés, más

servicial, más alegre, más esperanzada, más ejemplar en conjunto era ella, más desamparado Sacrificio y Víctima era él. Sentía tal ternura por su destino melancólico, que su gran semblante colorado solía cubrirse de sudores fríos cuando ella lo miraba.

Entretanto, se fijó que el matrimonio se solemnizaría al cabo de ocho semanas, y el señor Bounderby acudía cada tarde a Stone Lodge como pretendiente aceptado. En estas ocasiones, el amor se hacía en forma de pulseras; y, en todas las ocasiones del periodo de noviazgo, adoptó un cariz fabril. Se hacían vestidos, se hacían joyas, se hacían pasteles y guantes, se hacían capitulaciones, y un extenso surtido de Hechos rindió el debido honor al contrato. El asunto fue todo Hecho, de principio a fin. Las Horas no protagonizaron ninguna de esas actuaciones sonrosadas que los poetas necios les han atribuido en tales ocasiones; ni los relojes anduvieron ni más deprisa ni más despacio que en otras estaciones. El fúnebre registrador estadístico del observatorio de los Gradgrind daba un golpe en la cabeza a cada segundo en cuanto nacía, y lo enterraba con su acostumbrada regularidad.

Así llegó el día, como llegan todos los demás días para la gente que solo se atiene a la razón; y cuando llegó, se casaron, en la iglesia de las floridas patas de madera —ese popular orden de arquitectura—, Josiah Bounderby, Esquire, de Coketown, con Louisa, hija mayor de Thomas Gradgrind, Esquire, de Stone Lodge, diputado por dicho distrito. Y cuando quedaron unidos en santo matrimonio, volvieron a casa a desayunar a la ya mencionada Stone Lodge.

Se había reunido para tan fausta ocasión una concurrencia edificante, que sabía de qué estaba hecho todo cuanto tenían para comer y beber, y cómo se importaba o exportaba, y en qué cantidades, y en qué buques, nacionales o extranjeros, y todo lo demás al respecto. Las damas de honor, hasta la pequeña Jane Gradgrind, eran, desde un punto de vista intelectual, dignas compañeras del muchacho calculador; y no había tonterías de ningún tipo en toda la concurrencia.

Después del desayuno, el novio se dirigió a ellos en los siguientes términos:

—Señoras y señores, soy Josiah Bounderby de Coketown. Puesto que me han hecho a mi esposa y a mí el honor de brindar por nuestra salud y felicidad, supongo que debo agradecerlo; aunque, como todos ustedes me conocen, y saben lo que soy, y cuál fue mi extracción, no esperarán un discurso de un hombre que, cuando ve un Poste, dice «eso es un Poste», y cuando ve una Bomba, dice «eso es una Bomba», y al que no se le puede hacer llamar Bomba a un Poste, ni Poste a una Bomba, ni Mondadientes a ninguno de los dos. Si quieren ustedes un discurso esta mañana, mi amigo y suegro, Tom Gradgrind, es diputado del Parlamento, y ya saben dónde conseguirlo. Yo no soy su hombre. Sin embargo, si hoy me siento un poco independiente al mirar alrededor de esta mesa, y pienso en lo poco que pensaba yo en casarme con la hija de Tom Gradgrind cuando era un golfillo callejero harapiento, que nunca se lavaba la cara salvo en una bomba de agua, y eso no más de una vez cada quince días, espero que se me disculpe. Así que espero que les guste que me sienta independiente; si no les gusta, no puedo evitarlo. *Sí* que me siento independiente. Ahora bien, he mencionado, y ustedes han mencionado, que hoy me caso con la hija de Tom Gradgrind. Me alegro mucho de que así sea. Ha sido mi deseo desde hace mucho tiempo. He observado su educación, y creo que es digna de mí. Al mismo tiempo —para no engañarles— creo que yo soy digno de ella. Así que les doy las gracias, de parte de ambos, por la buena voluntad que nos han mostrado; y el mejor deseo que puedo brindar a la parte soltera de la presente compañía es este: espero que todo soltero encuentre una esposa tan buena como la que yo he encontrado. Y espero que toda soltera encuentre un marido tan bueno como el que ha encontrado mi esposa.

Poco después de esta arenga, dado que iban a emprender un viaje nupcial a Lyon, para que el señor Bounderby pudiera aprovechar la ocasión de ver cómo les iba a los brazos por aquellos parajes, y si también a ellos había que darles de comer con cuchara de oro, la feliz pareja partió hacia el ferrocarril. La novia, al bajar las

escaleras, ya vestida para el viaje, encontró a Tom esperándola —encendido, ya fuera por la emoción, ya por la parte vinosa del desayuno.

—¡Qué chica más valiente eres, Loo, para ser una hermana de primera! —susurró Tom.

Se aferró a él como debería haberse aferrado, ese día, a una naturaleza mucho mejor, y por primera vez su reservada compostura se vio un poco quebrantada.

—El viejo Bounderby ya está listo —dijo Tom—. Se acabó el tiempo. ¡Adiós! Estaré atento para cuando vuelvas. ¡Oye, mi querida Loo! ¿A que es esto tremendamente divertido?

Libro II. La siega

Capítulo I. Efectos en el banco

Un día de sol en pleno verano. Los había, de cuando en cuando, incluso en Coketown.

Vista desde lejos con ese tiempo, Coketown yacía envuelta en una calina propia, que parecía impenetrable a los rayos del sol. Solo se sabía que la ciudad estaba allí porque se sabía que no podía haber semejante mancha hosca en el paisaje sin que hubiera una ciudad. Una masa confusa de hollín y humo, que ora se inclinaba hacia un lado, ora hacia otro, ora aspiraba a la bóveda del Cielo, ora se arrastraba turbia por la tierra, según se levantaba o amainaba el viento, o cambiaba de rumbo: un revoltijo denso e informe, atravesado por franjas de luz cruzada que no mostraban sino masas de oscuridad; Coketown, a lo lejos, sugería su propia existencia, aunque no se viera de ella ni un solo ladrillo.

Lo asombroso era que existiera siquiera. Se había arruinado tantas veces que causaba estupor que hubiera soportado tantas sacudidas. Sin duda no hubo nunca porcelana tan frágil como aquella de la que estaban hechos los fabricantes de Coketown. Por poco que se los manejara, se hacían pedazos con tal facilidad que cabía sospechar que ya venían agrietados de antes. Se arruinaban cuando se les exigía mandar a la escuela a los niños trabajadores; se arruinaban cuando se nombraban inspectores para examinar sus fábricas; se arruinaban cuando esos inspectores dudaban de si estaban del todo justificados al hacer trizas a la gente con su maquinaria; quedaban completamente deshechos cuando se insinuaba que quizá no necesitaran hacer siempre tantísimo humo. Además de la cuchara de

oro del señor Bounderby, que era moneda corriente en Coketown, allí gozaba de gran predicamento otra ficción muy extendida. Tomaba la forma de una amenaza. Cada vez que un habitante de Coketown se sentía maltratado —es decir, cada vez que no se lo dejaba enteramente en paz, y se proponía hacerlo responsable de las consecuencias de alguno de sus actos—, no dejaba de salir con la terrible amenaza de que «antes arrojaría sus propiedades al Atlántico». Esto había aterrorizado al ministro del Interior hasta dejarlo a un paso de la muerte, en varias ocasiones.

Sin embargo, los habitantes de Coketown eran, después de todo, tan patriotas que nunca habían llegado a arrojar sus propiedades al Atlántico, sino que, por el contrario, habían tenido la bondad de cuidarlas la mar de bien. Así que allí seguía, entre la calina, a lo lejos; y crecía y se multiplicaba.

Las calles estaban calurosas y polvorientas aquel día de verano, y el sol brillaba tanto que traspasaba incluso el pesado vapor que pendía sobre Coketown, sin que se pudiera mirar de frente. Los fogoneros salían por bajas puertas subterráneas a los patios de las fábricas y se sentaban en los escalones, en los postes y en las vallas, enjugándose los rostros cetrinos y contemplando el carbón. La ciudad entera parecía freírse en aceite. Por todas partes flotaba un olor sofocante a aceite caliente. Las máquinas de vapor relucían de él, los vestidos de los brazos se manchaban de él, las fábricas rezumaban y goteaban aceite por todos sus pisos. La atmósfera de aquellos palacios de hadas era como el aliento del simún, y sus habitantes, consumidos por el calor, se afanaban lánguidamente en el desierto. Pero ninguna temperatura volvía más locos ni más cuerdos a los elefantes locos de melancolía. Sus fatigosas cabezas subían y bajaban al mismo ritmo, con tiempo cálido o frío, húmedo o seco, sereno o tempestuoso. El movimiento acompasado de sus sombras en las paredes era lo único que Coketown podía ofrecer en sustitución de las sombras de los bosques susurrantes; mientras que, en lugar del zumbido veraniego de los insectos, podía ofrecer, todo el año, desde el amanecer del lunes hasta la noche del sábado, el zumbido de los ejes y las ruedas.

Zumbaban soñolientos durante toda aquella jornada de sol, dejando al viandante más adormilado y más acalorado a su paso junto a los muros susurrantes de las fábricas. Los toldos y las salpicaduras de agua refrescaban un poco las calles principales y las tiendas; pero las fábricas, y los patios y callejones, se cocían a fuego vivo. Sobre el río, negro y espeso de tinte, algunos muchachos de Coketown que andaban sueltos —espectáculo raro allí— remaban en una barca destartalada que dejaba tras de sí un rastro espumoso mientras avanzaba dando tumbos, y cada golpe de remo removía olores repugnantes. Pero el propio sol, con ser benéfico por lo general, era menos clemente con Coketown que la helada más dura, y rara vez se asomaba con atención a alguno de sus rincones más íntimos sin engendrar en él más muerte que vida. Así se convierte el propio ojo del Cielo en ojo maligno, cuando entre él y las cosas que mira para bendecirlas se interponen manos incapaces o sórdidas.

La señora Sparsit estaba sentada en su habitación de la tarde, en el banco, en el lado más sombreado de la calle que se freía de calor. Había terminado el horario de oficina: y a esa hora del día, en tiempo cálido, solía embellecer con su distinguida presencia una sala de juntas directiva situada sobre las oficinas públicas. Su propio saloncito privado estaba un piso más arriba, y desde la ventana de aquel puesto de observación estaba dispuesta, cada mañana, a saludar al señor Bounderby cuando cruzaba la calle, con el reconocimiento compasivo propio de una Víctima. Llevaba ya un año casado; y la señora Sparsit no lo había liberado ni un instante de su decidida compasión.

El banco no infligía violencia alguna a la sana monotonía de la ciudad. Era otra casa de ladrillo rojo, con postigos negros por fuera, persianas verdes por dentro, una puerta de calle negra sobre dos peldaños blancos, una placa de latón y un tirador de latón, punto final. Era una talla mayor que la casa del señor Bounderby, igual que otras casas eran de una a media docena de tallas menores; en todo lo demás, se ajustaba estrictamente al patrón.

La señora Sparsit era consciente de que, al llegar con la marea de la tarde entre los pupitres y los útiles de escritorio, esparcía sobre la oficina una gracia femenina, por no decir también aristocrática. Sentada junto a la ventana con su labor de aguja o su aparato de hacer redecillas, tenía la satisfecha sensación de corregir, con su porte de dama, el tosco aspecto mercantil del lugar. Con esta impresión de su interesante carácter bien presente, la señora Sparsit se consideraba, en cierto modo, el Hada del Banco. Los vecinos que, al pasar y repasar, la veían allí, la tenían por el Dragón del Banco, que velaba por los tesoros de la mina.

En cuanto a cuáles fueran esos tesoros, la señora Sparsit sabía tan poco como los propios vecinos. Monedas de oro y plata, papel de valor, secretos que, de divulgarse, traerían una destrucción vaga sobre personas vagas (por lo general, eso sí, personas que a ella no le caían bien) eran las principales partidas de su catálogo imaginario. Por lo demás, sabía que, terminado el horario de oficina, reinaba soberana sobre todo el mobiliario de la casa, y sobre una cámara de hierro cerrada con tres cerraduras, contra cuya puerta el mozo de guardia apoyaba cada noche la cabeza, en un catre que desaparecía al canto del gallo. Además, era señora absoluta de ciertas bóvedas del sótano, tajantemente incomunicadas del mundo rapaz; y de las reliquias del trabajo del día, consistentes en manchas de tinta, plumas gastadas, fragmentos de obleas y recortes de papel rotos en trozos tan pequeños que nunca se pudo descifrar en ellos nada interesante, por más que la señora Sparsit lo intentara. Por último, era guardiana de una pequeña armería de sables y carabinas, dispuestos en orden vengativo sobre una de las chimeneas oficiales; y de esa respetable tradición inseparable de todo establecimiento que se precie de rico —una hilera de cubos contra incendios—, recipientes que no se calculaba tuvieran utilidad física alguna en ocasión ninguna, pero que se observaba ejercían sobre la mayoría de quienes los veían una espléndida influencia moral, casi equiparable al oro en lingotes.

Una criada sorda y el portero completaban el imperio de la señora Sparsit. Se rumoreaba que la criada sorda era rica; y desde hacía

años corría entre las clases bajas de Coketown el dicho de que alguna noche, con el banco cerrado, la asesinarían por su dinero. Se consideraba, en efecto, de manera general, que ya le tocaba desde hacía tiempo y que debería haber caído hacía mucho; pero ella se aferraba a la vida y a su puesto con una tenacidad huraña que causaba gran ofensa y decepción.

Acababan de servir el té de la señora Sparsit sobre una mesita impertinente, de patas trípodes en actitud airosa, que ella introducía, terminado el horario de oficina, en compañía de la severa mesa de juntas, larga y de tapa de cuero, que se erguía a horcajadas en el centro de la sala. El portero depositó en ella la bandeja del té, tocándose la frente con los nudillos en señal de homenaje.

—Gracias, Bitzer —dijo la señora Sparsit.

—Gracias a *usted*, señora —repuso el portero. Era, en efecto, un portero muy ligero: tan ligero como en los días en que, parpadeando, definió qué era un caballo, para la niña número veinte.

—¿Está todo cerrado, Bitzer? —dijo la señora Sparsit.

—Todo cerrado, señora.

—¿Y qué —dijo la señora Sparsit, sirviéndose el té— hay de nuevo hoy? ¿Algo?

—Pues, señora, no puedo decir que haya oído nada en particular. Nuestra gente es mala gente, señora; pero eso, por desgracia, no es novedad.

—¿Y qué andan haciendo ahora esos desgraciados inquietos? —preguntó la señora Sparsit.

—Lo de siempre, señora. Uniéndose, coligándose y comprometiéndose a apoyarse unos a otros.

—Es muy de lamentar —dijo la señora Sparsit, que en la fuerza de su severidad volvía su nariz más romana y sus cejas más coriolanas

— que los patronos, estando unidos, permitan semejantes coaliciones de clase.

—Sí, señora —dijo Bitzer.

—Estando ellos mismos unidos, deberían todos y cada uno oponerse a emplear a ningún hombre que esté unido a ningún otro —dijo la señora Sparsit.

—Eso han hecho, señora —repuso Bitzer—; pero la cosa vino a fracasar, señora.

—Yo no pretendo entender de estas cosas —dijo la señora Sparsit con dignidad—, pues mi suerte se echó, señaladamente, en una esfera muy distinta; y el señor Sparsit, como Powler que era, quedaba también del todo al margen de tales disensiones. Solo sé que hay que vencer a esta gente, y que ya es hora de que se haga, de una vez por todas.

—Sí, señora —repuso Bitzer, mostrando gran respeto por la autoridad oracular de la señora Sparsit—. No podría usted decirlo más claro, señora, estoy seguro.

Como aquella era su hora habitual de mantener una pequeña charla confidencial con la señora Sparsit, y como ya había captado su mirada y visto que estaba a punto de preguntarle algo, fingió ponerse a ordenar las reglas, los tinteros y demás objetos, mientras la dama seguía con su té, echando una mirada por la ventana abierta, calle abajo.

—¿Ha sido un día ajetreado, Bitzer? —preguntó la señora Sparsit.

—No muy ajetreado, mi señora. Un día del montón. —De cuando en cuando se le escapaba «mi señora» en vez de «señora», como reconocimiento involuntario de la dignidad personal de la señora Sparsit y de su derecho a la reverencia.

—Los empleados —dijo la señora Sparsit, sacudiéndose con cuidado de su mitón izquierdo una imperceptible miga de pan con mantequilla— son de fiar, puntuales y aplicados, ¿no es cierto?

—Sí, señora, bastante bien, señora. Con la salvedad de siempre.

Ocupaba el respetable cargo de espía e informador general del establecimiento, servicio voluntario por el que recibía un aguinaldo por Navidad, además de su salario semanal. Se había convertido en un joven extremadamente lúcido, cauto y prudente, con toda seguridad de prosperar en el mundo. Tenía la mente tan exactamente regulada que carecía de afectos y de pasiones. Todos sus actos eran fruto del cálculo más fino y más frío; y no sin motivo solía observar de él la señora Sparsit que era el joven de principios más firmes que había conocido en su vida. Habiendo comprobado, a la muerte de su padre, que su madre tenía derecho de vecindad en Coketown, este excelente joven economista había hecho valer ese derecho en su favor con tal fidelidad al principio del caso, que ella llevaba desde entonces encerrada en el asilo. Ha de admitirse que le concedía media libra de té al año, lo cual fue una debilidad por su parte: primero, porque todo regalo tiende inevitablemente a pauperizar a quien lo recibe, y segundo, porque su única transacción razonable en ese artículo habría sido comprarlo por lo menos que pudiera dar y venderlo por lo más que pudiera sacar; pues los filósofos habían dejado bien sentado que en esto consiste el deber entero del hombre, no una parte de su deber, sino el todo.

—Bastante bien, señora. Con la salvedad de siempre, señora —repitió Bitzer.

—¡Ah... ah! —dijo la señora Sparsit, meneando la cabeza sobre su taza de té y dando un largo sorbo.

—El señor Thomas, señora, desconfío mucho del señor Thomas, señora; no me gustan nada sus modales.

—Bitzer —dijo la señora Sparsit, de un modo muy solemne—, ¿recuerda usted que le haya dicho algo respecto a los nombres?

—Le pido perdón, señora. Es muy cierto que puso usted objeciones a que se usaran los nombres, y siempre es mejor evitarlos.

—Tenga usted la bondad de recordar que aquí tengo un cargo —dijo la señora Sparsit, con su aire de gran señora—. Aquí desempeño una confianza, Bitzer, bajo el señor Bounderby. Por improbable que a mí y al señor Bounderby nos hubiera parecido, hace años, que él llegara a ser mi patrono, haciéndome un obsequio anual, no puedo sino considerarlo bajo esa luz. Del señor Bounderby he recibido todo el reconocimiento de mi posición social, y todo el reconocimiento de mi linaje familiar, que yo pudiera esperar. Más, mucho más. Por lo tanto, con mi patrono seré escrupulosamente leal. Y no considero, no querré considerar, no puedo considerar —dijo la señora Sparsit, con el más amplio surtido en existencias de honor y moralidad—, que *fuera* escrupulosamente leal si permitiera que bajo este techo se mencionaran nombres que, por desgracia —por gran desgracia, no hay duda de ello—, están relacionados con el suyo.

Bitzer volvió a tocarse la frente con los nudillos y a pedir perdón.

—No, Bitzer —prosiguió la señora Sparsit—, diga usted «un individuo», y le escucharé; diga «el señor Thomas», y habrá de dispensarme.

—Con la salvedad de siempre, señora —dijo Bitzer, rectificando—, de cierto individuo.

—¡Ah, ah! —La señora Sparsit repitió la exclamación, el meneo de cabeza sobre la taza de té y el largo trago, retomando la conversación justo en el punto donde se había interrumpido.

—Cierto individuo, señora —dijo Bitzer—, no ha sido nunca lo que debería haber sido desde que llegó a este lugar. Es un disipado, un manirroto, un holgazán. No vale ni el pan que come, señora. Y no lo ganaría tampoco, si no tuviera un amigo y un pariente en la corte, ¡señora!

—¡Ah, ah! —dijo la señora Sparsit, con otro melancólico meneo de cabeza.

—Solo espero, señora —prosiguió Bitzer—, que su amigo y pariente no le proporcione los medios para seguir así. Porque, si no, señora, ya sabemos de qué bolsillo sale *ese* dinero.

—¡Ah, ah! —suspiró de nuevo la señora Sparsit, con otro melancólico meneo de cabeza.

—Da lástima, señora. La última persona a la que he aludido da lástima, señora —dijo Bitzer.

—Sí, Bitzer —dijo la señora Sparsit—. Siempre he compadecido esa ilusión, siempre.

—En cuanto a cierto individuo, señora —dijo Bitzer, bajando la voz y acercándose—, es tan imprevisor como cualquiera de la gente de esta ciudad. Y ya sabe usted, señora, lo que es *su* imprevisión. Nadie podría desear conocerla mejor de lo que la conoce una dama de su eminencia.

—Harían bien —replicó la señora Sparsit— en tomarlo a usted como ejemplo, Bitzer.

—Gracias, señora. Pero, ya que se refiere usted a mí, míreme, señora. Ya he ahorrado algo, señora. Esa gratificación que recibo por Navidad, señora: no la toco nunca. Ni siquiera llego a gastar todo mi sueldo, aunque no es alto, señora. ¿Por qué no pueden hacer ellos lo que he hecho yo, señora? Lo que puede hacer una persona, puede hacerlo otra.

Esto, una vez más, era una de las ficciones de Coketown. Cualquier capitalista de allí que hubiera hecho sesenta mil libras a partir de seis peniques siempre se declaraba admirado de que los sesenta mil brazos que tenía más a mano no hicieran, cada uno, sesenta mil libras a partir de seis peniques, y reprochaba, más o menos, a todos y cada uno de ellos el no lograr aquella pequeña hazaña. Lo que hice yo, podéis hacerlo vosotros. ¿Por qué no vais y lo hacéis?

—En cuanto a que dicen necesitar diversiones, señora —dijo Bitzer —, son puras tonterías. *Yo* no necesito diversiones. Nunca las he necesitado y nunca las necesitaré; no me gustan. En cuanto a que se asocien entre ellos: no dudo que muchos, vigilándose y delatándose unos a otros, podrían ganar de vez en cuando alguna cosilla, ya sea en dinero o en buena voluntad, y mejorar así su

suerte. Entonces, ¿por qué no la mejoran, señora? Es la primera consideración de toda criatura racional, y eso es precisamente lo que fingen querer.

—¡Vaya si lo fingen! —dijo la señora Sparsit.

—Le aseguro que no paramos de oír hablar, señora, hasta resultar de lo más nauseabundo, de sus mujeres y sus familias —dijo Bitzer —. ¡Pues míreme a mí, señora! Yo no quiero mujer ni familia. ¿Por qué habrían de quererla ellos?

—Porque son imprevisores —dijo la señora Sparsit.

—Sí, señora —replicó Bitzer—, ahí está la cosa. Si fueran más previsores y menos retorcidos, señora, ¿qué harían? Dirían: «Mientras mi sombrero cubra a mi familia» o «mientras mi gorro cubra a mi familia» —según fuera el caso, señora—, «no tengo más que una boca que alimentar, y es la persona a la que más gusto me da alimentar».

—Desde luego —asintió la señora Sparsit, comiendo su bollo.

—Gracias, señora —dijo Bitzer, tocándose de nuevo la frente con los nudillos, en pago del favor de la edificante conversación de la señora Sparsit—. ¿Desea usted un poco más de agua caliente, señora, o hay alguna otra cosa que pueda traerle?

—Nada por ahora, Bitzer.

—Gracias, señora. No quisiera molestarla mientras come, señora, y menos aún a la hora del té, sabiendo lo aficionada que es usted a él —dijo Bitzer, estirando un poco el cuello para mirar hacia la calle desde donde estaba—; pero hay un caballero que lleva ya un minuto largo mirando hacia aquí, señora, y ha cruzado como si fuera a llamar. Esa *es* su llamada, señora, sin duda.

Se acercó a la ventana; y, tras mirar afuera y retirar de nuevo la cabeza, se confirmó a sí mismo diciendo—: Sí, señora. ¿Desea usted que haga pasar al caballero, señora?

—No sé quién podrá ser —dijo la señora Sparsit, limpiándose la boca y arreglándose los mitones.

—Un desconocido, señora, evidentemente.

—Qué puede querer un desconocido en el banco a estas horas de la tarde, a menos que venga por algún asunto para el que ya llega tarde, no lo sé —dijo la señora Sparsit—, pero yo desempeño en este establecimiento un cargo de confianza del señor Bounderby, y jamás rehuiré mi deber. Si recibirlo forma parte de la obligación que he aceptado, lo recibiré. Use usted su propio criterio, Bitzer.

En ese momento, el visitante, del todo ajeno a las magnánimas palabras de la señora Sparsit, repitió su llamada con tal fuerza que el portero se apresuró a bajar a abrir la puerta; mientras tanto, la señora Sparsit tomó la precaución de esconder en un armario su mesita, con todos sus utensilios encima, y luego se retiró escaleras arriba, para poder presentarse, si era necesario, con mayor dignidad.

—Si a usted le parece bien, señora, el caballero desearía verla —dijo Bitzer, con su ojo pálido pegado al ojo de la cerradura de la señora Sparsit—. Así que la señora Sparsit, que había aprovechado el intervalo para retocarse la cofia, bajó de nuevo sus clásicas facciones y entró en la sala de juntas a la manera de una matrona romana que sale de las murallas de la ciudad para negociar con un general invasor.

El visitante, que se había acercado paseando hasta la ventana y se entretenía entonces en mirar afuera con desidia, se mostró tan impasible ante aquella imponente entrada como pueda estarlo un hombre. Permanecía silbando para sus adentros con toda la frescura imaginable, sin haberse quitado el sombrero, y con cierto aire de agotamiento que procedía, en parte, del excesivo verano, y en parte, de su excesiva distinción. Porque bastaba mirarlo de refilón para ver que era todo un caballero, hecho al molde de la época; hastiado de todo, y sin más fe en nada que la que pudiera tener Lucifer.

—Tengo entendido, caballero —dijo la señora Sparsit—, que deseaba usted verme.

—Le ruego que me disculpe —dijo él, volviéndose y quitándose el sombrero—; le suplico que me perdone.

«¡Hum!», pensó la señora Sparsit, mientras hacía una ceremoniosa reverencia. «Treinta y cinco años, buen parecer, buena figura, buenos dientes, buena voz, buena crianza, bien vestido, cabello oscuro, mirada atrevida». Todo lo cual observó la señora Sparsit a su manera femenina —como el Sultán que sumergió la cabeza en el cubo de agua— con solo agacharse y volver a incorporarse.

—Tenga la bondad de sentarse, caballero —dijo la señora Sparsit.

—Gracias. Permítame. —Le acercó una silla, pero él mismo quedó apoyado con indolencia contra la mesa—. Dejé a mi criado en la estación, ocupándose del equipaje —el tren venía muy cargado y había una cantidad enorme en el furgón— y seguí paseando, mirando a mi alrededor. Un lugar sumamente extraño. ¿Me permite preguntarle si es *siempre* tan negro como esto?

—Por lo general, mucho más negro —replicó la señora Sparsit, con su tono intransigente.

—¡No puede ser! Discúlpeme: no es usted de aquí, me parece.

—No, señor —respondió la señora Sparsit—. Fue en otro tiempo mi buena o mala fortuna, según se mire —antes de quedar viuda—, moverme en una esfera muy distinta. Mi marido era un Powler.

—¡Le ruego que me perdone, de veras! —dijo el desconocido—. ¿Era...?

La señora Sparsit repitió—: Un Powler.

—La familia Powler —dijo el desconocido, tras reflexionar unos instantes. La señora Sparsit dio a entender su asentimiento. El desconocido pareció un poco más fatigado que antes.

—Debe de aburrirse usted muchísimo aquí, ¿no? —fue la conclusión que sacó de aquella comunicación.

—Soy sierva de las circunstancias, señor —dijo la señora Sparsit—, y hace ya tiempo que me he acomodado al poder que rige mi vida.

—Muy filosófico —replicó el desconocido—, y muy ejemplar y loable, y... —No pareció merecerle la pena terminar la frase, así que se puso a juguetear con la cadena del reloj con languidez.

—¿Me permite preguntarle, señor —dijo la señora Sparsit—, a qué debo el favor de...?

—Por supuesto —dijo el desconocido—. Le agradezco mucho que me lo recuerde. Soy portador de una carta de presentación para el señor Bounderby, el banquero. Paseando por esta ciudad tan extraordinariamente negra, mientras me preparaban la cena en el hotel, le pregunté a un individuo con el que me crucé, uno de los trabajadores, que parecía haber tomado una ducha de una especie de pelusa, que supongo será la materia prima...

La señora Sparsit inclinó la cabeza.

—...la materia prima... dónde podría residir el señor Bounderby, el banquero. Ante lo cual, engañado sin duda por la palabra «banquero», me indicó el camino del banco. El hecho es, supongo, que el señor Bounderby el banquero *no* reside en el edificio en el que tengo el honor de ofrecerle esta explicación.

—No, señor —respondió la señora Sparsit—, no reside aquí.

—Gracias. No tenía intención de entregar mi carta en este momento, ni la tengo ahora. Pero, paseando hasta el banco para matar el tiempo, y teniendo la buena fortuna de observar en la ventana —hacia la cual agitó lánguidamente la mano, e hizo luego una leve reverencia— a una dama de aspecto de lo más distinguido y agradable, consideré que no podía hacer nada mejor que tomarme la libertad de preguntarle a esa dama dónde vive *en efecto* el señor Bounderby el banquero. Cosa que, en consecuencia, y con todas las disculpas debidas, me atrevo a hacer.

La desatención y la indolencia de sus modales quedaban suficientemente compensadas, en opinión de la señora Sparsit, por

una cierta galantería desenvuelta que también le rendía homenaje a ella. Ahí estaba, por ejemplo, en aquel mismo instante, casi sentado sobre la mesa, e inclinándose sin embargo con pereza hacia ella, como si reconociera en ella un atractivo que la hacía encantadora... a su manera.

—Los bancos, ya lo sé, son siempre suspicaces, y oficialmente tienen que serlo —dijo el desconocido, cuya ligereza y suavidad de palabra resultaban igualmente agradables; sugiriendo un contenido mucho más sensato y ocurrente del que jamás encerraron en realidad —lo cual era acaso una hábil argucia del fundador de esta numerosa secta, quienquiera que fuese aquel gran hombre—: así que me permitiré observar que mi carta —aquí la tiene— es del diputado por esta localidad, Gradgrind, a quien he tenido el placer de conocer en Londres.

La señora Sparsit reconoció la letra, dio a entender que semejante confirmación era del todo innecesaria, y facilitó la dirección del señor Bounderby, con todas las indicaciones y señas que pudieran servir de ayuda.

—Mil gracias —dijo el desconocido—. Usted conoce bien al banquero, por supuesto.

—Sí, señor —replicó la señora Sparsit—. En mi relación de dependencia hacia él, lo conozco desde hace diez años.

—¡Toda una eternidad! Creo que se casó con la hija de Gradgrind, ¿no?

—Sí —dijo la señora Sparsit, apretando de pronto los labios—, tuvo ese... honor.

—Tengo entendido que la dama es toda una filósofa.

—¿De veras, señor? —dijo la señora Sparsit—. ¿Lo *es*?

—Discúlpeme la impertinente curiosidad —prosiguió el desconocido, revoloteando la mirada sobre las cejas de la señora Sparsit, con aire conciliador—, pero usted conoce a la familia, y conoce el mundo. Yo estoy a punto de conocer a la familia, y es

posible que tenga mucho trato con ellos. ¿Es la dama tan alarmante? Su padre le atribuye una reputación tan tremendamente cabezota que siento un deseo ardiente de saberlo. ¿Es del todo inabordable? ¿De una inteligencia repelente y deslumbrante? Veo, por su sonrisa elocuente, que usted cree que no. Ha vertido usted bálsamo sobre mi alma inquieta. En cuanto a la edad, veamos. ¿Cuarenta? ¿Treinta y cinco?

La señora Sparsit soltó una carcajada—. Una mocosa —dijo—. No tenía veinte años cuando se casó.

—Le doy mi palabra de honor, señora Powler —replicó el desconocido, separándose de la mesa—, de que jamás en mi vida me había quedado tan asombrado.

Realmente parecía haberle causado impresión, hasta el límite mismo de su capacidad de impresionarse. Miró a su informante durante un cuarto de minuto entero, y pareció mantener el asombro en la mente todo ese tiempo—. Le aseguro, señora Powler —dijo entonces, muy fatigado—, que los modales del padre me habían preparado para una madurez adusta y pétrea. Le quedo obligado, por encima de todo, por corregir un error tan absurdo. Le ruego que disculpe mi intrusión. Muchas gracias. ¡Buenos días!

Se retiró con una reverencia; y la señora Sparsit, oculta tras la cortina de la ventana, lo vio alejarse calle abajo, lánguido, por el lado de la sombra, observado por toda la ciudad.

—¿Qué le parece el caballero, Bitzer? —le preguntó al portero, cuando este vino a retirar el servicio.

—Se gasta un buen dinero en vestir, señora.

—Hay que admitir —dijo la señora Sparsit— que es de muy buen gusto.

—Sí, señora —replicó Bitzer—, si es que eso vale el dinero.

—Además, señora —prosiguió Bitzer, mientras sacaba brillo a la mesa—, a mí me parece que juega.

—Jugar es inmoral —dijo la señora Sparsit.

—Es ridículo, señora —dijo Bitzer—, porque las probabilidades están en contra de los jugadores.

Ya fuera porque el calor le impedía a la señora Sparsit trabajar, ya fuera porque tenía la mano desentrenada, lo cierto es que aquella noche no hizo labor alguna. Se sentó junto a la ventana cuando el sol empezó a hundirse tras el humo; siguió allí sentada cuando el humo ardía enrojecido, cuando el color se fue apagando de él, cuando la oscuridad pareció alzarse despacio desde el suelo, y trepar hacia arriba, hacia arriba, hasta los tejados de las casas, hasta el campanario de la iglesia, hasta las cimas de las chimeneas de las fábricas, hasta el cielo. Sin una vela en la habitación, la señora Sparsit permaneció sentada junto a la ventana, con las manos cruzadas ante sí, sin prestar demasiada atención a los sonidos del atardecer: los gritos de los chiquillos, los ladridos de los perros, el traqueteo de las ruedas, los pasos y las voces de los transeúntes, los chillones pregones callejeros, el ruido de los zuecos sobre el empedrado a la hora en que solían pasar, el cierre de los postigos de las tiendas. Hasta que el portero no anunció que ya estaba lista su cena nocturna de mollejas, la señora Sparsit no salió de su ensueño, ni llevó escaleras arriba sus tupidas cejas negras, arrugadas ya, a esas alturas, de tanto meditar, como si necesitaran que las plancharan.

—¡Ah, qué necio eres! —dijo la señora Sparsit, cuando se quedó a solas con su cena. A quién se refería, no lo dijo; pero difícilmente podía referirse a las mollejas.

Capítulo II. El señor James Harthouse

El partido de Gradgrind necesitaba ayuda para degollar a las Gracias. Andaban reclutando; ¿y dónde iban a alistar reclutas con más esperanza que entre los caballeros elegantes que, habiendo descubierto que todo carecía de valor, estaban igual de dispuestos a cualquier cosa?

Además, aquellos espíritus lozanos que habían ascendido a esta sublime altura resultaban atractivos para muchos de la escuela de Gradgrind. Les gustaban los caballeros elegantes; fingían que no, pero sí. Se agotaban imitándolos; y arrastraban las palabras al hablar, igual que ellos; y despachaban, con aire desmadejado, las mohosas raciones de economía política con que agasajaban a sus discípulos. Nunca se había visto antes sobre la tierra una raza híbrida tan maravillosa como la que así se produjo.

Entre los caballeros elegantes que no pertenecían de forma habitual a la escuela de Gradgrind había uno de buena familia y mejor porte, dotado de un afortunado sentido del humor que había causado un efecto inmenso en la Cámara de los Comunes en la ocasión en que la entretuvo exponiendo su opinión (y la de la Junta Directiva) sobre un accidente ferroviario en el que los funcionarios más cuidadosos jamás conocidos, empleados por los gerentes más generosos jamás oídos, auxiliados por los más excelentes ingenios mecánicos jamás inventados, todo ello en funcionamiento sobre la mejor línea jamás construida, habían matado a cinco personas y herido a treinta y dos, por un percance sin el cual la excelencia de todo el sistema habría quedado positivamente incompleta. Entre los

muertos había una vaca, y entre los objetos dispersos sin dueño, la cofia de una viuda. Y el honorable diputado había hecho tanta gracia a la Cámara (que tiene un delicado sentido del humor) poniéndole la cofia a la vaca, que esta se impacientó ante cualquier referencia seria a la investigación del forense, y despidió al ferrocarril entre vítores y risas.

Pues bien, este caballero tenía un hermano menor de porte todavía mejor que el suyo, que había probado la vida como Corneta de Dragones y la había encontrado aburrida; que después la había probado en el séquito de un ministro inglés en el extranjero, y la había encontrado aburrida; que luego había vagado hasta Jerusalén, y se había aburrido allí; y que después había andado navegando en yate por el mundo, y se había aburrido en todas partes. A quien este honorable y jocoso diputado dijo fraternalmente un día: «Jem, hay una buena oportunidad entre los muchachos de los Hechos, y necesitan hombres. Me extraña que no te dediques a la estadística». Jem, bastante seducido por la novedad de la idea, y muy necesitado de un cambio, estaba tan dispuesto a «dedicarse» a la estadística como a cualquier otra cosa. Así que se dedicó a ella. Se instruyó a sí mismo con uno o dos libros azules; y su hermano lo fue proponiendo entre los muchachos de los Hechos, diciendo: «Si quieren ustedes llevar a algún sitio a un perro apuesto capaz de hacerles un discurso endiabladamente bueno, fíjense en mi hermano Jem, que es su hombre». Tras algunas incursiones en el terreno de los mítines públicos, el señor Gradgrind y un consejo de sabios políticos dieron su aprobación a Jem, y se resolvió enviarlo a Coketown, para que se diera a conocer allí y en la comarca. De ahí la carta que Jem había enseñado la noche anterior a la señora Sparsit, y que el señor Bounderby tenía ahora en la mano; con este sobrescrito: «Josiah Bounderby, Esquire, Banquero, Coketown. Para presentar especialmente a James Harthouse, Esquire. Thomas Gradgrind».

Antes de que transcurriera una hora desde que recibiera este despacho y la tarjeta del señor James Harthouse, el señor Bounderby se puso el sombrero y bajó al hotel. Allí encontró al señor James Harthouse mirando por la ventana, en un estado de ánimo

tan desconsolado que ya estaba medio dispuesto a «dedicarse» a otra cosa.

—Mi nombre, señor —dijo su visitante—, es Josiah Bounderby, de Coketown.

El señor James Harthouse se sintió, en efecto, muy contento (aunque apenas lo pareciera) de disfrutar de un placer que llevaba tiempo esperando.

—Coketown, señor —dijo Bounderby, tomando asiento con obstinación—, no es la clase de lugar al que usted está acostumbrado. Así que, si usted me lo permite... o aunque no me lo permita, porque soy hombre llano..., le contaré algo sobre ella antes de que sigamos adelante.

El señor Harthouse estaría encantado.

—No esté usted tan seguro —dijo Bounderby—. No se lo prometo. Para empezar, ya ve usted nuestro humo. Eso es nuestro pan de cada día. Es lo más sano que hay en el mundo en todos los aspectos, y en particular para los pulmones. Si es usted de los que quieren que lo consumamos, no estoy de acuerdo con usted. No vamos a gastar el fondo de nuestras calderas más deprisa de lo que las gastamos ahora, por mucho sentimentalismo embaucador que haya en Gran Bretaña e Irlanda.

A modo de «dedicarse» hasta el máximo extremo, el señor Harthouse replicó:

—Señor Bounderby, le aseguro que estoy entera y completamente de acuerdo con su manera de pensar. Por convicción.

—Me alegra oírlo —dijo Bounderby—. Ahora bien, sin duda ha oído usted mucho hablar sobre el trabajo en nuestras fábricas. ¿Sí? Muy bien. Le expondré el hecho tal cual es. Es el trabajo más agradable que existe, y es el trabajo más ligero que existe, y es el trabajo mejor pagado que existe. Es más, no podríamos mejorar las fábricas mismas, a menos que pusiéramos alfombras de Turquía en los suelos. Cosa que no vamos a hacer.

—Señor Bounderby, tiene usted toda la razón.

—Por último —dijo Bounderby—, en cuanto a nuestros brazos. No hay un brazo en esta ciudad, señor, hombre, mujer o niño, que no tenga un único objetivo último en la vida. Ese objetivo es que le den de comer sopa de tortuga y venado con cuchara de oro. Pues bien, no van a conseguirlo... ninguno de ellos... jamás les darán de comer sopa de tortuga y venado con cuchara de oro. Y ahora ya conoce usted el lugar.

El señor Harthouse se declaró instruido y reconfortado en sumo grado por aquel compendio condensado de toda la cuestión de Coketown.

—Vaya, verá usted —respondió el señor Bounderby—, va con mi carácter llegar a un entendimiento completo con un hombre, en particular con un hombre público, cuando trabo conocimiento con él. Solo me queda decirle una cosa más, señor Harthouse, antes de asegurarle el placer con que responderé, en la medida de mi pobre capacidad, a la carta de presentación de mi amigo Tom Gradgrind. Usted es un hombre de familia. No se engañe usted suponiendo ni por un momento que yo soy un hombre de familia. Yo soy un pedazo de gentuza sucia, un auténtico despojo de chusma, harapos y desecho.

Si algo hubiera podido exaltar el interés de Jem por el señor Bounderby, habría sido precisamente esta circunstancia. O al menos, así se lo dijo.

—Así que ahora —dijo Bounderby— podemos estrecharnos la mano en igualdad de condiciones. Digo en igualdad de condiciones, porque aunque yo sé lo que soy, y la profundidad exacta de la cuneta de la que me he levantado, mejor que ningún otro hombre, soy tan orgulloso como usted. Soy exactamente tan orgulloso como usted. Habiendo afirmado ya mi independencia en la debida forma, puedo pasar a preguntarle cómo se encuentra, y espero que esté usted bastante bien.

Mejor, le dio a entender el señor Harthouse mientras se estrechaban las manos, gracias al aire saludable de Coketown. El señor Bounderby acogió la respuesta con agrado.

—Quizá lo sepa usted —dijo él—, o quizá no lo sepa, pero me casé con la hija de Tom Gradgrind. Si no tiene usted nada mejor que hacer que dar una vuelta por la ciudad conmigo, tendré mucho gusto en presentarle a la hija de Tom Gradgrind.

—Señor Bounderby —dijo Jem—, se anticipa usted a mis deseos más queridos.

Salieron sin más conversación; y el señor Bounderby condujo a su nuevo conocido, que contrastaba tan fuertemente con él, hasta la vivienda particular de ladrillo rojo, con las contraventanas exteriores negras, las persianas interiores verdes y la puerta de la calle negra, subida sobre dos escalones blancos. En el salón de aquella mansión entró al poco la muchacha más singular que el señor James Harthouse hubiera visto jamás. Era tan comedida y sin embargo tan despreocupada; tan reservada y sin embargo tan vigilante; tan fría y orgullosa y sin embargo tan dolorosamente avergonzada de la humildad fanfarrona de su marido —de la que se retraía como si cada muestra de ella fuera un corte o un golpe— que resultaba toda una sensación nueva observarla. En el rostro no era menos singular que en el porte. Sus facciones eran hermosas, pero su juego natural estaba tan encerrado bajo llave, que parecía imposible adivinar su expresión genuina. Absolutamente indiferente, perfectamente dueña de sí misma, nunca desconcertada y sin embargo nunca a sus anchas, con su figura allí en compañía de ellos y su mente al parecer completamente sola... de nada servía todavía «dedicarse» a comprender a esta muchacha, pues desbarataba toda penetración.

De la dueña de la casa, el visitante pasó la vista a la casa misma. No había en la habitación ni un signo mudo de mujer. Ningún adorno gracioso, ningún artificio caprichoso, por trivial que fuera, expresaba en parte alguna su influencia. Desangelada e inhóspita, ostentosa y tercamente rica, la habitación miraba fijamente a sus ocupantes presentes, sin suavizar ni aliviar por el menor rastro de ocupación

femenina. Así como el señor Bounderby se erguía en medio de sus dioses domésticos, así aquellas divinidades inflexibles ocupaban sus puestos alrededor del señor Bounderby, y eran dignos el uno del otro, y hacían buena pareja.

—Esta, señor —dijo Bounderby—, es mi esposa, la señora Bounderby: la hija mayor de Tom Gradgrind. Loo, el señor James Harthouse. El señor Harthouse se ha alistado en las filas de su padre. Si no llega a ser colega de Tom Gradgrind dentro de poco, creo que al menos oiremos hablar de él en relación con alguna de las ciudades vecinas. Observará usted, señor Harthouse, que mi esposa es más joven que yo. No sé qué me vio para casarse conmigo, pero algo me vería, supongo, o no se habría casado conmigo. Tiene un montón de conocimientos caros, señor, políticos y de otra clase. Si quiere usted empollar algo, me costaría trabajo recomendarle un consejero mejor que Loo Bounderby.

A un consejero más agradable, o a uno del que fuera más probable que aprendiera, jamás podrían recomendarle al señor Harthouse.

—¡Vamos! —dijo su anfitrión—. Si se dedica usted a los cumplidos, aquí le irá bien, porque no encontrará competencia. Yo nunca he tenido ocasión de aprender cumplidos, y no presumo de entender el arte de dispensarlos. De hecho, los desprecio. Pero su educación fue distinta de la mía; ¡la mía fue de verdad, por Jorge! Usted es un caballero, y yo no pretendo serlo. Yo soy Josiah Bounderby de Coketown, y eso me basta. Sin embargo, aunque a mí no me influyen los modales ni la posición, puede que a Loo Bounderby sí. Ella no tuvo mis ventajas —desventajas las llamaría usted, pero yo las llamo ventajas—, así que no malgastará usted su poder, me atrevo a decir.

—El señor Bounderby —dijo Jem, volviéndose con una sonrisa hacia Louisa— es un noble animal en un estado comparativamente natural, del todo libre del arnés con que trabaja un rocín convencional como yo.

—Usted respeta mucho al señor Bounderby —replicó ella con calma—. Es natural que así sea.

Quedó vergonzosamente descolocado, para ser un caballero que había visto tanto mundo, y pensó: «Vaya, ¿cómo debo tomarme esto?».

—Usted va a dedicarse, según deduzco de lo que ha dicho el señor Bounderby, al servicio de su país. Está usted decidido —dijo Louisa, todavía de pie ante él, en el mismo sitio donde se había detenido al principio, con toda la singular contrariedad de su aplomo y su evidente y profundo desasosiego— a mostrar a la nación la salida de todas sus dificultades.

—Señora Bounderby —respondió él, riendo—, a fe mía, no. No pretenderé ante usted tal cosa. He visto un poco, aquí y allá, arriba y abajo; lo he encontrado todo muy poca cosa, como le ha pasado a todo el mundo, y como algunos confiesan y otros no; y me dedico a las opiniones de su respetado padre..., en realidad porque no tengo ninguna opinión propia que elegir, y tanto me da respaldar esas como cualquier otra.

—¿No tiene usted ninguna propia? —preguntó Louisa.

—No me queda ni la más leve predilección. Le aseguro que no concedo la menor importancia a ninguna opinión. El resultado de las diversas variedades de aburrimiento que he padecido es una convicción (a menos que convicción sea una palabra demasiado laboriosa para el sentimiento perezoso que abrigo al respecto) de que cualquier conjunto de ideas hará tanto bien como cualquier otro, y tanto daño como cualquier otro. Hay una familia inglesa con un encantador lema italiano. Lo que ha de ser, será. ¡Es la única verdad que circula!

Esta viciosa pretensión de honestidad dentro de la deshonestidad —vicio tan peligroso, tan mortal y tan común— pareció, observó él, impresionarla algo en su favor. Aprovechó la ventaja diciendo, con su modo más agradable, un modo al que ella podía atribuir tanto o tan poco sentido como quisiera:

—El bando que puede demostrar cualquier cosa mediante una hilera de unidades, decenas, centenas y millares, señora Bounderby, me parece el que ofrece más diversión, y el que da a un hombre la mejor oportunidad. Le estoy tan apegado como si lo creyera. Estoy del todo dispuesto a dedicarme a él, en la misma medida que si lo creyera. ¡Y qué más podría yo hacer, si lo creyera!

—Es usted un político singular —dijo Louisa.

—Perdone usted; ni siquiera tengo ese mérito. Somos el partido más numeroso del Estado, se lo aseguro, señora Bounderby, si todos abandonáramos nuestras filas adoptadas y nos pasaran revista juntos.

El señor Bounderby, que había corrido peligro de reventar en silencio, terció en ese punto con un proyecto para posponer la cena familiar hasta las seis y media, y llevarse entretanto al señor James Harthouse de visita por las notabilidades votantes e interesantes de Coketown y sus alrededores. Se hizo la ronda de visitas; y el señor James Harthouse, con un uso discreto de su instrucción azul, salió airoso, aunque con un considerable aumento de aburrimiento.

Por la noche encontró la mesa puesta para cuatro, aunque se sentaron solo tres. Fue una ocasión apropiada para que el señor Bounderby comentara el sabor del medio penique de anguilas guisadas que había comprado en la calle a los ocho años; y también el de aquella agua de calidad inferior, empleada especialmente para asentar el polvo, con la que había regado semejante condumio. Igualmente entretuvo a su invitado, durante la sopa y el pescado, con el cálculo de que él (Bounderby) se había comido en su juventud al menos tres caballos disfrazados de embutidos y salchichas. Estos relatos Jem los acogía, con lánguido desgano, cada tanto con un «¡encantador!»; y probablemente lo habrían decidido a «dedicarse» de nuevo a Jerusalén a la mañana siguiente, de no haber estado tan intrigado por Louisa.

«¿No hay nada —pensó, mirándola de reojo mientras ella se sentaba a la cabecera de la mesa, donde su figura juvenil, menuda y

esbelta, pero muy graciosa, parecía tan bonita como fuera de lugar —; no hay nada que consiga mover ese rostro?»

¡Sí! Por Júpiter, había algo, y aquí estaba, con forma inesperada. Apareció Tom. Ella cambió en cuanto se abrió la puerta, y se le iluminó el rostro con una sonrisa radiante.

Una sonrisa hermosa. Quizá el señor James Harthouse no le habría dado tanta importancia, de no haberse maravillado tanto tiempo ante su rostro impasible. Ella tendió la mano —una manita bonita y suave— y sus dedos se cerraron sobre los de su hermano, como si fuera a llevárselos a los labios.

«¿Ah, sí?», pensó el visitante. «Este cachorro es la única criatura que le importa. ¡Vaya, vaya!»

Presentaron al cachorro, y este tomó asiento. El apelativo no era halagador, pero tampoco inmerecido.

—Cuando yo tenía tu edad, jovencito Tom —dijo Bounderby—, era puntual, o no cenaba.

—Cuando usted tenía mi edad —replicó Tom—, no tenía que cuadrar ningún balance equivocado, ni tenía que vestirse después.

—Eso ahora no importa —dijo Bounderby.

—Bueno, pues —refunfuñó Tom—. No empiece conmigo.

—Señora Bounderby —dijo Harthouse, oyendo perfectamente aquel trasfondo de disputa mientras proseguía—, la cara de su hermano me resulta bastante familiar. ¿Puede que lo haya visto en el extranjero? ¿O quizá en algún colegio?

—No —repuso ella, bastante interesada—, todavía no ha estado nunca en el extranjero, y se educó aquí, en casa. Tom, cariño, le estoy diciendo al señor Harthouse que nunca te vio en el extranjero.

—No he tenido esa suerte, señor —dijo Tom.

Había poco en él capaz de iluminar el rostro de ella, pues era un joven hosco, y desabrido en su trato incluso con ella. Tanto mayor debía de ser, entonces, la soledad de su corazón, y su necesidad de

alguien en quien depositarlo. «Con mayor motivo, este cachorro es la única criatura que ella ha querido jamás», pensó el señor James Harthouse, dándole vueltas y más vueltas. «Con mayor motivo. Con mayor motivo».

Tanto en presencia de su hermana como después de que ella saliera de la habitación, el cachorro no se tomó ninguna molestia en ocultar su desprecio por el señor Bounderby, siempre que podía permitírselo sin ser observado por aquel hombre tan pagado de su independencia, haciendo muecas o cerrando un ojo. Sin responder a estas comunicaciones telegráficas, el señor Harthouse lo animó mucho a lo largo de la velada, y mostró por él un aprecio inusual. Por fin, cuando se levantó para regresar a su hotel, y dudaba un poco de si sabría el camino de noche, el cachorro se ofreció de inmediato como guía, y salió con él para acompañarlo hasta allí.

Capítulo III. El cachorro

Era muy notable que un joven caballero que se había criado bajo un sistema continuo e ininterrumpido de restricción antinatural resultara ser un hipócrita; pero ese era ciertamente el caso de Tom. Era muy extraño que un joven caballero al que nunca se había dejado gobernarse a sí mismo durante cinco minutos seguidos resultara, al final, incapaz de gobernarse; pero así era con Tom. Resultaba del todo inexplicable que un joven caballero cuya imaginación había sido estrangulada en la cuna siguiera, aun así, molestado por su fantasma en forma de sensualidades rastreras; pero semejante monstruo, sin lugar a dudas, era Tom.

—¿Fuma usted? —preguntó el señor James Harthouse cuando llegaron al hotel.

—¡Ya lo creo! —dijo Tom.

No pudo hacer menos que invitar a Tom a subir; y Tom no pudo hacer menos que subir. Entre una bebida refrescante adaptada al tiempo que hacía, aunque no tan floja como fría, y un tabaco más selecto del que se podía comprar por aquellos andurriales, Tom se encontró pronto en un estado sumamente desenvuelto y desenfadado en su extremo del sofá, y más dispuesto que nunca a admirar a su nuevo amigo en el otro extremo.

Tom apartó el humo con la mano, tras llevar un rato fumando, y observó a su amigo. «No parece darle importancia a su ropa —pensó Tom—, y sin embargo, qué bien le sienta. ¡Qué elegante tan desenvuelto es!»

El señor James Harthouse, que por casualidad sorprendió la mirada de Tom, observó que no bebía nada, y le llenó el vaso con su propia mano negligente.

—Gracias —dijo Tom—. Gracias. Bueno, señor Harthouse, espero que haya tenido usted esta noche su buena dosis del viejo Bounderby.

Tom dijo esto cerrando de nuevo un ojo, y mirando con complicidad por encima de su vaso a su anfitrión.

—¡Un excelente tipo, desde luego! —respondió el señor James Harthouse.

—Usted lo cree así, ¿verdad? —dijo Tom. Y volvió a cerrar el ojo.

El señor James Harthouse sonrió; y, levantándose de su extremo del sofá, y recostándose con la espalda contra la repisa de la chimenea, de modo que quedó de pie ante el hogar vacío mientras fumaba, frente a Tom y mirándolo desde arriba, observó:

—¡Qué cuñado tan cómico tiene usted!

—Querrá usted decir qué cuñado tan cómico es el viejo Bounderby —dijo Tom.

—Es usted un trozo de mordacidad, Tom —replicó el señor James Harthouse.

Había algo tan sumamente agradable en tener tanta intimidad con semejante chaleco; en que lo llamaran a uno Tom, de un modo tan íntimo, con semejante voz; en estar en un trato tan campechano, tan pronto, con semejante par de patillas; que Tom estaba de lo más satisfecho de sí mismo.

—¡Bah! A mí el viejo Bounderby no me importa lo más mínimo —dijo—, si a eso se refiere usted. Siempre he llamado al viejo Bounderby por el mismo nombre cuando he hablado de él, y siempre he pensado en él del mismo modo. No voy a empezar ahora a andarme con miramientos con el viejo Bounderby. Ya sería un poco tarde para eso.

—No se preocupe usted por mí —replicó James—, pero tenga cuidado cuando esté delante de su mujer, ¿sabe usted?

—¿Su mujer? —dijo Tom—. ¿Mi hermana Loo? ¡Ah, sí! —Y se rio, y tomó un poco más de la bebida refrescante.

James Harthouse siguió recostado en el mismo sitio y en la misma postura, fumando su cigarro a su manera despreocupada, y mirando plácidamente al cachorro, como si supiera que era una especie de demonio simpático que solo tenía que cernerse sobre él para que este le entregara toda su alma en cuanto se lo pidiera. Ciertamente parecía que el cachorro cedía a este influjo. Miraba a su compañero con disimulo, lo miraba con admiración, lo miraba con audacia, y subió una pierna al sofá.

—¿Mi hermana Loo? —dijo Tom—. *Ella* jamás sintió nada por el viejo Bounderby.

—Ese es el tiempo pasado, Tom —replicó el señor James Harthouse, sacudiendo la ceniza de su cigarro con el dedo meñique —. Ahora estamos en el tiempo presente.

—Verbo intransitivo, no importar. Modo indicativo, tiempo presente. Primera persona del singular, a mí no me importa; segunda persona del singular, a ti no te importa; tercera persona del singular, a ella no le importa —replicó Tom.

—¡Bien! ¡Muy ingenioso! —dijo su amigo—. Aunque no lo dice usted en serio.

—Pero sí lo digo en serio —exclamó Tom—. ¡Palabra de honor! Vamos, no me va usted a decir, señor Harthouse, que de verdad supone que a mi hermana Loo le importa el viejo Bounderby.

—Mi querido amigo —respondió el otro—, ¿qué estoy yo obligado a suponer, cuando encuentro a dos personas casadas que viven en armonía y felicidad?

Para entonces Tom ya tenía ambas piernas sobre el sofá. Si la segunda pierna no hubiera estado ya allí cuando lo llamaron querido amigo, la habría subido en ese gran momento de la conversación.

Sintiendo que era necesario hacer algo en ese instante, se estiró cuan largo era, y, reclinando la nuca en el extremo del sofá, y fumando con una infinita afectación de negligencia, volvió su rostro vulgar, y sus ojos no del todo sobrios, hacia el rostro que lo miraba desde arriba con tanto desenfado y sin embargo con tanto poder.

—Usted conoce a nuestro gobernador, señor Harthouse —dijo Tom —, así que no le extrañará que Loo se casara con el viejo Bounderby. Ella nunca tuvo novio, y el gobernador propuso al viejo Bounderby, y ella lo aceptó.

—Muy obediente, su interesante hermana —dijo el señor James Harthouse.

—Sí, pero no habría sido tan obediente, ni habría salido tan fácilmente, de no haber sido por mí —replicó el cachorro.

El tentador se limitó a levantar las cejas; pero el cachorro se vio obligado a continuar.

—*Yo* la convencí —dijo, con un aire aleccionador de superioridad —. A mí me metieron en el banco del viejo Bounderby (donde yo nunca quise estar), y sabía que me metería en líos allí si ella le chafaba los planes al viejo Bounderby; así que le conté mis deseos, y ella los hizo suyos. Haría cualquier cosa por mí. Fue muy noble de su parte, ¿verdad?

—¡Fue encantador, Tom!

—No es que fuera tan importante para ella como lo fue para mí — continuó Tom con frialdad—, porque mi libertad y mi comodidad, y quizá mi porvenir, dependían de ello; y ella no tenía otro novio, y quedarse en casa era como quedarse en la cárcel, sobre todo cuando yo me había ido. No es que renunciara a otro novio por el viejo Bounderby; pero aun así fue una buena acción por su parte.

—Perfectamente delicioso. Y ella lleva la vida con tanta placidez.

—Ah —respondió Tom, con desdeñosa condescendencia—, ella es una chica corriente. Una chica se las arregla en cualquier parte. Se ha acomodado a la vida, y a *ella* no le importa. Le va tan bien como

cualquier otra cosa. Además, aunque Loo es una chica, no es una chica corriente cualquiera. Sabe encerrarse en sí misma, y pensar... como le he visto hacer muchas veces, sentada mirando el fuego... durante una hora seguida.

—Vaya, vaya. Tiene recursos propios —dijo Harthouse, fumando tranquilamente.

—No tantos como usted podría suponer —replicó Tom—; porque nuestro gobernador la llenó de toda clase de huesos secos y serrín. Es su sistema.

—¿Formó a su hija a su propia imagen? —sugirió Harthouse.

—¿A su hija? ¡Ah! Y a todos los demás. ¡Si a mí me formó del mismo modo! —dijo Tom.

—¡Imposible!

—Pues lo hizo —dijo Tom, meneando la cabeza—. Quiero decir, señor Harthouse, que cuando dejé la casa por primera vez y entré donde el viejo Bounderby, estaba tan soso como un calientacamas, y sabía de la vida tan poco como una ostra.

—Vamos, Tom, eso apenas puedo creerlo. Una broma es una broma.

—¡Por mi alma! —dijo el cachorro—. Hablo en serio; ¡de verdad que sí! —Fumó con gran gravedad y dignidad durante un rato, y luego añadió, con tono sumamente satisfecho—: ¡Ah! He aprendido algo desde entonces. Eso no lo niego. Pero lo he hecho yo solo; no gracias al gobernador.

—¿Y su inteligente hermana?

—Mi inteligente hermana está más o menos donde estaba. Solía quejarse conmigo de que no tenía nada a lo que recurrir, de eso a lo que las chicas suelen recurrir; y no veo cómo va a haber superado eso desde entonces. Pero a *ella* no le importa —añadió con sagacidad, dando otra chupada a su cigarro—. Las chicas siempre se las arreglan de un modo u otro.

—Al pasar ayer por el banco, para pedir la dirección del señor Bounderby, encontré allí a una anciana que parece sentir gran admiración por su hermana —observó el señor James Harthouse, tirando el último resto del cigarro que ya había consumido.

—¡La madre Sparsit! —dijo Tom—. ¡Cómo! ¿Ya la ha visto usted?

Su amigo asintió. Tom se sacó el cigarro de la boca, para cerrar el ojo (que se le había vuelto bastante rebelde) con mayor expresividad, y para golpearse la nariz varias veces con el dedo.

—El sentimiento de la madre Sparsit por Loo es más que admiración, diría yo —dijo Tom—. Diga usted afecto y devoción. La madre Sparsit nunca le echó el ojo a Bounderby cuando era soltero. ¡Oh, no!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el cachorro, antes de que le sobreviniera un mareante sopor, seguido de un completo olvido. Lo sacó de ese último estado un sueño intranquilo en el que lo removían con una bota, y también una voz que decía: «Vamos, es tarde. ¡Fuera!».

—¡Bueno! —dijo, levantándose a trompicones del sofá—. De todos modos, tengo que despedirme de usted. Oiga. El suyo es muy buen tabaco. Pero es demasiado suave.

—Sí, es demasiado suave —respondió su anfitrión.

—Es... es ridículamente suave —dijo Tom—. ¿Dónde está la puerta? ¡Buenas noches!

Tuvo otro extraño sueño en el que un camarero lo llevaba a través de una niebla que, tras causarle algunos apuros y dificultades, se resolvió en la calle principal, en la que se encontró solo. Luego caminó a casa con bastante facilidad, aunque todavía no del todo libre de la impresión de la presencia e influjo de su nuevo amigo, como si este estuviera recostado en algún lugar del aire, en la misma postura negligente, mirándolo con la misma expresión.

El cachorro llegó a casa, y se acostó. Si hubiera tenido alguna conciencia de lo que había hecho aquella noche, y hubiera sido

menos cachorro y más hermano, quizá habría torcido de pronto el camino, quizá habría bajado hasta el río maloliente que corría teñido de negro, quizá se habría acostado en él para siempre, y se habría cubierto la cabeza eternamente con sus aguas inmundas.

Capítulo IV. Hombres y hermanos

—¡Oh, amigos míos, los obreros pisoteados de Coketown! ¡Oh, amigos míos y compatriotas, esclavos de un despotismo de mano de hierro y aplastante! ¡Oh, amigos míos y compañeros de infortunio, y compañeros de trabajo, y hermanos todos! Os digo que ha llegado la hora en que debemos unirnos los unos a los otros como un solo poder, y reducir a polvo a los opresores que durante demasiado tiempo se han cebado con el saqueo de nuestras familias, con el sudor de nuestras frentes, con el trabajo de nuestras manos, con la fuerza de nuestros tendones, con los gloriosos derechos de la Humanidad creados por Dios, y con los sagrados y eternos privilegios de la Hermandad.

—¡Bien! —¡Eso, eso, eso! —¡Hurra! —y otros gritos se alzaron con muchas voces desde diversos puntos de la Sala, densamente abarrotada y sofocante, en la que el orador, encaramado a un estrado, se desahogaba de esto y de cuanta espuma y humareda más llevaba dentro. Se había acalorado hasta un extremo violento con su propia declamación, y estaba tan ronco como acalorado. A fuerza de bramar a voz en cuello bajo un gas encendido, apretando los puños, frunciendo el ceño, apretando los dientes y golpeando el aire con los brazos, había gastado ya tantas fuerzas que se vio obligado a detenerse y pidió un vaso de agua.

Mientras permanecía allí, tratando de apagar su rostro encendido con el trago de agua, la comparación entre el orador y la multitud de rostros atentos vueltos hacia él resultaba sumamente desfavorable para el primero. A juzgar por la evidencia de la Naturaleza, apenas

se elevaba por encima de la masa más que por el estrado en que se hallaba. En muchos aspectos importantes era, en esencia, inferior a ella. No era tan honrado, ni tan viril, ni tan bien humorado; sustituía la sencillez de los demás por la astucia, y el buen juicio sólido y seguro de ellos por la pasión. Hombre mal formado, de hombros altos, cejas hoscas y facciones crispadas en una expresión habitualmente agria, contrastaba muy desfavorablemente, incluso con su indumentaria híbrida, frente al grueso de sus oyentes, vestidos con la sencilla ropa de trabajo. Por extraño que resulte siempre considerar a cualquier asamblea en el acto de resignarse sumisamente al tedio de alguna persona satisfecha de sí misma, noble o plebeya, a la que las tres cuartas partes de ella no podrían, por medio humano alguno, alzar desde el fango de la insulsez hasta su propio nivel intelectual, resultaba particularmente extraño, y hasta particularmente conmovedor, ver a esta multitud de rostros sinceros —cuya honradez, en lo esencial, ningún observador competente y libre de prejuicios podría poner en duda— tan agitada por semejante caudillo.

¡Bien! ¡Eso, eso! ¡Hurra! El ardor, tanto de atención como de propósito, que se advertía en todos los semblantes, componía un espectáculo de lo más imponente. No había allí ni descuido, ni languidez, ni curiosidad ociosa; ni un solo instante se dejaba ver ninguno de los muchos matices de la indiferencia que se ven en cualquier otra asamblea. Que cada hombre sentía que su condición era, de un modo u otro, peor de lo que podría ser; que cada hombre consideraba que le incumbía sumarse a los demás para mejorarla; que cada hombre sentía que su única esperanza estaba en aliarse con los compañeros que lo rodeaban; y que, en esta creencia —acertada o errada, y por desdicha errada entonces—, toda aquella multitud estaba grave, profunda y fielmente convencida, debía de resultar tan evidente para cualquiera que quisiera ver lo que allí había como las desnudas vigas del techo y las paredes de ladrillo blanqueado. Ni podía ningún espectador de esa clase dejar de saber, en su propio pecho, que aquellos hombres, incluso a través de sus mismos engaños, mostraban grandes cualidades, susceptibles de ser

encauzadas hacia el más feliz y provechoso de los fines; y que pretender —al amparo de axiomas tajantes, por más que estuvieran cortados y curados a su manera— que se habían extraviado sin causa alguna y por su propia e irracional voluntad, era como pretender que pudiera haber humo sin fuego, muerte sin nacimiento, cosecha sin semilla, cualquier cosa o todas las cosas producidas de la nada.

Una vez repuesto, el orador se enjugó varias veces la frente surcada de arrugas, de izquierda a derecha, con el pañuelo doblado a modo de almohadilla, y concentró todas sus fuerzas renovadas en una mueca de gran desdén y amargura.

—¡Pero, oh, amigos y hermanos míos! ¡Oh, hombres e ingleses, obreros pisoteados de Coketown! ¿Qué diremos de ese hombre —ese trabajador, pues me veo obligado a difamar así el glorioso nombre— que, conociendo práctica y cabalmente los agravios y las injurias que sufrís vosotros, la médula y el tuétano heridos de esta tierra, y habiéndoos oído resolver, con una unanimidad noble y majestuosa que hará temblar a los Tiranos, suscribiros a los fondos del Tribunal Unido de Agremiados, y ateneros a los mandatos que ese cuerpo dicte para vuestro provecho, sean cuales fueren; qué diremos, os pregunto, de ese trabajador —pues tal debo reconocer que es— que, en un momento como éste, deserta de su puesto y vende su bandera; que, en un momento como éste, se vuelve traidor, cobarde y renegado; que, en un momento como éste, no se avergüenza de hacer ante vosotros la confesión vil y humillante de que se mantendrá al margen y no será uno de los asociados en la gallarda defensa de la Libertad y del Derecho?

La asamblea se dividió en este punto. Hubo algunos gruñidos y silbidos, pero el sentido general del honor era demasiado fuerte para condenar a un hombre sin oírlo. —¡Asegúrate de tener razón, Slackbridge! —¡Que suba! —¡Que lo oigamos! Cosas así se decían por muchos lados. Por fin, una voz potente gritó: —¿Está aquí el hombre? Si el hombre está aquí, Slackbridge, oigamos al hombre en persona, y no a ti. Aquello fue recibido con una salva de aplausos.

Slackbridge, el orador, paseó la vista alrededor con una sonrisa fulminante; y, tendiendo el brazo derecho en toda su extensión (como es costumbre en todos los Slackbridges), para acallar el mar tronante, esperó hasta que se hizo un silencio profundo.

—¡Oh, amigos míos y hermanos todos! —dijo entonces Slackbridge, sacudiendo la cabeza con violento desprecio—, no me extraña que vosotros, los postrados hijos del trabajo, os resistáis a creer en la existencia de un hombre así. Pero el que vendió su primogenitura por un plato de lentejas existió, y Judas Iscariote existió, y Castlereagh existió, ¡y este hombre existe!

Un breve apretujamiento y revuelo junto al estrado terminó con el propio hombre de pie al lado del orador, ante toda la concurrencia. Estaba pálido y algo turbado en el semblante —sobre todo se le notaba en los labios—; pero permanecía quieto, con la mano izquierda en la barbilla, esperando que le dejaran hablar. Había un presidente para regular el acto, y este funcionario tomó ahora el asunto en sus propias manos.

—Amigos míos —dijo—, en virtud de mi cargo de presidente vuestro, pido a nuestro amigo Slackbridge, que acaso ande un poco acalorado en este asunto, que tome asiento mientras se escucha a este hombre, Stephen Blackpool. Todos conocéis a este hombre, Stephen Blackpool. Lo conocéis por sus desdichas y por su buen nombre.

Dicho esto, el presidente le estrechó la mano con franqueza y volvió a sentarse. Slackbridge se sentó también, enjugándose la frente acalorada —siempre de izquierda a derecha, y nunca al revés.

—Amigos míos —empezó Stephen, en medio de una calma total—, he oído lo que se ha dicho de mí, y es probable que no lo remedie. Pero prefiero que oigáis la verdad sobre mí de mis propios labios, antes que de los de cualquier otro, aunque nunca he podido hablar ante tantos sin quedarme aturdido y hecho un lío.

Slackbridge sacudió la cabeza como si quisiera arrancársela, de puro amargado.

—Soy el único brazo de la fábrica de Bounderby, de todos los hombres que allí hay, que no se aviene a los reglamentos propuestos. No puedo avenirme a ellos. Amigos míos, dudo que os hagan ningún bien. Antes bien, me temo que os hagan daño.

Slackbridge se rió, se cruzó de brazos y frunció el ceño con sarcasmo.

—Pero no es tanto por eso por lo que me resisto. Si eso fuera todo, me avendría con los demás. Pero tengo mis razones —mías, ya veis— para estar impedido; no sólo ahora, sino siempre... siempre... ¡toda la vida!

Slackbridge se levantó de un salto y se puso a su lado, rechinando los dientes y desgarrándose las vestiduras. —¡Oh, amigos míos, ¿no fue esto precisamente lo que os dije? ¡Oh, compatriotas míos, ¿no fue ésta precisamente la advertencia que os hice? Y ¿cómo se manifiesta esta conducta renegada en un hombre sobre quien, según es sabido, han caído con dureza leyes injustas? Oh, ingleses, os pregunto cómo se manifiesta esta corrupción en uno de los vuestros, que así consiente en su propia ruina, y en la vuestra, y en la de vuestros hijos, y en la de los hijos de vuestros hijos.

Hubo algunos aplausos, y algunos gritos de ¡Vergüenza! contra el hombre; pero la mayor parte del público permaneció callada. Miraban el rostro fatigado de Stephen, hecho más patético aún por las sencillas emociones que en él se traslucían; y, con la bondad propia de su naturaleza, sentían más pena que indignación.

—El oficio de este Delegado es hablar —dijo Stephen—, y le pagan por ello, y conoce su trabajo. Que se atenga a él. Que no haga caso de lo que yo he tenido que sufrir. Eso no es asunto suyo. Eso no es asunto de nadie más que mío.

Había en estas palabras una corrección, por no decir una dignidad, que dejó a los oyentes aún más callados y atentos. La misma voz potente de antes gritó: —¡Slackbridge, deja que hable el hombre, y cierra el pico! —Entonces el lugar quedó asombrosamente en silencio.

—Hermanos míos —dijo Stephen, cuya voz baja se oía con toda claridad—, y compañeros de trabajo míos, pues eso sois para mí, aunque no, que yo sepa, para este delegado de aquí; no tengo más que una palabra que decir, y no podría decir más aunque hablara hasta el amanecer. Sé bien, sé todo lo que me espera. Sé bien que todos vosotros habéis resuelto no tener más trato con un hombre que no está con vosotros en este asunto. Sé bien que si yo yaciera moribundo en el camino, tendríais por justo pasar de largo, como si fuera un forastero y un extraño. Con lo que he sacado, he de conformarme lo mejor que pueda.

—Stephen Blackpool —dijo el presidente, levantándose—, piénsalo otra vez. Piénsalo una vez más, muchacho, antes de que te vuelvan la espalda todos tus viejos amigos.

Se alzó un murmullo general en el mismo sentido, aunque ningún hombre articuló palabra. Todos los ojos estaban fijos en el rostro de Stephen. Que se arrepintiera de su decisión habría sido quitarles a todos un peso de encima. Él miró a su alrededor y supo que así era. No había en su corazón ni un grano de rencor hacia ellos; los conocía, por debajo de sus flaquezas y sus errores superficiales, como sólo podía conocerlos un compañero de trabajo.

—Lo he pensado, y no poco, señor. Sencillamente, no puedo avenirme. He de seguir el camino que se abre ante mí. He de despedirme de todos los que estáis aquí.

Les hizo una especie de reverencia alzando los brazos, y quedó un instante en esa actitud; no habló hasta que los brazos le cayeron lentamente a los costados.

—Muchas son las palabras amables que algunos aquí me habéis dicho; muchos son los rostros que veo aquí, que vi por primera vez cuando era joven y de corazón más ligero que ahora. Nunca en mi vida, desde que nací, he tenido una riña con ninguno de los míos; y bien sabe Dios que la que ahora hay no es cosa mía. Me llamaréis traidor y demás... a ti me refiero —dijo dirigiéndose a Slackbridge—, pero es más fácil llamar que demostrar. Así que, dejémoslo.

Se había apartado uno o dos pasos para bajar de la tarima, cuando recordó algo que no había dicho, y volvió de nuevo.

—Acaso —dijo, volviendo lentamente su rostro surcado de arrugas, como para dirigirse individualmente a todo el auditorio, tanto a los cercanos como a los lejanos—; acaso, cuando se haya tratado y discutido esta cuestión, se amenace con una huelga si se me permite trabajar entre vosotros. Espero morir antes de que llegue tal momento, y trabajaré solitario entre vosotros a menos que llegue... de veras, he de hacerlo, amigos míos; no para desafiaros, sino para vivir. No tengo más que el trabajo para vivir; ¿y adónde puedo ir yo, que he trabajado, desde que no tenía altura ninguna, aquí en Coketown? No me quejo de que se me vuelva la espalda, de ser desde ahora un proscrito y un olvidado, pero espero que se me deje trabajar. Si hay algún derecho para mí, amigos míos, creo que es ése.

No se pronunció ni una palabra. No se oía en el edificio otro sonido que el leve roce de los hombres que se apartaban un poco, a todo lo largo del centro de la sala, para abrir paso al hombre con quien todos se habían comprometido a renunciar a la compañía. Sin mirar a nadie, y caminando con una humilde firmeza que no afirmaba nada ni buscaba nada, el viejo Stephen, con todas sus penas sobre la cabeza, abandonó el lugar.

Entonces Slackbridge, que había mantenido extendido su brazo oratorio durante toda la salida, como si estuviera reprimiendo con infinita solicitud y con un maravilloso poder moral las vehementes pasiones de la multitud, se aplicó a levantarles el ánimo. ¿No había condenado a muerte a su propio hijo el romano Bruto, oh, compatriotas británicos míos; y no habían empujado las madres espartanas, oh, amigos míos que pronto seréis victoriosos, a sus hijos fugitivos sobre las puntas de las espadas del enemigo? ¿No era entonces el sagrado deber de los hombres de Coketown, con los antepasados a su espalda, un mundo admirado en su compañía, y una posteridad que había de venir tras ellos, expulsar a los traidores de las tiendas que habían plantado en una causa sagrada y divina?

Los vientos del cielo respondieron que sí; y llevaron el sí al este, al oeste, al norte y al sur. Y, en consecuencia, ¡tres vivas para el Tribunal Unido de Agremiados!

Slackbridge hizo de guía, y marcó el compás. La multitud de rostros dubitativos (con la conciencia algo intranquila) se animó al oír aquello, y se sumó al grito. El sentimiento privado debía ceder ante la causa común. ¡Hurra! Aún vibraba el techo con las aclamaciones cuando la asamblea se disolvió.

Así de fácilmente cayó Stephen Blackpool en la más solitaria de las vidas, la vida de soledad en medio de una multitud familiar. El forastero en tierra extraña que busca en diez mil rostros alguna mirada de respuesta y nunca la encuentra, goza de una compañía alentadora en comparación con quien ve a diario diez rostros que se apartan, y que en otro tiempo fueron los semblantes de sus amigos. Tal había de ser ahora la experiencia de Stephen, en cada instante de vigilia de su vida; en su trabajo, de camino a él y de vuelta, en su puerta, en su ventana, en todas partes. De común acuerdo, evitaban incluso el lado de la calle por el que él solía andar; y lo dejaban, de entre todos los obreros, sólo para él.

Durante muchos años había sido un hombre callado y silencioso, que trataba poco con los demás y estaba acostumbrado a la compañía de sus propios pensamientos. Nunca había conocido antes la fuerza de la necesidad que su corazón sentía del reconocimiento frecuente de un gesto, una mirada, una palabra; ni la inmensa cantidad de alivio que, gota a gota, se había vertido en él por medios tan pequeños. Le resultó incluso más difícil de lo que hubiera podido creer separar en su conciencia el abandono de todos sus compañeros de un infundado sentimiento de vergüenza y deshonra.

Los cuatro primeros días de su aguante fueron días tan largos y pesados que empezó a sentirse horrorizado ante la perspectiva que se abría delante de él. No sólo no vio a Rachael en todo ese tiempo, sino que evitó toda ocasión de verla; pues, aunque sabía que la prohibición no se extendía todavía formalmente a las mujeres que trabajaban en las fábricas, comprobó que algunas de las que conocía

habían cambiado con él, y temió intentarlo con otras, y temió aún más que Rachael pudiera ser señalada entre las demás si se la veía en su compañía. Así que había estado completamente solo durante los cuatro días, y no había hablado con nadie, cuando, al salir del trabajo por la noche, un joven de tez muy clara le abordó en la calle.

—Su nombre es Blackpool, ¿no es así? —dijo el joven.

Stephen se ruborizó al encontrarse con el sombrero en la mano, ya fuera por la gratitud de que le dirigieran la palabra, ya por lo repentino del caso, o por ambas cosas. Hizo como que se arreglaba el forro, y dijo: —Sí.

—Es usted el brazo al que han hecho el vacío, quiero decir —dijo Bitzer, el joven de tez muy clara en cuestión.

Stephen contestó otra vez: —Sí.

—Ya me lo suponía, por lo mucho que todos parecen evitarle. El señor Bounderby quiere hablar con usted. Conoce usted su casa, ¿verdad?

Stephen volvió a decir: —Sí.

—Entonces vaya usted derecho para allá, ¿quiere? —dijo Bitzer—. Le esperan, y no tiene más que decirle al criado que es usted. Yo trabajo en el banco; así que, si va usted derecho sin mí (me habían mandado a buscarle), me ahorrará una caminata.

Stephen, cuyo camino iba en dirección contraria, dio media vuelta y se encaminó, como el deber le mandaba, hacia el castillo de ladrillo rojo del gigante Bounderby.

Capítulo V. Obreros y patronos

—Bien, Stephen —dijo Bounderby, con su modo ventoso—, ¿qué es esto que oigo? ¿Qué le han hecho esas plagas de la tierra a *usted*? Entre, y hable claro.

Fue al salón adonde se le invitó a entrar así. Había una mesa de té dispuesta; y estaban presentes la joven esposa del señor Bounderby, el hermano de ésta, y un gran caballero venido de Londres. Stephen les hizo una reverencia, cerró la puerta y se quedó de pie cerca de ella, con el sombrero en la mano.

—Este es el hombre del que le hablaba, Harthouse —dijo el señor Bounderby. El caballero a quien se dirigía, que estaba hablando con la señora Bounderby en el sofá, se levantó, diciendo con aire indolente: —¿Ah, de veras? —y se acercó sin prisas a la alfombrilla de la chimenea, donde estaba el señor Bounderby.

—Vamos —dijo Bounderby—, ¡hable claro!

Después de los cuatro días que había pasado, aquellas palabras cayeron de un modo brusco y discordante en los oídos de Stephen. Además de suponer un trato rudo para su ánimo dolorido, parecían dar por sentado que él era en verdad el desertor interesado que le habían llamado.

—¿Qué era, señor —dijo Stephen—, lo que tenía usted a bien querer de mí?

—Pero si ya se lo he dicho —replicó Bounderby—. Hable como un hombre, ya que es usted un hombre, y cuéntenos de usted mismo y

de esta Coalición.

—Con su perdón, señor —dijo Stephen Blackpool—, no tengo nada que decir de eso.

El señor Bounderby, que siempre era, más o menos, como un Viento, al encontrar aquí algo en su camino, se puso enseguida a soplar contra ello.

—Vamos, mire usted, Harthouse —dijo—, aquí tiene una muestra de ellos. Cuando este hombre estuvo aquí una vez, ya le advertí contra esos forasteros perniciosos que siempre andan rondando —y a los que habría que ahorcar dondequiera que se los encuentre—, y le dije a este hombre que iba por mal camino. Ahora bien, ¿lo creería usted?, aunque le han puesto esta marca, sigue siendo tan esclavo de ellos que tiene miedo de abrir la boca sobre el asunto.

—Dije que no tenía nada que decir, señor; no que tuviera miedo de abrir la boca.

—¡Dijo! ¡Ah! *Yo* sé lo que dijo; y más aún, sé lo que quiere decir, ¿ve usted? No siempre es lo mismo, ¡vive Dios! Son cosas bien distintas. Más le valdría decirnos de una vez que ese tal Slackbridge no anda por la ciudad, incitando a la gente al motín; y que no es un dirigente del pueblo debidamente cualificado: es decir, que es un canalla de tomo y lomo. Más le valdría decírnoslo de una vez; a mí no me engaña usted. Lo que quiere es decírnoslo. ¿Por qué no lo hace?

—Lo siento tanto como usted, señor, cuando los dirigentes del pueblo son malos —dijo Stephen, sacudiendo la cabeza—. Toman a los que se ofrecen. Acaso no sea la menor de sus desdichas el no poder conseguir otros mejores.

El viento empezó a soplar con furia.

—Ahora bien, esto le parecerá bastante bueno, Harthouse —dijo el señor Bounderby—. Le parecerá bastante fuerte. Dirá usted: por mi alma, esta es una buena muestra de con qué tienen que vérselas mis amigos; ¡pero esto no es nada, señor! Va usted a oírme hacerle

una pregunta a este hombre. Le ruego, señor Blackpool —el viento arreciando muy deprisa—, ¿me tomo la libertad de preguntarle cómo es que se negó usted a entrar en esta Coalición?

—¿Cómo es que...?

—¡Ah! —dijo el señor Bounderby, con los pulgares en las sisas de la levita, cabeceando y cerrando los ojos en confianza con la pared de enfrente—: cómo es que sucede.

—Preferiría no llegar a eso, señor; pero ya que hace usted la pregunta —y no queriendo faltar a las buenas maneras—, contestaré. He dado mi palabra.

—No a mí, ya lo sabe usted —dijo Bounderby. (Tiempo racheado con calmas engañosas. Una de ellas predominando ahora.)

—Oh, no, señor. A usted no.

—En cuanto a mí, cualquier consideración hacia mi persona no ha tenido nada que ver en el asunto —dijo Bounderby, todavía en confianza con la pared—. Si sólo se hubiera tratado de Josiah Bounderby de Coketown, ¿se habría usted afiliado sin más reparos?

—Pues sí, señor. Es verdad.

—Y eso que sabe —dijo el señor Bounderby, soplando ya un vendaval—, que hay toda una banda de bribones y rebeldes para los que la deportación es un castigo demasiado benigno. Ahora bien, señor Harthouse, usted lleva ya un tiempo dando vueltas por el mundo. ¿Se ha encontrado alguna vez con algo semejante a este hombre fuera de este bendito país? —Y el señor Bounderby lo señaló para que lo examinara, con dedo airado.

—No, señora —dijo Stephen Blackpool, protestando con firmeza contra las palabras que se habían empleado, y dirigiéndose instintivamente a Louisa, tras mirarle un instante el rostro—. Ni rebeldes, ni tampoco bribones. Nada de eso, señora, nada de eso. No me han hecho ningún favor, señora, bien lo sé y lo siento. Pero no hay ni una docena de hombres entre ellos, señora... ¿una docena? Ni seis... que no crea haber cumplido con su deber para con

los demás y para consigo mismo. Dios no permita que yo, que he conocido y tratado a estos hombres toda mi vida —yo, que he comido y bebido con ellos, y me he sentado con ellos, y he trabajado con ellos, y los he querido—, deje de sostenerlos con la verdad, ¡hagan conmigo lo que hagan!

Hablaba con la ruda seriedad propia de su condición y su carácter —acentuada tal vez por la orgullosa conciencia de que era fiel a su clase pese a toda su desconfianza—; pero no olvidaba en ningún momento dónde estaba, y ni siquiera alzó la voz.

—No, señora, no. Son fieles unos a otros, leales unos a otros, cariñosos unos con otros, hasta la muerte. Sea usted pobre entre ellos, esté usted enferma entre ellos, sufra usted entre ellos por cualquiera de las muchas causas que llevan la pena a la puerta del pobre, y ellos serán tiernos con usted, amables con usted, un consuelo para usted, cristianos con usted. Esté segura de eso, señora. Antes se dejarían despedazar que ser de otro modo.

—En resumen —dijo el señor Bounderby—, es porque están tan llenos de virtudes por lo que le han dejado a la deriva. Ya que está en ello, acabe de una vez. Suéltelo todo.

—Cómo es, señora —prosiguió Stephen, buscando todavía, al parecer, su refugio natural en el rostro de Louisa—, que lo mejor que hay en nosotros, la gente, sea justo lo que más nos vuelca en el disgusto y la desdicha y el error, no lo sé. Pero así es. Lo sé, como sé que los cielos están sobre mí detrás del humo. Somos pacientes también, y por lo general queremos obrar bien. Y no puedo pensar que la culpa sea toda nuestra.

—Ahora bien, amigo mío —dijo el señor Bounderby, a quien Stephen no podría haber exasperado más, aunque fuera del todo inconsciente de ello, que pareciendo apelar a cualquier otra persona —, si me favorece con su atención durante medio minuto, quisiera cambiar con usted una palabra o dos. Ha dicho hace un momento que no tenía nada que decirnos sobre este asunto. Asegúrese bien de eso antes de que sigamos adelante.

—Señor, estoy seguro de ello.

—Aquí hay presente un caballero de Londres —el señor Bounderby lo señaló con el pulgar por detrás, hacia el señor James Harthouse —, un caballero del Parlamento. Me gustaría que oyera un breve diálogo entre usted y yo, en vez de quedarse con el resumen —pues yo sé de sobra, de antemano, cuál va a ser; ¡nadie lo sabe mejor que yo, adviértalo!—, en vez de recibirlo de mi boca, fiándose de mi palabra.

Stephen inclinó la cabeza ante el caballero de Londres, y mostró un ánimo algo más turbado de lo habitual. Volvió los ojos, involuntariamente, hacia su antiguo refugio, pero ante una mirada de aquel lado (expresiva aunque instantánea) los fijó en el rostro del señor Bounderby.

—Y bien, ¿de qué se queja usted? —preguntó el señor Bounderby.

—No he venido aquí, señor —le recordó Stephen—, a quejarme. He venido porque me mandaron llamar.

—¿De qué —repitió el señor Bounderby, cruzándose de brazos—, se quejan ustedes, la gente como usted, hablando en general?

Stephen lo miró con cierta irresolución un instante, y luego pareció decidirse.

—Señor, nunca se me ha dado bien mostrarlo, aunque me ha tocado mi parte de sentirlo. En verdad estamos en un embrollo, señor. Mire usted alrededor de la ciudad —tan rica como es— y vea el número de personas que han sido traídas al mundo aquí, para tejer, y para cardar, y para irse ganando la vida, todas de la misma manera, de algún modo, entre la cuna y la tumba. Mire cómo vivimos, y dónde vivimos, y en qué número, y por qué azares, y con qué monotonía; y mire cómo las fábricas están siempre en marcha, y cómo nunca nos acercan más a ningún objetivo lejano... salvo siempre a la Muerte. Mire cómo piensa usted de nosotros, y escribe de nosotros, y habla de nosotros, y sube con sus delegaciones a los Secretarios de Estado a hablar de nosotros, y cómo ustedes siempre tienen razón, y cómo nosotros siempre estamos equivocados, y

nunca hemos tenido razón alguna desde que nacimos. Mire cómo esto ha ido creciendo y creciendo, señor, cada vez más grande, cada vez más ancho, cada vez más duro, de año en año, de generación en generación. ¿Quién puede mirarlo, señor, y decirle honradamente a un hombre que no es un embrollo?

—Por supuesto —dijo el señor Bounderby—. Ahora quizá le diga usted al caballero cómo arreglaría usted este embrollo (como tanto le gusta llamarlo).

—No lo sé, señor. No se me puede pedir eso. No soy yo a quien hay que mirar para eso, señor. Son aquellos que están puestos por encima de mí, y por encima de todos los demás. ¿Qué toman ellos sobre sí, señor, si no es hacer eso?

—Al menos le diré algo que ayudará a ello —replicó el señor Bounderby—. Vamos a dar ejemplo con media docena de Slackbridges. Procesaremos a esos granujas por delito grave, y los mandaremos embarcados a las colonias penales.

Stephen sacudió la cabeza con gravedad.

—No me diga usted que no lo haremos, hombre —dijo el señor Bounderby, soplando ya un huracán—, ¡porque lo haremos, se lo aseguro!

—Señor —replicó Stephen, con la tranquila confianza de la certeza absoluta—, aunque cogiera usted a cien Slackbridges —todos los que hay, y diez veces ese número—, y los cosiera cada uno en un saco aparte, y los hundiera en el océano más profundo que se hizo antes de que existiera la tierra firme, dejaría el embrollo exactamente donde está. ¡Forasteros perniciosos! —dijo Stephen, con una sonrisa inquieta—; ¿cuándo no hemos oído hablar, estoy seguro, desde que tenemos memoria, de los forasteros perniciosos? No es por *ellos* por quienes se hace el daño, señor. No es con *ellos* con quienes empieza. No les tengo simpatía —no tengo motivo para tenérsela—, pero es inútil y sin esperanza soñar con apartarlos a ellos de su oficio, en lugar de apartar su oficio de ellos. Todo lo que ahora hay a mi alrededor en esta habitación ya estaba aquí antes de

que yo llegara, y seguirá aquí cuando yo me haya ido. Meta usted ese reloj a bordo de un barco y mándelo a la isla de Norfolk, y el tiempo seguirá pasando lo mismo. Así es con Slackbridge, en todo y por todo.

Volviendo un instante a su antiguo refugio, observó en los ojos de ella un movimiento de advertencia hacia la puerta. Retrocediendo un paso, puso la mano sobre el picaporte. Pero no había hablado por su propia voluntad y deseo; y sentía en su corazón que era una noble respuesta al trato injurioso que acababa de recibir el ser fiel hasta el final a quienes lo habían repudiado. Se quedó para terminar lo que tenía en mente.

—Señor, yo no puedo, con mi poca instrucción y mi manera llana, decirle al caballero qué es lo que va a arreglar todo esto —aunque algún obrero de esta ciudad podría, y mejor que yo—, pero sí puedo decirle lo que sé que nunca lo arreglará. La mano dura nunca lo arreglará. La victoria y el triunfo nunca lo arreglarán. Ponerse de acuerdo para que un lado tenga siempre y para siempre razón, contra toda naturaleza, y el otro esté siempre y para siempre equivocado, contra toda naturaleza, nunca, nunca lo arreglará. Ni tampoco dejarlo estar lo arreglará. Dejen ustedes a miles y miles en paz, todos llevando la misma vida y todos cayendo en el mismo embrollo, y ellos serán como uno, y ustedes serán como otro, con un mundo negro e infranqueable entre ambos, durante todo el tiempo, largo o corto, que semejante miseria pueda durar. No acercarse a la gente, con bondad y paciencia y buen humor, que es lo que tanto acerca a unos a otros en sus muchas penas, y con lo que se consuelan unos a otros en sus congojas, con lo mismo que ellos necesitan —cosa que, humildemente creo, ningún pueblo que el caballero haya visto en todos sus viajes puede superar—, eso nunca lo arreglará, hasta que el Sol se vuelva de hielo. Y sobre todo, tratarlos como si fueran tanta Fuerza, y reglamentarlos como si fueran cifras de una suma, o máquinas: sin amores ni afectos, sin recuerdos ni inclinaciones, sin almas que se cansan y almas que esperan —cuando todo va tranquilo, arrastrándolos como si no tuvieran nada de eso, y cuando todo va revuelto, reprochándoles

que les falten esos sentimientos humanos en su trato con ustedes—, eso nunca lo arreglará, señor, hasta que se deshaga la obra de Dios.

Stephen permaneció con la puerta abierta en la mano, esperando saber si se esperaba algo más de él.

—Espere un momento —dijo el señor Bounderby, con la cara excesivamente colorada—. Le dije, la última vez que vino usted aquí con una queja, que más le valía dar media vuelta y salir de eso. Y también le dije, si lo recuerda, que estaba yo al tanto de la cuchara de oro.

—Yo no estaba al tanto de eso, señor; se lo aseguro.

—Ahora está claro para mí —dijo el señor Bounderby— que es usted uno de esos tipos que siempre tienen una queja. Y anda usted por ahí, sembrándola y cosechándola. Ese es el oficio de *su* vida, amigo mío.

Stephen sacudió la cabeza, protestando mudamente que, en efecto, tenía otro oficio al que dedicar su vida.

—Es usted un tipo tan quisquilloso, tan arisco, de tan mal genio, ¿ve usted? —dijo el señor Bounderby—, que hasta su propio Sindicato, los hombres que mejor le conocen, no quieren saber nada de usted. Nunca pensé que esos individuos pudieran tener razón en nada; ¡pero le voy a decir una cosa! Por esta vez, y como novedad, voy a estar de acuerdo con ellos, hasta el punto de que *yo* tampoco quiero saber nada de usted.

Stephen alzó rápidamente los ojos hacia su rostro.

—Puede usted terminar lo que tiene entre manos —dijo el señor Bounderby, con un gesto de cabeza cargado de intención—, y después irse a otra parte.

—Señor, usted sabe bien —dijo Stephen con elocuencia—, que si no puedo conseguir trabajo con usted, no puedo conseguirlo en ninguna otra parte.

La respuesta fue: —Lo que yo sé, lo sé; y lo que usted sabe, lo sabe. No tengo nada más que decir al respecto.

Stephen volvió a mirar a Louisa, pero los ojos de ella ya no se alzaron hacia los suyos; así que, con un suspiro, y diciendo, apenas en un murmullo, —¡Que el Cielo nos ayude a todos en este mundo! —, se marchó.

Capítulo VI. Apagarse

Estaba oscureciendo cuando Stephen salió de casa del señor Bounderby. Las sombras de la noche se habían echado encima tan deprisa que no miró a su alrededor al cerrar la puerta, sino que siguió calle adelante con paso pesado. Nada más lejos de sus pensamientos que la curiosa anciana con quien se había topado en su anterior visita a aquella misma casa, cuando oyó tras de sí un paso que conocía y, al volverse, la vio en compañía de Rachael.

Vio primero a Rachael, igual que solo a ella había oído.

—¡Ah, Rachael, querida mía! ¡Señora, usted con ella!

—Vaya, ahora sí que está usted sorprendido, y con razón, he de decir —repuso la anciana—. Aquí me tiene otra vez, ya ve.

—Pero ¿cómo con Rachael? —dijo Stephen, acompasando su paso al de ellas y caminando entre las dos, mirando de una a otra.

—Pues vengo a ver a esta buena moza casi igual que vine a verlo a usted —dijo la anciana alegremente, tomando ella misma la palabra—. Este año llego más tarde de lo habitual, porque me ha molestado bastante la falta de aliento, y lo fui dejando hasta que hiciera buen tiempo y calentase. Por la misma razón no hago todo el viaje en un día, sino que lo divido en dos, y esta noche me quedo a dormir en el Café de los Viajeros, junto a la vía (una casa limpia y decente), y por la mañana, a las seis, vuelvo en el tren de tercera. Bueno, pero ¿qué tiene esto que ver con esta buena moza, se preguntará usted? Ahora se lo cuento. He oído que el señor

Bounderby se ha casado. Lo leí en el periódico, donde quedaba tan solemne... ¡ay, qué bien quedaba! —la anciana se demoró en ello con extraño entusiasmo—: y quiero ver a su esposa. Todavía no la he visto. Pues bien, si me cree usted, no ha salido de esa casa desde el mediodía de hoy. Así que, para no darme por vencida tan fácilmente, estuve esperando un poco más por los alrededores, y pasé cerca de esta buena moza dos o tres veces; y como tenía una cara tan amable, le hablé, y ella me habló a mí. ¡Ahí lo tiene! —dijo la anciana a Stephen—; ahora ya puede usted sacar el resto por su cuenta, mucho más deprisa que yo, me atrevo a decir.

Una vez más, Stephen tuvo que vencer una instintiva propensión a que aquella anciana no le fuera simpática, aunque sus maneras eran tan honestas y sencillas como pudieran serlo. Con una delicadeza tan natural en él como sabía que lo era en Rachael, siguió el tema que interesaba a la anciana en su vejez.

—Bueno, señora —dijo él—, he visto a la señora, y era joven y guapa. Con unos ojos oscuros y pensativos, y una manera tan quieta, Rachael, como nunca he visto otra igual.

—¡Joven y guapa! ¡Sí! —exclamó la anciana, encantada—. ¡Bonita como una rosa! ¡Y qué esposa tan feliz!

—Sí, señora, supongo que lo será —dijo Stephen. Pero con una mirada dudosa a Rachael.

—¿Que lo supone? Tiene que serlo. Es la esposa de su patrón —repuso la anciana.

Stephen asintió. —Aunque en cuanto a patrón —dijo, mirando de nuevo a Rachael—, ya no es patrón mío. Eso se ha acabado entre él y yo.

—¿Has dejado su trabajo, Stephen? —preguntó Rachael, deprisa y con ansiedad.

—Pues, Rachael —contestó él—, que yo haya dejado su trabajo o que su trabajo me haya dejado a mí, viene a ser lo mismo. Su trabajo y yo nos hemos separado. Y está bien así... mejor, pensaba

yo cuando llegaste a mi lado. Me habría traído disgusto tras disgusto de haberme quedado allí. Puede que sea un bien para muchos que me vaya; puede que sea un bien para mí mismo; de un modo u otro, tiene que hacerse. Tengo que apartarme de Coketown por algún tiempo, y buscar fortuna, querida, empezando de nuevo.

—¿Adónde irás, Stephen?

—Esta noche no lo sé —dijo él, quitándose el sombrero y alisándose con la palma de la mano el pelo ralo—. Pero no me voy esta noche, Rachael, ni tampoco mañana. No es nada fácil saber hacia dónde volverse, pero ya me vendrá un buen ánimo.

También en esto le ayudaba el sentirse desinteresado con solo pensarlo. Antes incluso de haber cerrado la puerta del señor Bounderby, había reflexionado que, al menos, verse obligado a marcharse era bueno para ella, pues la libraría del riesgo de que se la interrogara por no haberse apartado de él. Aunque le costaría un duro dolor dejarla, y aunque no lograba pensar en ningún lugar semejante donde su condena no fuera a perseguirlo, quizá era casi un alivio verse forzado a salir de la resistencia sufrida en los últimos cuatro días, aun a costa de dificultades y penas desconocidas.

Así que dijo, con toda verdad: —Lo llevo más ligero, Rachael, de lo que hubiera podido creer. No le correspondía a ella hacerle más pesada la carga. Ella respondió con su sonrisa reconfortante, y los tres siguieron caminando juntos.

La vejez, sobre todo cuando se esfuerza por ser animosa y bastarse a sí misma, encuentra mucha consideración entre los pobres. La anciana era tan decente y estaba tan conforme, y quitaba tanta importancia a sus achaques —aunque estos habían aumentado desde su anterior encuentro con Stephen—, que los dos se interesaron por ella. Era demasiado vivaracha para permitir que caminasen despacio por su causa, pero agradecía mucho que le hablasen, y estaba muy dispuesta a hablar cuanto hiciera falta: así que, cuando llegaron a su barrio, estaba más animada y vivaz que nunca.

—Venga a mi pobre casa, señora —dijo Stephen—, y tómese una taza de té. Rachael vendrá también; y después la acompañaré sana y salva hasta su alojamiento de los Viajeros. Puede que pase mucho tiempo, Rachael, antes de que vuelva a tener la ocasión de tu compañía.

Accedieron, y los tres se encaminaron a la casa donde él se alojaba. Al doblar hacia una calle estrecha, Stephen miró hacia su ventana con el temor que siempre rondaba su hogar desolado; pero estaba abierta, tal como la había dejado, y no había nadie. El espíritu maligno de su vida se había ido volando otra vez, meses atrás, y desde entonces no había vuelto a saber de ella. Las únicas pruebas de su último regreso eran ahora los muebles más escasos de su cuarto y el pelo más gris de su cabeza.

Encendió una vela, sacó su pequeña bandeja de té, bajó a buscar agua caliente, y trajo de la tienda más cercana pequeñas porciones de té y azúcar, una hogaza y algo de mantequilla. El pan era fresco y crujiente, la mantequilla estaba buena, y el azúcar era de terrón, por supuesto: todo en cumplimiento del testimonio habitual de los magnates de Coketown, de que esta gente vivía como príncipes, señor mío. Rachael preparó el té (una reunión tan numerosa exigió pedir prestada una taza), y la visitante lo disfrutó muchísimo. Era el primer atisbo de sociabilidad que el anfitrión había tenido en muchos días. Él también, con el mundo entero como un páramo abierto ante sí, disfrutó de la comida, corroborando una vez más a los magnates, como muestra de la absoluta falta de cálculo de esta gente, señor mío.

—Todavía no se me había ocurrido, señora —dijo Stephen—, preguntarle su nombre.

La anciana se presentó como la señora Pegler.

—¿Viuda, me parece? —dijo Stephen.

—¡Ay, hace ya muchos años! Según los cálculos de la señora Pegler, su marido (uno de los mejores que se recuerdan) ya había muerto cuando nació Stephen.

—Mal asunto también, perder a uno tan bueno —dijo Stephen—. ¿Algún hijo?

La taza de la señora Pegler, que temblaba contra el plato mientras la sostenía, delataba cierto nerviosismo. —No —dijo—. Ahora no, ahora no.

—Muertos, Stephen —apuntó Rachael con suavidad.

—Siento haber hablado de ello —dijo Stephen—. Debería haber tenido presente que podía tocar una herida. Yo... yo me culpo a mí mismo.

Mientras él se disculpaba, la taza de la anciana temblaba cada vez más. —Tuve un hijo —dijo, extrañamente afligida, y no con ninguna de las muestras habituales de dolor—; y le fue bien, maravillosamente bien. Pero no se debe hablar de él, si no les importa. Está... —Dejando la taza, movió las manos como si con ese gesto quisiera añadir «¡muerto!». Luego dijo en voz alta—: Lo he perdido.

Stephen no se había repuesto aún de haber causado pena a la anciana, cuando su casera subió tropezando por la estrecha escalera y, llamándolo a la puerta, le susurró algo al oído. La señora Pegler no era en absoluto sorda, pues alcanzó a oír una palabra en cuanto se pronunció.

—¡Bounderby! —exclamó, con voz sofocada, levantándose de golpe de la mesa—. ¡Ay, escóndame! No dejen que me vea por nada del mundo. No le dejen subir hasta que me haya ido. ¡Se lo ruego, se lo ruego! Temblaba y estaba enormemente agitada; se puso detrás de Rachael cuando esta trató de calmarla, y no parecía saber lo que hacía.

—Pero escuche, señora, escuche —dijo Stephen, asombrado—. No es el señor Bounderby, es su esposa. Usted no le tiene miedo a ella. Hace apenas una hora estaba usted loca de contenta con ella.

—Pero ¿está usted seguro de que es la señora, y no el señor? —preguntó ella, todavía temblando.

—¡Segurísimo!

—Bueno, pues entonces, se lo ruego, no me hablen ni reparen en mí —dijo la anciana—. Déjenme sola del todo en este rincón.

Stephen asintió; buscó en Rachael una explicación que ella no pudo darle en absoluto; cogió la vela, bajó la escalera y, al cabo de unos momentos, volvió alumbrando la entrada de Louisa en la habitación. La seguía el cachorro.

Rachael se había levantado y permanecía apartada, con el chal y el sombrero en la mano, cuando Stephen, él mismo profundamente asombrado por aquella visita, dejó la vela sobre la mesa. Después él también se quedó de pie, con el puño cerrado apoyado en la mesa junto a ella, esperando a que le dirigieran la palabra.

Por primera vez en su vida, Louisa había entrado en una de las viviendas de los brazos de Coketown; por primera vez en su vida se encontraba cara a cara con algo parecido a la individualidad en relación con ellos. Conocía su existencia por centenares y por millares. Sabía qué resultados de trabajo produciría un número dado de ellos en un espacio de tiempo dado. Los conocía en masa, yendo y viniendo de sus nidos, como hormigas o escarabajos. Pero, por sus lecturas, sabía infinitamente más de las costumbres de los insectos laboriosos que de estos hombres y mujeres laboriosos.

Algo que se hacía trabajar tanto y se pagaba tanto, y ahí terminaba todo; algo que las leyes de la oferta y la demanda resolvían infaliblemente; algo que tropezaba contra esas leyes y se hundía en dificultades; algo que pasaba algo de estrechez cuando el trigo estaba caro, y comía en exceso cuando el trigo estaba barato; algo que crecía a tal tasa de porcentaje, y producía tal otro porcentaje de delincuencia, y tal otro porcentaje de pauperismo; algo al por mayor, con lo que se hacían inmensas fortunas; algo que de cuando en cuando se alzaba como un mar, y causaba algún daño y algún estrago (principalmente a sí mismo), y volvía a bajar: esto era, para ella, lo que eran los brazos de Coketown. Pero apenas

había pensado más en separarlos en unidades que en separar el propio mar en las gotas que lo componen.

Se quedó unos instantes mirando alrededor de la habitación. De las pocas sillas, los pocos libros, las estampas corrientes y la cama, dirigió la vista a las dos mujeres y a Stephen.

—He venido a hablar con usted a raíz de lo que ha pasado hace un momento. Me gustaría poder serle útil, si usted me lo permite. ¿Es esta su esposa?

Rachael alzó los ojos, que respondieron que no con suficiente claridad, y volvió a bajarlos.

—Recuerdo —dijo Louisa, ruborizándose por su error— que he oído hablar de sus desdichas domésticas, aunque en su momento no presté atención a los detalles. No era mi intención hacer una pregunta que causara pena a nadie aquí. Si llegara a hacer alguna otra pregunta que resultara tener ese efecto, tengan la bondad de atribuirlo a que no sé cómo debería hablarles.

Del mismo modo que Stephen, hacía apenas un instante, se había dirigido instintivamente a ella, ahora ella se dirigía instintivamente a Rachael. Su manera de hablar era seca y brusca, y a la vez vacilante y tímida.

—¿Le ha contado él lo ocurrido entre él y mi marido? Usted sería, supongo, su primer recurso.

—He oído el final, señorita —dijo Rachael.

—¿He entendido bien que, al ser rechazado por un patrono, probablemente lo sería por todos? Me pareció que decía algo así.

—Las posibilidades son muy pequeñas, señorita... casi nulas..., para un hombre que se gana mala fama entre ellos.

—¿Qué debo entender que quiere decir con mala fama?

—La fama de dar problemas.

—Entonces, ¿por los prejuicios de su propia clase y por los prejuicios de la otra, se le sacrifica por igual? ¿Están las dos tan

profundamente separadas en esta ciudad que no hay lugar alguno para un obrero honrado entre ambas?

Rachael negó con la cabeza, en silencio.

—Cayó bajo sospecha —dijo Louisa— de sus compañeros tejedores porque... había hecho una promesa de no unirse a ellos. Creo que debió de ser a usted a quien hizo esa promesa. ¿Podría preguntarle por qué la hizo?

Rachael rompió a llorar. —Yo no se lo pedí, pobre muchacho. Le rogué que evitara problemas por su propio bien, sin pensar que fuera a llegar a esto por mi causa. Pero sé que él moriría cien muertes antes que faltar a su palabra. Eso lo sé bien de él.

Stephen se había mantenido atento y callado, con su habitual actitud pensativa, la mano en la barbilla. Habló entonces con una voz menos firme que de costumbre.

—Nadie, sino yo mismo, podrá saber nunca qué honor, qué amor y qué respeto le tengo a Rachael, ni con qué motivo. Cuando hice esa promesa, le dije la verdad: que ella era el ángel de mi vida. Fue una promesa solemne. Se ha ido de mí, para siempre.

Louisa volvió la cabeza hacia él y la inclinó con una deferencia nueva en ella. Miró de él a Rachael, y sus facciones se dulcificaron. —¿Qué hará usted? —le preguntó. Y también su voz se había dulcificado.

—Bueno, señora —dijo Stephen, sacando lo mejor de ello, con una sonrisa—; cuando acabe aquí, tendré que dejar esta parte e intentarlo en otra. Con fortuna o sin ella, un hombre no puede sino intentarlo; no hay nada que hacer sin intentarlo... salvo tumbarse y morir.

—¿Cómo viajará usted?

—A pie, mi buena señora, a pie.

Louisa se ruborizó, y un portamonedas apareció en su mano. Se oyó el crujido de un billete de banco mientras lo desdoblaba y lo

dejaba sobre la mesa.

—Rachael, ¿querrá usted decirle —pues usted sabe cómo, sin ofenderlo— que esto es suyo libremente, para ayudarle en su camino? ¿Le rogará que lo acepte?

—Eso no puedo hacerlo, señorita —respondió ella, volviendo la cabeza a un lado—. Bendita sea usted por pensar en el pobre muchacho con tanta ternura. Pero es cosa suya conocer su corazón, y lo que es justo según él.

Louisa lo miró, en parte incrédula, en parte asustada, en parte vencida por una simpatía repentina, al ver que aquel hombre de tanto dominio de sí mismo, que había estado tan sencillo y sereno durante toda la entrevista, perdía la compostura en un instante y se quedaba con la mano delante del rostro. Ella tendió la suya, como si fuera a tocarlo; luego se contuvo y permaneció quieta.

—Ni siquiera Rachael —dijo Stephen, cuando volvió a quedar con el rostro descubierto— podría hacer, con ninguna palabra, un ofrecimiento tan bondadoso, más bondadoso todavía. Para demostrar que no soy hombre sin razón ni gratitud, tomaré dos libras. Las tomaré prestadas para devolverlas. Será el trabajo más dulce que jamás haya hecho el que me ponga en condiciones de reconocer una vez más mi eterno agradecimiento por esta acción presente.

Ella se vio obligada a recoger de nuevo el billete y a sustituirlo por la suma, mucho menor, que él había mencionado. No era él ni cortesano, ni apuesto, ni pintoresco en ningún sentido; y sin embargo, su manera de aceptarlo, y de expresar su gratitud sin más palabras, tenía una gracia que Lord Chesterfield no habría podido enseñar a su hijo en un siglo.

Tom había permanecido sentado en la cama, balanceando una pierna y chupando el puño de su bastón con suficiente indiferencia, hasta que la visita llegó a este punto. Al ver que su hermana estaba dispuesta a marcharse, se levantó, con cierta prisa, y metió baza.

—Espera un momento, Loo. Antes de irnos, quiero hablar con él un instante. Se me acaba de ocurrir algo. Si sale usted un momento a la escalera, Blackpool, se lo diré. ¡Deje la luz, hombre! —Tom se mostró sumamente impaciente al ver que él se dirigía hacia el armario a por una—. No hace falta luz.

Stephen salió tras él, y Tom cerró la puerta de la habitación y sostuvo el pestillo en la mano.

—¡Oiga! —susurró—. Creo que puedo hacerle un favor. No me pregunte cuál es, porque puede que no llegue a nada. Pero no hay mal alguno en que lo intente.

Su aliento caía como una llama de fuego sobre el oído de Stephen, de lo caliente que estaba.

—Ese era nuestro portero en el banco —dijo Tom—, el que le trajo el recado esta noche. Lo llamo nuestro portero porque yo también pertenezco al banco.

Stephen pensó: «¡Qué prisa tiene!». Hablaba de un modo tan confuso.

—¡Bueno! —dijo Tom—. ¡Ahora, escuche! ¿Cuándo se marcha usted?

—Hoy es lunes —respondió Stephen, pensándolo—. Pues, señor, el viernes o el sábado, poco más o menos.

—Viernes o sábado —dijo Tom—. ¡Ahora, escuche! No estoy seguro de poder hacerle el favor que quiero hacerle... esa es mi hermana, ya sabe, la que está en su habitación... pero puede que sí pueda, y si no pudiera, no habría ningún daño. Así que le diré una cosa. ¿Reconocerá usted de nuevo a nuestro portero?

—Sí, claro —dijo Stephen.

—Muy bien —replicó Tom—. Cuando salga del trabajo de noche, entre ahora y su marcha, quédese rondando por el banco una hora o así, ¿quiere? No se comporte como si tuviera algún propósito, si él lo ve rondando por allí; porque no le diré que le hable, a menos que

descubra que puedo hacerle el servicio que quiero hacerle. En ese caso, él tendrá una nota o un recado para usted, pero si no, nada. ¡Ahora, escuche! Asegúrese de que lo entiende.

Había introducido un dedo, en la oscuridad, por un ojal del abrigo de Stephen, y retorcía aquella esquina de la prenda, dándole vueltas y vueltas y apretándola cada vez más, de un modo extraordinario.

—Lo entiendo, señor —dijo Stephen.

—¡Ahora, escuche! —repitió Tom—. Asegúrese entonces de no cometer ningún error, y no lo olvide. Le diré a mi hermana, de camino a casa, lo que tengo en mente, y sé que lo aprobará. ¡Ahora, escuche! ¿Está usted bien? ¿Lo entiende todo? Muy bien, entonces. ¡Ven, Loo!

Empujó la puerta al llamarla, pero no volvió a entrar en la habitación, ni esperó a que le alumbraran para bajar la estrecha escalera. Ya estaba abajo cuando ella empezó a descender, y ya estaba en la calle antes de que ella pudiera tomarlo del brazo.

La señora Pegler permaneció en su rincón hasta que el hermano y la hermana se hubieron marchado, y hasta que Stephen volvió con la vela en la mano. Se hallaba en un estado de inexpresable admiración por la señora Bounderby y, como una anciana incomprensible que era, lloró «porque era una criatura tan bonita». Pero la señora Pegler estaba tan alterada, temiendo que el objeto de su admiración regresara por casualidad, o que llegara cualquier otra persona, que su buen humor se acabó por aquella noche. Era tarde, además, para gente que se levantaba temprano y trabajaba duro; así que la reunión se disolvió, y Stephen y Rachael acompañaron a su misteriosa conocida hasta la puerta del Café de los Viajeros, donde se despidieron de ella.

Caminaron juntos de vuelta a la esquina de la calle donde vivía Rachael, y a medida que se acercaban más y más a ella, el silencio fue apoderándose de ellos. Cuando llegaron al oscuro rincón donde siempre terminaban sus infrecuentes encuentros, se detuvieron, aún silenciosos, como si ambos temieran hablar.

—Procuraré verte otra vez, Rachael, antes de irme, pero si no...

—No lo harás, Stephen, ya lo sé. Es mejor que nos decidamos a ser sinceros el uno con el otro.

—Siempre tienes razón. Es más valiente y mejor. He estado pensando, Rachael, que como no quedan más que un día o dos, sería mejor para ti, querida mía, que no te vieran conmigo. Podría traerte problemas, sin ningún provecho.

—No es por eso por lo que me importa, Stephen. Pero tú conoces nuestro viejo acuerdo. Es por eso.

—Bueno, bueno —dijo él—. Es mejor, de todos modos.

—¿Me escribirás y me contarás todo lo que pase, Stephen?

—Sí. ¿Qué puedo decir ahora, sino que el Cielo esté contigo, que el Cielo te bendiga, que el Cielo te dé las gracias y te recompense?

—¡Que también a ti te bendiga, Stephen, en todas tus andanzas, y que al fin te envíe paz y descanso!

—Te dije, querida mía —dijo Stephen Blackpool—, aquella noche, que nunca vería ni pensaría en nada que me enfadara sin que tú, tan superior a mí, estuvieras junto a ello. Estás junto a ello ahora. Me haces verlo con mejores ojos. Bendita seas. Buenas noches. ¡Adiós!

No fue más que una despedida apresurada en una calle cualquiera, y sin embargo fue un recuerdo sagrado para aquellas dos personas humildes. Economistas utilitarios, esqueletos de maestros de escuela, Comisarios del Hecho, infieles distinguidos y agotados, charlatanes de tantos pequeños credos ajados: a los pobres los tendréis siempre con vosotros. Cultivad en ellos, mientras aún hay tiempo, las máximas gracias de la fantasía y del afecto, para adornar sus vidas, tan necesitadas de adorno; o, el día de vuestro triunfo, cuando el romance haya sido expulsado por completo de sus almas, y ellos se encuentren cara a cara con la existencia desnuda, la Realidad tomará un cariz de lobo, y acabará con vosotros.

Stephen trabajó al día siguiente, y al otro, sin que nadie le dirigiera una palabra de aliento, y evitado en todas sus idas y venidas como antes. Al final del segundo día, avistó tierra; al final del tercero, su telar quedó vacío.

Había excedido su hora en la calle frente al banco, en cada una de las dos primeras noches; y nada había ocurrido allí, ni bueno ni malo. Para no faltar a su parte del compromiso, resolvió esperar dos horas completas, en aquella tercera y última noche.

Allí estaba la señora que en otro tiempo había llevado la casa del señor Bounderby, sentada en la ventana del primer piso, tal como él la había visto antes; y allí estaba el portero, hablando a veces con ella allí, y mirando a veces por encima de la persiana de abajo, en la que ponía BANCO, y saliendo a veces a la puerta y quedándose en los escalones para respirar un poco de aire. Cuando salió por primera vez, Stephen pensó que quizá lo estuviera buscando, y pasó cerca; pero el portero solo posó levemente en él sus ojos parpadeantes, y no dijo nada.

Dos horas eran un largo rato de estar por allí sin nada que hacer, después de una larga jornada de trabajo. Stephen se sentó en el escalón de una puerta, se apoyó contra una pared bajo un arco, se paseó de un lado a otro, escuchó el reloj de la iglesia, se detuvo a mirar a los niños que jugaban en la calle. Tener uno u otro propósito es algo tan natural en todos, que un simple holgazán siempre parece y se siente fuera de lo común. Cuando pasó la primera hora, Stephen empezó incluso a sentir la incómoda sensación de ser, por el momento, un personaje de mala reputación.

Luego llegó el farolero, y dos hileras de luces que se alargaban a lo largo de toda la perspectiva de la calle, hasta que se fundían y se perdían en la distancia. La señora Sparsit cerró la ventana del primer piso, bajó la persiana y subió al piso de arriba. Poco después, una luz subió tras ella, pasando primero por el montante de la puerta, y después por las dos ventanas de la escalera, en su camino hacia arriba. Al cabo de un rato, se movió una esquina de la persiana del segundo piso, como si el ojo de la señora Sparsit estuviera allí; y

también la otra esquina, como si el ojo del portero estuviera de aquel lado. Aun así, no se le hizo llegar ningún mensaje a Stephen. Muy aliviado cuando las dos horas se cumplieron por fin, se marchó a paso rápido, como recompensa por tanto tiempo perdido rondando.

No le quedaba sino despedirse de su casera y tumbarse en su cama provisional en el suelo; pues su hatillo estaba ya preparado para el día siguiente, y todo estaba dispuesto para su partida. Se proponía salir de la ciudad muy temprano; antes de que los brazos estuvieran en las calles.

Apenas rayaba el alba cuando, con una última mirada por su habitación, preguntándose con tristeza si volvería a verla alguna vez, salió. La ciudad estaba tan enteramente desierta como si sus habitantes la hubieran abandonado antes que tener trato con él. Todo tenía un aspecto macilento a aquella hora. Incluso el sol que llegaba no hacía más que un páramo pálido en el cielo, como un mar triste.

Por el lugar donde vivía Rachael, aunque no le quedaba de camino; por las calles de ladrillo rojo; por las grandes fábricas silenciosas, que aún no temblaban; por el ferrocarril, donde las luces de peligro se apagaban con el día que se afianzaba; por el barrio desvencijado del ferrocarril, medio derruido y medio construido; por las villas dispersas de ladrillo rojo, donde los perennifolios ahumados estaban salpicados de un polvo sucio, como desaseados tomadores de rapé; por senderos de polvo de carbón y muchas variedades de fealdad; Stephen llegó a lo alto de la colina, y miró atrás.

El día brillaba entonces radiante sobre la ciudad, y las campanas llamaban al trabajo de la mañana. Los fuegos domésticos aún no estaban encendidos, y las altas chimeneas tenían el cielo para ellas solas. Exhalando sus volúmenes venenosos, no tardarían en ocultarlo; pero, durante media hora, algunas de las muchas ventanas eran doradas, lo que mostraba a la gente de Coketown un sol en eclipse eterno, a través de un cristal ahumado.

Qué extraño pasar de las chimeneas a los pájaros. Qué extraño tener el polvo del camino en los pies en lugar del cisco de carbón. ¡Qué extraño haber vivido hasta esa edad, y sin embargo estar empezando como un muchacho aquella mañana de verano! Con estas reflexiones en la mente, y su hatillo bajo el brazo, Stephen llevó su rostro atento por el camino real. Y los árboles se arqueaban sobre él, susurrando que dejaba atrás un corazón fiel y amante.

Capítulo VII. Pólvora

EL SEÑOR JAMES HARTHOUSE, «metido de lleno» en su partido adoptivo, no tardó en apuntarse tantos. Con un poco más de instrucción para los sabios políticos, un poco más de indolencia distinguida para la sociedad en general, y un manejo bastante hábil de la honradez fingida en la deshonestidad —el más eficaz y el más favorecido de los pecados capitales de buen tono—, pronto se le tuvo por hombre de mucho porvenir. El no verse incomodado por la sinceridad era un gran punto a su favor, pues le permitía adaptarse a los muchachos de los Hechos con tan buena gracia como si hubiera nacido en la tribu, y desechar a todas las demás tribus por hipócritas conscientes de serlo.

—A quienes ninguno de nosotros cree, mi querida señora Bounderby, y que tampoco creen en sí mismos. La única diferencia entre nosotros y los profesores de la virtud, o de la benevolencia, o de la filantropía —no importa el nombre— es que nosotros sabemos que todo eso no significa nada, y lo decimos; mientras que ellos lo saben igual de bien y no lo dirán jamás.

¿Por qué habría de escandalizarla o de ponerla en guardia esta reiteración? No se diferenciaba tanto de los principios de su padre, ni de la educación recibida en su infancia, como para sobresaltarla. ¿Dónde estaba la gran diferencia entre las dos escuelas, si ambas la encadenaban por igual a las realidades materiales y no le inspiraban fe en ninguna otra cosa? ¡Qué había en su alma que James Harthouse pudiera destruir, que Thomas Gradgrind no hubiese ya criado allí en su estado de inocencia!

Y era aún peor para ella, en este trance, que en su mente —implantada allí antes de que su padre, eminentemente práctico, empezara a formarla— una disposición que pugnaba por creer en una humanidad más amplia y más noble de la que jamás había oído hablar, luchara constantemente contra dudas y resentimientos. Contra dudas, porque aquella aspiración había sido tan devastada en su juventud. Contra resentimientos, por el agravio que se le había hecho, si es que aquello era en verdad un susurro de la verdad. Sobre una naturaleza acostumbrada de antiguo a reprimirse, así desgarrada y dividida, la filosofía de Harthouse llegó como un alivio y una justificación. Siendo todo hueco y sin valor, ella no había echado nada de menos ni sacrificado nada. ¿Qué más da?, le había dicho a su padre cuando este le propuso marido. ¿Qué más da?, seguía diciendo. Con un desdeñoso aplomo, se preguntaba a sí misma: ¿Qué más da nada? Y seguía adelante.

¿Hacia qué? Paso a paso, hacia delante y hacia abajo, hacia algún fin, pero tan gradualmente que ella se creía inmóvil. En cuanto al señor Harthouse, hacia dónde tendía *él*, ni lo consideraba ni le importaba. No tenía ante sí ningún designio ni plan concreto: ninguna maldad enérgica turbaba su indolencia. Se sentía, por el momento, tan divertido e interesado como conviene a un caballero tan fino; acaso más de lo que hubiera sido compatible con su reputación confesar. Poco después de su llegada escribió lánguidamente a su hermano, el honorable y jocoso diputado, que los Bounderby eran «una gran diversión»; y además, que la Bounderby, lejos de ser la Gorgona que había esperado, era joven y singularmente bonita. Después de aquello no volvió a escribir sobre ellos, y dedicó su ocio principalmente a la casa de estos. Frecuentaba mucho aquella casa, en sus idas y venidas por el distrito de Coketown; y el señor Bounderby lo animaba mucho a ello. Era muy propio del estilo ventoso del señor Bounderby jactarse ante todo el mundo de que a *él* no le importaba la gente de alta alcurnia, pero que si a su esposa, la hija de Tom Gradgrind, sí le importaba, era bienvenida a su compañía.

El señor James Harthouse empezó a pensar que sería una sensación nueva que aquel rostro, que se transfiguraba tan hermosamente por el cachorro, se transfigurase también por él.

Tenía bastante agudeza de observación; poseía buena memoria y no olvidaba ni una palabra de las revelaciones del hermano. Las entretejía con todo lo que veía en la hermana, y empezó a comprenderla. Cierto es que la parte mejor y más profunda de su carácter quedaba fuera del alcance de su percepción, pues en las naturalezas, como en los mares, la profundidad solo responde a la profundidad; pero pronto empezó a leer el resto con ojo de estudioso.

El señor Bounderby había tomado posesión de una casa con terrenos, a unas quince millas de la ciudad, a la que se llegaba, salvando milla o dos, por un ferrocarril que se extendía a horcajadas sobre numerosos arcos por una comarca agreste, socavada por pozos de carbón abandonados y salpicada de noche por hogueras y por las siluetas negras de las máquinas fijas a boca de mina. Esta comarca, suavizándose gradualmente hacia las cercanías del retiro del señor Bounderby, se dulcificaba allí en un paisaje campestre, dorado de brezo y níveo de espino blanco en la primavera del año, y trémulo de hojas y de sus sombras durante todo el verano. El banco había ejecutado una hipoteca constituida sobre la propiedad así agradablemente situada por uno de los magnates de Coketown, quien, en su empeño por tomar un atajo más corto de lo habitual hacia una fortuna descomunal, se había arruinado especulando en unas doscientas mil libras. Estos percances ocurrían a veces incluso en las familias mejor gobernadas de Coketown, pero los quebrados no tenían la más mínima relación con las clases imprevisoras.

Le proporcionaba al señor Bounderby una satisfacción suprema instalarse en aquella acogedora fincuela, y cultivar coles en el jardín de flores con humildad ostentosa. Se deleitaba viviendo, a la manera de un cuartel, entre los muebles elegantes, y hostigaba hasta los mismos cuadros con su origen. «Vaya, señor —le decía a algún visitante—, me dicen que Nickits» —el antiguo propietario— «pagó

setecientas libras por esa marina. Pues bien, para serle franco, si en todo el curso de mi vida llego a mirarla siete veces, a cien libras la mirada, ya habré hecho bastante. ¡No, por San Jorge! No olvido que soy Josiah Bounderby de Coketown. Durante años y años, los únicos cuadros que poseí, o que hubiera podido llegar a poseer por cualquier medio, a menos de robarlos, fueron los grabados de un hombre afeitándose dentro de una bota que había en las botellas de betún que yo usaba encantado para limpiar zapatos, y que vendía vacías a un cuarto de penique la pieza, ¡y contento de conseguirlo!»

Luego se dirigía al señor Harthouse en el mismo estilo.

—Harthouse, tiene usted un par de caballos aquí. Traiga media docena más si le apetece, que ya encontraremos sitio para ellos. Hay cuadra en esta finca para una docena de caballos; y si no calumnian a Nickits, él tenía la docena completa. Una docena redonda, señor. Cuando aquel hombre era muchacho, iba a la escuela de Westminster. Iba a la escuela de Westminster como becario del rey, cuando yo me alimentaba principalmente de basura y dormía en cestos de mercado. Pues bien, si yo quisiera tener una docena de caballos —que no quiero, que a mí con uno me basta—, no podría soportar verlos en sus cuadras aquí, y pensar en lo que solía ser mi propio alojamiento. No podría mirarlos, señor, sin mandarlos sacar de allí. Y sin embargo, así giran las cosas. Ya ve usted esta finca; ya sabe qué clase de sitio es; ya sabe que no hay lugar más completo de este tamaño en todo el reino ni en ninguna otra parte —no me importa dónde—, y aquí, metido en medio de todo ello, como un gusano dentro de una nuez, está Josiah Bounderby. Mientras que Nickits (según me contó ayer un hombre que vino a mi despacho), Nickits, que solía actuar en latín en las funciones de la escuela de Westminster, con los jueces principales y la nobleza de este país aplaudiéndole hasta ponerse negros de tanto aplaudir, está ahora mismo chocheando —¡chocheando, señor!— en un quinto piso, en una calleja trasera, estrecha y oscura, de Amberes.

Fue entre las sombras frondosas de aquel retiro, en los largos y bochornosos días de verano, donde el señor Harthouse empezó a

poner a prueba aquel rostro que le había dejado maravillado la primera vez que lo vio, y a intentar comprobar si se transfiguraría también por él.

—Señora Bounderby, considero de lo más afortunado el azar de encontrarla sola aquí. Desde hace algún tiempo albergo un deseo particular de hablar con usted.

No fue por ningún azar prodigioso por lo que la encontró, pues aquella era la hora del día en que ella estaba siempre sola, y aquel el lugar que era su paraje predilecto. Era un claro en un bosque sombrío, donde yacían algunos árboles talados, y donde ella solía sentarse a contemplar las hojas caídas del año anterior, igual que en casa contemplaba las cenizas al caer.

Él se sentó a su lado, con una mirada a su rostro.

—Su hermano. Mi joven amigo Tom…

Su color se avivó, y ella se volvió hacia él con una mirada de interés. «En toda mi vida —pensó él— no he visto nada tan notable y tan cautivador como el modo en que se iluminan esas facciones». Su rostro traicionó sus pensamientos —acaso sin traicionarlo a él, pues bien pudiera haber sido su rostro obedeciendo instrucciones al hacerlo.

—Perdóneme. La expresión de su interés fraternal es tan hermosa…, Tom debería estar tan orgulloso de ella…; sé que esto es inexcusable, pero me siento tan obligado a admirarla.

—Siendo usted tan impulsivo —dijo ella con serenidad.

—No, señora Bounderby: usted sabe que conmigo no hago ninguna clase de fingimiento. Usted sabe que soy un pedazo sórdido de naturaleza humana, dispuesto a venderme en cualquier momento por cualquier suma razonable, y del todo incapaz de proceder jamás de forma arcádica.

—Estoy esperando —replicó ella— a que vuelva usted a referirse a mi hermano.

—Es usted rigurosa conmigo, y me lo merezco. Soy tan mal bicho como el que más, salvo en que no soy falso…, no soy falso. Pero usted me ha sorprendido y me ha desviado de mi asunto, que era su hermano. Tengo interés en él.

—¿Tiene usted interés en algo, señor Harthouse? —preguntó ella, mitad incrédula, mitad agradecida.

—Si me lo hubiera preguntado usted cuando llegué aquí por primera vez, habría dicho que no. Ahora debo decir —aun a riesgo de parecer que finjo, y de despertar con justicia su incredulidad— que sí.

Ella hizo un leve movimiento, como si intentara hablar sin encontrar la voz; al fin dijo: —Señor Harthouse, le concedo el crédito de estar interesado en mi hermano.

—Gracias. Pretendo merecerlo. Usted sabe cuán poco suelo pretender, pero hasta ahí llegaré. Ha hecho usted tanto por él, le tiene usted tanto cariño; toda su vida, señora Bounderby, expresa un olvido de sí misma tan encantador por causa de él…; perdóneme otra vez, me estoy apartando del asunto. Tengo interés en él por él mismo.

Ella había hecho el más leve de los ademanes, como si fuera a levantarse deprisa e irse. Él había torcido en aquel mismo instante el rumbo de lo que decía, y ella se quedó.

—Señora Bounderby —prosiguió él, con un tono más ligero, aunque con una muestra de esfuerzo al adoptarlo que resultaba aún más expresiva que el tono que abandonaba—, no es delito irrevocable en un joven de la edad de su hermano el ser descuidado, poco reflexivo y gastador…, un poco disipado, como suele decirse. ¿Lo es?

—Sí.

—Permítame ser franco. ¿Cree usted que juega, aunque sea un poco?

—Creo que hace apuestas. —Como el señor Harthouse esperaba, como si aquella no fuera toda su respuesta, ella añadió—: Sé que las hace.

—Y pierde, claro.

—Sí.

—Todo el que apuesta acaba perdiendo. ¿Puedo insinuar la probabilidad de que usted, a veces, le proporcione dinero con ese fin?

Ella permanecía sentada, con la mirada baja; pero, ante esta pregunta, alzó los ojos con expresión escrutadora y algo resentida.

—Absuélvame usted de curiosidad impertinente, mi querida señora Bounderby. Creo que Tom puede estar cayendo poco a poco en dificultades, y deseo tenderle una mano desde las profundidades de mi perversa experiencia. ¿He de repetir que es por él? ¿Es necesario?

Ella pareció intentar responder, pero no dijo nada.

—Para confesarle con franqueza todo lo que se me ha ocurrido —dijo James Harthouse, deslizándose de nuevo, con la misma apariencia de esfuerzo, hacia su tono más liviano—, le confiaré mi duda de si ha tenido muchas ventajas. De si… perdone mi franqueza…, de si es probable que se haya establecido una gran confianza entre él y su tan digno padre.

—No —dijo Louisa, ruborizándose con su propio y gran recuerdo a ese respecto—, no lo creo probable.

—O entre él y…; puedo confiar, estoy seguro, en que usted comprenderá perfectamente lo que quiero decir…, y su muy estimado cuñado.

Ella se ruborizó cada vez más, y estaba ardiendo de rubor cuando respondió, con voz más apagada: —Tampoco creo eso probable.

—Señora Bounderby —dijo Harthouse, tras un breve silencio—, ¿podría haber una confianza mejor entre usted y yo? ¿Le ha pedido

Tom prestada una suma considerable?

—Comprenderá usted, señor Harthouse —replicó ella, tras cierta indecisión: había estado más o menos insegura y turbada a lo largo de toda la conversación, aunque en lo esencial había conservado su compostura—, comprenderá usted que, si le digo lo que con tanta insistencia desea saber, no es a modo de queja ni de arrepentimiento. Nunca me quejaría de nada, y de lo que he hecho no me arrepiento en lo más mínimo.

«¡Y con tanto brío, además!», pensó James Harthouse.

—Cuando me casé, descubrí que mi hermano estaba, ya entonces, muy endeudado. Muy endeudado para él, quiero decir. Lo bastante para obligarme a vender algunas alhajas. No fueron ningún sacrificio. Las vendí de muy buena gana. No les atribuía ningún valor. Para mí no valían nada.

O bien vio en el rostro de él que lo sabía, o bien temió tan solo en su conciencia que él supiera, que hablaba de algunos de los regalos de su marido. Se detuvo, y se ruborizó de nuevo. Si él no lo hubiera sabido antes, lo habría sabido entonces, aunque hubiera sido un hombre mucho más torpe de lo que era.

—Desde entonces le he dado a mi hermano, en diversas ocasiones, todo el dinero que he podido disponer: en resumen, todo el dinero que he tenido. Ya que confío en usted, aunque solo sea por la fe que tengo en el interés que profesa por él, no voy a hacerlo a medias. Desde que tiene usted la costumbre de visitarnos aquí, ha necesitado en una sola vez hasta cien libras. No he podido dárselas. Me he sentido inquieta por las consecuencias de que se vea tan comprometido, pero he guardado estos secretos hasta ahora, en que se los confío a su honor. No he tenido confianza con nadie, porque… usted se ha anticipado a mi razón hace un momento. —Se interrumpió en seco.

Era un hombre resuelto, y vio, y aprovechó, la ocasión de presentarle su propia imagen, ligeramente disfrazada de su hermano.

—Señora Bounderby, aunque soy hombre falto de toda gracia, mundano hasta la médula, le aseguro que siento el mayor interés por lo que me cuenta. No puedo en modo alguno ser severo con su hermano. Comprendo y comparto la sabia indulgencia con que usted considera sus errores. Con todo el respeto posible tanto para el señor Gradgrind como para el señor Bounderby, creo advertir que no ha tenido la fortuna de recibir una buena educación. Criado en desventaja respecto a la sociedad en la que le toca representar su papel, se precipita por sí mismo hacia estos extremos, procedentes de los extremos opuestos a los que durante tanto tiempo se le ha forzado —con las mejores intenciones, no lo dudamos—. La espléndida independencia inglesa y campechana del señor Bounderby, aunque es una cualidad de lo más encantadora, no —como ya hemos convenido— invita a la confianza. Si me permite aventurar una observación, diría que es, en el mundo, lo más mínimamente deficiente en esa delicadeza a la que un joven equivocado, un carácter mal comprendido y unas facultades mal dirigidas recurrirían en busca de alivio y orientación; eso es lo que, a mi parecer, presenta.

Mientras ella permanecía sentada, mirando al frente, más allá de las luces cambiantes sobre la hierba, hacia la oscuridad del bosque, él vio en su rostro cómo aplicaba a sí misma sus palabras, pronunciadas con toda claridad.

—Hay que hacerle toda clase de concesiones —continuó—. Sin embargo, tengo un gran defecto que reprocharle a Tom, uno que no puedo perdonarle y del que le pido cuentas con severidad.

Louisa volvió los ojos hacia su rostro y le preguntó cuál era ese defecto.

—Quizá —respondió él— ya he dicho bastante. Quizá habría sido mejor, en conjunto, que no se me hubiera escapado ninguna alusión al respecto.

—Me alarma usted, señor Harthouse. Le ruego que me lo diga.

—Para librarla de una aprensión innecesaria, y ya que esta confianza respecto a su hermano, que sin duda aprecio por encima de todas las cosas, ha quedado establecida entre nosotros, obedezco. No puedo perdonarle que no sea más consciente, en cada palabra, cada mirada y cada acto de su vida, del afecto de su mejor amiga; de la devoción de su mejor amiga; de su generosidad; de su sacrificio. La recompensa que él le da, por lo que puedo observar, es bien pobre. Lo que ella ha hecho por él exige su amor y su gratitud constantes, no su mal humor ni sus caprichos. Descuidado como soy, no lo soy tanto, señora Bounderby, como para permanecer indiferente a este defecto de su hermano, ni inclinado a considerarlo una falta venial.

El bosque se difuminaba ante ella, pues tenía los ojos anegados en lágrimas. Brotaban de un pozo profundo, largo tiempo oculto, y su corazón se llenaba de un dolor agudo que no hallaba alivio en ellas.

—En una palabra, señora Bounderby, lo que debo procurar es corregir a su hermano en esto. Mi mejor conocimiento de sus circunstancias, y mi dirección y consejo para sacarlo de ellas —bastante valiosos, espero, viniendo de un tunante a una escala mucho mayor—, me darán cierta influencia sobre él, y todo cuanto gane la emplearé sin falta con ese fin. Ya he dicho bastante, y más que bastante. Parece que estuviera alegando ser una especie de buen muchacho, cuando, a fe mía, no tengo la menor intención de hacer semejante alegato, y declaro abiertamente que no soy nada de eso. Allí, entre los árboles —añadió, alzando los ojos y mirando alrededor, pues hasta entonces la había estado observando de cerca —, está su hermano en persona; sin duda, acaba de bajar. Como parece estar rondando por aquí, quizá convenga caminar hacia él y ponernos en su camino. Últimamente ha estado muy callado y taciturno. Quizá le remuerde la conciencia fraternal, si es que existe eso de la conciencia. Aunque, a fe mía, oigo hablar de ella demasiado a menudo como para creer en su existencia.

La ayudó a levantarse, y ella le tomó del brazo, y avanzaron al encuentro del cachorro. Este iba golpeando ociosamente las ramas mientras caminaba arrastrando los pies; o se agachaba con saña a arrancar el musgo de los árboles con el bastón. Se sobresaltó cuando le sorprendieron entregado a este último pasatiempo, y mudó de color.

—¡Hola! —balbuceó—. No sabía que estabais aquí.

—¿El nombre de quién, Tom —dijo el señor Harthouse, poniéndole la mano en el hombro y haciéndolo girar, de modo que los tres caminaron juntos hacia la casa—, ha estado usted tallando en los árboles?

—¿El nombre de quién? —repitió Tom—. ¡Ah! ¿Se refiere a qué nombre de chica?

—Tiene usted el aspecto sospechoso de quien inscribe el nombre de alguna hermosa criatura en la corteza, Tom.

—Nada de eso, señor Harthouse, a menos que alguna hermosa criatura con una fortuna considerable a su disposición se prendara de mí. O podría ser tan fea como rica, sin ningún temor a perderme. Le tallaría el nombre tantas veces como quisiera.

—Me temo que es usted un interesado, Tom.

—¿Interesado? —repitió Tom—. ¿Quién no lo es? Pregúnteselo a mi hermana.

—¿Tan claro lo tienes demostrado como defecto mío, Tom? —dijo Louisa, sin mostrar más señal de su descontento y mal humor.

—Tú sabrás si te viene el sayo, Loo —respondió su hermano con hosquedad—. Si te viene, póntelo.

—Tom está misántropo hoy, como les ocurre de cuando en cuando a todos los que se aburren —dijo el señor Harthouse—. No le crea, señora Bounderby. Él sabe muy bien que no es así. Revelaré algunas de las opiniones que tiene de usted, expresadas en privado ante mí, a menos que se ablande un poco.

—En todo caso, señor Harthouse —dijo Tom, ablandándose en su admiración por su protector, aunque sacudiendo también la cabeza con hosquedad—, no puede usted decirle que yo la haya elogiado nunca por ser interesada. Puede que la haya elogiado por lo contrario, y volvería a hacerlo si tuviera tan buen motivo. Pero, en fin, dejemos esto ahora; a usted no le interesa mucho, y a mí el tema me tiene harto.

Siguieron caminando hacia la casa, donde Louisa soltó el brazo de su visitante y entró. Él se quedó mirándola mientras subía los escalones y desaparecía en la sombra de la puerta; luego volvió a poner la mano sobre el hombro de su hermano y lo invitó, con un gesto confidencial, a dar un paseo por el jardín.

—Tom, muchacho, quiero hablar con usted un momento.

Se habían detenido entre un desorden de rosales —formaba parte de la humildad del señor Bounderby mantener a escala reducida los rosales de Nickits— y Tom se sentó en el pretil de la terraza, arrancando capullos y deshaciéndolos entre los dedos; mientras su poderoso Familiar permanecía de pie junto a él, con un pie apoyado en el pretil y la figura cómodamente reclinada sobre el brazo que descansaba en esa rodilla. Apenas se los podía distinguir desde la ventana de ella. Quizá los viera.

—Tom, ¿qué le pasa?

—¡Ay, señor Harthouse! —dijo Tom con un gemido—. Estoy sin un cuarto, y la vida se me ha vuelto un tormento.

—Buen amigo, yo también.

—¡Usted! —replicó Tom—. Usted es la viva imagen de la independencia. Señor Harthouse, estoy metido en un lío espantoso. No tiene usted idea del estado en que me he metido... del estado del que mi hermana podría haberme sacado, si tan solo hubiera querido.

Se puso entonces a morder los capullos de rosa, arrancándoselos de los dientes con una mano que temblaba como la de un anciano

achacoso. Tras dirigirle una mirada sumamente observadora, su compañero recayó en su aire más ligero.

—Tom, es usted un desconsiderado: espera demasiado de su hermana. Ya le ha sacado dinero, granuja, usted lo sabe bien.

—Sí, señor Harthouse, ya lo sé. ¿De qué otra forma iba a conseguirlo? Ahí está el viejo Bounderby, siempre alardeando de que a mi edad vivía con dos peniques al mes, o algo por el estilo. Ahí está mi padre, trazando lo que él llama una línea y atándome a ella desde niño, de pies y manos. Ahí está mi madre, que nunca tiene nada propio, salvo sus quejas. ¿Qué *tiene* que hacer uno para conseguir dinero, y adónde *he* de acudir yo, si no es a mi hermana?

Estaba a punto de llorar, y esparcía los capullos por docenas. El señor Harthouse lo tomó persuasivamente por la chaqueta.

—Pero, mi querido Tom, si su hermana no lo tiene...

—¿Que no lo tiene, señor Harthouse? No digo que lo tenga. Puede que yo haya necesitado más de lo que ella pudiera tener. Pero entonces debería conseguirlo. Podría conseguirlo. De nada sirve fingir que se guarda el secreto ahora, después de lo que ya le he contado; usted sabe que no se casó con el viejo Bounderby por sí misma, ni por él, sino por mí. Entonces, ¿por qué no consigue de él lo que necesito, por mí? No está obligada a decir para qué lo quiere; es bastante lista; podría arreglárselas para sonsacárselo, si quisiera. Entonces, ¿por qué no lo hace, cuando le digo la importancia que tiene? Pero no. Ahí se sienta en su compañía, como una piedra, en lugar de hacerse agradable y conseguirlo con facilidad. No sé cómo llamará usted a esto, pero yo lo llamo una conducta contra natura.

Al otro lado, justo debajo del pretil, había un estanque ornamental al que el señor James Harthouse sintió una fortísima inclinación a arrojar al señor Thomas Gradgrind hijo, tal como los obreros agraviados de Coketown amenazaban con arrojar sus propiedades al Atlántico. Pero conservó su actitud despreocupada; y nada más sólido que los capullos de rosa acumulados, que ahora flotaban

formando una pequeña isla en la superficie, pasó por encima de la balaustrada de piedra.

—Mi querido Tom —dijo Harthouse—, permítame intentar ser su banquero.

—¡Por el amor de Dios! —replicó Tom de repente—, ¡no hable de banqueros! Y se le veía muy pálido, en contraste con las rosas. Muy pálido.

El señor Harthouse, como hombre de esmerada educación, acostumbrado a la mejor sociedad, no estaba dispuesto a sorprenderse —lo mismo habría podido conmoverse—; pero alzó un poco más los párpados, como si un leve toque de asombro se los levantara. Aunque asombrarse iba tan en contra de los preceptos de su escuela como en contra de las doctrinas del colegio Gradgrind.

—¿Cuál es la necesidad actual, Tom? ¿Tres cifras? Dígalas. Diga cuáles son.

—Señor Harthouse —respondió Tom, llorando ya de verdad; y sus lágrimas eran mejores que sus agravios, por lamentable que resultara su figura—, es demasiado tarde; el dinero ya no me sirve de nada. Debería haberlo tenido antes para que me sirviera. Pero le estoy muy agradecido; es usted un verdadero amigo.

¡Un verdadero amigo! «¡Cachorro, cachorro! —pensó el señor Harthouse con indolencia—. ¡Qué asno!»

—Y considero su ofrecimiento una gran bondad —dijo Tom, estrechándole la mano—. Una gran bondad, señor Harthouse.

—Bueno —respondió el otro—, quizá sea de más utilidad más adelante. Y, buen amigo, si me abre usted sus embrollos cuando se le acumulen, podré mostrarle mejores salidas de las que usted mismo sabría encontrar.

—Gracias —dijo Tom, sacudiendo la cabeza con desánimo y masticando capullos de rosa—. Ojalá le hubiera conocido antes, señor Harthouse.

—Ahora bien, verá usted, Tom —dijo el señor Harthouse a modo de conclusión, arrojando también él una rosa o dos, como contribución a la isla, que siempre iba a la deriva hacia el muro como si quisiera formar parte del continente—, todo hombre es egoísta en cuanto hace, y yo soy exactamente igual que el resto de mis semejantes. Estoy empeñado con desesperación —la languidez de su desesperación era del todo tropical— en que se ablande usted hacia su hermana, cosa que debería hacer; y en que sea usted una especie de hermano más cariñoso y agradable, cosa que debería ser.

—Lo seré, señor Harthouse.

—No hay mejor momento que el presente, Tom. Empiece ahora mismo.

—Desde luego que sí. Y mi hermana Loo lo dirá.

—Y hecho este trato, Tom —dijo Harthouse, dándole otra palmada en el hombro, con un aire que le dejaba en libertad de inferir —como en efecto infirió, pobre necio— que aquella condición se le imponía por mera bondad despreocupada, para aliviarle el peso de la obligación—, nos separaremos hasta la hora de cenar.

Cuando Tom apareció antes de la cena, aunque su ánimo parecía bastante abatido, su cuerpo estaba alerta; y se presentó antes de que llegara el señor Bounderby. —No quería estar de mal humor, Loo —dijo, tendiéndole la mano y besándola—. Sé que me quieres, y tú sabes que yo te quiero.

Después de esto, aquel día hubo una sonrisa en el rostro de Louisa, para otra persona. ¡Ay, para otra persona!

«Así pues, cada vez es menos cierto que el cachorro sea la única criatura que le importa», pensó James Harthouse, invirtiendo la reflexión que se había hecho, el primer día, al conocer aquel hermoso rostro. «Cada vez menos, cada vez menos.»

Capítulo VIII. La explosión

A la mañana siguiente hacía un día demasiado luminoso para dormir, y James Harthouse se levantó temprano y se sentó en el agradable mirador de su vestidor, fumando el tabaco selecto que tan saludable influjo había ejercido sobre su joven amigo. Reposando al sol, envuelto en la fragancia de su pipa oriental, mientras el humo soñador se desvanecía en un aire tan rico y suave de aromas estivales, fue haciendo recuento de sus ventajas como un jugador ocioso cuenta sus ganancias. No estaba aburrido en absoluto por el momento, y podía dedicarle a ello toda su atención.

Había establecido con ella una confianza de la que su marido quedaba excluido. Había establecido con ella una confianza que giraba enteramente en torno a su indiferencia hacia su marido, y a la ausencia, ahora y siempre, de toda afinidad entre ambos. Con arte, pero sin rodeos, le había asegurado que conocía su corazón hasta en sus más delicados repliegues; se había acercado a ella a través de su sentimiento más tierno; se había asociado a ese sentimiento; y la barrera tras la cual ella vivía se había disuelto. ¡Todo muy extraño, y muy satisfactorio!

Y sin embargo, ni siquiera ahora había en él una maldad de propósito verdadera. Pública y privadamente, más le habría convenido a la época en que vivía que él y la legión a la que pertenecía fueran deliberadamente malos, antes que indiferentes y sin propósito. Son los icebergs a la deriva, que se dejan llevar por cualquier corriente hacia cualquier parte, los que hacen naufragar los barcos.

Cuando el Diablo anda como león rugiente, anda con una forma que solo atrae a salvajes y cazadores. Pero cuando está recortado, alisado y barnizado según la moda; cuando está hastiado del vicio y hastiado de la virtud, agotado en materia de azufre y agotado en materia de dicha; entonces, ya se dedique a la cinta roja del papeleo, ya a encender la llama roja, es el Diablo en persona.

Así que James Harthouse permanecía recostado en la ventana, fumando indolente, y pasando revista a los pasos que había dado en el camino por el que se hallaba viajando. El final al que conducía se le presentaba bastante claro; pero no se molestaba en hacer cálculos al respecto. Lo que ha de ser, será.

Como aquel día tenía por delante un trayecto a caballo bastante largo —pues había un acto público que «celebrar» a cierta distancia, lo que le ofrecía una ocasión aceptable de apuntarse a la causa de los hombres de Gradgrind—, se vistió temprano y bajó a desayunar. Estaba impaciente por ver si ella había recaído desde la noche anterior. No. Retomó las cosas donde las había dejado. Había otra vez para él una mirada de interés.

Pasó el día con tanta (o tan poca) satisfacción propia como cabía esperar dadas las fatigosas circunstancias, y volvió a caballo hacia las seis. Había un tramo de cosa de media milla entre la casita del guarda y la mansión, y avanzaba al paso sobre la grava lisa, antes propiedad de Nickits, cuando el señor Bounderby irrumpió de entre los arbustos con tal violencia que hizo que su caballo se espantara y cruzara de través el camino.

—¡Harthouse! —exclamó el señor Bounderby—. ¿Se ha enterado?

—¿Enterarme de qué? —dijo Harthouse, calmando a su caballo, y dedicándole interiormente al señor Bounderby los peores deseos.

—¡Entonces no se ha enterado!

—Le he oído a usted, y este bruto también. No he oído ninguna otra cosa.

El señor Bounderby, rojo y acalorado, se plantó en el centro del camino, delante mismo de la cabeza del caballo, para hacer estallar su bomba con mayor efecto.

—¡Han robado en el banco!

—¡No me diga!

—Robado anoche, señor. Robado de una manera extraordinaria. Robado con una llave falsa.

—¿De mucho?

El señor Bounderby, en su afán de sacarle todo el partido posible, pareció realmente mortificado al verse obligado a responder: —Pues no, no de mucho. Pero podría haberlo sido.

—¿De cuánto?

—¡Oh! Como suma —si se empeña usted en hablar de sumas—, de no más de ciento cincuenta libras —dijo Bounderby, con impaciencia—. Pero no es la suma; es el hecho. Es el hecho de que hayan robado en el banco lo que importa. Me sorprende que usted no lo vea.

—Mi querido Bounderby —dijo James, desmontando y entregando las riendas a su criado—, lo veo perfectamente, y estoy tan abrumado como usted pueda desear que esté por el espectáculo que se ofrece a mi visión mental. No obstante, espero que se me permita felicitarle —cosa que hago con toda el alma, se lo aseguro— por no haber sufrido una pérdida mayor.

—Se lo agradezco —replicó Bounderby, de manera seca y desagradable—. Pero le voy a decir una cosa. Podrían haber sido veinte mil libras.

—Supongo que sí, que podrían.

—¡Supone que sí! Por Dios, ya puede usted suponerlo. ¡Por San Jorge! —dijo el señor Bounderby, con varios movimientos de cabeza entre amenazadores y negativos—. Podrían haber sido el doble de

veinte. No hay manera de saber lo que habría sido, o lo que no habría sido, de no ser porque a esos individuos los interrumpieron.

Louisa se había acercado ya, y también la señora Sparsit, y Bitzer.

—Aquí la hija de Tom Gradgrind sabe bastante bien lo que podría haber sido, si usted no lo sabe —bramó Bounderby—. ¡Se desplomó, señor, como si le hubieran pegado un tiro, cuando se lo dije! Nunca la había visto hacer tal cosa. ¡Le hace honor, dadas las circunstancias, en mi opinión!

Ella seguía teniendo un aspecto desfallecido y pálido. James Harthouse le rogó que se apoyara en su brazo; y mientras avanzaban muy despacio, le preguntó cómo se había cometido el robo.

—Vaya, eso es lo que voy a contarle —dijo Bounderby, ofreciendo el brazo con irritación a la señora Sparsit—. Si usted no se hubiera puesto tan puntilloso con la suma, ya habría empezado a contárselo antes. ¿Conoce usted a esta señora (porque es una señora), a la señora Sparsit?

—Ya he tenido el honor...

—Muy bien. Y a este joven, Bitzer, ¿también lo vio usted en la misma ocasión? El señor Harthouse inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y Bitzer se llevó los nudillos a la frente.

—Muy bien. Viven en el banco. ¿Sabe usted, quizá, que viven en el banco? Muy bien. Ayer por la tarde, al cerrar el horario de oficina, se guardó todo como de costumbre. En la cámara acorazada, a cuya puerta duerme este joven, había —no importa cuánto—. En la cajita fuerte del despacho del joven Tom, la caja que se usa para gastos menores, había unas ciento cincuenta libras y pico.

—Ciento cincuenta y cuatro libras, siete chelines y un penique —dijo Bitzer.

—¡Vamos! —replicó Bounderby, deteniéndose para volverse hacia él—, nada de interrupciones por su parte. Ya es bastante que le roben a uno mientras usted ronca de puro acomodado, para que

encima venga a corregirlo con sus «cuatro, siete, uno». Yo no roncaba, para que lo sepa, cuando tenía su edad. No tenía bastante de comer para roncar. Y tampoco andaba yo con «cuatro, siete, uno». No que yo supiera.

Bitzer volvió a llevarse los nudillos a la frente, con aire servil, y pareció a la vez especialmente impresionado y abatido por el último ejemplo dado de la abstinencia moral del señor Bounderby.

—Ciento cincuenta libras y pico —prosiguió el señor Bounderby—. Esa suma de dinero, el joven Tom la encerró en su caja fuerte, que no es una caja fuerte muy sólida, pero eso ahora no importa. Todo quedó en orden. En algún momento de la noche, mientras este joven roncaba... Señora Sparsit, ¿dice usted que le ha oído roncar?

—Señor —respondió la señora Sparsit—, no puedo decir que le haya oído roncar con precisión, y por lo tanto no debo hacer esa afirmación. Pero en las tardes de invierno, cuando se ha quedado dormido sobre su mesa, le he oído, lo que preferiría describir como ahogarse a medias. En tales ocasiones le he oído producir sonidos de una naturaleza similar a la que a veces se oye en los relojes holandeses. No —dijo la señora Sparsit, con la elevada conciencia de estar prestando un testimonio riguroso— que yo quisiera lanzar imputación alguna sobre su carácter moral. Ni mucho menos. Siempre he considerado a Bitzer un joven de los principios más rectos, y de eso me permito dar fe.

—¡Bueno! —dijo el exasperado Bounderby—, mientras roncaba, o se ahogaba, o hacía de reloj holandés, o lo que fuera —estando dormido—, unos individuos, no se sabe aún cómo, ni si estaban ya escondidos de antemano en la casa o no, llegaron hasta la caja fuerte del joven Tom, la forzaron y sustrajeron el contenido. Al ser entonces interrumpidos, se dieron a la fuga, saliendo por la puerta principal y volviendo a cerrarla con doble vuelta (estaba cerrada con doble vuelta, y la llave bajo la almohada de la señora Sparsit) con una llave falsa que se encontró en la calle cerca del banco, hacia las doce del mediodía de hoy. No se dio la alarma hasta que este individuo, Bitzer, se levantó esta mañana y empezó a abrir y

preparar las oficinas para el trabajo. Entonces, al mirar la caja fuerte de Tom, vio la puerta entreabierta, encontró la cerradura forzada y el dinero desaparecido.

—Por cierto, ¿dónde está Tom? —preguntó Harthouse, mirando alrededor.

—Ha estado ayudando a la policía —dijo Bounderby—, y se ha quedado en el banco. Ojalá esos individuos hubieran intentado robarme a mí cuando yo tenía su edad. Habrían salido perdiendo aunque solo hubieran invertido dieciocho peniques en el asunto; se lo puedo asegurar.

—¿Se sospecha de alguien?

—¿Que si se sospecha? Ya lo creo que se sospecha de alguien. ¡Por Dios! —dijo Bounderby, soltando el brazo de la señora Sparsit para enjugarse la cabeza acalorada—. A Josiah Bounderby de Coketown no se lo va a saquear sin que se sospeche de nadie. ¡No, señor!

¿Podía el señor Harthouse preguntar de quién se sospechaba?

—Bueno —dijo Bounderby, deteniéndose y volviéndose para encararlos a todos—, se lo voy a decir. No debe mencionarse por ahí; no debe mencionarse en ninguna parte: para que los granujas implicados (hay toda una banda) no se pongan sobre aviso. Así que tómenselo en confianza. ¡Ahora, espere un momento! —el señor Bounderby volvió a enjugarse la cabeza—. ¿Qué me dirían ustedes... —aquí estalló violentamente— si les dijera que hay un brazo metido en esto?

—Espero —dijo Harthouse, con indolencia— que no sea nuestro amigo Blackpot.

—Diga usted Pool en lugar de Pot, señor —replicó Bounderby—, y ahí tiene a su hombre.

Louisa pronunció débilmente alguna palabra de incredulidad y sorpresa.

—¡Ah, sí! ¡Ya lo sé! —dijo Bounderby, aprovechando de inmediato el sonido—. ¡Ya lo sé! Estoy acostumbrado a eso. Lo sé todo al respecto. Son la mejor gente del mundo, estos individuos. Tienen mucha labia, vaya que sí. Solo quieren que se les expliquen sus derechos, eso es todo. Pero le voy a decir una cosa. Muéstreme un brazo descontento, y yo le mostraré un hombre capaz de cualquier maldad, no me importa cuál.

Otra de las ficciones populares de Coketown, que alguien se había tomado la molestia de difundir, y que algunas personas realmente creían.

—Pero yo conozco bien a esos tipos —dijo Bounderby—. Los leo como si fueran libros. Señora Sparsit, se lo pregunto a usted. ¿Qué advertencia le hice a ese individuo la primera vez que puso los pies en la casa, cuando el objeto expreso de su visita era averiguar cómo podía tumbar la Religión y derribar la Iglesia establecida? Señora Sparsit, que por sus altas relaciones está usted a la altura de la aristocracia, ¿le dije o no le dije a ese individuo: «No puede usted ocultarme la verdad: no es usted la clase de individuo que me gusta; no va a acabar bien»?

—Ciertamente, señor —respondió la señora Sparsit—, le hizo usted esa advertencia de una manera de lo más impresionante.

—Cuando le escandalizó a usted, señora —dijo Bounderby—, ¿cuando hirió sus sentimientos?

—Sí, señor —respondió la señora Sparsit, con un manso movimiento de cabeza—, ciertamente lo hizo. Aunque no quiero decir sino que mis sentimientos pueden ser más débiles en tales cuestiones —más tontos, si se prefiere el término— de lo que habrían sido si yo hubiera ocupado siempre la posición que ahora ocupo.

El señor Bounderby miró al señor Harthouse con un orgullo que parecía a punto de estallar, como diciendo: «Yo soy el propietario de esta mujer, y creo que merece su atención». Luego reanudó su discurso.

—Usted mismo puede recordar, Harthouse, lo que le dije cuando lo vio. No me anduve con rodeos con él. Con esa gente nunca me ando con contemplaciones. Los CONOZCO. Muy bien, señor. Tres días después de eso, se largó. Se fue, nadie sabe adónde: igual que hizo mi madre cuando yo era niño, con la única diferencia de que él es un elemento peor que mi madre, si cabe. ¿Qué hizo antes de irse? ¿Qué me dice usted —el señor Bounderby, con el sombrero en la mano, daba un golpe en la copa a cada pequeña división de sus frases, como si fuera una pandereta— de que lo vieran, noche tras noche, vigilando el banco? ¿De que anduviera rondando por allí, después de anochecido? ¿De que a la señora Sparsit le llamara la atención que solo podía estar rondando con mala intención? ¿De que ella le llamara la atención a Bitzer sobre él, y de que los dos se fijaran en él? ¿Y de que hoy, al indagar, resulte que también lo notaron los vecinos? —Llegado al clímax, el señor Bounderby, como un bailarín oriental, se colocó la pandereta sobre la cabeza.

—Sospechoso —dijo James Harthouse—, sin duda.

—Eso creo, señor —dijo Bounderby, con un gesto desafiante de cabeza—. Eso creo. Pero hay más gente metida en esto. Hay una vieja. Uno nunca se entera de estas cosas hasta que el mal ya está hecho; todos los defectos de la puerta del establo se descubren después de que han robado el caballo; ahora resulta que hay una vieja de por medio. Una vieja que parece haber estado volando a la ciudad en una escoba, de vez en cuando. Ella vigila el lugar todo un día antes de que este individuo empiece, y la noche en que usted lo vio, se escabulle con él y celebra consejo con él —supongo que para dar su informe al terminar el turno, y que la maldigan.

Aquella noche había en la sala una persona así, que rehuía las miradas, pensó Louisa.

—Esta no es toda la banda, ni siquiera de los que ya conocemos —dijo Bounderby, con muchos gestos de cabeza cargados de significado oculto—. Pero ya he dicho bastante por ahora. Tendrán ustedes la bondad de guardar silencio y no mencionárselo a nadie.

Puede llevar tiempo, pero los atraparemos. Es buena táctica darles suficiente cuerda, y no hay inconveniente en ello.

—Por supuesto, se les castigará con todo el rigor de la ley, como dicen los carteles —replicó James Harthouse—, y bien merecido que lo tienen. Los individuos que se dedican a los bancos deben atenerse a las consecuencias. Si no hubiera consecuencias, todos nos dedicaríamos a los bancos. Había cogido con suavidad la sombrilla de manos de Louisa, y se la había abierto; y ella caminaba bajo su sombra, aunque allí no brillase el sol.

—Por ahora, Loo Bounderby —dijo su marido—, aquí tiene a la señora Sparsit, de la que ha de ocuparse. A la señora Sparsit se le han resentido los nervios con este asunto, y se quedará aquí un día o dos. Así que procure que esté cómoda.

—Se lo agradezco mucho, señor —observó aquella discreta dama —, pero le ruego que no se tenga en cuenta Mi comodidad. Cualquier cosa me vale a Mí.

Pronto resultó evidente que, si la señora Sparsit tenía un defecto en su trato con aquella casa, era el de mostrarse tan excesivamente desatenta consigo misma y atenta con los demás que llegaba a resultar molesta. Al enseñarle su alcoba, se mostró tan terriblemente sensible a sus comodidades que daba a entender que habría preferido pasar la noche sobre el rodillo de planchar del lavadero. Cierto que los Powler y los Scadgers estaban acostumbrados al esplendor, pero es mi deber recordar —solía observar la señora Sparsit con altiva gracia, sobre todo cuando había algún criado delante—, que lo que fui ya no lo soy. Es más —decía—, si pudiera borrar por completo el recuerdo de que el señor Sparsit era un Powler, o de que yo misma estoy emparentada con la familia Scadgers; o si pudiera incluso revocar el hecho y convertirme en una persona de origen común y relaciones ordinarias, lo haría con gusto. Lo consideraría, dadas las circunstancias actuales, lo correcto. Ese mismo talante eremítico la llevaba a renunciar en la cena a los platos elaborados y a los vinos, hasta que el señor Bounderby le ordenaba terminantemente que los tomara; entonces decía —Es usted muy

bueno, señor—, y abandonaba la resolución que había anunciado con bastante formalidad y en público de esperar el cordero sencillo. Se disculpaba asimismo profundamente por necesitar la sal; y, sintiéndose amablemente obligada a respaldar al señor Bounderby en toda la extensión del testimonio que este había dado sobre sus nervios, se recostaba de vez en cuando en la silla y lloraba en silencio; en esos momentos podía observarse —o mejor dicho, no podía dejar de observarse, pues se empeñaba en llamar la atención — una lágrima de grandes dimensiones, como un pendiente de cristal, deslizándose por su nariz romana.

Pero el gran empeño de la señora Sparsit, de principio a fin, era su determinación de compadecer al señor Bounderby. Había ocasiones en que, al mirarlo, se sentía movida involuntariamente a mover la cabeza, como quien dice: ¡Ay, pobre Yorick! Después de dejarse arrastrar a estas muestras de emoción, forzaba una luminosidad trémula, se mostraba alegre a ratos, y decía —Todavía conserva usted el buen ánimo, señor, cosa que le agradezco encontrar—; y parecía acoger como una bendición providencial que el señor Bounderby se sobrepusiera como lo hacía. Había una manía por la que se disculpaba a menudo y que le resultaba enormemente difícil vencer. Tenía una curiosa propensión a llamar a la señora Bounderby señorita Gradgrind, y cedió a ella unas sesenta u ochenta veces a lo largo de la velada. La repetición de este error cubría a la señora Sparsit de un pudoroso desconcierto; pero, decía, le resultaba tan natural decir señorita Gradgrind, mientras que convencerse de que la señorita a quien había tenido la dicha de conocer desde niña pudiera ser real y verdaderamente la señora Bounderby, le resultaba casi imposible. Era otra singularidad de este notable caso que, cuanto más lo pensaba, más imposible le parecía; siendo tales —observaba — las diferencias.

En el salón, después de cenar, el señor Bounderby instruyó el caso del robo, interrogó a los testigos, tomó nota de las pruebas, declaró culpables a los sospechosos y los condenó a la pena máxima que prevé la ley. Hecho esto, despidió a Bitzer de vuelta a la ciudad con

instrucciones de aconsejar a Tom que volviera a casa en el tren correo.

Cuando trajeron las velas, la señora Sparsit murmuró: —No decaiga usted, señor. Le ruego que me deje verlo animado, señor, como solía. El señor Bounderby, en quien estos consuelos habían empezado a producir el efecto de volverlo, a su manera torpe y cabezota, sentimental, suspiró como un gran animal marino. —No puedo soportar verlo así, señor —dijo la señora Sparsit—. Pruebe una partida de backgammon, señor, como solía cuando yo tenía el honor de vivir bajo su techo. —No he jugado al backgammon, señora —dijo el señor Bounderby—, desde entonces. —No, señor —dijo la señora Sparsit en tono conciliador—, ya lo sé. Recuerdo que la señorita Gradgrind no muestra ningún interés por el juego. Pero será un placer para mí, señor, si usted se digna.

Jugaron cerca de una ventana que daba al jardín. Era una noche apacible: sin luna, pero bochornosa y fragante. Louisa y el señor Harthouse salieron a pasear por el jardín, donde en el silencio se oían sus voces, aunque no lo que decían. La señora Sparsit, desde su puesto ante el tablero de backgammon, no dejaba de forzar la vista para penetrar las sombras de fuera. —¿Qué le ocurre, señora? —dijo el señor Bounderby—. No estará viendo un Incendio, ¿verdad? —Ay, no, señor —contestó la señora Sparsit—, pensaba en el relente. —¿Y a usted qué le importa el relente, señora? —dijo el señor Bounderby. —No es por mí, señor —contestó la señora Sparsit —, es que temo que la señorita Gradgrind coja frío. —Ella nunca coge frío —dijo el señor Bounderby. —¿De veras, señor? —dijo la señora Sparsit. Y le sobrevino una tosecilla en la garganta.

Cuando se acercaba la hora de retirarse, el señor Bounderby tomó un vaso de agua. —¿Cómo, señor? —dijo la señora Sparsit—. ¿No toma su jerez caliente, con corteza de limón y nuez moscada? —Es que he perdido la costumbre de tomarlo, señora —dijo el señor Bounderby. —Tanto peor, señor —contestó la señora Sparsit—; está usted perdiendo todas sus buenas costumbres de antes. ¡Ánimo,

señor! Si la señorita Gradgrind me lo permite, me ofrezco a prepararlo, como he hecho tantas veces.

Como la señorita Gradgrind le permitió de buen grado a la señora Sparsit hacer lo que quisiera, aquella considerada dama preparó la bebida y se la ofreció al señor Bounderby. —Le sentará bien, señor. Le calentará el corazón. Es justo lo que necesita, y lo que debería tomar, señor. Y cuando el señor Bounderby dijo —¡A su salud, señora!—, ella respondió con gran sentimiento: —Gracias, señor. Lo mismo le deseo a usted, y felicidad además. Por último, le deseó buenas noches con gran patetismo; y el señor Bounderby se fue a la cama con la llorosa convicción de que le habían contrariado en algo delicado, aunque no habría sabido decir, por su vida, de qué se trataba.

Mucho después de que Louisa se hubiera desvestido y se hubiera acostado, siguió despierta, esperando a que su hermano volviera a casa. Sabía que apenas podría ser antes de una hora pasada la medianoche; pero en el silencio del campo, que en nada calmaba la agitación de sus pensamientos, el tiempo se arrastraba con fatiga. Por fin, cuando la oscuridad y el silencio parecían llevar horas espesándose el uno al otro, oyó la campanilla de la verja. Sintió que le habría alegrado que sonara sin parar hasta el amanecer; pero cesó, y los círculos de su último sonido se ensancharon en el aire, cada vez más débiles y más amplios, y todo volvió a quedar muerto.

Esperó todavía un cuarto de hora, según calculó. Luego se levantó, se puso una bata suelta, y salió de su cuarto a oscuras, y subió la escalera hasta el cuarto de su hermano. Como la puerta estaba cerrada, la abrió suavemente y le habló, acercándose a la cama con paso silencioso.

Se arrodilló junto a ella, le pasó el brazo por el cuello y le acercó el rostro al suyo. Sabía que él solo fingía estar dormido, pero no le dijo nada.

Al cabo de un rato, él se sobresaltó como si acabara de despertarse, y preguntó quién era y qué pasaba.

—Tom, ¿tienes algo que decirme? Si alguna vez en tu vida me has querido, y tienes algo oculto para todos los demás, dímelo a mí.

—No sé qué quieres decir, Loo. Has estado soñando.

—Hermano mío —dijo, y apoyó la cabeza en su almohada, y el cabello se derramó sobre él como si quisiera ocultarlo de todos menos de sí misma—. ¿No hay nada que tengas que decirme? ¿No hay nada que puedas decirme, si quieres? No hay nada que puedas decirme que me haga cambiar. ¡Ay, Tom, dime la verdad!

—¡No sé qué quieres decir, Loo!

—Igual que ahora yaces aquí solo, querido mío, en esta noche melancólica, así habrás de yacer en algún lugar una noche en que incluso yo, si para entonces sigo con vida, te habré dejado. Igual que estoy aquí a tu lado, descalza, sin vestir, indistinguible en la oscuridad, así habré de yacer yo durante toda la noche de mi decadencia, hasta ser polvo. ¡En nombre de esa hora, Tom, dime la verdad ahora!

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Puedes estar seguro —y en el ímpetu de su amor lo estrechó contra su pecho como si fuera un niño— de que no te reprocharé nada. Puedes estar seguro de que seré compasiva y leal contigo. Puedes estar seguro de que te salvaré cueste lo que cueste. Ay, Tom, ¿no tienes nada que decirme? Susúrralo muy bajito. Di solo *sí*, ¡y te entenderé!

Volvió el oído hacia sus labios, pero él permaneció obstinadamente callado.

—¿Ni una palabra, Tom?

—¿Cómo voy a decir que sí, o cómo voy a decir que no, si no sé qué quieres decir? Loo, eres una chica valiente y buena, digna, empiezo a pensar, de un hermano mejor que yo. Pero no tengo nada más que decir. Vete a la cama, vete a la cama.

—Estás cansado —susurró ella al poco, ya más en su tono habitual.

—Sí, estoy completamente agotado.

—Hoy has tenido tantas prisas y sobresaltos... ¿Se ha descubierto algo nuevo?

—Solo lo que ya has oído, por... él.

—Tom, ¿le has dicho a alguien que fuimos de visita a ver a esa gente, y que vimos juntos a los tres?

—No. ¿No fuiste tú quien me pidió expresamente que lo mantuviera en secreto, cuando me pediste que fuera allí contigo?

—Sí. Pero entonces no sabía lo que iba a pasar.

—Ni yo tampoco. ¿Cómo iba a saberlo?

Fue muy rápido en lanzarle esta réplica.

—¿Debo decir, después de lo ocurrido —dijo su hermana, de pie junto a la cama, pues poco a poco se había apartado y se había incorporado—, que hice aquella visita? ¿Debo decirlo? ¿Tengo que decirlo?

—¡Por Dios santo, Loo! —contestó su hermano—, no tienes por costumbre pedirme consejo. Di lo que quieras. Si te lo guardas para ti, yo me lo guardaré para *mí*. Si lo cuentas, ahí se acaba todo.

Estaba demasiado oscuro para que ninguno de los dos viera el rostro del otro; pero ambos parecían muy atentos, y parecían meditar antes de hablar.

—Tom, ¿crees que el hombre al que le di el dinero está realmente implicado en este delito?

—No lo sé. No veo por qué no habría de estarlo.

—A mí me pareció un hombre honrado.

—Otra persona puede parecerte deshonesta y no serlo. Hubo una pausa, porque él había titubeado y se había detenido.

—En fin —prosiguió Tom, como si ya se hubiera decidido—, si a eso vamos, puede que estuviera tan lejos de mostrarme del todo a su favor que lo saqué fuera de la puerta para decirle en voz baja que me parecía que podía darse con un canto en los dientes por semejante regalo caído del cielo de manos de mi hermana, y que esperaba que le diera buen uso. Ya recuerdas si lo saqué o no. No digo nada contra ese hombre; por lo que yo sé, puede ser un tipo muy honrado; espero que lo sea.

—¿Se ofendió por lo que le dijiste?

—No, se lo tomó bastante bien; se mostró bastante educado. ¿Dónde estás, Loo? —Se incorporó en la cama y la besó—. Buenas noches, querida, buenas noches.

—¿No tienes nada más que decirme?

—No. ¿Qué iba a tener? ¡No querrás que te diga una mentira!

—No querría que hicieras eso esta noche, Tom, entre todas las noches de tu vida; que espero que sean muchas y mucho más felices.

—Gracias, querida Loo. Estoy tan cansado que me extraña no decir cualquier cosa con tal de dormirme. Vete a la cama, vete a la cama.

Volviendo a besarla, se dio la vuelta, se tapó la cabeza con la colcha y quedó tan quieto como si hubiera llegado ya aquella hora en cuyo nombre ella lo había conjurado. Ella permaneció un rato junto a la cama antes de alejarse despacio. Se detuvo en la puerta, miró atrás al abrirla, y le preguntó si la había llamado. Pero él siguió inmóvil, y ella cerró suavemente la puerta y volvió a su cuarto.

Entonces el desdichado muchacho alzó la vista con cautela, comprobó que ella se había ido, se escurrió fuera de la cama, echó el pestillo de la puerta, y se dejó caer de nuevo sobre la almohada: mesándose los cabellos, llorando con hosquedad, queriéndola a regañadientes, despreciándose a sí mismo con odio pero sin

arrepentimiento, y despreciando, no con menos odio y no menos inútilmente, todo el bien que hay en el mundo.

Capítulo IX. El final del asunto

LA SEÑORA SPARSIT, instalada para reponer el tono de sus nervios en el retiro del señor Bounderby, mantenía una vigilancia tan aguda, noche y día, bajo sus cejas coriolanas, que sus ojos, como un par de faros en una costa de hierro, podrían haber advertido a todo marinero prudente contra aquel audaz escollo que era su nariz romana y la región oscura y escarpada de sus alrededores, de no ser por la placidez de sus modales. Aunque costaba creer que su retirada a dormir pudiera ser otra cosa que una mera formalidad, tan severamente despiertos estaban aquellos ojos clásicos suyos, y tan imposible parecía que su rígida nariz pudiera ceder a ningún influjo relajante, sin embargo su manera de sentarse, alisándose los incómodos —por no decir ásperos— mitones (estaban hechos de una tela fresca, como la malla de una fresquera), o de deambular hacia destinos desconocidos con el pie en su estribo de algodón, era tan perfectamente serena, que la mayoría de los observadores se habrían visto obligados a suponerla una paloma, encarnada por algún capricho de la naturaleza en el tabernáculo terrenal de un ave de pico ganchudo.

Era una mujer prodigiosa para rondar por la casa. Cómo pasaba de un piso a otro era un misterio insoluble. Una dama tan decorosa en sí misma, y de tan buenas relaciones, no podía sospecharse que se dejara caer por la barandilla o se deslizara por ella, y sin embargo su extraordinaria facilidad de locomoción sugería la descabellada idea. Otra circunstancia notable en la señora Sparsit era que nunca parecía tener prisa. Podía lanzarse con consumada velocidad desde

el desván hasta el vestíbulo, y sin embargo estar en plena posesión de su aliento y su dignidad en el momento mismo de llegar. Tampoco se la vio jamás, a ojos humanos, ir a gran velocidad.

Tomó mucho afecto al señor Harthouse, y sostuvo con él una agradable conversación poco después de su llegada. Le hizo su majestuosa reverencia en el jardín, una mañana antes del desayuno.

—Parece que fue ayer, señor —dijo la señora Sparsit—, que tuve el honor de recibirlo a usted en el banco, cuando tuvo usted la bondad de desear que se le diera a conocer la dirección del señor Bounderby.

—Una ocasión que, estoy seguro, no olvidaré yo en el curso de los siglos —dijo el señor Harthouse, inclinando la cabeza hacia la señora Sparsit con el más indolente de todos los aires posibles.

—Vivimos en un mundo singular, señor —dijo la señora Sparsit.

—He tenido el honor, por una coincidencia de la que me enorgullezco, de haber hecho una observación de efecto similar, aunque no expresada tan epigramáticamente.

—Un mundo singular, diría yo, señor —prosiguió la señora Sparsit, tras reconocer el cumplido con un leve descenso de sus oscuras cejas, no tan suave en su expresión como lo eran de dulces los tonos de su voz—, en lo que se refiere a las intimidades que trabamos en un momento dado con personas de las que en otro tiempo no sabíamos nada en absoluto. Recuerdo, señor, que en aquella ocasión llegó usted a decir que sentía usted verdadero recelo ante la señorita Gradgrind.

—Su memoria me hace más honor del que merece mi insignificancia. Me serví de sus amables indicaciones para corregir mi timidez, y no hace falta añadir que fueron perfectamente exactas. El talento de la señora Sparsit para... para cualquier cosa que requiera exactitud, en realidad..., combinado con la fortaleza de ánimo... y la Familia..., está demasiado habitualmente desarrollado para admitir discusión alguna. —Estaba casi quedándose dormido con aquel

cumplido: tanto tardaba en concluirlo, y tanto se le iba la cabeza por el camino en su ejecución.

—¿Encontró usted a la señorita Gradgrind... no consigo llamarla la señora Bounderby, es muy absurdo de mi parte... tan juvenil como se la había yo descrito? —preguntó la señora Sparsit, dulcemente.

—La retrató usted a la perfección —dijo el señor Harthouse—. Me la presentó como su vivo retrato.

—Muy atractiva, señor —dijo la señora Sparsit, haciendo girar lentamente sus mitones el uno sobre el otro.

—Sumamente.

—Solía considerarse —dijo la señora Sparsit— que a la señorita Gradgrind le faltaba animación, pero confieso que me parece considerable y notablemente mejorada a ese respecto. ¡Ah, y en efecto, aquí *está* el señor Bounderby! —exclamó la señora Sparsit, asintiendo con la cabeza muchísimas veces, como si no hubiera estado hablando ni pensando en nadie más—. ¿Cómo se encuentra usted esta mañana, señor? Le ruego que nos deje verlo alegre, señor.

Ahora bien, estos persistentes alivios de su desdicha y estos aligeramientos de su carga habían empezado ya, a estas alturas, a producir el efecto de hacer al señor Bounderby más blando de lo habitual con la señora Sparsit, y más duro de lo habitual con casi todos los demás, empezando por su esposa. Así, cuando la señora Sparsit dijo con forzada ligereza de corazón: «Querrá usted su desayuno, señor, pero me atrevo a decir que la señorita Gradgrind estará aquí en seguida para presidir la mesa», el señor Bounderby respondió: «Si tuviera que esperar a que me atendiera mi esposa, señora, creo que sabe usted muy bien que esperaría hasta el día del Juicio, así que le pediré a *usted* que se encargue de la tetera». La señora Sparsit accedió, y ocupó su antiguo puesto en la mesa.

Esto volvió a poner sentimental en extremo a la excelente mujer. Era, además, tan humilde que, cuando apareció Louisa, se levantó, protestando que jamás se le habría ocurrido sentarse en aquel sitio

dadas las circunstancias, por muchas veces que hubiera tenido el honor de preparar el desayuno del señor Bounderby, antes de que la señora Gradgrind... pedía perdón, quería decir la señorita Bounderby... esperaba que se la disculpara, pero de verdad no conseguía todavía decirlo bien, aunque confiaba en irse familiarizando con ello poco a poco... hubiera asumido su posición actual. Era solo (observó ella) porque a la señorita Gradgrind le había ocurrido llegar un poco tarde, y el tiempo del señor Bounderby era tan preciosísimo, y ella sabía de antiguo que era tan esencial que desayunara puntual, que se había tomado la libertad de acceder a su petición; por más que la voluntad de él hubiera sido para ella ley desde hacía tanto tiempo.

—¡Vamos! Quédese usted donde está, señora —dijo el señor Bounderby—, ¡quédese donde está! La señora Bounderby se alegrará mucho de verse libre de esa molestia, me parece a mí.

—No diga usted eso, señor —replicó la señora Sparsit, casi con severidad—, porque eso es muy poco amable con la señora Bounderby. Y no ser amable no es propio de usted, señor.

—Puede usted quedarse tranquila, señora. Usted puede tomárselo con mucha calma, ¿verdad, Loo? —dijo el señor Bounderby, en tono fanfarrón a su esposa.

—Por supuesto. No tiene ninguna importancia. ¿Por qué habría de importarme a mí?

—¿Por qué habría de importarle a nadie, señora Sparsit? —dijo el señor Bounderby, hinchándose con una sensación de agravio—. Le da usted demasiada importancia a estas cosas, señora. ¡Por San Jorge!, aquí se le van a corromper a usted algunas de sus ideas. Es usted anticuada, señora. Va usted atrasada respecto a los tiempos de los hijos de Tom Gradgrind.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó Louisa, con fría sorpresa—. ¿Qué es lo que le ha ofendido?

—¡Ofendido! —repitió Bounderby—. ¿Se figura usted que, si se me hubiera ofendido en algo, no lo diría claramente y pediría que se

corrigiera? Soy un hombre franco, me parece a mí. No ando yo dando rodeos ni buscando vientos de costado.

—Supongo que nadie ha tenido nunca ocasión de tenerlo a usted por demasiado tímido, o demasiado delicado —respondió Louisa con serenidad—. Yo nunca le he hecho ese reproche, ni de niña ni de mujer. No entiendo qué es lo que quiere usted.

—¿Que qué quiero? —replicó el señor Bounderby—. Nada. Si no fuera así, ¿no sabe usted de sobra, Loo Bounderby, que yo, Josiah Bounderby de Coketown, lo conseguiría?

Ella lo miró, mientras él golpeaba la mesa y hacía sonar las tazas de té, con un color orgulloso en el rostro que era un cambio nuevo, pensó el señor Harthouse. —Está usted incomprensible esta mañana —dijo Louisa—. Le ruego que no se moleste más en explicarse. No tengo curiosidad por saber lo que quiere usted decir. ¿Qué más da?

No se dijo nada más sobre este tema, y el señor Harthouse no tardó en mostrarse ociosamente alegre sobre asuntos indiferentes. Pero, a partir de aquel día, el efecto de Sparsit sobre el señor Bounderby acercó más el uno al otro a Louisa y a James Harthouse, y reforzó el peligroso distanciamiento de su marido y la confianza depositada contra él en otra persona, en los que había ido cayendo por grados tan sutiles que no habría podido desandarlos aunque lo intentara. Pero si alguna vez lo intentó o no, quedaba oculto en su propio corazón cerrado.

La señora Sparsit se sintió tan afectada en esta ocasión concreta que, ayudando al señor Bounderby a ponerse el sombrero después del desayuno, y estando entonces a solas con él en el vestíbulo, imprimió un casto beso en su mano, murmuró: «¡Mi benefactor!», y se retiró, abrumada por el dolor. Y sin embargo es un hecho indudable, del que tiene conocimiento esta historia, que cinco minutos después de que él hubiera salido de la casa con ese mismo sombrero puesto, esa misma descendiente de los Scadgers y emparentada por matrimonio con los Powler agitó su mitón de la mano derecha contra el retrato de él, hizo una mueca de desprecio a

aquella obra de arte, y dijo: «Bien merecido lo tienes, Papanatas, y me alegro».

El señor Bounderby no llevaba mucho tiempo fuera cuando apareció Bitzer. Bitzer había llegado en tren, chirriando y traqueteando sobre la larga hilera de arcos que cabalgaba sobre el país salvaje de las minas de carbón, presentes y pasadas, con un exprés de Stone Lodge. Era una nota apresurada para informar a Louisa de que la señora Gradgrind yacía muy enferma. Nunca había estado bien, hasta donde alcanzaba el conocimiento de su hija; pero había ido decayendo en los últimos días, había seguido hundiéndose durante toda la noche, y ahora estaba tan cerca de la muerte como se lo permitía su limitada capacidad de hallarse en cualquier estado que implicara el fantasma de una intención de salir de él.

Acompañada por el más ligero de los porteros, digno servidor incoloro a las puertas de la Muerte cuando la señora Gradgrind llamó a ellas, Louisa traqueteó hacia Coketown, sobre las minas de carbón pasadas y presentes, y fue arrastrada a sus fauces humeantes. Despidió al mensajero para que se las arreglara por su cuenta, y se dirigió a su antiguo hogar.

Pocas veces había estado allí desde su matrimonio. Su padre solía estar cribando y cribando en su montón de cenizas parlamentario en Londres (sin que se le observara sacar muchos artículos preciosos de entre la basura), y seguía enfrascado en ello en el vertedero nacional. Su madre se lo había tomado más bien como una molestia que otra cosa, el ser visitada mientras se reclinaba en su sofá; para la gente joven, Louisa se sentía del todo inadecuada; con Sissy nunca había vuelto a suavizarse, desde la noche en que la hija de la cómica había alzado los ojos para mirar a la futura esposa del señor Bounderby. No tenía alicientes para volver, y rara vez había ido.

Tampoco descendía sobre ella, ahora que se acercaba a su antiguo hogar, ninguno de los mejores influjos del antiguo hogar. Los sueños de la infancia —sus fábulas aéreas; sus adornos graciosos, hermosos, humanos, imposibles, del mundo de más allá: tan buenos para creer en ellos una vez, tan buenos para recordarlos cuando se

han dejado atrás, pues entonces el menor de ellos se eleva hasta la estatura de una gran Caridad en el corazón, que permite que los niños pequeños acudan a su seno, y que conserven con sus manos puras un jardín en los caminos pedregosos de este mundo, en el cual sería mejor para todos los hijos de Adán que se calentaran al sol con más frecuencia, sencillos y confiados, y no sabios en las cosas del mundo—, ¿qué tenía ella que ver con todo esto? Los recuerdos de cómo había viajado hacia lo poco que sabía, por los caminos encantados de lo que ella y millones de criaturas inocentes habían esperado e imaginado; de cómo, al llegar por primera vez a la Razón a través de la tierna luz de la Fantasía, la había visto como un dios benéfico, que se sometía a dioses tan grandes como él mismo; y no como un Ídolo sombrío, cruel y frío, con sus víctimas atadas de pies y manos, y su enorme figura muda erguida con una mirada ciega, que jamás se dejaba mover por nada que no fueran tantas toneladas calculadas de apalancamiento—, ¿qué tenía ella que ver con todo esto? Sus recuerdos del hogar y de la infancia eran recuerdos de la desecación de todo manantial y toda fuente en su joven corazón a medida que brotaban. Las aguas doradas no estaban allí. Corrían para fertilizar la tierra donde se cosechan uvas de los espinos, e higos de los abrojos.

Entró, con una especie de pesar pesado y endurecido sobre ella, en la casa y en la habitación de su madre. Desde que ella había dejado el hogar, Sissy había vivido con el resto de la familia en pie de igualdad. Sissy estaba junto a su madre; y Jane, su hermana, que tenía ya diez o doce años, se hallaba en la habitación.

Costó mucho trabajo conseguir que se le hiciera saber a la señora Gradgrind que su hija mayor estaba allí. Se hallaba recostada, incorporada por mero hábito, en un sofá: manteniendo, en la medida en que algo tan indefenso podía mantenerse, su vieja actitud habitual. Se había negado en redondo a meterse en la cama, alegando que, si lo hacía, no oiría jamás el final de aquello.

Su débil voz sonaba tan lejana entre su fardo de chales, y el sonido de otra voz que se dirigiera a ella parecía tardar tanto tiempo

en llegarle a los oídos, que bien podría haber estado tendida en el fondo de un pozo. La pobre señora estaba más cerca de la Verdad de lo que jamás había estado: lo cual tenía mucho que ver con ello.

Al decírsele que la señora Bounderby estaba allí, respondió, sin venir a cuento, que ella nunca lo había llamado por ese nombre desde que se casó con Louisa; que, en espera de decidir un nombre menos objetable, lo había llamado J; y que por el momento no podía apartarse de esa norma, al no disponer todavía de un sustituto permanente. Louisa había estado sentada a su lado varios minutos, y le había hablado en repetidas ocasiones, antes de que ella llegara a comprender con claridad de quién se trataba. Entonces pareció caer en la cuenta de golpe.

—Bueno, querida mía —dijo la señora Gradgrind—, y espero que las cosas te vayan satisfactoriamente a ti misma. Todo fue obra de tu padre. Él puso el corazón en ello. Y él tiene que saberlo.

—Quiero oír hablar de usted, madre; no de mí.

—¿Quieres oír hablar de mí, querida mía? Eso sí que es una novedad, desde luego, que alguien quiera oír hablar de mí. Nada bien, Louisa. Muy débil y mareada.

—¿Tiene usted dolor, madre querida?

—Creo que hay un dolor en alguna parte de la habitación —dijo la señora Gradgrind—, pero no podría decir con seguridad que lo tengo yo.

Después de este extraño discurso, quedó en silencio durante un rato. Louisa, sosteniéndole la mano, no le sentía el pulso; pero, al besarla, pudo ver un fino y tenue hilo de vida agitándose.

—Ves muy pocas veces a tu hermana —dijo la señora Gradgrind—. Se está poniendo como tú. Me gustaría que la miraras. Sissy, tráela aquí.

La trajeron, y se quedó con la mano en la de su hermana. Louisa la había observado con el brazo alrededor del cuello de Sissy, y sintió la diferencia de este otro modo de acercarse.

—¿Ves el parecido, Louisa?

—Sí, madre. Creo que se parece a mí. Pero...

—¡Eh! Sí, yo siempre lo digo —exclamó la señora Gradgrind, con inesperada rapidez—. Y eso me recuerda. Yo... yo quiero hablar contigo, querida mía. Sissy, niña buena, déjanos solas un minuto. — Louisa había soltado la mano; había pensado que el rostro de su hermana era mejor y más luminoso de lo que el suyo propio había sido jamás; había visto en él, no sin cierto resentimiento creciente, incluso en aquel lugar y en aquel momento, algo de la dulzura del otro rostro presente en la habitación; el dulce rostro de ojos confiados, hecho más pálido de lo que ya lo hacían la vigilia y la compasión, por la abundante cabellera oscura.

Al quedarse a solas con su madre, Louisa la vio tendida con una espantosa calma en el rostro, como quien flota a la deriva sobre una gran extensión de agua, toda resistencia ya vencida, contenta de dejarse llevar corriente abajo. Volvió a llevarse a los labios la sombra de una mano, y la hizo volver.

—Iba usted a hablarme, madre.

—¿Eh? Sí, claro que sí, querida mía. Ya sabes que tu padre está casi siempre fuera ahora, y por eso tengo que escribirle sobre eso.

—¿Sobre qué, madre? No se inquiete. ¿Sobre qué?

—Debes recordar, querida mía, que siempre que he dicho algo, sobre cualquier tema, nunca he oído el final de ello: y por consiguiente, que hace ya mucho que he dejado de decir nada.

—Le oigo, madre. —Pero solo a fuerza de inclinarse hacia su oído, y de observar al mismo tiempo con atención los labios mientras se movían, pudo ella enlazar sonidos tan débiles y quebrados en alguna cadena de sentido.

—Aprendiste muchísimo, Louisa, y tu hermano también. Ologías de todas clases, de la mañana a la noche. Si queda alguna Ología, de cualquier descripción, que no se haya gastado hasta hacerse

jirones en esta casa, lo único que puedo decir es que espero no oír jamás su nombre.

—Le oigo, madre, cuando tenga usted fuerzas para continuar. — Esto, para impedir que se le fuera flotando.

—Pero hay algo... que no es en absoluto una Ología... que tu padre ha pasado por alto, u olvidado, Louisa. No sé qué es. Muchas veces me he quedado sentada con Sissy cerca de mí, pensando en ello. Ya no conseguiré saber su nombre. Pero tu padre tal vez sí. Me pone inquieta. Quiero escribirle, para averiguar, por el amor de Dios, qué es. Dame una pluma, dame una pluma.

Hasta la capacidad de estar inquieta se había ido, salvo en la pobre cabeza, que apenas podía volverse de un lado a otro.

Sin embargo, se figuró que se había accedido a su petición, y que la pluma que no habría podido sostener estaba ya en su mano. Poco importa qué figuras de maravilloso sinsentido empezó a trazar sobre sus chales. La mano no tardó en detenerse en medio de ellas; la luz que siempre había sido débil y tenue tras aquella frágil transparencia, se apagó; y hasta la señora Gradgrind, emergida de la sombra en la cual el hombre camina y se inquieta en vano, adquirió la temible solemnidad de los sabios y los patriarcas.

Capítulo X. La escalera de la señora Sparsit

Como los nervios de la señora Sparsit tardaban en recobrar su tono, la digna señora permaneció varias semanas en el retiro del señor Bounderby, donde, pese a su talante de anacoreta —fundado en la conciencia, cada vez más viva, de su condición venida a menos—, se resignó con noble entereza a alojarse, como quien dice, entre algodones, y a alimentarse de lo mejor de la tierra. Durante todo este paréntesis en la vigilancia del banco, la señora Sparsit fue un dechado de constancia: siguió compadeciéndose del señor Bounderby en su misma cara, como rara vez se compadece a hombre alguno, y llamando Papanatas a su retrato, en la cara de *este*, con la mayor acritud y desprecio.

El señor Bounderby, habiéndosele metido en su composición explosiva que la señora Sparsit era una mujer sumamente superior por percibir que él llevaba encima aquella cruz general propia de sus merecimientos (pues todavía no había decidido cuál era), y además que Louisa habría puesto reparos a que ella los visitara con frecuencia si hubiese sido compatible con su grandeza que Louisa pusiera reparos a nada de lo que él decidiera hacer, resolvió no perder de vista a la señora Sparsit tan fácilmente. Así que, cuando los nervios de esta estuvieron ya templados hasta el punto de volver a consumir mollejas en soledad, le dijo a la mesa, la víspera de su partida: «Le voy a decir una cosa, señora: vendrá usted aquí los sábados, mientras dure el buen tiempo, y se quedará hasta el

lunes». A lo cual la señora Sparsit respondió, en efecto, aunque no fuese de confesión mahometana: «Oír es obedecer».

Ahora bien, la señora Sparsit no era mujer poética; pero se le metió en la cabeza una idea de índole alegórica y fantasiosa. El mucho observar a Louisa, y la consiguiente y minuciosa observación de su semblante impenetrable, que aguzó y afiló el ingenio de la señora Sparsit, debieron de darle, por así decirlo, un impulso a modo de inspiración. Erigió en su mente una Escalera gigantesca, con un oscuro foso de vergüenza y ruina en el fondo; y por aquellos peldaños, día tras día y hora tras hora, veía descender a Louisa.

Se convirtió en la ocupación de la vida de la señora Sparsit alzar la vista hacia su escalera y ver bajar a Louisa. A veces despacio, a veces deprisa, a veces varios peldaños de una vez, a veces deteniéndose, pero sin volver nunca atrás. Si Louisa se hubiera vuelto atrás una sola vez, podría haber sido la muerte de la señora Sparsit, de bilis y de pesar.

Louisa había estado descendiendo sin cesar, hasta el día, y en el día mismo, en que el señor Bounderby formuló la invitación semanal antes referida. La señora Sparsit estaba de buen ánimo, y dispuesta a conversar.

—Y dígame usted, señor —dijo ella—, si me atrevo a aventurar una pregunta sobre algún asunto en el que se muestra usted reservado —lo cual es en mí atrevimiento, pues bien sé que tiene usted sus razones para todo lo que hace—, ¿ha recibido usted noticias del robo?

—Pues no, señora; todavía no. Dadas las circunstancias, no las esperaba aún. Roma no se hizo en un día, señora.

—Muy cierto, señor —dijo la señora Sparsit, moviendo la cabeza.

—Ni en una semana, señora.

—No, ciertamente, señor —repuso la señora Sparsit, con una suave melancolía.

—De igual manera, señora —dijo Bounderby—, yo sé esperar. Si Rómulo y Remo pudieron esperar, Josiah Bounderby también puede esperar. Aunque ellos, en su juventud, estaban mejor que yo: tenían una loba por nodriza; yo solo tuve una loba por abuela. Y esa no daba leche, señora: daba palizas. En eso era toda una Alderney.

—¡Ah! —La señora Sparsit suspiró y se estremeció.

—No, señora —prosiguió Bounderby—, no he sabido nada más al respecto. Pero se está en ello; y el joven Tom, que ahora se aplica bastante a los negocios —cosa nueva en él, pues no tuvo la instrucción que *yo* tuve—, está ayudando. Mi orden es esta: que no se hable de ello, y que parezca que el asunto se apacigua. Hagan ustedes lo que quieran a escondidas, pero no den ninguna señal de lo que se traen entre manos; o si no, media centena de ellos se confabularán y pondrán a ese sujeto que se ha fugado fuera de nuestro alcance para siempre. Que no se hable de ello, y los ladrones irán cobrando confianza poco a poco, y entonces los atraparemos.

—Sumamente sagaz, señor —dijo la señora Sparsit—. Sumamente interesante. La anciana que mencionó usted, señor...

—La anciana que mencioné, señora —dijo Bounderby, cortando el asunto en seco, pues no era cosa de la que preciarse—, no ha sido apresada; pero puede jurar que lo será, si eso es algún consuelo para su vieja y malvada mente. Entretanto, señora, mi opinión es, si me pregunta usted mi opinión, que cuanto menos se hable de ella, mejor.

Aquella misma tarde, la señora Sparsit, en la ventana de su alcoba, descansando de sus tareas de equipaje, miró hacia su gran escalera y vio a Louisa descendiendo todavía.

Estaba sentada junto al señor Harthouse, en un cenador del jardín, hablando en voz muy baja; él permanecía de pie, inclinado sobre ella, mientras cuchicheaban juntos, y su rostro casi rozaba el cabello de Louisa. «¡Si no lo roza del todo!», dijo la señora Sparsit, forzando al máximo sus ojos de halcón. La señora Sparsit estaba

demasiado lejos para oír una palabra de su conversación, ni siquiera para saber que hablaban en voz baja, salvo por la expresión de sus figuras; pero lo que decían era esto:

—¿Recuerda usted a aquel hombre, señor Harthouse?

—¡Oh, perfectamente!

—¿Su rostro, y sus modales, y lo que dijo?

—Perfectamente. Y me pareció una persona infinitamente aburrida. Prolija y pesada en extremo. Fue hábil por su parte extenderse en esa escuela de elocuencia de la humilde virtud; pero le aseguro que pensé en aquel momento: «Buen hombre, se está usted excediendo».

—Me ha resultado muy difícil pensar mal de ese hombre.

—Mi querida Louisa, como dice Tom. —Cosa que este nunca decía —. ¿No sabe usted nada malo de ese sujeto?

—No, ciertamente.

—¿Ni de ninguna otra persona de esa clase?

—¿Cómo podría —repuso ella, con más de aquel primer talante suyo del que él le había visto últimamente—, si no sé nada de ellos, ni hombres ni mujeres?

—Mi querida Louisa, entonces consienta usted en recibir la sumisa exposición de su devoto amigo, que algo sabe de varias especies de sus excelentes semejantes... pues excelentes son, estoy dispuesto a creerlo, a pesar de pequeñas flaquezas como la de servirse siempre de todo lo que pueden echar mano. Ese sujeto habla. Bueno; todo sujeto habla. Profesa la moralidad. Bueno; toda clase de embaucadores profesan la moralidad. Desde la Cámara de los Comunes hasta la casa de corrección, hay una profesión general de moralidad, salvo entre nuestra gente; y precisamente esa excepción es lo que hace tan reconfortante a nuestra gente. Usted vio y oyó el caso. Ahí tenía usted a uno de las clases de la pelusa, cortado en seco por mi estimado amigo el señor Bounderby, que, como

sabemos, no está dotado de esa delicadeza que ablandaría una mano tan firme. El miembro de las clases de la pelusa quedó ofendido, exasperado, salió de la casa refunfuñando, se topó con alguien que le propuso participar en ese asunto del banco, participó, se metió en el bolsillo algo que antes no tenía, y con ello se desahogó por completo. Realmente habría sido un sujeto poco corriente, en vez de corriente, si no hubiese aprovechado semejante ocasión. O puede que él mismo lo haya ideado todo, si tuviese el ingenio necesario.

—Casi tengo la sensación de que debe de haber maldad en mí —repuso Louisa, tras permanecer pensativa un rato—, por estar tan dispuesta a darle la razón, y por sentirme tan aliviada de corazón con lo que usted dice.

—Yo solo digo lo que es razonable; nada peor. Lo he hablado con mi amigo Tom más de una vez... por supuesto, sigo en términos de perfecta confianza con Tom..., y él es enteramente de mi opinión, y yo enteramente de la suya. ¿Quiere usted dar un paseo?

Se alejaron paseando, por los senderos que empezaban a difuminarse en el crepúsculo... ella apoyada en el brazo de él... y ella apenas pensaba en cómo iba bajando, bajando, bajando por la escalera de la señora Sparsit.

Noche y día, la señora Sparsit la mantenía en pie. Cuando Louisa hubiera llegado al fondo y hubiese desaparecido en el abismo, la escalera bien podía desplomarse sobre ella si quería; pero, hasta entonces, allí había de seguir, un Edificio, ante los ojos de la señora Sparsit. Y allí estaba siempre Louisa, sobre ella.

¡Y siempre deslizándose, bajando, bajando, bajando!

La señora Sparsit veía llegar e irse a James Harthouse; oía hablar de él aquí y allá; veía los cambios del rostro que había estudiado; observaba también, con exactitud minuciosa, cómo y cuándo se nublaba, cómo y cuándo se despejaba; mantenía sus ojos negros bien abiertos, sin asomo de piedad, sin asomo de escrúpulo, absorta por entero en el interés. En el interés de verla, siempre avanzando,

sin mano que la detuviera, más y más cerca del fondo de esta nueva Escalera de Gigante.

Con toda su deferencia hacia el señor Bounderby, considerado aparte de su retrato, la señora Sparsit no albergaba la menor intención de interrumpir el descenso. Ansiosa de verlo consumado, y sin embargo paciente, esperaba la caída final, como quien espera la sazón y la plenitud de la cosecha de sus esperanzas. Sumida en silenciosa expectación, mantenía su vigilante mirada fija en la escalera; y rara vez llegaba a sacudir, torvamente, su manopla derecha (con el puño dentro), ante la figura que iba bajando.

Capítulo XI. Cada vez más abajo

La figura descendía la gran escalera, firme, firme; desviándose siempre, como un peso en aguas profundas, hacia el negro abismo del fondo.

El señor Gradgrind, informado del fallecimiento de su esposa, hizo una expedición desde Londres y la enterró de manera expeditiva. Luego regresó con prontitud al vertedero nacional de cenizas y reanudó su criba en busca de las menudencias que necesitaba, y su costumbre de echar polvo a los ojos de otras personas que necesitaban otras menudencias: de hecho, reanudó sus funciones parlamentarias.

Mientras tanto, la señora Sparsit mantenía una vigilancia sin pestañear. Separada de su escalera, toda la semana, por la longitud del camino de hierro que dividía Coketown de la casa de campo, conservaba no obstante su observación felina de Louisa: a través de su marido, a través de su hermano, a través de James Harthouse, a través del exterior de cartas y paquetes, a través de todo lo animado e inanimado que en algún momento se acercara a la escalera. «Su pie en el último peldaño, mi señora —decía la señora Sparsit, apostrofando a la figura que descendía, con la ayuda de su mitón amenazador—, y todo su arte jamás logrará cegarme.»

Fuera arte o naturaleza, fuera el tronco original del carácter de Louisa o el injerto de las circunstancias sobre él, lo cierto es que su curiosa reserva desconcertaba, a la vez que estimulaba, a alguien tan sagaz como la señora Sparsit. Había momentos en que el señor

James Harthouse no estaba seguro de ella. Había momentos en que no lograba leer el rostro que tanto tiempo llevaba estudiando; y en que aquella muchacha solitaria era para él un misterio mayor que cualquier mujer de mundo rodeada de un séquito de satélites que la ayudaran.

Así fue pasando el tiempo, hasta que sucedió que al señor Bounderby lo llamaron fuera de casa por negocios que requerían su presencia en otra parte, durante tres o cuatro días. Fue un viernes cuando se lo comunicó a la señora Sparsit en el banco, añadiendo:
—Pero usted bajará mañana, señora, lo mismo da. Bajará usted igual que si yo estuviera allí. A usted no le supondrá ninguna diferencia.

—Se lo ruego, señor —replicó la señora Sparsit con reproche—, le suplico que no diga eso. Su ausencia supondrá una enorme diferencia para mí, señor, como creo que usted sabe muy bien.

—Bien, señora, entonces tendrá que arreglárselas en mi ausencia lo mejor que pueda —dijo el señor Bounderby, no descontento.

—Señor Bounderby —replicó la señora Sparsit—, su voluntad es ley para mí, señor; de otro modo, tal vez fuera mi inclinación disputar sus amables órdenes, pues no las tengo por seguras de que sea tan grato a la señorita Gradgrind recibirme como lo es siempre su propia magnánima hospitalidad. Pero no diga usted más, señor. Iré, por invitación suya.

—Vamos, cuando yo la invito a mi casa, señora —dijo Bounderby, abriendo los ojos—, espero que no necesite usted ninguna otra invitación.

—No, desde luego, señor —replicó la señora Sparsit—, así lo espero. No diga usted más, señor. Quisiera, señor, poder verlo alegre otra vez.

—¿Qué quiere usted decir, señora? —bramó Bounderby.

—Señor —repuso la señora Sparsit—, solía haber en usted una elasticidad que hoy echo tristemente de menos. ¡Anímese, señor!

El señor Bounderby, bajo el influjo de esta ardua conminación, respaldada por la mirada compasiva de la señora Sparsit, no pudo sino rascarse la cabeza de manera débil y ridícula, y luego afirmarse a distancia, dejándose oír mientras increpaba a los peces pequeños del negocio durante toda la mañana.

—Bitzer —dijo la señora Sparsit aquella tarde, cuando su patrón ya se había marchado de viaje y el banco estaba cerrando—, presente mis respetos al joven señor Thomas y pregúntele si querría subir a tomar una chuleta de cordero con salsa de nueces, y un vaso de cerveza de la India. El joven señor Thomas, que solía estar dispuesto para cualquier cosa de esa índole, respondió con amabilidad y le siguió los talones. —Señor Thomas —dijo la señora Sparsit—, como estos sencillos manjares ya están en la mesa, pensé que podrían tentarlo.

—Gracias, señora Sparsit —dijo el cachorro. Y se puso a comer con aire sombrío.

—¿Cómo está el señor Harthouse, señor Tom? —preguntó la señora Sparsit.

—Oh, está bien —dijo Tom.

—¿Dónde puede estar ahora? —preguntó la señora Sparsit, con tono ligero y conversacional, después de haber consagrado mentalmente al cachorro a las Furias por ser tan poco comunicativo.

—Está de caza en Yorkshire —dijo Tom—. Ayer le mandó a Loo una cesta casi tan grande como una iglesia.

—El tipo de caballero, ahora que lo pienso —dijo la señora Sparsit con dulzura—, que uno apostaría a que es un buen tirador.

—Un as —dijo Tom.

Llevaba tiempo siendo un joven de mirada baja, pero este rasgo se había acentuado tanto últimamente que jamás alzaba los ojos hacia ningún rostro más de tres segundos seguidos. La señora Sparsit disponía, en consecuencia, de amplios medios para observar su expresión, si así lo deseaba.

—El señor Harthouse es de mis favoritos —dijo la señora Sparsit—, como lo es, en efecto, de la mayoría de la gente. ¿Podemos esperar verlo de nuevo pronto, señor Tom?

—Pues *yo* espero verlo mañana —replicó el cachorro.

—¡Buenas noticias! —exclamó la señora Sparsit con dulzura.

—Tengo una cita con él para encontrarnos esta tarde en la estación de aquí —dijo Tom—, y creo que después voy a cenar con él. No bajará a la casa de campo hasta dentro de una semana o así, porque tiene que estar en otro sitio. Al menos, eso dice; pero no me extrañaría que se quedara aquí hasta el domingo y se acercara por allí.

—¡Lo cual me recuerda! —dijo la señora Sparsit—. ¿Recordaría usted un recado para su hermana, señor Tom, si se lo encargara?

—¿Y bien? Lo intentaré —replicó el cachorro de mala gana—, si no es muy largo.

—Es solo mi respetuoso saludo —dijo la señora Sparsit—, y que temo no poder importunarla con mi compañía esta semana, pues sigo un poco nerviosa y quizá esté mejor sola, pobre de mí.

—Ah, si es solo eso —observó Tom—, no importaría mucho aunque se me olvidara, porque no es probable que Loo piense en usted a menos que la vea.

Habiendo pagado su hospitalidad con este agradable cumplido, recayó en un silencio huraño hasta que ya no quedó más cerveza de la India, momento en que dijo: —Bueno, señora Sparsit, ¡tengo que irme! Y se fue.

Al día siguiente, sábado, la señora Sparsit se sentó junto a su ventana todo el día, mirando a los clientes que entraban y salían, observando a los carteros, vigilando el tráfico general de la calle, dando vueltas a muchas cosas en su cabeza, pero, sobre todo, manteniendo la atención fija en su escalera. Llegada la noche, se puso el sombrero y el chal, y salió con sigilo: tenía sus razones para merodear de manera furtiva por la estación por la que llegaría un

pasajero procedente de Yorkshire, y para preferir atisbar en ella tras columnas y esquinas, y desde las ventanas de la sala de espera de señoras, antes que presentarse abiertamente en sus dependencias.

Tom estaba presente, y anduvo rondando hasta que llegó el tren esperado. No traía al señor Harthouse. Tom aguardó a que se dispersara la multitud y cesara el bullicio; luego consultó una lista de trenes expuesta y pidió consejo a los mozos de estación. Hecho esto, se alejó con paso indolente, deteniéndose en la calle para mirar calle arriba y calle abajo, quitándose el sombrero y volviéndoselo a poner, bostezando y desperezándose, y exhibiendo todos los síntomas de mortal hastío propios de quien todavía tenía que aguardar a que llegara el tren siguiente, dentro de una hora y cuarenta minutos.

—Esto es una treta para tenerlo apartado —dijo la señora Sparsit, sobresaltándose junto a la sombría ventana de la oficina desde donde lo había estado observando por última vez—. ¡Harthouse está ahora con su hermana!

Fue la concepción de un instante de inspiración, y ella salió disparada con toda su rapidez para comprobarlo. La estación para la casa de campo estaba en el extremo opuesto de la ciudad, el tiempo era corto, el camino no era fácil; pero fue tan rápida en abalanzarse sobre un coche libre, tan rápida en saltar de él, sacar su dinero, hacerse con el billete y zambullirse en el tren, que se vio transportada bajo los arcos que atravesaban la tierra de las minas de carbón, pasadas y presentes, como si la hubiera arrebatado una nube y se la llevara en su remolino.

Durante todo el trayecto, inmóvil en el aire y sin embargo jamás rezagada; tan nítida para los ojos oscuros de su mente como lo eran para los ojos oscuros de su cuerpo los hilos telegráficos que pautaban una colosal tira de papel de música contra el cielo del atardecer, la señora Sparsit veía su escalera, con la figura descendiendo. Ya muy cerca del fondo. Al borde mismo del abismo.

Una nublada tarde de septiembre, justo al caer la noche, vio bajo sus párpados entornados a la señora Sparsit deslizarse fuera de su vagón, bajar los peldaños de madera de la pequeña estación hasta un camino pedregoso, cruzarlo hacia un sendero verde, y quedar oculta en una espesura estival de hojas y ramas. Uno o dos pájaros rezagados que piaban somnolientos en sus nidos, y un murciélago que la cruzaba y recruzaba con pesadez, y el rumor de sus propios pasos en el polvo espeso que se sentía como terciopelo, fue todo cuanto la señora Sparsit oyó o vio hasta que cerró muy suavemente una cancela.

Se acercó a la casa, manteniéndose dentro de la arboleda, y le dio la vuelta, atisbando entre las hojas hacia las ventanas bajas. La mayoría estaban abiertas, como solía ocurrir con aquel tiempo caluroso, pero todavía no había luces, y todo estaba en silencio. Probó en el jardín, sin mejor resultado. Pensó en el bosque, y se deslizó hacia él sin reparar en la hierba alta ni en las zarzas: ni en gusanos, caracoles y babosas, y todas las criaturas reptantes que existen. Con sus ojos oscuros y su nariz aguileña avanzando cautelosos por delante de ella, la señora Sparsit se abrió paso suavemente entre la espesa maleza, tan concentrada en su objetivo que probablemente habría hecho lo mismo si el bosque hubiera sido un bosque de víboras.

¡Escuchad!

Los pájaros más pequeños podrían haber caído de sus nidos, fascinados por el destello de los ojos de la señora Sparsit en la penumbra, mientras ella se detenía y escuchaba.

Voces bajas, muy cerca. La voz de él y la de ella. ¡La cita *era* una treta para mantener alejado al hermano! Allí estaban, junto al árbol talado.

Encorvándose entre la hierba húmeda de rocío, la señora Sparsit se acercó más a ellos. Se irguió, y se apostó tras un árbol, como Robinson Crusoe en su emboscada contra los salvajes; tan cerca de ellos que, de un salto, y no muy grande, habría podido tocarlos a los

dos. Él estaba allí en secreto, y no se había dejado ver en la casa. Había llegado a caballo, y debía de haber atravesado los campos vecinos; pues su caballo estaba atado al lado del prado de la cerca, a pocos pasos.

—Mi amor más querido —dijo él—, ¿qué podía hacer yo? Sabiendo que estaba usted sola, ¿era posible que me mantuviera alejado?

«Puede usted bajar la cabeza, para resultar más atractiva; *yo* no sé qué le ven cuando la levanta —pensaba la señora Sparsit—; pero usted apenas sospecha, mi querido amor, qué ojos la vigilan.»

Que ella bajaba la cabeza, era cosa cierta. Le instaba a que se marchara, le ordenaba que se marchara; pero no volvía el rostro hacia él, ni lo alzaba. Y sin embargo, era notable que estuviera tan quieta como la amable mujer emboscada la había visto estar en cualquier otro momento de su vida. Sus manos descansaban una sobre otra, como las manos de una estatua; e incluso su manera de hablar no era apresurada.

—Mi querida niña —dijo Harthouse; la señora Sparsit vio con deleite que el brazo de él la rodeaba—, ¿no soportará usted mi compañía un poco más?

—Aquí no.

—¿Dónde, Louisa?

—Aquí no.

—Pero tenemos tan poco tiempo para aprovechar tanto, y he venido de tan lejos, y estoy tan del todo entregado, y tan fuera de mí. Nunca hubo esclavo a la vez tan devoto y tan maltratado por su señora. Buscar su recibimiento radiante, que me ha devuelto a la vida, y encontrarme con esta acogida gélida, es desgarrador.

—¿He de repetir que aquí debo quedarme sola?

—Pero tenemos que vernos, mi querida Louisa. ¿Dónde nos veremos?

Ambos se sobresaltaron. La que escuchaba también se sobresaltó, con sentimiento de culpa, pues creyó que había otro oyente entre los árboles. No era sino la lluvia, que empezaba a caer deprisa, en gruesas gotas.

—¿Debo cabalgar hasta la casa dentro de unos minutos, suponiendo inocentemente que su dueño está en casa y se sentirá encantado de recibirme?

—¡No!

—Sus crueles órdenes han de obedecerse a ciegas; aunque soy, creo, el hombre más desdichado del mundo, por haber sido insensible a todas las demás mujeres, y por haber caído al fin postrado a los pies de la más hermosa, y la más seductora, y la más imperiosa. Mi queridísima Louisa, no puedo irme yo, ni dejarla ir a usted, ante este cruel abuso de su poder.

La señora Sparsit lo vio retenerla con el brazo que la ceñía, y lo oyó entonces, allí mismo, con su ávido oído, decirle cuánto la amaba, y cómo ella era la apuesta por la que ardientemente deseaba jugarse cuanto tenía en la vida. Los objetos que hasta hacía poco había perseguido se volvían sin valor junto a ella; el éxito que casi tenía ya en la mano lo arrojaba lejos de sí como la basura que era, comparado con ella. Perseguirlo, sin embargo, si eso lo mantenía cerca de ella, o renunciar a él si eso lo apartaba de ella, o la huida si ella la compartía, o el secreto si ella lo ordenaba, o cualquier destino, o todos los destinos, todo le era igual, con tal de que ella le fuera fiel a él —el hombre que había visto cuán abandonada estaba, a quien ella había inspirado, en su primer encuentro, una admiración, un interés, de los que él se había creído incapaz, en cuya confianza ella lo había admitido, que le estaba entregado y la adoraba—. Todo esto, y más, en la prisa de él, y en la de ella, en el torbellino de su propia malicia satisfecha, en el temor de ser descubierta, entre el ruido cada vez más recio de la lluvia arreciando entre las hojas, y una tormenta que se aproximaba —la señora Sparsit lo recibió todo en su mente, envuelto en un halo tan inevitable de confusión e imprecisión, que cuando al fin él saltó la

cerca y se llevó su caballo, ella ya no estaba segura de dónde iban a encontrarse, ni cuándo, salvo que habían dicho que sería aquella misma noche.

Pero uno de los dos permanecía todavía en la oscuridad ante ella; y mientras siguiera a ese, no podía equivocarse. «Ay, mi querido amor —pensó la señora Sparsit—, poco se imagina qué bien acompañada va usted!»

La señora Sparsit la vio salir del bosque, y la vio entrar en la casa. ¿Qué hacer ahora? Llovía ya a cántaros. Las medias blancas de la señora Sparsit eran ahora de muchos colores, predominando el verde; tenía cosas punzantes dentro de los zapatos; orugas se colgaban, en hamacas de su propia fabricación, de varias partes de su vestido; arroyuelos le corrían por el sombrero y por su nariz romana. En tal estado, la señora Sparsit permanecía oculta en la espesura de la arboleda, preguntándose qué hacer ahora.

¡He aquí que Louisa salía de la casa! Envuelta a toda prisa en su capa y bien tapada, escabulléndose. ¡Se fuga! Cae del último peldaño, y es tragada por el abismo.

Indiferente a la lluvia, y moviéndose con paso rápido y decidido, tomó un sendero lateral paralelo a la avenida. La señora Sparsit la siguió a la sombra de los árboles, a poca distancia; pues no era fácil mantener a la vista una figura que avanzaba deprisa por aquella oscuridad umbría.

Cuando ella se detuvo a cerrar la cancela lateral sin ruido, la señora Sparsit se detuvo. Cuando ella siguió andando, la señora Sparsit siguió andando. Fue por el mismo camino por el que había venido la señora Sparsit, salió al sendero verde, cruzó el camino pedregoso, y subió los peldaños de madera hasta el ferrocarril. Un tren para Coketown pasaría pronto por allí, lo sabía la señora Sparsit; así que comprendió que Coketown sería su primer destino.

En el estado lacio y chorreante de la señora Sparsit, no hacían falta grandes precauciones para cambiar su aspecto habitual; pero se detuvo al abrigo del muro de la estación, retorció su chal dándole

una nueva forma, y se lo puso encima del sombrero. Así disfrazada, no temió que la reconocieran cuando subió los peldaños de la vía y pagó su dinero en la pequeña taquilla. Louisa estaba sentada esperando en un rincón. La señora Sparsit se sentó a esperar en otro rincón. Ambas escuchaban el trueno, que era fuerte, y la lluvia, que se desbordaba del tejado y repiqueteaba en los parapetos de los arcos. Dos o tres lámparas se apagaron por la lluvia y el viento; así que ambas vieron con ventaja el relámpago temblar y zigzaguear sobre las vías de hierro.

El acceso de temblor que se apoderó de la estación, ahondándose poco a poco en una dolencia del corazón, anunció el tren. Fuego y vapor, y humo, y luz roja; un silbido, un estruendo, una campana, y un chillido; Louisa subida a un vagón, la señora Sparsit subida a otro: la pequeña estación, un punto desierto en medio de la tormenta.

Aunque los dientes le castañeteaban de frío y humedad, la señora Sparsit se regocijaba enormemente. La figura se había precipitado por el despeñadero, y ella se sentía, por así decir, velando el cadáver. ¿Podía ella, que tan activa se había mostrado en organizar el triunfo fúnebre, hacer menos que regocijarse? «Llegará a Coketown mucho antes que él —pensó la señora Sparsit—, por bueno que sea su caballo. ¿Dónde lo esperará ella? ¿Y adónde irán juntos? Paciencia. Ya lo veremos.»

La lluvia tremenda ocasionó una confusión infinita cuando el tren se detuvo en su destino. Canalones y cañerías habían reventado, las alcantarillas se habían desbordado, y las calles estaban anegadas. En el primer instante de apearse, la señora Sparsit volvió sus ojos desatinados hacia los coches de alquiler, muy solicitados. «Se subirá a uno —pensó—, y se marchará antes de que yo pueda seguirla en otro. A todo riesgo de que me atropellen, tengo que ver el número, y oír la orden que se le dé al cochero.»

Pero la señora Sparsit se equivocó en su cálculo. Louisa no subió a ningún coche, y ya se había ido. Los ojos negros, fijos en el vagón de tren en que había viajado, se posaron en él un momento

demasiado tarde. Como la puerta no se abría después de varios minutos, la señora Sparsit pasó y volvió a pasar ante ella, no vio nada, miró dentro, y la encontró vacía. Calada hasta los huesos; con los pies chapoteando y chascando dentro de los zapatos cada vez que se movía; con una erupción de lluvia sobre su rostro clásico; con un sombrero como un higo pasado; con toda la ropa estropeada; con las huellas húmedas de cada botón, cordón y corchete que llevaba, estampadas en su espalda de tan alta alcurnia; con un verdín estancado sobre todo su aspecto exterior, semejante al que se acumula en la vieja cerca de un parque en un camino mohoso; a la señora Sparsit no le quedó más recurso que romper en lágrimas de amargura y decir: —¡La he perdido!

Capítulo XII. Abajo

Los basureros nacionales, después de entretenerse los unos a los otros con no pocas trifulcas ruidosas entre sí, se habían dispersado por el momento, y el señor Gradgrind estaba en casa, de vacaciones.

Estaba sentado escribiendo en la sala del fúnebre reloj estadístico, demostrando sin duda algo, probablemente, en su mayor parte, que el buen samaritano era un mal economista. El ruido de la lluvia no lo perturbaba demasiado; pero le llamaba la atención lo bastante como para hacerle levantar la cabeza de cuando en cuando, cual si estuviera reconviniendo un tanto a los elementos. Cuando tronaba muy fuerte, dirigía la mirada hacia Coketown, pensando que alguna de las altas chimeneas podría ser alcanzada por un rayo.

Los truenos se alejaban retumbando y la lluvia caía como un diluvio, cuando se abrió la puerta de su cuarto. Miró por encima de la lámpara de su mesa y vio, con asombro, a su hija mayor.

—¡Louisa!

—Padre, quiero hablar con usted.

—¿Qué ocurre? ¡Qué rara estás! Y santo cielo —dijo el señor Gradgrind, cada vez más extrañado—, ¿has venido hasta aquí expuesta a esta tormenta?

Ella se llevó las manos al vestido, como si apenas lo supiera. —Sí. —Luego se descubrió la cabeza y, dejando caer la capa y la capucha donde cayeran, se quedó mirándolo: tan descolorida, tan

desgreñada, tan desafiante y desesperada, que él sintió miedo de ella.

—¿Qué es? Te conjuro, Louisa, dime qué ocurre.

Ella se dejó caer en una silla frente a él y le puso la mano fría en el brazo.

—Padre, ¿usted me ha educado desde la cuna?

—Sí, Louisa.

—Maldigo la hora en que nací para semejante destino.

La miró con duda y con espanto, repitiendo maquinalmente: —¿Maldices la hora? ¿Maldices la hora?

—¿Cómo pudo usted darme la vida y quitarme al mismo tiempo todas esas cosas inapreciables que la elevan por encima del estado de muerte consciente? ¿Dónde están las gracias de mi alma? ¿Dónde están los sentimientos de mi corazón? ¿Qué ha hecho usted, oh padre, qué ha hecho usted, con el jardín que debería haber florecido una vez, aquí, en este gran páramo?

Se golpeó con ambas manos el pecho.

—Si alguna vez estuvo aquí, sus solas cenizas me salvarían del vacío en que se hunde toda mi vida. No pretendía decir esto; pero, padre, ¿recuerda usted la última vez que hablamos en esta sala?

Estaba tan absolutamente desprevenido para lo que ahora oía, que le costó trabajo responder: —Sí, Louisa.

—Lo que ahora sube a mis labios habría subido a mis labios entonces, si usted me hubiera dado la ayuda de un instante. No le reprocho nada, padre. Lo que nunca cultivó en mí, nunca lo cultivó en usted mismo; pero ¡oh!, si tan solo lo hubiera hecho hace mucho tiempo, o si tan solo me hubiera descuidado, ¡qué criatura mucho mejor y mucho más feliz sería yo hoy!

Al oír esto, después de todos sus desvelos, inclinó la cabeza sobre la mano y gimió en voz alta.

—Padre, si usted hubiera sabido, la última vez que estuvimos juntos aquí, lo que hasta yo misma temía mientras luchaba contra ello —pues ha sido mi tarea desde la infancia luchar contra todo impulso natural que haya surgido en mi corazón—; si hubiera sabido que perduraban en mi pecho sensibilidades, afectos, debilidades capaces de ser cultivadas hasta convertirse en fuerza, desafiando todos los cálculos que el hombre haya hecho jamás, y tan desconocidas para su aritmética como lo es su Creador—, ¿me habría entregado usted al marido a quien ahora estoy segura de que odio?

Él dijo: —No. No, pobre hija mía.

—¿Me habría condenado usted, en algún momento, a la escarcha y a la plaga que me han endurecido y estropeado? ¿Me habría robado usted —sin enriquecer a nadie—, solo para mayor desolación de este mundo, la parte inmaterial de mi vida, la primavera y el estío de mi fe, mi refugio contra lo sórdido y lo malo de las cosas reales que me rodean, mi escuela en la que debería haber aprendido a ser más humilde y más confiada con ellas, y a esperar, en mi pequeña esfera, hacerlas mejores?

—¡Oh, no, no! No, Louisa.

—Y sin embargo, padre, si yo hubiera sido completamente ciega; si hubiera ido tanteando mi camino por el tacto, y hubiera sido libre, aun conociendo las formas y las superficies de las cosas, de ejercer un tanto mi fantasía respecto de ellas, habría sido un millón de veces más sabia, más feliz, más amorosa, más satisfecha, más inocente y más humana en todos los buenos aspectos, de lo que soy con los ojos que tengo. Ahora, escuche lo que he venido a decirle.

Él hizo un movimiento para sostenerla con el brazo. Al levantarse ella a la vez, quedaron muy juntos: ella, con una mano sobre el hombro de él, mirándolo fijamente al rostro.

—Con un hambre y una sed en mí, padre, que jamás se han visto saciadas ni por un instante; con un ardiente impulso hacia alguna

región donde las reglas, y las cifras, y las definiciones no fueran del todo absolutas, he crecido, batallando cada palmo de mi camino.

—Nunca supe que fueras desdichada, hija mía.

—Padre, yo siempre lo supe. En esta lucha he estado a punto de repeler y aplastar a mi ángel mejor hasta convertirlo en un demonio. Lo que he aprendido me ha dejado dudando, descreyendo, despreciando, lamentando lo que no he aprendido; y mi sombrío recurso ha sido pensar que la vida pasaría pronto, y que nada en ella podría valer el dolor y el esfuerzo de una lucha.

—¡Y tú, tan joven, Louisa! —dijo él con lástima.

—Y yo, tan joven. En esta condición, padre —pues le muestro ahora, sin temor ni favor, el estado ordinario y aletargado de mi mente, tal como yo lo conozco—, usted me propuso a mi marido. Lo acepté. Nunca fingí, ni ante él ni ante usted, que lo amaba. Yo sabía, y usted, padre, lo sabía, y él lo sabía, que nunca lo amé. No me era del todo indiferente, pues tenía la esperanza de ser agradable y útil a Tom. Hice aquella loca huida hacia algo quimérico, y poco a poco he ido descubriendo cuán loca fue. Pero Tom había sido el objeto de toda la pequeña ternura de mi vida; quizá llegó a serlo porque yo sabía tan bien cómo compadecerlo. Poco importa ya, salvo en cuanto pueda disponerlo a usted a juzgar con más indulgencia sus errores.

Mientras su padre la sostenía en sus brazos, ella puso la otra mano sobre el otro hombro de él y, siempre mirándolo fijamente al rostro, continuó.

—Cuando quedé irrevocablemente casada, se alzó en rebeldía contra ese vínculo la vieja lucha, hecha más feroz por todas esas causas de disparidad que nacen de nuestras dos naturalezas individuales, y que ninguna ley general regirá jamás ni formulará para mí, padre, hasta que sean capaces de indicarle al anatomista dónde ha de clavar su bisturí en los secretos de mi alma.

—¡Louisa! —dijo él, y lo dijo con voz suplicante, pues recordaba bien lo que había pasado entre ellos en su anterior conversación.

—No le reprocho nada, padre, no me quejo. Estoy aquí con otro propósito.

—¿Qué puedo hacer, hija? Pídeme lo que quieras.

—Ya llego a ello. Padre, el azar puso entonces en mi camino un nuevo conocido; un hombre como ninguno que yo hubiera tratado antes; hecho al mundo; ligero, pulido, desenvuelto; sin pretensiones de ninguna clase; confesando abiertamente la baja estima de todo aquello que yo, en secreto, medio temía llegar a formarme; dándome a entender casi de inmediato, aunque no sé cómo ni por qué grados, que me comprendía y leía mis pensamientos. No pude hallar que fuera peor que yo. Parecía haber entre nosotros una estrecha afinidad. Solo me pregunté que valiera la pena para él, a quien nada más le importaba, preocuparse tanto por mí.

—¡Por ti, Louisa!

Su padre habría aflojado instintivamente el abrazo, de no ser porque sintió que las fuerzas la abandonaban, y vio un fuego salvaje y dilatado en los ojos que lo miraban fijamente.

—Nada diré del pretexto con que reclamó mi confianza. Importa muy poco cómo la obtuvo. Padre, la obtuvo. Lo que usted sabe de la historia de mi matrimonio, él pronto lo supo, tan bien como usted.

El rostro de su padre se puso ceniciento, y la sostuvo con ambos brazos.

—No he hecho nada peor, no lo he deshonrado a usted. Pero si me pregunta si lo he amado, o si lo amo, le digo con franqueza, padre, que puede ser así. No lo sé.

Retiró de pronto las manos de los hombros de él y se las apretó ambas contra el costado; mientras en su rostro, que ya no era el suyo, y en su figura, erguida, resuelta a terminar con un último esfuerzo lo que tenía que decir, estallaban los sentimientos largo tiempo reprimidos.

—Esta noche, estando ausente mi marido, él ha estado conmigo, declarándose mi amante. En este mismo instante me espera, pues

no tuve otro modo de librarme de su presencia. No sé si lo siento, no sé si estoy avergonzada, no sé si me hallo degradada ante mi propia estima. Lo único que sé es que su filosofía y sus enseñanzas no me salvarán. Ahora, padre, usted me ha traído hasta aquí. ¡Sálveme usted por algún otro medio!

Apretó su abrazo a tiempo de impedir que se desplomara en el suelo, pero ella exclamó con voz terrible: —¡Moriré si me sostiene! ¡Déjeme caer al suelo! —Y él la tendió allí, y vio el orgullo de su corazón y el triunfo de su sistema, tendido, un montón insensible, a sus pies.

Libro III. El acopio

Capítulo I. Otra cosa necesaria

Louisa despertó de un sopor, y sus ojos se abrieron lánguidamente sobre su antigua cama, en su casa, y su antigua habitación. Al principio le pareció que todo lo sucedido desde los días en que aquellos objetos le eran familiares no habían sido sino las sombras de un sueño; pero, poco a poco, a medida que los objetos se le hacían más reales a la vista, los sucesos se le hacían más reales a la mente.

Apenas podía mover la cabeza, de puro dolor y pesadez; tenía los ojos cansados y doloridos, y se sentía muy débil. Una curiosa desatención pasiva se había apoderado de ella de tal modo, que la presencia de su hermana pequeña en la habitación no llamó su atención durante algún tiempo. Incluso cuando sus miradas se cruzaron, y su hermana se acercó a la cama, Louisa quedó mirándola en silencio varios minutos, dejando que, tímidamente, le tomara la mano inerte, antes de preguntar:

—¿Cuándo me trajeron a esta habitación?

—Anoche, Louisa.

—¿Quién me trajo?

—Sissy, creo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque esta mañana la encontré aquí. No vino a mi cama a despertarme, como hace siempre, y fui a buscarla. Tampoco estaba en su habitación, y anduve buscándola por toda la casa, hasta que la

encontré aquí, cuidándote y refrescándote la cabeza. ¿Quieres ver a padre? Sissy me dijo que se lo dijera en cuanto despertaras.

—¡Qué cara tan radiante tienes, Jane! —dijo Louisa, mientras su hermana pequeña —todavía tímida— se inclinaba para besarla.

—¿Sí? Me alegro mucho de que lo pienses. Estoy segura de que debe de ser cosa de Sissy.

El brazo que Louisa había comenzado a enroscar en torno a su cuello se aflojó. —Puedes decírselo a padre, si quieres. —Luego, deteniéndola un momento, añadió—: ¿Fuiste tú quien hizo que mi habitación estuviera tan alegre, y le dio este aire acogedor?

—Oh, no, Louisa, ya estaba hecho antes de que yo llegara. Fue...

Louisa se volvió sobre la almohada y no oyó más. Cuando su hermana se hubo marchado, volvió a girar la cabeza y quedó con el rostro vuelto hacia la puerta, hasta que esta se abrió y entró su padre.

Tenía un aspecto fatigado y ansioso, y su mano, habitualmente firme, temblaba en la de ella. Se sentó al borde de la cama, preguntando con ternura cómo se encontraba, e insistiendo en la necesidad de que guardara mucha calma tras la agitación y la exposición a la intemperie de la noche anterior. Hablaba con voz apagada y turbada, muy distinta de su habitual tono autoritario, y a menudo le faltaban las palabras.

—Mi querida Louisa. Mi pobre hija. —Se quedó tan sin palabras en ese punto que se detuvo del todo. Lo intentó de nuevo.

—Mi desdichada niña. —Aquel trance era tan difícil de superar que volvió a intentarlo.

—Sería inútil, Louisa, que intentara decirte hasta qué punto me sentí abrumado, y todavía me siento, por lo que se me vino encima anoche. El terreno que pisaba ha dejado de ser firme bajo mis pies. El único apoyo en que me sostenía, y cuya solidez me parecía, y todavía me parece, imposible de poner en duda, ha cedido en un instante. Estas revelaciones me han dejado aturdido. No hay en lo

que digo ningún sentido egoísta; pero el golpe de lo que se me vino encima anoche me resulta, en verdad, muy pesado de sobrellevar.

Ella no podía darle consuelo alguno en esto. Había sufrido el naufragio de toda su vida contra aquella roca.

—No diré, Louisa, que si por alguna feliz casualidad me hubieras sacado del error hace algún tiempo, habría sido mejor para los dos: mejor para tu paz y mejor para la mía. Porque soy consciente de que quizá no formara parte de mi sistema el invitar a ninguna confidencia de esa clase. Yo me había probado a mí mismo mi... mi sistema, y lo he administrado rigurosamente; y debo cargar con la responsabilidad de sus fracasos. Solo te ruego que creas, hija mía predilecta, que mi intención ha sido siempre obrar bien.

Lo dijo con seriedad, y, para hacerle justicia, así había sido su intención. Al sondear profundidades insondables con su mezquina y pequeña vara de aforador, y al tambalearse por el universo con su oxidado y rígido compás de patas tiesas, había pretendido hacer grandes cosas. Dentro de los límites de su corta cuerda, había ido dando tumbos, aniquilando las flores de la existencia con mayor unidad de propósito que muchos de los estridentes personajes cuya compañía frecuentaba.

—Estoy bien segura de lo que dice, padre. Sé que he sido su hija predilecta. Sé que ha querido hacerme feliz. Nunca le he culpado, y nunca lo haré.

Él tomó la mano que ella le tendía, y la retuvo entre las suyas.

—Querida mía, he pasado toda la noche en mi mesa, meditando una y otra vez sobre lo que tan dolorosamente ha pasado entre nosotros. Cuando considero tu carácter; cuando considero que lo que a mí me es conocido desde hace unas horas, tú lo has ocultado durante años; cuando considero bajo qué presión tan inmediata te lo he arrancado al fin; llego a la conclusión de que no puedo sino desconfiar de mí mismo.

Podría haber añadido más que todo eso al ver el rostro que ahora lo miraba. Quizá, en efecto, lo añadió, cuando apartó con suavidad,

con la mano, los cabellos revueltos de su frente. Gestos tan pequeños, insignificantes en otro hombre, resultaban muy notables en él; y su hija los recibió como si hubieran sido palabras de contrición.

—Pero —dijo el señor Gradgrind, despacio, y con vacilación, aunque también con una infeliz sensación de dicha—, si tengo motivos para desconfiar de mí mismo respecto del pasado, Louisa, también debería desconfiar de mí mismo respecto del presente y del futuro. Y, para hablarte sin reservas, así desconfío. Estoy muy lejos de sentirme convencido ahora, por distinto que pudiera haberme sentido tan solo ayer a estas horas, de que soy digno de la confianza que depositas en mí; de que sé cómo responder al llamamiento que has venido a hacerme volviendo a casa; de que poseo el instinto adecuado —suponiendo por un momento que sea esa la naturaleza de la cualidad requerida— para ayudarte y para enderezarte, hija mía.

Ella se había vuelto sobre la almohada y yacía con el rostro apoyado en el brazo, de modo que él no podía verlo. Toda su vehemencia y su pasión se habían aplacado; pero, aunque enternecida, no estaba llorando. En nada había cambiado tanto su padre como en esto: se habría alegrado de verla llorar.

—Algunos sostienen —prosiguió, todavía vacilante— que hay una sabiduría de la Cabeza, y que hay una sabiduría del Corazón. Yo no lo había supuesto así; pero, como he dicho, ahora desconfío de mí mismo. Había supuesto que la cabeza se bastaba a sí misma. Puede que no se baste; ¡cómo podría aventurarme esta mañana a afirmar que sí! Si esa otra clase de sabiduría fuera lo que he descuidado, y fuera el instinto que hace falta, Louisa...

Lo sugirió con mucha vacilación, como si todavía, incluso ahora, se resistiera a medias a admitirlo. Ella no le respondió, tendida ante él en la cama, todavía medio vestida, casi tal como la había visto tendida en el suelo de su despacho la noche anterior.

—Louisa —y su mano volvió a posarse en el cabello de ella—, he estado ausente de aquí, querida mía, bastante últimamente; y aunque la educación de tu hermana se ha llevado a cabo conforme al... al sistema —parecía llegar siempre a esa palabra con gran renuencia—, se ha visto necesariamente modificada por los contactos cotidianos que, en su caso, comenzaron a edad temprana. Te pregunto —con ignorancia y con humildad, hija mía— si crees que ha sido para mejor.

—Padre —respondió ella, sin moverse—, si se ha despertado en su joven pecho alguna armonía que en el mío permaneció muda hasta convertirse en discordia, que dé gracias al Cielo por ello, y que siga su camino más feliz, considerando su mayor bendición el haber evitado el mío.

—¡Oh, hija mía, hija mía! —dijo, con aire desconsolado—, ¡qué desdichado soy al verte así! ¡De qué me sirve que tú no me reproches nada, si yo mismo me lo reprocho tan amargamente! —Inclinó la cabeza y le habló en voz baja—. Louisa, tengo el presentimiento de que algún cambio puede haberse ido obrando lentamente a mi alrededor, en esta casa, por el mero amor y la gratitud: que lo que la Cabeza dejó sin hacer, y no pudo hacer, quizá lo haya estado haciendo el Corazón en silencio. ¿Puede ser así?

Ella no le respondió.

—No tengo demasiado orgullo para creerlo, Louisa. ¡Cómo podría ser yo arrogante, teniéndote a ti delante! ¿Puede ser así? ¿Es así, querida mía? —La miró una vez más, tendida allí, como abandonada; y, sin decir nada más, salió de la habitación. No hacía mucho que se había ido cuando ella oyó un paso ligero cerca de la puerta, y supo que alguien estaba de pie junto a ella.

No levantó la cabeza. Una ira sorda por verse observada en su aflicción, y porque aquella mirada involuntaria que tanto había resentido llegara ahora a este cumplimiento, ardía lentamente dentro de ella como un fuego insano. Todas las fuerzas estrechamente encerradas acaban por desgarrar y destruir. El aire

que sería saludable para la tierra, el agua que la enriquecería, el calor que la maduraría, la desgarran cuando quedan enjaulados. Así ocurría en su pecho incluso ahora; las cualidades más fuertes que poseía, vueltas durante tanto tiempo contra sí mismas, se habían convertido en un cúmulo de obstinación, que se alzaba contra una amiga.

Fue una suerte que aquel roce suave llegara a su cuello, y que ella comprendiera que se la suponía dormida. La mano compasiva no reclamó su resentimiento. Que se quedara allí, que se quedara.

Y se quedó allí, dando calor y vida a una multitud de pensamientos más suaves; y ella descansó. A medida que se ablandaba con aquella quietud, y con la conciencia de sentirse así velada, algunas lágrimas fueron abriéndose paso hasta sus ojos. Aquel rostro rozó el suyo, y supo que también había lágrimas en él, y que ella era la causa.

Cuando Louisa fingió despertar y se incorporó, Sissy se retiró, de modo que quedó de pie, plácidamente, junto a la cama.

—Espero no haberte molestado. He venido a preguntarte si me dejarías quedarme contigo.

—¿Por qué habrías de quedarte conmigo? Mi hermana te echará de menos. Tú lo eres todo para ella.

—¿Yo? —respondió Sissy, negando con la cabeza—. Yo querría ser algo para ti, si me dejaras.

—¿El qué? —dijo Louisa, casi con dureza.

—Lo que más necesites, si pudiera serlo. En todo caso, me gustaría intentar acercarme a ello todo lo posible. Y por lejos que eso pueda quedar, nunca me cansaré de intentarlo. ¿Me dejas?

—Mi padre te ha mandado a preguntármelo.

—No, de verdad —respondió Sissy—. Me dijo que podía entrar ahora, pero esta mañana me mandó salir de la habitación..., o al menos...

Vaciló y se detuvo.

—¿O al menos qué? —dijo Louisa, con sus ojos escrutadores fijos en ella.

—Pensé yo misma que era mejor que me hicieran salir, porque no estaba nada segura de que te fuera a gustar encontrarme aquí.

—¿Tanto te he odiado siempre?

—Espero que no, porque yo siempre te he querido, y siempre he deseado que lo supieras. Pero cambiaste un poco conmigo, poco antes de dejar la casa. No es que me extrañara. Tú sabías tantas cosas, y yo sabía tan poco, y era tan natural en muchos sentidos, yendo como ibas entre otras amistades, que no tenía nada de qué quejarme, y no me sentí en absoluto herida.

Se sonrojó al decirlo con modestia y precipitación. Louisa comprendió el afectuoso fingimiento, y el corazón se le encogió.

—¿Puedo intentarlo? —dijo Sissy, envalentonada, alzando la mano hacia el cuello que, sin darse cuenta, se inclinaba hacia ella.

Louisa, bajando la mano que un instante después la habría abrazado, la sostuvo entre las suyas y respondió:

—Antes que nada, Sissy, ¿sabes lo que soy? Soy tan orgullosa y tan endurecida, estoy tan confusa y turbada, soy tan resentida e injusta con todos y conmigo misma, que todo me parece tempestuoso, oscuro y perverso. ¿No te repele eso?

—¡No!

—Soy tan desdichada, y todo lo que debería haberme hecho de otro modo está tan asolado, que si hasta esta hora hubiera carecido de juicio, y en lugar de ser tan instruida como tú crees, hubiera tenido que empezar a adquirir las verdades más simples, no podría necesitar una guía hacia la paz, el contento, el honor, y todo el bien del que carezco por completo, más abyectamente de lo que la necesito ahora. ¿No te repele eso?

—¡No!

En la inocencia de su valeroso afecto, y con el desbordamiento de su antiguo espíritu abnegado, la muchacha en tiempos abandonada brillaba como una hermosa luz sobre las tinieblas de la otra.

Louisa alzó la mano para que pudiera ceñirle el cuello y reunirse allí con su compañera. Cayó de rodillas y, aferrándose a aquella hija de saltimbanquis, alzó hacia ella los ojos casi con veneración.

—¡Perdóname, compadécete de mí, ayúdame! ¡Ten compasión de mi gran necesidad, y deja que apoye esta cabeza mía sobre un corazón que me quiera!

—¡Oh, apóyala aquí! —exclamó Sissy—. Apóyala aquí, querida mía.

Capítulo II. Muy ridículo

El señor James Harthouse pasó una noche entera y un día en tal estado de agitación, que el Mundo, con su mejor monóculo puesto en el ojo, apenas lo habría reconocido durante aquel intervalo insensato como el hermano Jem del honorable y jocoso diputado. Estaba positivamente agitado. Varias veces habló con un énfasis semejante al de la gente vulgar. Entraba y salía de un modo incomprensible, como un hombre sin objeto. Cabalgaba como un salteador de caminos. En una palabra, estaba tan horriblemente aburrido de las circunstancias presentes, que olvidó aburrirse del modo prescrito por las autoridades.

Después de lanzar su caballo hacia Coketown a través de la tormenta, como si fuera un salto, se quedó despierto toda la noche: llamando de cuando en cuando con la mayor furia, acusando al portero de vigilia de negligencia por retener cartas o mensajes que sin duda debían de habérsele confiado, y exigiendo restitución en el acto. Llegó el alba, llegó la mañana, llegó el día, y ni con una ni con otra llegó mensaje ni carta alguna, así que bajó a la casa de campo. Allí, según le dijeron, el señor Bounderby estaba fuera, y la señora Bounderby en la ciudad. Había partido de repente para la ciudad la tarde anterior. Ni siquiera se supo que se había ido hasta la llegada de un mensaje que anunciaba que no debía esperarse su regreso por el momento.

En estas circunstancias, no le quedaba más remedio que seguirla a la ciudad. Fue a la casa de la ciudad. La señora Bounderby no estaba allí. Se asomó al Banco. El señor Bounderby, fuera; y la

señora Sparsit, fuera. ¿La señora Sparsit, fuera? ¡Quién podría haberse visto reducido a tal extremidad repentina como para necesitar la compañía de aquel grifo!

—¡Bueno! No lo sé —dijo Tom, que tenía sus propios motivos para estar inquieto por ello—. Se marchó a alguna parte al amanecer de esta mañana. Siempre anda llena de misterios; la odio. Y también odio a ese tipo blanquecino; siempre tiene esos ojos parpadeantes puestos en uno.

—¿Dónde estuvo usted anoche, Tom?

—¡Que dónde estuve anoche! —dijo Tom—. ¡Vaya! Esa sí que es buena. Estuve esperándolo a usted, señor Harthouse, hasta que se puso a caer como *yo* nunca había visto caer. ¡Que dónde estuve yo! Querrá usted decir dónde estuvo usted.

—Me vi impedido de venir... Me retuvieron.

—¡Retenido! —murmuró Tom—. Dos nos vimos retenidos. A mí me retuvo el buscarlo a usted, hasta que perdí todos los trenes menos el correo. Menudo trabajito habría sido bajar en ese, una noche así, y tener que volver a casa caminando por un estanque. Al final me vi obligado a dormir en la ciudad.

—¿Dónde?

—¿Dónde? Pues en mi propia cama, en casa de Bounderby.

—¿Vio usted a su hermana?

—¿Cómo diablos —respondió Tom, mirándolo fijamente— iba a ver a mi hermana si estaba a quince millas de distancia?

Maldiciendo aquellas réplicas tan rápidas del joven caballero al que profesaba tan fiel amistad, el señor Harthouse se desembarazó de aquella entrevista con la mínima ceremonia imaginable, y se preguntó por centésima vez qué podía significar todo aquello. Solo una cosa le quedó clara. Y era que, estuviera ella en la ciudad o fuera de ella, se hubiera precipitado él con aquella mujer tan difícil de comprender, o hubiera perdido ella el valor, o los hubieran

descubierto, o hubiera ocurrido algún percance o error, incomprensible por el momento, él debía quedarse a afrontar su suerte, fuera cual fuese. El hotel donde se sabía que residía cuando se veía condenado a aquella región de tinieblas era la estaca a la que estaba atado. En cuanto a todo lo demás... lo que tenga que ser, será.

—Así pues, ya sea que esté esperando un mensaje hostil, o una cita, o una reconvención arrepentida, o un improvisado combate de lucha con mi amigo Bounderby al estilo de Lancashire —lo cual parecería tan probable como cualquier otra cosa en el estado actual de los asuntos—, voy a cenar —dijo el señor James Harthouse—. Bounderby me lleva ventaja en cuestión de peso; y si algo de índole verdaderamente británica ha de ocurrir entre nosotros, más vale estar en forma.

Así pues, tocó la campanilla y, arrojándose con negligencia sobre un sofá, encargó «cena a las seis, con un bistec dentro», y pasó el tiempo que faltaba lo mejor que pudo. Y no fue muy bien; porque siguió sumido en la mayor perplejidad, y, a medida que transcurrían las horas sin que se le ofreciera ninguna explicación, su perplejidad iba aumentando a interés compuesto.

Sin embargo, se tomó el asunto con toda la calma que cabe en la naturaleza humana, y se entretuvo más de una vez con la festiva idea del entrenamiento. «No estaría mal —bostezó en cierto momento—, darle cinco chelines al camarero y tirarlo al suelo.» En otro momento se le ocurrió: «O podría alquilarse por horas a un tipo de unas trece o catorce stone.» Pero estas bromas no hicieron mella considerable ni en la tarde ni en su incertidumbre; y, a decir verdad, ambas se arrastraban de un modo espantoso.

Resultaba imposible, incluso antes de cenar, evitar pasearse a menudo sobre el dibujo de la alfombra, asomarse a la ventana, aguzar el oído junto a la puerta por si se oían pasos, y acalorarse un poco de vez en cuando cuando algunos pasos se acercaban a aquella habitación. Pero, después de cenar, cuando el día se volvió crepúsculo, y el crepúsculo se volvió noche, y todavía no le llegaba

ninguna comunicación, aquello empezó a parecerse, como él mismo lo expresó, «al Santo Oficio y a la tortura lenta». Sin embargo, fiel todavía a su convicción de que la indiferencia era la auténtica buena crianza (la única convicción que tenía), aprovechó esta crisis como ocasión para pedir velas y un periódico.

Llevaba media hora intentando en vano leer aquel periódico, cuando apareció el camarero y dijo, a la vez misterioso y compungido:

—Perdone usted, señor. Lo solicitan, señor, si me permite.

Un vago recuerdo de que esa era la clase de frase que la Policía dirigía a los rateros elegantes hizo que el señor Harthouse le preguntara al camarero, a su vez, con indignación erizada, qué diablos quería decir con «lo solicitan».

—Perdone usted, señor. Hay una señorita fuera, señor, que desea verlo.

—¿Fuera? ¿Dónde?

—Fuera de esta puerta, señor.

Enviando mentalmente al camarero al personaje antes mencionado, como zoquete debidamente cualificado para tal destino, el señor Harthouse se apresuró hacia la galería. Allí, de pie, había una joven a la que nunca había visto. Vestida con sencillez, muy tranquila, muy bonita. Al conducirla a la habitación y colocarle una silla, observó, a la luz de las velas, que era todavía más bonita de lo que había creído al principio. Su rostro era inocente y juvenil, y su expresión, sumamente agradable. No parecía tenerle miedo, ni sentirse turbada en modo alguno; parecía tener el pensamiento enteramente ocupado por el motivo de su visita, y haber sustituido por él toda consideración de sí misma.

—¿Hablo con el señor Harthouse? —dijo ella, cuando se quedaron solos.

—Con el señor Harthouse. —Añadió para sí—: Y le habla usted con los ojos más confiados que he visto jamás, y con la voz más

sincera (aunque tan serena) que he oído jamás.

—Si no entiendo —y no entiendo, señor —dijo Sissy— a qué le obliga a usted su honor de caballero en otros asuntos... —la sangre le subió de veras a la cara al oírla empezar con estas palabras—, sí estoy segura de que puedo confiar en él para que guarde en secreto mi visita, y para que guarde en secreto lo que voy a decirle. Confiaré en ello, si usted me dice que puedo fiarme hasta ese punto...

—Puede usted, se lo aseguro.

—Soy joven, como ve usted; estoy sola, como ve usted. Al venir a verlo, señor, no tengo más consejo ni más aliento que mi propia esperanza. —Él pensó: «Pero eso es muy fuerte», siguiendo la fugaz mirada que ella alzó por un instante. Pensó además: «Es un comienzo muy extraño. No veo adónde vamos a parar».

—Creo —dijo Sissy— que ya ha adivinado usted a quién he dejado hace un momento.

—He pasado la mayor inquietud y desasosiego durante las últimas veinticuatro horas (que me han parecido otros tantos años) —respondió él— por cuenta de una dama. Confío en que las esperanzas que me he sentido animado a concebir, de que viene usted de parte de esa dama, no me engañen.

—La dejé hace menos de una hora.

—¿En...?

—En casa de su padre.

El rostro del señor Harthouse se alargó pese a su frialdad, y su perplejidad aumentó. «Entonces sí que —pensó— no veo adónde vamos a parar.»

—Corrió hacia allí anoche. Llegó en un estado de gran agitación, y estuvo sin sentido durante toda la noche. Yo vivo en casa de su padre, y estuve con ella. Puede usted estar seguro, señor, de que no volverá a verla mientras viva.

El señor Harthouse respiró hondamente; y, si alguna vez un hombre se ha encontrado en la situación de no saber qué decir, él descubrió, fuera de toda duda, que se hallaba precisamente en ese trance. La ingenuidad casi infantil con que hablaba su visitante, su modesta intrepidez, su veracidad que dejaba de lado todo artificio, su completo olvido de sí misma en la serena y seria tenacidad con que se atenía al objeto que la había traído; todo esto, junto con la confianza que ella depositaba en la promesa que él le había dado con tanta facilidad —lo cual bastaba por sí solo para avergonzarlo—, presentaba algo en lo que él era tan inexperto, y contra lo cual sabía que cualquiera de sus armas habituales resultaría tan impotente, que no logró reunir ni una sola palabra en su auxilio.

Al fin, dijo:

—Un anuncio tan sorprendente, hecho con tanta confianza, y por unos labios como los suyos, resulta en verdad desconcertante en grado sumo. ¿Se me permitirá preguntar si es usted quien tiene el encargo de transmitirme esa información, en esas palabras sin esperanza, por parte de la dama de quien hablamos?

—No tengo encargo alguno de su parte.

—El que se ahoga se agarra a un clavo ardiendo. Sin faltar al respeto que me merece su juicio, y sin dudar de su sinceridad, permítame decir que me aferro a la creencia de que todavía queda alguna esperanza de que no esté condenado a un exilio perpetuo de la presencia de esa dama.

—No queda la menor esperanza. El primer objeto de mi venida aquí, señor, es asegurarle que debe usted creer que no hay más esperanza de que vuelva a hablar con ella jamás, que la que habría si ella hubiera muerto al llegar a casa anoche.

—¿Que debo creerlo? Pero ¿y si no puedo... o si, por flaqueza de mi naturaleza, me obstino... y no quiero?

—Sigue siendo cierto. No hay esperanza.

James Harthouse la miró con una sonrisa incrédula en los labios; pero la mente de ella miraba por encima y más allá de él, y la sonrisa se malgastó por completo.

Se mordió el labio y se tomó un momento para reflexionar.

—¡Bueno! Si desgraciadamente resultara —dijo—, tras los debidos esfuerzos y deberes por mi parte, que me veo llevado a una posición tan desolada como este destierro, no me convertiré en perseguidor de la dama. Pero ¿decía usted que no tenía comisión alguna de su parte?

—Solo tengo la comisión de mi amor por ella, y de su amor por mí. No tengo otro encargo que el de haber estado con ella desde que volvió a casa, y el de que ella me ha dado su confianza. No tengo otro encargo que el de conocer algo de su carácter y de su matrimonio. ¡Oh, señor Harthouse, creo que usted también tuvo esa confianza!

Se sintió tocado en la cavidad donde debería haber estado su corazón —en aquel nido de huevos podridos, donde habrían vivido los pájaros del cielo de no haber sido ahuyentados a silbidos— por el fervor de aquel reproche.

—No soy un sujeto de índole moral —dijo—, y nunca he pretendido tener el carácter de un sujeto de índole moral. Soy tan inmoral como haga falta. Al mismo tiempo, al haber causado cualquier angustia a la dama que es objeto de la presente conversación, o al haberla comprometido, por desgracia, de algún modo, o al haberme comprometido yo mismo mediante alguna expresión de sentimientos hacia ella no del todo conciliables con... en efecto, con el hogar doméstico; o al haberme aprovechado de que su padre sea una máquina, o de que su hermano sea un cachorro, o de que su marido sea un oso; le ruego que me permita asegurarle que no he tenido intenciones particularmente malvadas, sino que me he ido deslizando de un paso a otro con una suavidad tan perfectamente diabólica, que no tenía la menor idea de que el catálogo fuera ni la mitad de largo hasta que empecé a repasarlo. Y

resulta, en cambio —concluyó el señor James Harthouse—, que ocupa en realidad varios volúmenes.

Aunque dijo todo esto a su manera frívola, esa manera, por una vez, parecía un pulido consciente de una superficie que, al fin y al cabo, era fea. Guardó silencio un momento, y luego prosiguió con un aire más dueño de sí, aunque con huellas de contrariedad y decepción que no había manera de pulir del todo.

—Después de lo que se me acaba de exponer, de un modo que me resulta imposible poner en duda —apenas sé de ninguna otra fuente de la que hubiera podido aceptarlo con tanta prontitud—, me siento obligado a decirle a usted, en quien se ha depositado la confianza que ha mencionado, que no puedo negarme a contemplar la posibilidad, por inesperada que sea, de no volver a ver a esa dama. Soy yo el único culpable de que las cosas hayan llegado a este punto..., y..., no puedo decir —añadió, bastante escaso de recursos para una peroración general—, que tenga ninguna expectativa optimista de llegar a ser jamás un sujeto de índole moral, ni que crea en absoluto en ningún sujeto de índole moral.

El rostro de Sissy mostraba con suficiente claridad que su súplica a él no había terminado.

—Ha hablado usted —retomó él, mientras ella volvía a alzar los ojos hacia él— de su primer objeto. ¿Puedo suponer que hay un segundo que mencionar?

—Sí.

—¿Me hará usted el favor de confiármelo?

—Señor Harthouse —respondió Sissy, con una mezcla de dulzura y firmeza que lo derrotó por completo, y con una sencilla confianza en que él estaba obligado a hacer lo que ella le pedía, que lo dejaba en singular desventaja—, la única reparación que le queda a usted es marcharse de aquí de inmediato y para siempre. Estoy completamente segura de que de ningún otro modo puede usted mitigar el mal y el daño que ha causado. Estoy completamente segura de que es la única compensación que todavía está en su

poder ofrecer. No digo que sea mucho, ni que sea suficiente; pero es algo, y es necesario. Por lo tanto, aunque sin más autoridad que la que yo misma le doy, y hasta sin que lo sepa ninguna otra persona más que usted y yo, le pido que se marche de este lugar esta misma noche, bajo la obligación de no volver a él jamás.

Si ella hubiera pretendido ejercer sobre él alguna influencia más allá de su llana fe en la verdad y la justicia de lo que decía; si hubiera ocultado la menor duda o irresolución, o hubiera albergado, con la mejor intención, alguna reserva o fingimiento; si hubiera mostrado, o sentido, el más leve rastro de sensibilidad ante su ridiculización o su asombro, o ante cualquier objeción que él pudiera plantear; él se habría impuesto sobre ella en ese punto. Pero tanto le habría costado afectarla a ella como cambiar un cielo despejado con solo mirarlo sorprendido.

—Pero ¿sabe usted —preguntó, del todo desconcertado— hasta qué punto llega lo que me pide? Probablemente no sepa usted que estoy aquí por una especie de asunto público, bastante absurdo de por sí, pero al que me he entregado, y por el que he jurado, y al que se supone que estoy consagrado de un modo del todo desesperado. Probablemente no lo sepa usted, pero le aseguro que es un hecho.

Fuera hecho o no, aquello no surtió ningún efecto en Sissy.

—Y, además —dijo el señor Harthouse, dando una o dos vueltas por la habitación, indeciso—, resulta tan alarmantemente absurdo. Dejaría a un hombre tan en ridículo, después de haberse entregado a esa gente, retirarse de un modo tan incomprensible.

—Estoy completamente segura —repitió Sissy— de que es la única reparación en su poder, señor. Estoy completamente segura, o no habría venido aquí.

Él le echó un vistazo al rostro, y volvió a pasearse. —Por mi alma, no sé qué decir. ¡Es tan inmensamente absurdo!

Le tocó ahora a él estipular el secreto.

—Si hiciera yo semejante cosa tan ridícula —dijo, deteniéndose de nuevo al poco, y apoyándose en la repisa de la chimenea—, solo podría ser bajo la más inviolable confidencia.

—Yo confiaré en usted, señor —respondió Sissy—, y usted confiará en mí.

Aquel apoyarse en la repisa le recordó la noche con el cachorro. Era exactamente la misma repisa, y de algún modo sintió que *él* era el cachorro esta noche. No lograba avanzar en absoluto.

—Supongo que jamás un hombre se vio en posición más ridícula —dijo, después de mirar hacia abajo, y hacia arriba, y de reír, y de fruncir el ceño, y de alejarse, y de volver otra vez—. Pero no le veo salida. Lo que tenga que ser, será. *Esto* será, supongo. Debo largarme yo mismo, imagino... En fin, me comprometo a hacerlo.

Sissy se levantó. No la sorprendió el resultado, pero se alegró de él, y su rostro se iluminó radiante.

—Me permitirá usted decir —continuó el señor James Harthouse— que dudo que ningún otro embajador, o embajadora, hubiera podido dirigirse a mí con el mismo éxito. No solo debo considerarme en una posición sumamente ridícula, sino vencido en todos los puntos. ¿Me concederá usted el privilegio de recordar el nombre de mi enemiga?

—¿*Mi* nombre? —dijo la embajadora.

—El único nombre que podría importarme conocer, esta noche.

—Sissy Jupe.

—Perdone usted mi curiosidad al despedirnos. ¿Emparentada con la familia?

—Solo soy una pobre muchacha —respondió Sissy—. Me separaron de mi padre —él no era más que un saltimbanqui—, y el señor Gradgrind se apiadó de mí. He vivido en la casa desde entonces.

Se había ido.

—Solo faltaba esto para completar la derrota —dijo el señor James Harthouse, dejándose caer, con aire resignado, en el sofá, tras quedarse paralizado un instante—. La derrota puede darse ahora por perfectamente consumada. Solo una pobre muchacha... solo un saltimbanqui... solo James Harthouse reducido a nada... solo James Harthouse convertido en una Gran Pirámide del fracaso.

La Gran Pirámide le metió en la cabeza la idea de subir por el Nilo. Tomó la pluma en el acto, y escribió a su hermano la siguiente nota (en apropiados jeroglíficos):

Querido Jack: Todo terminado en Coketown. Aburrido hasta salir del lugar, y voy a dedicarme a los camellos.

Afectuosamente, JEM.

Tocó la campanilla.

—Envíeme aquí a mi criado.

—Se ha ido a la cama, señor.

—Dígale que se levante, y que haga el equipaje.

Escribió otras dos notas. Una, al señor Bounderby, anunciando su retirada de aquella comarca, e indicando dónde podría encontrársele durante la quincena siguiente. La otra, de efecto semejante, al señor Gradgrind. Apenas se había secado la tinta de sus sobrescritos, cuando ya había dejado atrás las altas chimeneas de Coketown, y viajaba en un vagón de ferrocarril, desgarrando y centelleando sobre el oscuro paisaje.

Los sujetos de índole moral podrían suponer que el señor James Harthouse extrajo después algunas reflexiones reconfortantes de aquella pronta retirada, como una de sus pocas acciones que compensaban algo, y como una señal para sí mismo de que había escapado del desenlace de un asunto muy malo. Pero no fue así, en absoluto. Un secreto sentimiento de haber fracasado y de haber quedado en ridículo —un temor a lo que otros sujetos entregados a asuntos semejantes dirían a su costa si lo supieran— lo oprimía de tal modo, que lo que fue, quizá, el mejor episodio de su vida, era

precisamente aquel que jamás habría reconocido por nada del mundo, y el único que lo hizo avergonzarse de sí mismo.

Capítulo III. Muy decidido

La infatigable señora Sparsit, aquejada de un violento catarro, con la voz reducida a un susurro y su augusto talle tan sacudido por continuos estornudos que parecía en peligro de desmembrarse, dio caza a su patrón hasta encontrarlo en la metrópoli; y allí, irrumpiendo majestuosamente sobre él en su hotel de St. James's Street, hizo estallar los explosivos de que iba cargada, y voló por los aires. Habiendo cumplido su misión con infinito deleite, esta magnánima dama se desmayó acto seguido sobre el cuello del abrigo del señor Bounderby.

El primer proceder del señor Bounderby fue sacudirse de encima a la señora Sparsit y dejarla progresar como pudiera por las diversas fases del sufrimiento en el suelo. A continuación recurrió a la administración de potentes reconstituyentes, tales como retorcerle los pulgares a la paciente, golpearle las manos, rociarle abundantemente el rostro con agua e introducirle sal en la boca. Cuando estas atenciones la hubieron reanimado (cosa que lograron con rapidez), la metió sin más contemplaciones en un tren rápido, sin ofrecerle ningún otro refrigerio, y la llevó de vuelta a Coketown más muerta que viva.

Considerada como ruina clásica, la señora Sparsit era un espectáculo interesante a su llegada al final del viaje; pero considerada bajo cualquier otra luz, la cantidad de daños que para entonces había sufrido era excesiva y menoscababa sus pretensiones de admiración. Absolutamente indiferente al deterioro de su ropa y de su constitución, e inflexible ante sus patéticos estornudos, el

señor Bounderby la embutió sin demora en un coche de alquiler y la condujo a Stone Lodge.

—Vamos a ver, Tom Gradgrind —dijo Bounderby, irrumpiendo en el cuarto de su suegro entrada ya la noche—; aquí tiene usted a una señora... la señora Sparsit..., ya conoce usted a la señora Sparsit..., que tiene algo que decirle que le va a dejar mudo.

—¡No ha recibido usted mi carta! —exclamó el señor Gradgrind, sorprendido por la aparición.

—¡Que no he recibido su carta, señor! —bramó Bounderby—. El momento presente no es momento para cartas. Nadie va a hablarle a Josiah Bounderby de Coketown de cartas, con el ánimo que tiene ahora mismo.

—Bounderby —dijo el señor Gradgrind, en tono de mesurada protesta—, me refiero a una carta muy especial que le he escrito, a propósito de Louisa.

—Tom Gradgrind —replicó Bounderby, golpeando varias veces la mesa con la palma de la mano y gran vehemencia—, yo me refiero a un mensajero muy especial que ha venido a verme, a propósito de Louisa. ¡Señora Sparsit, adelántese usted!

Aquella desdichada dama, al intentar ofrecer su testimonio sin voz alguna y con dolorosos gestos expresivos de una garganta inflamada, se volvió tan exasperante y sufrió tantas contorsiones faciales que el señor Bounderby, incapaz de soportarlo, la agarró del brazo y la zarandeó.

—Si usted no consigue sacarlo, señora —dijo Bounderby—, déjeme a *mí* sacarlo. No es este momento para que una dama, por muy encopetadas que sean sus relaciones, resulte del todo inaudible y parezca estar tragando canicas. Tom Gradgrind, la señora Sparsit se encontró últimamente, por casualidad, en situación de escuchar al aire libre una conversación entre su hija y ese precioso amigo caballero suyo, el señor James Harthouse.

—¿De veras? —dijo el señor Gradgrind.

—¡Ah! ¡De veras! —exclamó Bounderby—. Y en esa conversación...

—No hace falta repetir su tenor, Bounderby. Sé lo que ocurrió.

—¿Ah, sí? Entonces tal vez —dijo Bounderby, clavando la mirada con todas sus fuerzas en su suegro, tan tranquilo y conciliador— sepa usted dónde está su hija en este momento.

—Sin duda alguna. Está aquí.

—¿Aquí?

—Mi querido Bounderby, permítame rogarle que contenga esos estallidos ruidosos, por todos los conceptos. Louisa está aquí. En cuanto pudo desprenderse de aquella entrevista con la persona de quien usted habla, y a quien lamento profundamente haber sido yo el medio de presentarle, Louisa vino aquí a toda prisa, en busca de protección. Yo mismo no llevaba muchas horas en casa cuando la recibí..., aquí, en esta misma habitación. Vino en tren hasta la ciudad, corrió desde la ciudad hasta esta casa, a través de una tormenta furiosa, y se presentó ante mí en un estado de extravío. Naturalmente, ha permanecido aquí desde entonces. Permítame suplicarle que, por el bien de usted mismo y por el de ella, se muestre más sosegado.

El señor Bounderby paseó la mirada en silencio a su alrededor durante unos instantes, en todas direcciones excepto en la de la señora Sparsit; y luego, volviéndose bruscamente hacia la sobrina de lady Scadgers, dijo a aquella desdichada mujer:

—¡Ahora bien, señora! Tendremos mucho gusto en escuchar cualquier pequeña disculpa que le parezca oportuno ofrecer por andar recorriendo el país a toda velocidad, sin más equipaje que un cuento chino, ¡señora!

—Señor —susurró la señora Sparsit—, mis nervios están en este momento demasiado sacudidos, y mi salud demasiado quebrantada, al servicio de usted, para permitirme hacer otra cosa que refugiarme en las lágrimas. (Lo cual hizo.)

—Bien, señora —dijo Bounderby—, sin hacerle a usted ninguna observación que no pueda hacerse con propiedad a una mujer de buena familia, lo que tengo que añadir a eso es que hay otra cosa en la que me parece que también puede usted refugiarse, a saber, un coche. Y como el coche en que hemos venido está a la puerta, permítame usted acompañarla hasta él y facturarla de vuelta al banco, donde lo mejor que puede usted hacer es meter los pies en el agua más caliente que pueda soportar y tomarse, ya en la cama, un vaso de ron hirviendo con mantequilla. —Dicho esto, el señor Bounderby tendió la mano derecha a la llorosa dama y la acompañó hasta el vehículo en cuestión, dejando escapar por el camino muchos estornudos lastimeros. Pronto regresó solo.

—Bueno, ya que en su cara se le veía, Tom Gradgrind, que quería usted hablarme —prosiguió—, aquí me tiene. Pero le digo con franqueza que no me encuentro en un estado muy agradable: no me gusta este asunto, tal como está, y no considero que en ningún momento haya sido tratado por su hija con la sumisión y el respeto con que Josiah Bounderby de Coketown debería ser tratado por su esposa. Usted tendrá su opinión, no lo dudo; y yo tengo la mía, ya lo sé. Si tiene usted intención de decirme esta noche algo que vaya en contra de esta franca observación, más le vale callárselo.

Como se observará, el señor Gradgrind estaba muy ablandado, y el señor Bounderby se esmeraba especialmente en endurecerse por todos los flancos. Tal era su naturaleza amable.

—Mi querido Bounderby —empezó a responder el señor Gradgrind.

—Ahora bien, usted me disculpará —dijo Bounderby—, pero no quiero ser demasiado «querido». Eso, para empezar. Cuando empiezo a ser querido para un hombre, suelo comprobar que su intención es engañarme. No le estoy hablando con cortesía; pero, como usted bien sabe, yo *no* soy cortés. Si le gusta a usted la cortesía, ya sabe dónde conseguirla. Tiene usted a sus amigos caballeros, ya lo sabe, y ellos le servirán todo el artículo que quiera. Yo no lo tengo en existencia.

—Bounderby —instó el señor Gradgrind—, todos estamos expuestos a cometer errores...

—Yo creía que usted no podía cometerlos —interrumpió Bounderby.

—Quizá yo lo creyera también. Pero digo que todos estamos expuestos a cometer errores, y le agradecería mucho, y valoraría su delicadeza, si me evitara usted estas alusiones a Harthouse. Yo no lo asociaré en nuestra conversación con la intimidad y el aliento que usted le ha prestado; le ruego que no persista en relacionarlo con los míos.

—¡Yo nunca he mencionado su nombre! —dijo Bounderby.

—¡Bien, bien! —replicó el señor Gradgrind, con aire paciente, casi sumiso. Y se quedó un rato pensando—. Bounderby, tengo motivos para dudar de si alguna vez hemos entendido del todo a Louisa.

—¿A quién se refiere usted con ese «hemos»?

—Diré «yo», entonces —replicó, en respuesta a la pregunta soltada tan bruscamente—; dudo de si he entendido a Louisa. Dudo de si he acertado del todo en el modo de su educación.

—Ahí ha dado usted en el clavo —replicó Bounderby—. En eso estoy de acuerdo con usted. ¿Lo ha descubierto por fin? ¡Educación! Yo le voy a decir lo que es la educación: que le echen a uno de casa a patadas, sin contemplaciones, y le pongan a la ración más corta de todo, menos de golpes. Eso es lo que *yo* llamo educación.

—Creo que su buen sentido percibirá —protestó el señor Gradgrind con toda humildad— que, sean cuales sean los méritos de semejante sistema, sería difícil de aplicar con carácter general a las niñas.

—Yo no le veo la dificultad, señor —replicó el obstinado Bounderby.

—Bueno —suspiró el señor Gradgrind—, no entraremos en esa cuestión. Le aseguro que no tengo ningún deseo de discutir. Trato de

reparar lo que está mal, si me es posible; y espero que me ayude usted de buen grado, Bounderby, porque he sufrido mucho.

—Todavía no le entiendo —dijo Bounderby, con tozudez decidida —, y por tanto no voy a hacer ninguna promesa.

—En el curso de unas pocas horas, mi querido Bounderby — prosiguió el señor Gradgrind, con el mismo aire abatido y conciliador —, me parece haberme informado mejor sobre el carácter de Louisa que en años anteriores. La revelación me ha sido impuesta dolorosamente, y el descubrimiento no es mío. Creo que hay... Bounderby, le sorprenderá oírme decir esto..., creo que hay en Louisa cualidades que... que han sido duramente descuidadas, y... y un poco pervertidas. Y... y le sugeriría a usted que... que si tuviera usted la bondad de secundarme en un esfuerzo oportuno por dejarla, durante algún tiempo, entregada a su mejor naturaleza..., y por alentar que esta se desarrolle mediante la ternura y la consideración..., sería... sería mejor para la felicidad de todos nosotros. Louisa —dijo el señor Gradgrind, cubriéndose el rostro con la mano—, ha sido siempre mi hija predilecta.

El fanfarrón Bounderby se puso tan colorado y se hinchó de tal manera al oír estas palabras que parecía estar, y probablemente estaba, al borde de un ataque. Con las mismísimas orejas de un morado brillante veteado de carmesí, contuvo sin embargo su indignación y dijo:

—¿Le gustaría a usted tenerla aquí una temporada?

—Yo..., yo tenía intención de recomendarle, mi querido Bounderby, que permitiera usted a Louisa quedarse aquí de visita, atendida por Sissy (me refiero, claro está, a Cecilia Jupe), que la comprende y en quien ella confía.

—Deduzco de todo esto, Tom Gradgrind —dijo Bounderby, poniéndose en pie con las manos en los bolsillos—, que es usted de la opinión de que existe eso que la gente llama cierta incompatibilidad entre Loo Bounderby y yo.

—Me temo que en este momento existe una incompatibilidad general entre Louisa y... y... y casi todas las relaciones en que yo la he colocado —fue la afligida respuesta de su padre.

—Ahora, escúcheme bien, Tom Gradgrind —dijo el enrojecido Bounderby, encarándose con él con las piernas bien abiertas, las manos hundidas aún más en los bolsillos y el pelo como un henar por el que soplaba bulliciosa su cólera ventosa—. Usted ha dicho lo suyo; ahora voy a decir lo mío. Yo soy un hombre de Coketown. Soy Josiah Bounderby de Coketown. Conozco los ladrillos de esta ciudad, y conozco las fábricas de esta ciudad, y conozco las chimeneas de esta ciudad, y conozco el humo de esta ciudad, y conozco los brazos de esta ciudad. Los conozco a todos bastante bien. Son reales. Cuando un hombre me habla de cualidades imaginativas, siempre le digo a ese hombre, sea quien sea, que ya sé lo que quiere decir. Quiere decir sopa de tortuga y venado, con cuchara de oro, y que quiere que le pongan un carruaje de seis caballos. Eso es lo que quiere su hija. Puesto que es usted de la opinión de que debería tener lo que quiere, le recomiendo que se lo proporcione usted. Porque, Tom Gradgrind, de mí no lo tendrá nunca.

—Bounderby —dijo el señor Gradgrind—, esperaba que, después de mi súplica, adoptara usted un tono distinto.

—Espere usted un momento —replicó Bounderby—; ya ha dicho usted lo suyo, según creo. Le he escuchado hasta el final; escúcheme usted a mí hasta el final, si tiene la bondad. No se convierta en un espectáculo de injusticia además de inconsecuencia, porque, aunque lamento ver a Tom Gradgrind reducido a su situación presente, lamentaría doblemente verlo caer tan bajo como eso. Ahora bien, según me da usted a entender, existe una incompatibilidad de un tipo u otro entre su hija y yo. Yo le voy a dar a entender a *usted*, en respuesta a eso, que existe sin duda alguna una incompatibilidad de primera magnitud, que se resume en esto: que su hija no conoce como es debido los méritos de su marido, y no está impresionada con el sentido que debería, ¡por San Jorge!, del honor que supone esta alianza. Eso es hablar claro, espero.

—Bounderby —instó el señor Gradgrind—, esto es irrazonable.

—¿Ah, sí? —dijo Bounderby—. Me alegra oírle decir eso. Porque cuando Tom Gradgrind, con sus nuevas luces, me dice que lo que digo es irrazonable, me convenzo al instante de que debe de ser endiabladamente sensato. Con su permiso, voy a continuar. Usted conoce mi origen; y sabe que durante muchos años de mi vida no necesité calzador, por la sencilla razón de que no tenía zapato. Y sin embargo, puede usted creerlo o no, como le parezca oportuno, que hay damas..., damas de nacimiento..., pertenecientes a familias..., ¡Familias!..., que casi adoran el suelo que piso.

Disparó esto como un cohete, directo a la cabeza de su suegro.

—Mientras que su hija —prosiguió Bounderby— está lejos de ser una dama de nacimiento. Eso lo sabe usted de sobra. No es que a mí me importe un pito de vela semejantes cosas, pues usted sabe muy bien que no; pero es el hecho, y usted, Tom Gradgrind, no puede cambiarlo. ¿Por qué digo esto?

—Me temo que no —observó el señor Gradgrind, en voz baja—, para ahorrármelo.

—Escúcheme hasta el final —dijo Bounderby—, y absténgase de interrumpir hasta que le llegue el turno. Digo esto porque señoras de altas relaciones se han quedado asombradas al ver el modo en que se ha conducido su hija, y al presenciar su insensibilidad. Se han preguntado cómo lo he soportado. Y ahora me lo pregunto yo mismo, y no pienso soportarlo.

—Bounderby —replicó el señor Gradgrind, poniéndose en pie—, cuanto menos digamos esta noche, mejor, creo yo.

—Al contrario, Tom Gradgrind, cuanto más digamos esta noche, mejor, creo yo. Es decir —la reflexión lo detuvo—, hasta que yo haya dicho todo lo que me propongo decir, y entonces no me importa lo pronto que paremos. Voy a una pregunta que puede acortar el asunto. ¿Qué quiere usted decir con la propuesta que acaba de hacer?

—¿Qué quiero decir, Bounderby?

—Con su propuesta de visita —dijo Bounderby, con una sacudida inflexible del henar.

—Quiero decir que espero que pueda usted avenirse a disponer, de manera amistosa, que Louisa tenga aquí un período de reposo y reflexión, que pueda propiciar una alteración gradual a mejor en muchos aspectos.

—¿A un ablandamiento de sus ideas sobre la incompatibilidad? —dijo Bounderby.

—Si lo plantea usted en esos términos.

—¿Qué le ha hecho pensar en esto? —dijo Bounderby.

—Ya he dicho que me temo que Louisa no ha sido comprendida. ¿Es pedir demasiado, Bounderby, que usted, con tantos años más que ella, ayude a intentar encauzarla? Ha aceptado usted un gran encargo con ella; para lo bueno y para lo malo, para...

Puede que al señor Bounderby le molestara oír repetidas sus propias palabras a Stephen Blackpool, pero cortó la cita en seco con un sobresalto de cólera.

—¡Vamos! —dijo—. No quiero que me hablen de eso. Sé para qué la tomé, tan bien como usted. No se preocupe usted por para qué la tomé; eso es cosa mía.

—Simplemente iba a observar, Bounderby, que todos podemos estar más o menos equivocados, sin exceptuarlo a usted; y que alguna concesión por su parte, recordando la confianza que ha aceptado, podría ser no solo un acto de verdadera bondad, sino quizá una deuda contraída con Louisa.

—Yo pienso de otro modo —bramó Bounderby—. Voy a concluir este asunto conforme a mis propias opiniones. Ahora bien, no quiero convertirlo en una riña con usted, Tom Gradgrind. Para serle sincero, no creo que fuera digno de mi reputación reñir por semejante motivo. En cuanto a su amigo caballero, que se marche adonde

mejor le plazca. Si se cruza en mi camino, le diré lo que pienso; si no se cruza en mi camino, no se lo diré, porque no valdrá la pena. En cuanto a su hija, a quien yo convertí en Loo Bounderby, y a quien quizá le hubiera ido mejor dejándola como Loo Gradgrind, si no vuelve mañana a casa antes de las doce del mediodía, entenderé que prefiere quedarse fuera, y le enviaré aquí su ropa y demás enseres, y usted se hará cargo de ella en lo sucesivo. Lo que diré a la gente en general, sobre la incompatibilidad que me ha llevado a sentar así la ley, será esto: yo soy Josiah Bounderby, y tuve la crianza que tuve; ella es la hija de Tom Gradgrind, y tuvo la crianza que tuvo; y los dos caballos no tiraban juntos. Se me conoce bastante bien, creo, como un hombre más bien fuera de lo corriente; y la mayoría de la gente entenderá enseguida que también tendría que ser una mujer bastante fuera de lo corriente la que, a la larga, estuviera a mi altura.

—Permítame suplicarle seriamente que reconsidere esto, Bounderby —instó el señor Gradgrind—, antes de comprometerse con semejante decisión.

—Yo siempre llego a una decisión —dijo Bounderby, encasquetándose el sombrero—, y todo lo que hago, lo hago en el acto. Me sorprendería que Tom Gradgrind dirigiera semejante observación a Josiah Bounderby de Coketown, sabiendo lo que sabe de él, si es que algo que hiciera Tom Gradgrind pudiera sorprenderme ya, después de haberse hecho cómplice de semejante camelo sentimental. Le he dado a usted mi decisión, y no tengo nada más que decir. ¡Buenas noches!

Así que el señor Bounderby se fue a su casa de la ciudad, a la cama. A las doce y cinco del día siguiente, ordenó que las propiedades de la señora Bounderby se empaquetaran con cuidado y se enviaran a casa de Tom Gradgrind; anunció su retiro campestre en venta por contrato privado; y reanudó una vida de soltero.

Capítulo IV. Perdido

El robo del banco no había decaído antes, y ahora tampoco dejaba de ocupar un lugar preeminente en la atención del principal de aquel establecimiento. Como prueba jactanciosa de su prontitud y actividad, en tanto que hombre notable, hombre hecho a sí mismo y prodigio comercial más admirable que Venus —que había surgido del barro en lugar del mar—, le gustaba demostrar lo poco que sus asuntos domésticos mermaban su ardor en los negocios. En consecuencia, en las primeras semanas de su recobrada soltería, llegó incluso a superar su habitual despliegue de agitación, y cada día armaba tal alboroto renovando sus investigaciones sobre el robo, que los agentes que llevaban el caso casi deseaban que nunca se hubiera cometido.

También ellos andaban desorientados, sin rastro. Aunque habían guardado tanto silencio desde el primer estallido del asunto que la mayoría de la gente en verdad suponía que se había abandonado por desesperado, no ocurría nada nuevo. Ningún hombre ni mujer implicado cobró un valor inoportuno, ni dio un paso que lo delatara. Más notable aún, no se sabía nada de Stephen Blackpool, y la misteriosa anciana seguía siendo un misterio.

Habiendo llegado las cosas a este punto, y sin mostrar señal latente alguna de moverse más allá de él, el resultado de las investigaciones del señor Bounderby fue que resolvió arriesgarse a un golpe audaz. Redactó un cartel, ofreciendo veinte libras de recompensa por la captura de Stephen Blackpool, sospechoso de complicidad en el robo del banco de Coketown la noche de autos;

describió al citado Stephen Blackpool por su vestimenta, tez, estatura aproximada y modales, con toda la minuciosidad que pudo; relató cómo había abandonado la ciudad, y en qué dirección se le había visto ir por última vez; lo hizo imprimir todo en grandes letras negras sobre un pliego llamativo; e hizo que se fijara en las paredes a altas horas de la noche, de manera que golpeara la vista de toda la población de un solo golpe.

Aquella mañana las campanas de la fábrica tuvieron que repicar con toda su fuerza para dispersar a los grupos de obreros que, bajo el alba tardía, se apiñaban en torno a los carteles, devorándolos con ojos ávidos. No eran los menos ávidos de aquellos ojos reunidos los de quienes no sabían leer. Estas personas, mientras escuchaban la voz amistosa que leía en voz alta —siempre había alguna dispuesta a ayudarles—, miraban fijamente los caracteres que tanto significaban con un vago temor reverente y respeto que habría resultado casi ridículo, si algún aspecto de la ignorancia pública pudiera ser alguna vez otra cosa que amenazador y cargado de maldad. Muchos oídos y ojos siguieron ocupados durante horas después con una visión del contenido de aquellos carteles, entre husos que giraban, telares que traqueteaban y ruedas que zumbaban; y cuando los brazos volvieron a salir a las calles, había todavía tantos lectores como antes.

Slackbridge, el delegado, tenía también que dirigirse a su auditorio aquella noche; y Slackbridge había conseguido del impresor un pliego limpio, y lo llevaba en el bolsillo. ¡Oh, amigos míos y compatriotas, obreros pisoteados de Coketown, oh, hermanos míos y compañeros de trabajo y conciudadanos y semejantes míos, qué alboroto se armó cuando Slackbridge desplegó lo que llamaba «ese documento condenatorio», y lo alzó a la vista, y a la execración de la comunidad obrera! «¡Oh, semejantes míos, contemplad de qué es capaz, como corresponde, un traidor en el campamento de esos grandes espíritus inscritos en el sagrado pergamino de la Justicia y de la Unión! ¡Oh, amigos míos postrados, con el yugo hiriente de los tiranos sobre el cuello y el pie de hierro del despotismo pisoteando vuestras figuras caídas hasta el polvo de la tierra, sobre el cual bien

contentos estarían vuestros opresores de veros arrastraros de bruces todos los días de vuestra vida, como la serpiente en el jardín...; oh, hermanos míos, y no añadiré yo también, como hombre que soy, hermanas mías, ¿qué decís *ahora* de Stephen Blackpool, de hombros ligeramente encorvados y una estatura de unos cinco pies y siete pulgadas, tal como se expone en este documento degradante y repugnante, este pliego infausto, este cartel pernicioso, este anuncio abominable; y con qué majestad de denuncia aplastaréis a la víbora que traería esta mancha y esta vergüenza sobre la raza semejante a los dioses que felizmente lo ha expulsado para siempre! ¡Sí, compatriotas míos, felizmente lo ha expulsado y desterrado! Porque recordáis cómo estuvo aquí ante vosotros, en esta misma tribuna; recordáis cómo, cara a cara y pie contra pie, lo perseguí a través de todos sus intrincados recovecos; recordáis cómo se escabulló y se escurrió, y se escondió de lado, y se agarró a pajas partidas, hasta que, sin una pulgada de terreno a la que aferrarse, lo arrojé fuera de entre nosotros: un objeto para que el dedo imperecedero del desprecio lo señalara, y para que el fuego vengador de toda mente libre y pensante lo abrasara y lo marcara! Y ahora, amigos míos..., amigos míos trabajadores, pues me regocijo y triunfo en ese estigma..., amigos míos cuyos lechos, duros pero honrados, se hacen en el trabajo, y cuyas ollas, escasas pero independientes, hierven en la penuria; y ahora, digo, amigos míos, ¿qué apelativo se ha dado a sí mismo ese cobarde infame, cuando, arrancada la máscara de sus facciones, se yergue ante nosotros en toda su deformidad nativa, un... qué? ¡Un ladrón! ¡Un saqueador! ¡Un fugitivo proscrito, con precio puesto a su cabeza; una llaga y una herida sobre el noble carácter del obrero de Coketown! Por tanto, mi hermandad de hermanos en un vínculo sagrado, al que vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos aún no nacidos han puesto sus manitas infantiles y sus sellos, os propongo, en nombre del Tribunal Unido de Agremiados, siempre vigilante por vuestro bienestar, siempre celoso de vuestro beneficio, que esta asamblea Resuelva: Que Stephen Blackpool, tejedor, mencionado en este cartel, habiendo sido ya solemnemente repudiado por la comunidad de los brazos de Coketown, estos quedan libres de la vergüenza de sus

fechorías, y no pueden, como clase, ser reprochados por sus acciones deshonestas!»

Así habló Slackbridge, rechinando los dientes y sudando de un modo prodigioso. Unas pocas voces severas gritaron «¡No!», y una veintena aclamó, con gritos de asentimiento de «¡Bien dicho, bien dicho!», la advertencia de un hombre: «¡Slackbridge, te estás calentando demasiado; vas demasiado deprisa!». Pero estos eran pigmeos contra un ejército; la asamblea general se adhirió al evangelio según Slackbridge, y le dedicó tres vítores, mientras él permanecía sentado, jadeando ostentosamente hacia ellos.

Aquellos hombres y mujeres estaban todavía en las calles, dirigiéndose tranquilamente a sus casas, cuando Sissy, a quien habían hecho salir de junto a Louisa unos minutos antes, regresó.

—¿Quién es? —preguntó Louisa.

—Es el señor Bounderby —dijo Sissy, tímida ante aquel nombre—, y tu hermano, el señor Tom, y una joven que dice llamarse Rachael, y que tú la conoces.

—¿Qué quieren, Sissy querida?

—Quieren verte. Rachael ha estado llorando, y parece enfadada.

—Padre —dijo Louisa, pues él estaba presente—, no puedo negarme a recibirlos, por una razón que se explicará por sí misma. ¿Los hago pasar aquí?

Como él respondió afirmativamente, Sissy fue a buscarlos. Reapareció con ellos al instante. Tom iba el último, y se quedó de pie en la parte más oscura de la habitación, cerca de la puerta.

—Señora Bounderby —dijo su marido, entrando con una fría inclinación de cabeza—, no la molesto, espero. Es una hora intempestiva, pero aquí hay una joven que ha hecho declaraciones que hacen necesaria mi visita. Tom Gradgrind, como su hijo, el joven Tom, se niega por alguna obstinada razón u otra a decir nada en absoluto sobre esas declaraciones, buenas o malas; me veo obligado a confrontarla con su hija.

—Usted me ha visto una vez antes, señorita —dijo Rachael, plantándose delante de Louisa.

Tom tosió.

—Usted me ha visto, señorita —repitió Rachael, al no responder ella—, una vez antes.

Tom volvió a toser.

—Sí.

Rachael dirigió una mirada orgullosa hacia el señor Bounderby, y dijo: —¿Querrá usted decir, señorita, dónde fue, y quién estaba allí?

—Fui a la casa donde se alojaba Stephen Blackpool, la noche de su despido del trabajo, y la vi a usted allí. Él también estaba; y una anciana que no hablaba, y a la que apenas pude ver, estaba de pie en un rincón oscuro. Mi hermano estaba conmigo.

—¿Por qué no podías decir eso, jovencito Tom? —exigió Bounderby.

—Le prometí a mi hermana que no lo haría. —Cosa que Louisa confirmó apresuradamente—. Y además —dijo el cachorro con amargura—, ella cuenta su propia historia tan primorosamente bien..., y tan completa..., ¡que qué necesidad tenía yo de quitársela de la boca!

—Diga usted, señorita, si es tan amable —prosiguió Rachael—, por qué, en mala hora, fue usted aquella noche a casa de Stephen.

—Sentí compasión por él —dijo Louisa, con el color subiéndosele al rostro—, y deseaba saber qué iba a hacer, y deseaba ofrecerle ayuda.

—Gracias, señora —dijo Bounderby—. Muy halagado y agradecido.

—¿Le ofreció usted —preguntó Rachael— un billete de banco?

—Sí; pero él lo rechazó, y solo quiso aceptar dos libras en oro.

Rachael volvió a dirigir la mirada hacia el señor Bounderby.

—¡Ah, desde luego! —dijo Bounderby—. Si me pregunta si su ridícula e improbable historia era cierta o no, me veo obligado a decir que queda confirmada.

—Señorita —dijo Rachael—, a Stephen Blackpool lo llaman ahora ladrón en letra de molde por toda esta ciudad, ¡y en qué otro sitio no! Esta noche ha habido una reunión donde han hablado de él de ese mismo modo vergonzoso. ¡Stephen! ¡El mozo más honrado, el más leal, el mejor de todos! —Le faltó la indignación, y se deshizo en sollozos.

—Lo siento mucho, muchísimo —dijo Louisa.

—Ay, señorita, señorita —replicó Rachael—, espero que lo sienta, pero no lo sé. No puedo decir lo que pueda usted haber hecho. Los de su clase no nos conocen, no se preocupan por nosotros, no son de los nuestros. No estoy segura de por qué vino usted aquella noche. No sé si no vendría usted con algún propósito propio, sin importarle qué disgusto le traería a un pobre mozo como él. Entonces dije: Dios la bendiga por venir; y lo dije de corazón, tan compasiva parecía usted con él; pero ahora no lo sé, ¡no lo sé!

Louisa no pudo reprocharle sus injustas sospechas; era tan fiel a la idea que tenía de aquel hombre, y estaba tan afligida.

—Y cuando pienso —dijo Rachael entre sollozos— que el pobre mozo estaba tan agradecido, creyéndola a usted tan buena con él..., cuando recuerdo que se llevó la mano a la cara, curtida de tanto trabajar, para ocultar las lágrimas que usted le hizo asomar..., ay, espero que lo sienta usted, y que no tenga mal motivo para sentirlo; pero no lo sé, ¡no lo sé!

—Buena pieza está usted hecha —gruñó el cachorro, moviéndose incómodo en su rincón oscuro—, ¡para venir aquí con esas preciosas acusaciones! Debería usted ser echada de aquí por no saber comportarse, y por derecho lo sería.

Ella no respondió nada; y su llanto contenido fue el único sonido que se oyó, hasta que habló el señor Bounderby.

—¡Vamos! —dijo él—. Ya sabe usted lo que se ha comprometido a hacer. Más le vale poner su atención en eso, y no en esto.

—A fe mía que me pesa —replicó Rachael, secándose los ojos— que nadie aquí me vea así; pero no volverán a verme de este modo. Señorita, cuando leí lo que han puesto en letra de molde sobre Stephen —y que tiene tanta verdad como si lo hubieran puesto sobre usted—, fui derecha al banco a decir que sabía dónde estaba Stephen, y a dar promesa segura y cierta de que estaría aquí dentro de dos días. No pude encontrarme entonces con el señor Bounderby, y su hermano me despidió, e intenté buscarla a usted, pero no la encontré, y volví al trabajo. En cuanto salí esta noche de la fábrica, corrí a oír lo que se decía de Stephen —¡porque sé con orgullo que él volverá para avergonzar a quien lo dijo!—, y luego fui de nuevo a buscar al señor Bounderby, y lo encontré, y le conté cada palabra que sabía; y él no creyó ni una palabra de lo que dije, y me trajo aquí.

—Hasta ahí, es bastante cierto —asintió el señor Bounderby, con las manos en los bolsillos y el sombrero puesto—. Pero he conocido a gente como usted antes de hoy, ya lo sabrá usted, y sé que nunca se mueren por falta de hablar. Ahora bien, le recomiendo que no piense tanto en hablar ahora mismo, como en hacer. Se ha comprometido usted a hacer algo; todo lo que observo por ahora al respecto es: ¡hágalo!

—Le he escrito a Stephen por el correo que salió esta tarde, igual que le escribí una vez antes desde que se fue —dijo Rachael—; y él estará aquí, a más tardar, dentro de dos días.

—Entonces le voy a decir algo. Quizá no sepa usted —replicó el señor Bounderby— que a usted misma se la ha vigilado de vez en cuando, pues no se la considera del todo libre de sospecha en este asunto, ya que a la mayoría de la gente se la juzga por la compañía que frecuenta. Tampoco se ha olvidado la oficina de correos. Lo que le voy a decir es que jamás ha entrado en ella carta alguna dirigida a Stephen Blackpool. Así que qué habrá sido de la suya, se lo dejo a

usted que lo adivine. Quizá esté usted equivocada, y no haya escrito ninguna.

—No llevaba fuera de aquí ni una semana, señorita —dijo Rachael, volviéndose hacia Louisa con expresión suplicante—, cuando me mandó la única carta que he tenido de él, diciendo que se veía obligado a buscar trabajo con otro nombre.

—¡Vaya, por San Jorge! —exclamó Bounderby, meneando la cabeza, con un silbido—. ¡Conque cambia de nombre! Eso también es más bien poco afortunado, para un individuo tan inmaculado. Se considera un poco sospechoso en los tribunales de justicia, creo yo, que un inocente tenga la casualidad de usar muchos nombres.

—¿Qué —dijo Rachael, con las lágrimas de nuevo en los ojos—, qué, señorita, en el nombre de la Misericordia, le quedaba al pobre mozo por hacer? Los patronos en contra por un lado, los obreros en contra por el otro, y él solo queriendo trabajar duro en paz, y hacer lo que sentía que era justo. ¿Es que un hombre no puede tener alma propia, ni criterio propio? ¿Ha de estar siempre equivocado con este bando, o ha de estar siempre equivocado con aquel otro, o si no ser cazado como una liebre?

—De veras, de veras, lo compadezco de todo corazón —replicó Louisa—; y espero que se limpie de toda culpa.

—No tiene usted por qué temer eso, señorita. ¡Es seguro que lo hará!

—Tanto más seguro, supongo —dijo el señor Bounderby—, por negarse usted a decir dónde está. ¿Eh?

—No volverá, por ningún acto mío, con el inmerecido reproche de haber sido traído a la fuerza. Volverá por su propia voluntad para limpiarse, y avergonzar a todos los que han dañado su buen nombre, sin que él estuviera aquí para defenderlo. Le he escrito lo que se ha hecho en su contra —dijo Rachael, sacudiéndose toda desconfianza como una roca sacude el mar—, y estará aquí, a más tardar, dentro de dos días.

—No obstante lo cual —añadió el señor Bounderby—, si se le puede echar mano antes, tendrá una oportunidad más temprana de limpiarse. En cuanto a usted, no tengo nada en su contra; lo que vino usted a contarme resulta ser cierto, y le he dado a usted los medios de probar que es cierto, y ahí acaba la cosa. ¡Les deseo buenas noches a todos! Debo irme a indagar un poco más en esto.

Tom salió de su rincón cuando el señor Bounderby se movió, se movió con él, se mantuvo pegado a él, y se marchó con él. El único saludo de despedida que se permitió fue un hosco «¡Buenas noches, padre!». Con esta breve frase, y una mirada torva a su hermana, salió de la casa.

Desde que su ancla de socorro había vuelto a casa, el señor Gradgrind había sido parco en palabras. Seguía sentado en silencio cuando Louisa dijo con dulzura:

—Rachael, no desconfiará usted de mí un día, cuando me conozca mejor.

—Va contra mi natural —respondió Rachael, con más dulzura— desconfiar de nadie; pero cuando a mí se me desconfía tanto..., cuando se desconfía de todos nosotros..., no puedo mantener del todo esas cosas fuera de mi cabeza. Le pido perdón por haberle hecho un agravio. Ya no pienso lo que dije. Pero podría volver a pensarlo, con el pobre mozo tan agraviado.

—¿Le dijiste en tu carta —preguntó Sissy— que la sospecha parecía haber recaído sobre él, porque lo habían visto rondando el banco de noche? Así sabría qué tendría que explicar al volver, y estaría preparado.

—Sí, querida —respondió ella—; pero no logro imaginar qué pudo llevarlo alguna vez allí. Nunca solía ir por allí. No le quedaba de camino. Su camino era el mismo que el mío, y no pasaba cerca.

Sissy ya se había acercado a su lado a preguntarle dónde vivía, y si podía ir a verla la noche siguiente, para preguntar si había noticias de él.

—Dudo —dijo Rachael— que pueda estar aquí antes de pasado mañana.

—Entonces iré también la noche siguiente —dijo Sissy.

Cuando Rachael, tras asentir a esto, se hubo marchado, el señor Gradgrind alzó la cabeza y dijo a su hija:

—Louisa, querida mía, que yo sepa, nunca he visto a ese hombre. ¿Crees que está implicado?

—Creo que lo he creído, padre, aunque con gran dificultad. Ahora no lo creo.

—Es decir, en algún momento te convenciste de creerlo, por saber que se sospechaba de él. Su aspecto y sus modales, ¿son tan honestos?

—Muy honestos.

—¡Y la confianza de ella no se deja quebrantar! Me pregunto —dijo el señor Gradgrind, meditabundo— si el verdadero culpable sabrá de estas acusaciones. ¿Dónde está? ¿Quién es?

Su cabello había empezado últimamente a cambiar de color. Mientras volvía a apoyarse en la mano, con aspecto gris y envejecido, Louisa, con el rostro lleno de temor y compasión, se acercó a él apresuradamente y se sentó muy cerca de su lado. Sus ojos se cruzaron por casualidad con los de Sissy en aquel instante. Sissy se ruborizó y se sobresaltó, y Louisa se llevó el dedo a los labios.

A la noche siguiente, cuando Sissy volvió a casa y le dijo a Louisa que Stephen no había llegado, se lo dijo en un susurro. A la otra noche, cuando volvió con el mismo relato, y añadió que no se sabía nada de él, habló en el mismo tono bajo y asustado. Desde el momento de aquel cruce de miradas, nunca más pronunciaron su nombre, ni referencia alguna a él, en voz alta; ni volvieron jamás sobre el asunto del robo, cuando el señor Gradgrind hablaba de ello.

Se agotaron los dos días señalados, se agotaron tres días y tres noches, y Stephen Blackpool no llegaba, y seguía sin saberse nada de él. Al cuarto día, Rachael, con la confianza intacta, pero pensando que su aviso se había extraviado, subió al banco y mostró la carta que había recibido de él con su dirección, en una colonia obrera, una entre muchas, apartada de la carretera principal, a sesenta millas de distancia. Se enviaron mensajeros a aquel lugar, y toda la ciudad esperaba que trajeran a Stephen al día siguiente.

Durante todo este tiempo el cachorro se movía junto al señor Bounderby como su sombra, ayudando en todas las gestiones. Estaba enormemente excitado, horriblemente febril, se mordía las uñas hasta la carne viva, hablaba con una voz dura y áspera, y con los labios negros y resecos. A la hora en que se esperaba al sospechoso, el cachorro estaba en la estación, ofreciéndose a apostar a que se había escapado antes de la llegada de quienes habían ido en su busca, y que no aparecería.

El cachorro tenía razón. Los mensajeros regresaron solos. La carta de Rachael había llegado, la carta de Rachael había sido entregada. Stephen Blackpool había huido en esa misma hora; y ya ningún alma sabía más de él. La única duda que había en Coketown era si Rachael había escrito de buena fe, creyendo que él de verdad volvería, o para avisarle de que huyera. En este punto, las opiniones estaban divididas.

Seis días, siete días, muy dentro ya de otra semana. El desdichado cachorro se armó de un valor macabro, y empezó a volverse desafiante. «¿*Era* el sospechoso el ladrón? ¡Menuda pregunta! Si no lo era, ¿dónde estaba el hombre, y por qué no volvía?»

¿Dónde estaba el hombre, y por qué no volvía? En plena noche, en vez de eso, regresaban los ecos de sus propias palabras, que sabe Dios hasta dónde habían rodado durante el día, y se quedaban con él hasta la mañana.

Capítulo V. Encontrado

Otra vez de día y de noche, otra vez de día y de noche. Ni rastro de Stephen Blackpool. ¿Dónde estaba aquel hombre, y por qué no volvía?

Todas las noches, Sissy iba al alojamiento de Rachael y se sentaba con ella en su pequeño y pulcro cuarto. Durante el día, Rachael se afanaba como tenía que afanarse gente como ella, fueran cuales fuesen sus congojas. A las serpientes de humo les era indiferente quién se perdía o se encontraba, quién resultaba malo o bueno; los elefantes locos de melancolía, como los muchachos de los Hechos, no cedían un ápice en su rutina fija, pasara lo que pasase. Otra vez de día y de noche, otra vez de día y de noche. La monotonía no se rompía. Hasta la desaparición de Stephen Blackpool iba cayendo en el cauce general, y se iba volviendo un prodigio tan monótono como cualquier pieza de maquinaria de Coketown.

—Dudo —dijo Rachael— que queden ni veinte personas en todo este lugar que todavía confíen en el pobre y querido muchacho.

Se lo dijo a Sissy, sentadas en su alojamiento, alumbrado tan solo por el farol de la esquina. Sissy había llegado allí cuando ya era de noche, a esperar que volviese del trabajo; y desde entonces habían permanecido sentadas junto a la ventana, donde Rachael la había encontrado, sin desear luz más viva que alumbrase su triste conversación.

—Si no hubiese sido por la misericordia de que te tuviera a ti para hablar —prosiguió Rachael—, hay veces en que pienso que no habría

conservado la cabeza en su sitio. Pero tú me das esperanza y fuerza; ¿y tú crees que, aunque las apariencias se vuelvan contra él, quedará demostrada su inocencia?

—Sí que lo creo —respondió Sissy—, con toda el alma. Estoy tan segura, Rachael, de que la confianza que tú mantienes contra todo desaliento no puede estar equivocada, que dudo de él tan poco como si lo hubiera conocido tantos años de pruebas como tú.

—Y yo, querida —dijo Rachael, con un temblor en la voz—, lo he conocido a través de todas ellas, y sé que, a su manera callada, ha sido tan fiel a todo lo honrado y lo bueno, que si nunca más se supiera de él, y yo llegase a vivir cien años, podría decir con mi último aliento: Dios sabe lo que hay en mi corazón. ¡Jamás he dejado de confiar en Stephen Blackpool!

—Todos, en Stone Lodge, creemos, Rachael, que quedará libre de sospecha, tarde o temprano.

—Cuanto mejor sé que allí se cree así, querida —dijo Rachael—, y cuanto más bondad me parece que vengas desde allí, adrede, a consolarme y a hacerme compañía, y a dejarte ver conmigo cuando yo misma aún no estoy libre de toda sospecha, más me pesa haber pronunciado alguna vez aquellas palabras de desconfianza a la señorita. Y sin embargo yo…

—¿Ya no desconfías de ella, Rachael?

—Ahora que nos has acercado más, no. Pero no siempre consigo apartar de mi cabeza…

Su voz fue hundiéndose en un coloquio consigo misma, tan bajo y tan lento, que Sissy, sentada a su lado, tuvo que escuchar con toda atención.

—No siempre consigo apartar de mi cabeza las sospechas de que hay alguien de por medio. No sé imaginar quién, no sé imaginar cómo ni por qué podría hacerse, pero sospecho que alguien ha apartado a Stephen de en medio. Sospecho que, si él volviera por su propia voluntad y se mostrara inocente delante de todos, alguien

quedaría confundido; y que ese alguien, para impedirlo, lo ha detenido y lo ha apartado de en medio.

—Es un pensamiento terrible —dijo Sissy, palideciendo.

—*Es* un pensamiento terrible pensar que puedan haberlo asesinado.

Sissy se estremeció, y palideció todavía más.

—Cuando se me mete en la cabeza, querida —dijo Rachael—, y a veces se me mete, aunque hago todo lo posible por apartarla, contando números altos mientras trabajo y repitiendo una y otra vez versos que sabía de niña, me entra tal arrebato, tan ardiente prisa, que, por cansada que esté, me dan ganas de andar deprisa, millas y millas. Tengo que vencer esto antes de acostarme. Te acompañaré a casa.

—Podría haber caído enfermo en el viaje de vuelta —dijo Sissy, ofreciendo débilmente un jirón gastado de esperanza—; y en tal caso, hay muchos sitios en el camino donde podría haberse detenido.

—Pero no está en ninguno de ellos. Se le ha buscado en todos, y no está.

—Es verdad —admitió Sissy, a su pesar.

—El camino lo haría en dos días andando. Y si le dolían los pies y no podía andar, en la carta que recibió le mandé dinero para el coche, no fuera a ser que él no tuviera de sobra.

—Esperemos que mañana traiga algo mejor, Rachael. ¡Ven a que te dé el aire!

Con mano suave le colocó el chal sobre el cabello negro y brillante, del modo en que Rachael solía llevarlo, y salieron. Como la noche era buena, aquí y allá se rezagaban pequeños grupos de brazos en las esquinas; pero, como era la hora de cenar para la mayoría, había poca gente por las calles.

—Ya no tienes tanta prisa, Rachael, y tu mano está más fresca.

—Mejoro, querida, con solo poder andar y respirar un poco de aire fresco. Las veces que no puedo, me quedo débil y confusa.

—Pero no debes empezar a flaquear, Rachael, porque puede que te necesiten en cualquier momento para estar al lado de Stephen. Mañana es sábado. Si no llegan noticias mañana, salgamos a caminar por el campo el domingo por la mañana, para darte fuerzas para otra semana. ¿Vendrás?

—Sí, querida.

Para entonces estaban ya en la calle donde se alzaba la casa del señor Bounderby. El camino hacia el destino de Sissy las llevaba a pasar por delante de la puerta, y hacia allí se dirigían derechas. Acababa de llegar a Coketown cierto tren, que había puesto en movimiento un buen número de vehículos y sembrado un considerable bullicio por la ciudad. Varios coches traqueteaban delante y detrás de ellas cuando se acercaban a la casa del señor Bounderby, y uno de estos últimos se detuvo con tal viveza, en el momento mismo en que pasaban por delante de la casa, que se volvieron sin querer. La viva luz de gas sobre la escalinata del señor Bounderby les mostró a la señora Sparsit dentro del coche, en un éxtasis de agitación, forcejeando por abrir la portezuela; y la señora Sparsit, viéndolas en el mismo instante, las llamó a voces para que se detuvieran.

—¡Es una coincidencia! —exclamó la señora Sparsit en cuanto el cochero la liberó—. ¡Es una Providencia! ¡Salga usted, señora! —dijo luego la señora Sparsit a alguien de dentro—. ¡Salga usted, o la haremos sacar a rastras!

A esto, descendió nada menos que la misteriosa anciana. A quien la señora Sparsit agarró del cuello sin más dilación.

—¡Dejadla en paz todos! —gritó la señora Sparsit con gran energía —. Que nadie la toque. Es mía. ¡Entre usted, señora! —dijo luego la señora Sparsit, invirtiendo su orden anterior—. Entre usted, señora, o la haremos entrar a rastras.

El espectáculo de una matrona de porte clásico, agarrando a una anciana por el cuello y arrastrándola a una vivienda, habría sido, en cualquier circunstancia, tentación suficiente para todo verdadero rezagado inglés con la dicha de presenciarlo, como para abrirse paso a la fuerza hasta el interior de aquella vivienda y ver cómo acababa la cosa. Pero cuando el fenómeno se veía realzado por la notoriedad y el misterio que a esas alturas se asociaban en toda la ciudad con el robo del banco, habría atraído a los rezagados con una fuerza irresistible, aunque hubieran esperado que el techo se les viniera encima. Así pues, los testigos casuales presentes en el lugar, consistentes en los vecinos más entrometidos, hasta el número de unos veinticinco, se apretaron detrás de Sissy y Rachael, según estas se apretaban detrás de la señora Sparsit y su presa; y todo el cuerpo hizo una irrupción desordenada en el comedor del señor Bounderby, donde los de atrás no perdieron un instante en subirse a las sillas, para ganarles la posición a los de delante.

—¡Que bajen al señor Bounderby! —gritó la señora Sparsit—. Rachael, muchacha, ¿sabe usted quién es esta?

—Es la señora Pegler —dijo Rachael.

—¡Ya lo creo que lo es! —exclamó la señora Sparsit, exultante—. Que bajen al señor Bounderby. ¡Apártense todos! —En esto, la vieja señora Pegler, embozándose y esquivando las miradas, susurró unas palabras de súplica—. No me venga usted con eso —dijo la señora Sparsit en voz alta—. Se lo he dicho veinte veces por el camino: que no pienso dejarla hasta haberla entregado a él en persona.

En esto apareció el señor Bounderby, acompañado del señor Gradgrind y del cachorro, con quienes había estado conferenciando arriba. El señor Bounderby, al ver aquella concurrencia no invitada en su comedor, puso cara de más asombro que de hospitalidad.

—Vaya, ¿y ahora qué pasa? —dijo—. ¿Señora Sparsit?

—Señor —explicó aquella digna mujer—, confío en que sea mi buena fortuna presentarle a una persona que usted deseaba encontrar con tanto ahínco. Estimulada por mi deseo de aliviar su

ánimo, señor, y uniendo entre sí las imperfectas pistas sobre la comarca en que podía suponerse que residía esa persona, tal y como las proporcionó la muchacha Rachael, felizmente presente ahora para identificarla, he tenido la dicha de conseguirlo, y de traer conmigo a esa persona… no hace falta decir que muy a su pesar. No ha sido, señor, sin cierta molestia como he logrado esto; pero la molestia a su servicio es para mí un placer, y el hambre, la sed y el frío una verdadera satisfacción.

En este punto calló la señora Sparsit; porque el rostro del señor Bounderby exhibía una extraordinaria combinación de todos los colores y expresiones posibles de desconcierto, al descubrir ante su vista a la vieja señora Pegler.

—Vaya, ¿qué quiere usted decir con esto? —fue su pregunta, tan inesperada como acalorada—. Le pregunto, ¿qué quiere usted decir con esto, señora Sparsit?

—¡Señor! —exclamó la señora Sparsit, débilmente.

—¿Por qué no se ocupa usted de sus propios asuntos, señora? —bramó Bounderby—. ¿Cómo se atreve a ir metiendo su entrometida nariz en mis asuntos de familia?

Esta alusión a su rasgo favorito abrumó a la señora Sparsit. Se sentó tiesa en una silla, como si estuviera congelada; y, con la mirada fija en el señor Bounderby, se frotó despacio los mitones el uno contra el otro, como si estos también estuvieran congelados.

—¡Mi querido Josiah! —exclamó la señora Pegler, temblando—. ¡Mi niño adorado! Yo no tengo la culpa. No es culpa mía, Josiah. Se lo dije a esta señora una y otra vez, que sabía que estaba haciendo algo que no le iba a agradar a usted, pero ella se empeñó en hacerlo.

—¿Y por qué se dejó usted traer por ella? ¿No podía tirarle la cofia, o romperle un diente, o arañarla, o hacerle algo, lo que fuera? —preguntó Bounderby.

—¡Mi propio niño! Me amenazó con que, si me resistía, me traerían los alguaciles, y era mejor venir tranquila que armar semejante escándalo en una… —la señora Pegler paseó la mirada, tímida pero orgullosa, por las paredes— … en una casa tan bonita como esta. ¡De veras, de veras, no es culpa mía! ¡Mi querido, noble, gallardo muchacho! Siempre he vivido tranquila y en secreto, Josiah, querido mío. Nunca he roto la condición ni una vez. Nunca he dicho que era su madre. Le he admirado a usted desde lejos; y si alguna vez he venido a la ciudad, con largos intervalos, para echarle una ojeada orgullosa, lo he hecho a escondidas, amor mío, y me he vuelto a marchar.

El señor Bounderby, con las manos en los bolsillos, iba y venía, impaciente y mortificado, a lo largo de la mesa del comedor, mientras los espectadores engullían con avidez cada sílaba del alegato de la señora Pegler, y a cada sílaba siguiente se les redondeaban más y más los ojos. Como el señor Bounderby seguía yendo y viniendo cuando la señora Pegler terminó, el señor Gradgrind se dirigió a aquella anciana calumniada:

—Me sorprende, señora —observó con severidad—, que a sus años tenga usted el descaro de reclamar al señor Bounderby por hijo, después del trato antinatural e inhumano que le dio.

—¡¿*Yo*, antinatural?! —exclamó la pobre anciana señora Pegler—. ¡¿*Yo*, inhumana?! ¿Con mi querido niño?

—¡Querido! —repitió el señor Gradgrind—. Sí; querido en su prosperidad labrada por sí mismo, señora, no lo dudo. Pero no tan querido cuando lo abandonó usted en la infancia y lo dejó a merced de la brutalidad de una abuela borracha.

—¡¿*Yo* abandonar a mi Josiah?! —exclamó la señora Pegler, juntando las manos—. Que Dios le perdone, señor, sus perversas imaginaciones, y el escándalo que levanta contra la memoria de mi pobre madre, que murió en mis brazos antes de que naciera Josiah. ¡Que se arrepienta usted de ello, señor, y viva para saberlo mejor!

Estaba tan sinceramente dolida, que el señor Gradgrind, sobrecogido por la posibilidad que empezaba a vislumbrar, dijo en tono más suave:

—¿Niega usted, entonces, señora, haber dejado a su hijo para que se criara en la cuneta?

—¡Josiah, en la cuneta! —exclamó la señora Pegler—. ¡Nada de eso, señor! ¡Jamás! ¡Qué vergüenza la de usted! Mi querido hijo sabe, y le hará saber a usted, que, aunque venga de padres humildes, viene de unos padres que lo quisieron tanto como los mejores hubieran podido, y que jamás tuvieron por sacrificio privarse de algo para que él escribiera y contara con letra hermosa, ¡y tengo sus cuadernos en casa para demostrarlo! ¡Vaya que los tengo! —dijo la señora Pegler, con orgullo indignado—. Y mi querido hijo sabe, y le hará saber a usted, señor, que, después de que muriera su querido padre, cuando él tenía ocho años, su madre también supo privarse de algo, porque era su deber y su gusto y su orgullo hacerlo, para ayudarlo a abrirse camino en la vida y ponerlo de aprendiz. Y un muchacho constante que fue, y un amo bondadoso el que tuvo para echarle una mano, y bien que se abrió su propio camino hasta ser rico y próspero. Y *yo* le haré saber a usted, señor —pues esto mi querido hijo no lo hará—, que, aunque su madre no tenía más que una tiendecita de pueblo, él nunca la olvidó, sino que me pasó una pensión de treinta libras al año… más de lo que necesito, porque de ahí voy apartando algo… con la única condición de que yo me quedara en mi sitio, sin alardear de él, y sin molestarlo. Y jamás lo he hecho, salvo mirarlo una vez al año, sin que él lo haya sabido nunca. Y está bien —dijo la pobre y anciana señora Pegler, en cariñosa defensa—, que yo *deba* quedarme en mi sitio, y no tengo duda de que, si estuviera aquí, haría muchas cosas impropias, y estoy bien contenta, y puedo guardarme para mí sola el orgullo que siento por mi Josiah, y puedo amar por el simple amor de amar. Y me da vergüenza usted, señor —dijo la señora Pegler, por último—, por sus calumnias y sus sospechas. Y jamás he estado aquí antes, ni jamás he querido estar aquí cuando mi querido hijo decía que no. Y no estaría aquí ahora, si no fuera porque me han traído a

la fuerza. Y qué vergüenza la de usted, ay, qué vergüenza, acusarme de ser mala madre para mi hijo, ¡estando aquí mi propio hijo para decirle a usted que no es así en absoluto!

Los presentes, subidos o no a las sillas del comedor, alzaron un murmullo de simpatía hacia la señora Pegler, y el señor Gradgrind se sintió, inocentemente, colocado en un aprieto de lo más penoso, cuando el señor Bounderby, que no había dejado de ir y venir en ningún momento, y que a cada instante se hinchaba más y se ponía más colorado, se detuvo en seco.

—No sé exactamente —dijo el señor Bounderby— cómo he venido a tener el honor de la asistencia de la presente concurrencia, pero no lo pregunto. Cuando estén del todo satisfechos, quizá tengan la bondad de dispersarse; estén o no satisfechos, quizá tengan la bondad de dispersarse. No estoy obligado a dar una conferencia sobre mis asuntos de familia, no me he comprometido a darla, y no la voy a dar. Así que quienes esperen alguna explicación, sea la que sea, sobre esa parte del asunto, se llevarán un chasco… en particular Tom Gradgrind, y cuanto antes lo sepa, mejor. Respecto al robo del banco, se ha cometido un error en cuanto a mi madre. Si no hubiera habido tanto entrometimiento no se habría cometido, y yo detesto el entrometimiento en todo momento, lo mire como lo mire. ¡Buenas noches!

Aunque el señor Bounderby lo resolvió en estos términos, sosteniendo la puerta abierta para que se marchara la concurrencia, había en él una fanfarronería avergonzada, a un tiempo sumamente alicaída y sumamente absurda. Descubierto como el fanfarrón de la humildad que era, el que había edificado su reputación de viento sobre mentiras, y que en su jactancia había apartado de sí la honesta verdad tanto como si hubiera hecho la pretensión mezquina (no hay ninguna más mezquina) de emparentarse con un linaje, ofrecía la figura más ridícula. Con la gente desfilando por la puerta que él sostenía, gente que él sabía que llevaría lo ocurrido a la ciudad entera, para esparcirlo a los cuatro vientos, no podría haber tenido aspecto de fanfarrón más trasquilado y desamparado si le

hubieran cortado las orejas. Ni siquiera aquella desdichada mujer, la señora Sparsit, caída desde su cumbre de exultación hasta el Cenagal del Desaliento, se hallaba en tan mal trance como aquel hombre singular y farsante hecho a sí mismo, Josiah Bounderby de Coketown.

Rachael y Sissy, dejando que la señora Pegler ocupara esa noche una cama en casa de su hijo, caminaron juntas hasta la verja de Stone Lodge, y allí se separaron. El señor Gradgrind se les unió antes de que hubieran andado mucho trecho, y habló con gran interés de Stephen Blackpool, para quien pensaba que aquel fracaso tan señalado de las sospechas contra la señora Pegler probablemente sería beneficioso.

En cuanto al cachorro, a lo largo de toda esta escena, como en todas las demás ocasiones recientes, se había mantenido pegado a Bounderby. Parecía sentir que, mientras Bounderby no pudiera hacer ningún descubrimiento sin que él lo supiera, estaba a salvo, al menos por ahora. Nunca visitaba a su hermana, y no la había visto más que una vez desde que ella volvió a casa: es decir, la noche en que él seguía pegado a Bounderby, tal como ya se contó.

Había un temor tenue e informe que rondaba la mente de su hermana, al que ella nunca dio voz, y que envolvía al desalmado e ingrato muchacho en un misterio espantoso. La misma sombría posibilidad se le había presentado, en el mismo disfraz sin forma, ese mismo día a Sissy, cuando Rachael habló de alguien a quien confundiría el regreso de Stephen, y que por eso lo había apartado de en medio. Louisa nunca había hablado de albergar sospecha alguna contra su hermano en relación con el robo; ella y Sissy no se habían confiado nada sobre el asunto, salvo en aquel único cruce de miradas cuando el padre, sin darse cuenta, apoyó la cabeza cana en la mano; pero entre ellas se sobreentendía, y las dos lo sabían. Este otro temor era tan atroz, que rondaba a cada una como una sombra fantasmal; sin que ninguna se atreviera a pensar que estuviera cerca de sí misma, y mucho menos a pensar que estuviera cerca de la otra.

Y aun así, el ánimo forzado que el cachorro se había armado seguía sosteniéndolo. Si Stephen Blackpool no era el ladrón, que se presentara. ¿Por qué no lo hacía?

Otra noche. Otro día y otra noche. Ni rastro de Stephen Blackpool. ¿Dónde estaba aquel hombre, y por qué no volvía?

Capítulo VI. La luz de las estrellas

Aquel domingo fue un domingo luminoso de otoño, claro y fresco, en el que Sissy y Rachael se encontraron temprano por la mañana para pasear por el campo.

Como Coketown arrojaba ceniza no solo sobre su propia cabeza, sino también sobre la de sus alrededores —a la manera de esas personas piadosas que hacen penitencia por sus propios pecados vistiendo de sayal a los demás—, era costumbre entre quienes de cuando en cuando sentían sed de un trago de aire puro, que no es, ni mucho menos, la más perversa de las vanidades de la vida, alejarse unas millas en ferrocarril y comenzar allí su paseo, o su descanso ocioso por los campos. Sissy y Rachael se libraron del humo por los medios habituales, y las dejaron en una estación situada más o menos a medio camino entre la ciudad y el retiro del señor Bounderby.

Aunque el verde paisaje aparecía aquí y allá manchado de montones de carbón, en otras partes seguía siendo verde, y había árboles que ver, y había alondras cantando (aunque fuese domingo), y había aromas agradables en el aire, y todo ello se cobijaba bajo un cielo de un azul luminoso. A lo lejos, en una dirección, Coketown se mostraba como una bruma negra; en otra lejanía empezaban a alzarse las colinas; en una tercera, había un tenue cambio en la luz del horizonte, allí donde esta brillaba sobre el mar distante. Bajo sus pies, la hierba estaba fresca; hermosas sombras de ramas parpadeaban sobre ella y la moteaban; los setos eran frondosos; todo estaba en paz. Las máquinas a la boca de los pozos, y los

viejos caballos escuálidos que habían desgastado en el suelo el círculo de su labor diaria, estaban igualmente quietos; las ruedas habían dejado de girar por un breve espacio, y la gran rueda de la tierra parecía dar vueltas sin los sobresaltos ni los ruidos de otro tiempo.

Siguieron caminando por los campos y bajando por senderos umbríos, sorteando a veces algún fragmento de valla tan podrido que se venía abajo al menor roce del pie, pasando otras veces cerca de un montón de ladrillos y vigas cubierto de hierba, que señalaba el emplazamiento de unas obras abandonadas. Seguían los senderos y las trochas, por tenues que fuesen. Evitaban siempre los montículos donde la hierba crecía alta y lozana, y donde zarzas, romazas y vegetación semejante se amontonaban en confusión, pues en aquella comarca se contaban historias siniestras de viejos pozos ocultos bajo tales señales.

El sol estaba alto cuando se sentaron a descansar. Hacía largo rato que no habían visto a nadie, ni cerca ni lejos, y la soledad seguía sin quebrarse. —Está todo tan tranquilo aquí, Rachael, y el camino tan poco hollado, que creo que debemos de ser las primeras que han pasado por aquí en todo el verano.

Mientras Sissy decía esto, sus ojos se fijaron en otro de aquellos fragmentos podridos de valla tirados por el suelo. Se levantó para mirarlo. —Y sin embargo, no sé. Esto no lleva roto mucho tiempo. La madera está bastante fresca por donde cedió. Y aquí hay pisadas también... ¡Ay, Rachael!

Corrió hacia atrás y se abrazó a su cuello. Rachael ya se había puesto en pie sobresaltada.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Hay un sombrero tirado en la hierba. Avanzaron juntas. Rachael lo recogió, temblando de pies a cabeza. Rompió en un arrebato de llanto y lamentos: en el interior estaba escrito, de su propia mano, «Stephen Blackpool».

—¡Ay, el pobre muchacho, el pobre muchacho! Le han hecho algo. ¡Está aquí tendido, asesinado!

—¿Hay... tiene el sombrero sangre? —balbució Sissy.

Tenían miedo de mirar; pero lo examinaron, y no encontraron señal de violencia alguna, ni por dentro ni por fuera. Llevaba allí tirado algunos días, pues la lluvia y el rocío lo habían manchado, y la huella de su forma quedaba marcada en la hierba donde había caído. Miraron a su alrededor con espanto, sin moverse, pero no vieron nada más. —Rachael —susurró Sissy—, voy a seguir un poco yo sola.

Había soltado la mano y estaba a punto de dar un paso adelante cuando Rachael la sujetó con ambos brazos, lanzando un grito que resonó por todo el vasto paisaje. Ante ellas, a sus mismos pies, estaba el borde de una sima negra y desgarrada, oculta por la espesa hierba. Retrocedieron de un salto y cayeron de rodillas, ocultando cada una el rostro en el cuello de la otra.

—¡Ay, Dios mío! ¡Está ahí abajo! ¡Ahí abajo! Al principio, esto y sus gritos terribles fueron todo lo que se pudo sacar de Rachael, por más lágrimas, por más ruegos, por más razones que se emplearan. Era imposible acallarla, y era imprescindible, cuestión de vida o muerte, sujetarla, pues de lo contrario se habría arrojado al pozo.

—¡Rachael, querida Rachael, buena Rachael, por el amor del cielo, no des esos gritos espantosos! ¡Piensa en Stephen, piensa en Stephen, piensa en Stephen!

Repitiendo con vehemencia este ruego, vertido con toda la angustia de aquel momento, Sissy consiguió por fin que se quedara callada y que la mirara con un rostro de piedra, sin lágrimas.

—Rachael, puede que Stephen esté vivo. No lo dejarías tendido, malherido, en el fondo de este lugar espantoso ni un solo instante, si pudieras traerle ayuda, ¿verdad?

—¡No, no, no!

—¡No te muevas de aquí, por él! Déjame ir a escuchar.

Se estremeció al acercarse al pozo; pero se arrastró hacia él a gatas y lo llamó a voces, tan fuerte como pudo. Escuchó, pero ningún sonido respondió. Volvió a llamar y a escuchar; seguía sin haber respuesta. Hizo esto veinte, treinta veces. Tomó un terrón de tierra del suelo removido por donde él había tropezado, y lo arrojó dentro. No lo oyó caer.

El vasto paisaje, tan hermoso en su quietud apenas unos minutos antes, estuvo a punto de sembrar la desesperación en su valeroso corazón, mientras se ponía en pie y miraba a su alrededor sin ver ayuda alguna. —Rachael, no debemos perder ni un instante. Tenemos que ir en direcciones distintas en busca de auxilio. Tú irás por donde hemos venido, y yo seguiré adelante por el sendero. Dile a cualquiera que veas, a todo el que veas, lo que ha ocurrido. ¡Piensa en Stephen, piensa en Stephen!

Supo, por el rostro de Rachael, que ahora podía confiar en ella. Y tras quedarse un instante mirando cómo se alejaba corriendo, retorciéndose las manos mientras corría, se volvió y emprendió su propia búsqueda; se detuvo en el seto para atar allí su chal, a modo de señal del lugar, después se quitó la toca y la arrojó a un lado, y echó a correr como nunca antes había corrido.

¡Corre, Sissy, corre, en el nombre del cielo! No te pares a tomar aliento. ¡Corre, corre! Apremiándose a sí misma con estos ruegos que llevaba en el pensamiento, corrió de campo en campo, de sendero en sendero, de lugar en lugar, como nunca antes había corrido; hasta que llegó a un cobertizo junto a una casa de máquinas, donde dos hombres yacían a la sombra, dormidos sobre la paja.

Primero despertarlos, y después contarles, tan desatinada y sin aliento como estaba, lo que la había llevado allí, no fueron cosas fáciles; pero en cuanto la comprendieron, sus ánimos se encendieron igual que los de ella. Uno de los hombres dormía la borrachera, pero cuando su compañero le gritó que un hombre había caído al Pozo del Viejo Infierno, corrió hasta un charco de agua sucia, metió la cabeza dentro y volvió sereno.

Con estos dos hombres corrió media milla más hasta otro, y con este hasta otro más, mientras ellos corrían en otras direcciones. Entonces encontraron un caballo, y consiguió que otro hombre cabalgara a todo galope, como si le fuera la vida en ello, hasta el ferrocarril, para enviar un mensaje a Louisa que ella misma escribió y le entregó. Para entonces todo el pueblo estaba en pie, y tornos, cuerdas, postes, velas, faroles, todo lo necesario, se iba reuniendo a toda prisa y llevando a un mismo punto, para trasladarlo después al Pozo del Viejo Infierno.

Le parecía ya que habían pasado horas y horas desde que dejara al hombre perdido tendido en la tumba donde había sido enterrado en vida. No pudo soportar quedarse lejos de allí ni un momento más —era como abandonarlo— y se apresuró a volver, acompañada por media docena de jornaleros, entre ellos el hombre borracho a quien la noticia había serenado, y que resultó ser el mejor de todos. Cuando llegaron al Pozo del Viejo Infierno, lo encontraron tan solitario como lo había dejado. Los hombres llamaron y escucharon como había hecho ella, examinaron el borde de la sima, dedujeron cómo había ocurrido todo, y luego se sentaron a esperar a que llegasen los utensilios que necesitaban.

Cada zumbido de insecto en el aire, cada movimiento de las hojas, cada susurro entre aquellos hombres hacía temblar a Sissy, pues creía que era un grito procedente del fondo del pozo. Pero el viento soplaba indolente sobre él, y ningún sonido subía a la superficie, y ellos permanecían sentados en la hierba, esperando y esperando. Al cabo de un rato de espera, empezaron a llegar, en pequeños grupos dispersos, personas que se habían enterado del accidente; después empezó a llegar la ayuda de verdad, los utensilios. En medio de todo esto regresó Rachael, y con su grupo venía un cirujano que traía vino y medicinas. Pero entre la gente la esperanza de que el hombre fuera hallado con vida era en verdad muy escasa.

Como ya había gente suficiente para entorpecer el trabajo, el hombre que se había serenado se puso al frente de los demás, o lo pusieron allí por consenso general, y trazó un amplio círculo

alrededor del Pozo del Viejo Infierno, y designó hombres para vigilarlo. Aparte de los voluntarios admitidos para trabajar, al principio solo se permitió la entrada dentro de ese círculo a Sissy y Rachael; pero más tarde, aquel mismo día, cuando el mensaje trajo un correo urgente desde Coketown, también estaban allí el señor Gradgrind y Louisa, y el señor Bounderby, y el cachorro.

El sol había descendido cuatro horas desde que Sissy y Rachael se habían sentado por primera vez en la hierba, antes de que quedara montado, con postes y cuerdas, un medio para que dos hombres pudieran bajar con seguridad. Habían surgido dificultades en la construcción de aquel artefacto, sencillo como era; habían faltado materiales necesarios, y hubo que enviar mensajes de ida y vuelta. Eran las cinco de la tarde de aquel luminoso domingo de otoño antes de que se bajara una vela para probar el aire, mientras tres o cuatro rostros curtidos se apiñaban unos junto a otros, observándola con atención: el hombre del torno la iba bajando según le indicaban. Volvieron a subir la vela, ardiendo débilmente, y entonces echaron dentro algo de agua. Después engancharon el cubo, y el hombre serenado y otro se metieron en él con luces, dando la orden: «¡Bajad!»

Mientras la cuerda se iba soltando, tensa y estirada, y el torno crujía, entre los uno o dos centenares de hombres y mujeres que miraban no hubo un solo aliento que llegara como solía llegar. Se dio la señal y el torno se detuvo, con cuerda de sobra por soltar. Al parecer transcurrió un intervalo tan largo con los hombres del torno parados sin hacer nada, que algunas mujeres gritaron que había ocurrido otro accidente. Pero el cirujano, que llevaba el reloj en la mano, declaró que aún no habían pasado cinco minutos, y les ordenó con severidad que guardasen silencio. Apenas había terminado de hablar cuando el torno se invirtió y se puso de nuevo en marcha. Ojos expertos supieron que no giraba tan pesadamente como lo haría si subieran los dos trabajadores, y que solo volvía uno.

La cuerda fue subiendo tensa y forzada, y vuelta tras vuelta se fue enrollando sobre el tambor del torno, y todos los ojos quedaron fijos

en el pozo. Subieron al hombre que se había serenado, y este saltó con presteza sobre la hierba. Se alzó un clamor unánime de «¿Vivo o muerto?», y luego un silencio hondo y profundo.

Cuando dijo «¡Vivo!», se alzó un gran clamor, y a muchos se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero está muy malherido —añadió, tan pronto como pudo hacerse oír de nuevo—. ¿Dónde está el médico? Está tan malherido, señor, que no sabemos cómo subirlo.

Todos se consultaron entre sí y miraron con ansiedad al cirujano, mientras este hacía algunas preguntas y meneaba la cabeza al oír las respuestas. El sol se estaba poniendo ya, y la luz roja del cielo vespertino tocaba todos los rostros allí presentes, y hacía que se los viera con claridad, absortos en su suspenso.

La consulta terminó con los hombres volviendo al torno, y el minero bajando de nuevo, llevando consigo el vino y algunas otras cosas pequeñas. Luego subió el otro hombre. Mientras tanto, siguiendo las indicaciones del cirujano, unos hombres trajeron una camilla, sobre la cual otros hicieron un lecho grueso de ropa de recambio cubierto de paja suelta, mientras él mismo improvisaba vendas y cabestrillos con chales y pañuelos. A medida que los iba haciendo, los colgaba del brazo del minero que había subido el último, con instrucciones de cómo usarlos: y así, de pie, iluminado por la luz que llevaba, apoyando su mano fuerte y suelta en uno de los postes, y mirando ya hacia el pozo, ya alrededor, a la gente, no era la figura menos destacada de aquella escena. Ya era de noche, y encendieron antorchas.

Por lo poco que este hombre dijo a quienes lo rodeaban, y que se repitió enseguida por todo el corro, se supo que el hombre perdido había caído sobre una masa de escombros desmoronados con la que el pozo estaba medio obstruido, y que su caída se había amortiguado además por unos terrones de tierra desiguales a un lado. Yacía de espaldas con un brazo doblado debajo de él, y según creía él mismo, apenas se había movido desde que cayó, salvo que

había llevado la mano libre hasta un bolsillo lateral, en el que recordaba tener algo de pan y carne (de lo cual había tragado unas migas), y con el que también había recogido a sorbos un poco de agua de cuando en cuando. Había venido derecho desde su trabajo, en cuanto le escribieron, y había hecho todo el camino a pie; e iba de camino a la casa de campo del señor Bounderby, ya anochecido, cuando cayó. Cruzaba aquel paraje peligroso a una hora tan peligrosa porque era inocente de lo que se le imputaba, y no podía descansar sin ir por el camino más corto a entregarse. El Pozo del Viejo Infierno, dijo el minero, echándole una maldición, había hecho honor hasta el final a su mala fama; pues, aunque Stephen podía hablar ahora, él creía que pronto se vería que le había destrozado la vida.

Cuando todo estuvo listo, este hombre, recibiendo aún las últimas instrucciones apresuradas de sus compañeros y del cirujano después de que el torno hubiera empezado a bajarlo, desapareció en el pozo. La cuerda salió como antes, se dio la señal como antes, y el torno se detuvo. Ahora nadie apartaba la mano de él. Todos esperaban con las manos firmes y el cuerpo inclinado hacia la tarea, listos para invertir el giro y recogerla. Por fin se dio la señal, y todo el corro se inclinó hacia delante.

Pues ahora la cuerda iba subiendo, tensa y forzada hasta el límite según parecía, y los hombres giraban con esfuerzo, y el torno se quejaba. Apenas se podía soportar mirar la cuerda y pensar que podía romperse. Pero, vuelta tras vuelta, se fue enrollando sin percance sobre el tambor del torno, y aparecieron las cadenas de enganche, y por fin el cubo con los dos hombres sujetos a los lados —una visión capaz de marear la cabeza y oprimir el corazón—, sosteniendo con delicadeza entre ambos, atada y suspendida en el interior, la figura de una pobre criatura humana, destrozada.

Un sordo murmullo de compasión recorrió a la multitud, y las mujeres rompieron a llorar en voz alta, mientras aquella forma, casi sin forma ya, era trasladada muy despacio desde su liberación de hierro y depositada sobre el lecho de paja. Al principio, solo el

cirujano se acercó a ella. Hizo lo que pudo por acomodarla en el lecho, pero lo mejor que pudo hacer fue cubrirla. Hecho esto con delicadeza, llamó junto a sí a Rachael y a Sissy. Y en aquel momento se vio el rostro pálido, desgastado, paciente, mirando hacia el cielo, con la mano derecha rota tendida al descubierto fuera de las ropas que lo cubrían, como esperando a que otra mano la tomase.

Le dieron de beber, le humedecieron el rostro con agua y le administraron unas gotas de cordial y de vino. Aunque yacía del todo inmóvil mirando hacia el cielo, sonrió y dijo: —Rachael. Ella se arrodilló en la hierba a su lado, y se inclinó sobre él hasta que sus ojos quedaron entre los de él y el cielo, pues él no podía siquiera volverlos para mirarla.

—Rachael, querida mía.

Ella le tomó la mano. Él volvió a sonreír y dijo: —No la sueltes.

—¿Sufres mucho, mi querido Stephen?

—Lo he estado, pero ya no. He estado... terrible, y penoso, y largo, querida... pero ya pasó. Ah, Rachael, ¡todo un embrollo! De principio a fin, un embrollo.

El espectro de su antiguo semblante pareció cruzar por su rostro al decir la palabra.

—He caído en el pozo, querida, que ha costado, dentro de lo que recuerdan los viejos que aún viven, cientos y cientos de vidas de hombres... padres, hijos, hermanos, queridos por miles y miles, y que los libraban de la necesidad y del hambre. He caído en un pozo que con el Grisú ha sido más cruel que una batalla. Lo he leído en la petición pública, que cualquiera puede leer, de los hombres que trabajan en los pozos, en la que han rogado y rogado a los legisladores, por el amor de Cristo, que no dejen que su trabajo sea un asesinato para ellos, sino que los conserven para las mujeres y los hijos que ellos quieren tanto como los señores quieren a los suyos. Cuando estaba en funcionamiento, mataba sin necesidad; cuando se le deja parado, mata sin necesidad. ¡Vean cómo morimos sin necesidad, de una manera u otra... en un embrollo... cada día!

Lo dijo débilmente, sin ninguna cólera contra nadie. Simplemente como la verdad.

—Tu hermana pequeña, Rachael, no la has olvidado. No es probable que la olvides ahora, estando yo tan cerca de ella. Tú sabes... pobre, paciente, sufrida, querida... cómo trabajaste por ella, sentada todo el día en su sillita junto a tu ventana, y cómo murió, joven y deforme, por culpa del aire malsano que no tenía por qué serlo, y por culpa de las casas miserables de la gente trabajadora. ¡Un embrollo! ¡Todo un embrollo!

Louisa se acercó a él; pero él no podía verla, tendido con el rostro vuelto hacia el cielo nocturno.

—Si todas las cosas que nos tocan, querida, no estuvieran tan embrolladas, no habría tenido necesidad de venir aquí. Si no estuviéramos en un embrollo entre nosotros mismos, no me habrían malentendido tanto mis propios compañeros tejedores y hermanos de trabajo. Si el señor Bounderby me hubiera conocido de verdad... si me hubiera conocido siquiera un poco... no se habría ofendido conmigo. No habría sospechado de mí. Pero mira allá arriba, Rachael. ¡Mira hacia arriba!

Siguiendo la dirección de sus ojos, vio que él contemplaba una estrella.

—Ha brillado sobre mí —dijo con reverencia—, en mi dolor y en mi apuro allá abajo. Ha brillado dentro de mi mente. La he estado mirando y he pensado en ti, Rachael, hasta que el embrollo de mi mente se ha ido aclarando, algo, espero. Si algunos han faltado en entenderme mejor, yo también he faltado en entenderlos mejor a ellos. Cuando recibí tu carta, creí fácilmente que lo que la señora me dijo e hizo, y lo que su hermano me dijo e hizo, era una misma cosa, y que había entre ellos un plan perverso. Cuando caí, estaba enfadado con ella, y me apresuraba a ser tan injusto con ella como otros lo fueron conmigo. Pero en nuestros juicios, igual que en nuestros actos, hemos de tener paciencia y ceder los unos a los otros. En mi dolor y mi apuro, mirando allá arriba... con ella brillando

sobre mí... he visto con más claridad, y he hecho de ello mi oración de muerte: que todo el mundo llegue tan solo a unirse más, y alcance un mejor entendimiento mutuo del que yo mismo, con mi propia y débil persona, alcancé mientras estuve en medio de todo ello.

Louisa, al oír lo que decía, se inclinó sobre él por el lado opuesto a Rachael, de modo que él pudiera verla.

—¿Usted ha oído? —dijo, tras unos instantes de silencio—. No la he olvidado, señora.

—Sí, Stephen, le he oído. Y su oración es la mía.

—Usted tiene padre. ¿Querrá usted llevarle un mensaje?

—Está aquí —dijo Louisa, con espanto—. ¿Se lo traigo?

—Si es tan amable.

Louisa volvió con su padre. De pie, cogidos de la mano, ambos miraron hacia abajo, hacia aquel semblante solemne.

—Señor, usted me limpiará el nombre y hará que quede bien ante todos los hombres. Esto se lo dejo a usted.

El señor Gradgrind, turbado, preguntó cómo.

—Señor —fue la respuesta—: su hijo le dirá cómo. Pregúntele a él. Yo no hago ninguna acusación: no dejo ninguna detrás de mí: ni una sola palabra. He visto y hablado con su hijo, una noche. No le pido más que esto: que me limpie el nombre... y confío en que usted lo hará.

Como los camilleros estaban ya listos para llevárselo, y el cirujano deseaba con ansiedad que lo trasladasen, los que llevaban antorchas o faroles se prepararon para ir delante de la camilla. Antes de que la levantaran, y mientras disponían cómo marchar, dijo a Rachael, mirando hacia arriba, a la estrella:

—Muchas veces, cuando volvía en mí y la encontraba brillando sobre mí allá abajo, en mi apuro, pensé que era la estrella que

guiaba a la casa de Nuestro Salvador. ¡Casi creo que es la misma estrella!

Lo levantaron, y se llenó de alegría al ver que iban a llevarlo en la dirección hacia la que le parecía que lo guiaba la estrella.

—¡Rachael, muchacha querida! No me sueltes la mano. ¡Podemos caminar juntos esta noche, querida!

—Te tendré la mano, y estaré a tu lado, Stephen, todo el camino.

—¡Bendita seas! ¿Tendría alguien la bondad de cubrirme el rostro?

Lo llevaron con mucha suavidad por los campos, y por los senderos, y a través del ancho paisaje; Rachael sosteniendo siempre su mano entre las suyas. Muy pocos susurros quebraron aquel silencio luctuoso. Pronto fue un cortejo fúnebre. La estrella le había mostrado dónde encontrar al Dios de los pobres; y a través de la humildad, y del dolor, y del perdón, había ido al descanso de su Redentor.

Capítulo VII. La caza del cachorro

Antes de que se deshiciera el corro formado en torno al Pozo del Viejo Infierno, una figura había desaparecido de su interior. El señor Bounderby y su sombra no se habían situado cerca de Louisa, que sostenía el brazo de su padre, sino apartados, a solas. Cuando llamaron al señor Gradgrind junto a la camilla, Sissy, atenta a todo lo que ocurría, se deslizó tras aquella sombra aviesa —un espectáculo, en el horror de su rostro, si hubiera habido allí ojos para ver otra cosa que una sola— y le susurró algo al oído. Sin volver la cabeza, él conferenció con ella unos instantes y desapareció. Así, el cachorro había salido del corro antes de que la gente se moviera.

Cuando el padre llegó a casa, envió un recado a la de Bounderby pidiendo que su hijo acudiera a verlo de inmediato. La respuesta fue que el señor Bounderby, al haberlo echado en falta entre la multitud y no haber sabido nada de él desde entonces, había supuesto que estaría en Stone Lodge.

—Creo, padre —dijo Louisa—, que esta noche no volverá a la ciudad. El señor Gradgrind se volvió y no dijo nada más.

Por la mañana, fue él mismo al banco en cuanto abrió y, al ver vacío el puesto de su hijo (al principio no tuvo valor ni para mirar), retrocedió por la calle para salir al encuentro del señor Bounderby, que se dirigía hacia allí. Le dijo que, por razones que pronto le explicaría, pero que le rogaba no le preguntara todavía, se había visto en la necesidad de emplear a su hijo lejos de allí por algún tiempo. Le dijo también que él mismo se había encargado del deber

de reivindicar la memoria de Stephen Blackpool y de señalar al ladrón. El señor Bounderby, del todo desconcertado, se quedó plantado en la calle después de que su suegro lo dejara, hinchándose como una inmensa pompa de jabón, aunque sin su belleza.

El señor Gradgrind se fue a casa, se encerró en su cuarto y no salió de él en todo el día. Cuando Sissy y Louisa llamaron a su puerta, dijo, sin abrirla: «Ahora no, hijas mías; por la tarde». Cuando volvieron por la tarde, dijo: «Todavía no puedo... mañana». No comió nada en todo el día, y no tuvo vela después de anochecer; y lo oyeron caminar de un lado a otro hasta bien entrada la noche.

Pero, a la mañana siguiente, se presentó a desayunar a la hora acostumbrada y ocupó su lugar de siempre en la mesa. Parecía envejecido y encorvado, del todo doblegado; y sin embargo parecía un hombre más sabio, y mejor, que en los días en que nada le faltaba en esta vida... salvo Hechos. Antes de salir del comedor, señaló una hora para que fueran a verlo; y así, con la cabeza cana caída, se marchó.

—Querido padre —dijo Louisa cuando acudieron a la cita—, aún le quedan a usted tres hijos pequeños. Ellos serán distintos; yo también seré distinta todavía, con la ayuda del Cielo.

Tendió la mano a Sissy, como dando a entender que también con su ayuda.

—Tu desdichado hermano —dijo el señor Gradgrind—. ¿Crees que ya tenía planeado este robo cuando fue contigo a aquel alojamiento?

—Me temo que sí, padre. Sé que necesitaba mucho el dinero, y que había gastado bastante.

—¿Y como aquel pobre hombre estaba a punto de marcharse de la ciudad, se le ocurrió a su perverso cerebro echarle a él la sospecha?

—Creo que debió de ocurrírsele de pronto mientras estaba allí sentado, padre. Porque fui yo quien le pedí que me acompañara. La

visita no fue idea suya.

—Tuvo cierta conversación con aquel pobre hombre. ¿Se lo llevó aparte?

—Se lo llevó fuera de la habitación. Yo le pregunté después por qué lo había hecho, y me dio una excusa verosímil; pero desde anoche, padre, y ahora que recuerdo las circunstancias a su luz, me temo que puedo imaginar con demasiada certeza lo que pasó entre ellos.

—Dime —dijo su padre— si tus pensamientos presentan a tu hermano culpable bajo la misma luz sombría que los míos.

—Me temo, padre —vaciló Louisa—, que debió de hacerle a Stephen Blackpool alguna proposición, quizá en mi nombre, quizá en el suyo propio, que lo indujo a hacer de buena fe y con honradez lo que nunca antes había hecho: rondar el banco aquellas dos o tres noches antes de dejar la ciudad.

—¡Demasiado claro! —repuso el padre—. ¡Demasiado claro!

Se cubrió el rostro con la mano y permaneció callado unos instantes. Recobrándose, dijo:

—Y ahora, ¿cómo se le va a encontrar? ¿Cómo se le va a salvar de la justicia? En las pocas horas que puedo permitirme dejar pasar antes de hacer pública la verdad, ¿cómo vamos a encontrarlo nosotros, y solo nosotros? Ni diez mil libras lo conseguirían.

—Sissy ya lo ha conseguido, padre.

Alzó los ojos hacia donde ella estaba, como un hada buena en su casa, y dijo con un tono de gratitud enternecida y bondad agradecida: «¡Siempre eres tú, hija mía!»

—Ya teníamos nuestros temores —explicó Sissy, mirando de reojo a Louisa—, desde antes de ayer; y cuando lo vi llevado anoche al lado de la camilla, y oí lo que se decía (pues estuve todo el tiempo cerca de Rachael), fui a buscarlo cuando nadie miraba y le dije: «No me mires. Mira dónde está tu padre. ¡Huye ahora mismo, por él y

por ti!». Ya estaba temblando antes de que se lo susurrara, y entonces se sobresaltó y tembló más aún, y dijo: «¿Adónde puedo ir? Tengo muy poco dinero, y no sé quién va a esconderme». Pensé en el viejo circo de mi padre. No he olvidado por dónde anda el señor Sleary en esta época del año, y hace solo unos días leí sobre él en un periódico. Le dije que corriera hacia allí, que dijera su nombre y le pidiera al señor Sleary que lo escondiera hasta que yo llegara. «Llegaré a verlo antes de que amanezca», dijo. Y lo vi escabullirse entre la gente.

—¡Gracias al Cielo! —exclamó su padre—. Todavía puede sacársele del país.

Había más esperanza aún porque la ciudad hacia la que Sissy lo había encaminado se hallaba a tres horas de viaje de Liverpool, desde donde podría ser enviado con rapidez a cualquier parte del mundo. Pero, siendo necesaria la cautela al comunicarse con él —pues crecía a cada momento el peligro de que ahora se sospechara de él, y nadie podía estar seguro en el fondo de que el propio señor Bounderby, en un arrebato fanfarrón de celo público, no fuese a hacer un papel a la romana—, se convino en que Sissy y Louisa se dirigieran al lugar en cuestión, por un camino indirecto, ellas solas; y que el desdichado padre, partiendo en dirección contraria, llegara al mismo destino por otra ruta más larga. Se acordó además que él no se presentara ante el señor Sleary, no fuera a desconfiarse de sus intenciones, o a que la noticia de su llegada hiciese a su hijo huir de nuevo; sino que fuesen Sissy y Louisa quienes iniciaran la comunicación, y que informasen al causante de tanta desdicha y deshonra de que su padre estaba cerca, y del propósito con que habían ido. Cuando estos arreglos hubieron sido bien considerados y quedaron del todo entendidos por los tres, llegó el momento de ponerlos en práctica. A primera hora de la tarde, el señor Gradgrind caminó directamente desde su propia casa hacia el campo, para tomar allí la línea por la que había de viajar; y por la noche las dos que quedaban emprendieron su camino distinto, alentadas por no ver ningún rostro conocido.

Las dos viajaron toda la noche, salvo cuando las dejaban, por números impares de minutos, en empalmes, en lo alto de interminables tramos de escalera o en el fondo de pozos —que era la única variedad que ofrecían tales empalmes—; y, de madrugada, las apearon en una ciénaga, a una milla o dos de la ciudad que buscaban. De aquel paraje lúgubre las rescató un viejo postillón de aspecto huraño, que dio la casualidad de que ya andaba levantado, dando patadas a un caballo enganchado a un simón: y así fueron introducidas de matute en la ciudad por todos los callejones traseros donde vivían los cerdos: lo cual, aunque no era un acceso magnífico ni siquiera oloroso, era, como suele ocurrir en tales casos, el camino legítimo.

Lo primero que vieron al entrar en la ciudad fue el esqueleto del circo de Sleary. La compañía había partido hacia otra ciudad a más de veinte millas de allí, donde había abierto la noche anterior. La comunicación entre ambos lugares era por un camino de peaje lleno de cuestas, y se viajaba por él muy despacio. Aunque no hicieron más que un desayuno apresurado, y no descansaron (cosa que, dada la ansiedad de las circunstancias, hubiera sido en vano buscar), era mediodía cuando empezaron a encontrar los carteles de la compañía ecuestre de Sleary en graneros y tapias, y la una cuando se detuvieron en la plaza del mercado.

Una Gran Función de Mañana de los Jinetes, que empezaba precisamente a aquella hora, estaba siendo anunciada por el pregonero en el momento en que ellas ponían los pies en las piedras de la calle. Sissy propuso que, para evitar preguntas y no llamar la atención en la ciudad, se presentaran a pagar en la puerta. Si era el señor Sleary quien cobraba, sin duda la reconocería, y actuaría con discreción. Y si no era él, sin duda las vería dentro; y, sabiendo lo que había hecho con el fugitivo, actuaría igualmente con discreción.

Así pues, se dirigieron, con el corazón agitado, a la conocida Carpa. Allí estaba la bandera con la inscripción LA COMPAÑÍA ECUESTRE DE SLEARY; y allí estaba el nicho gótico; pero el señor Sleary no estaba. El joven Kidderminster, ya demasiado curtido y

maduro para que la credulidad más desbocada lo tomara todavía por Cupido, había cedido a la fuerza invencible de las circunstancias (y de su barba) y, en calidad de hombre para todo, presidía en esta ocasión la taquilla —contando además con un tambor de reserva en el que gastar sus ratos de ocio y sus fuerzas sobrantes—. En la extremada agudeza con que vigilaba las monedas falsas, el señor Kidderminster, tal como estaban ahora las cosas, no veía otra cosa que dinero; así que Sissy pasó ante él sin ser reconocida, y entraron.

El Emperador del Japón, montado en un viejo caballo blanco y sosegado, con manchas negras marcadas a plantilla, hacía girar cinco palanganas a la vez, que es la recreación favorita de aquel monarca. Sissy, aunque bien versada en su linaje real, no conocía en persona al actual Emperador, y su reinado era pacífico. A continuación, un Payaso nuevo (que por chiste dijo «Número de las Coliflores») anunció el célebre y grácil Número Ecuestre Tirolés de las Flores de la señorita Josephine Sleary, y el señor Sleary apareció llevándola de la mano.

El señor Sleary apenas había dado un chasquido de su largo látigo al Payaso, y el Payaso apenas había dicho: «¡Como lo vuelva a hacer, le tiro el caballo encima!», cuando Sissy fue reconocida tanto por el padre como por la hija. Pero sacaron adelante el número con gran aplomo; y el señor Sleary, salvo en el primer instante, no puso más expresión en su ojo móvil que en el fijo. El espectáculo se les hizo un poco largo a Sissy y Louisa, sobre todo cuando se detuvo para darle al Payaso ocasión de contarle al señor Sleary (que a todas sus observaciones respondía «¡Ah, zí, zeñor!» con la mayor calma, y con el ojo puesto en el público) aquello de dos patas sentadas sobre tres patas mirando a una pata, cuando entraron cuatro patas y agarraron la pata, y se levantaron las dos patas, agarraron las tres patas y se las tiraron a las cuatro patas, que se escaparon con la pata. Pues, aunque era una ingeniosa Alegoría referida a un carnicero, un taburete de tres patas, un perro y una pata de cordero, aquel relato consumía tiempo; y ellas estaban en gran zozobra. Al fin, sin embargo, la pequeña Josephine, la rubia, hizo su reverencia entre grandes aplausos; y el Payaso, ya solo en la pista, apenas se había

calentado y dicho: «¡Ahora me toca a mí!», cuando tocaron a Sissy en el hombro y le hicieron señas para que saliera.

Ella se llevó a Louisa consigo; y el señor Sleary las recibió en un cuartito privado, con paredes de lona, suelo de hierba y un techo de madera todo inclinado, sobre el cual la compañía del palco pisoteaba su aprobación, como si fuera a atravesarlo. —Zezilia —dijo el señor Sleary, que tenía a mano coñac con agua—, me alegra verla. Ziempre fue uzted una de nueztraz favoritaz, y dezde loz viejoz tiempoz noz ha hecho uzted honor, eztoy zeguro. Tiene que ver a nueztra gente, querida, antez de que hablemoz de negocioz, o ze lez partirá el corazón, zobre todo a laz mujerez. Aquí Jozephine ze ha cazado con E. W. B. Childerz, y tiene un niño, y aunque zolo tiene trez añoz, ze zoztiene zobre cualquier poni que le pongan delante. Ze llama la Pequeña Maravilla de la Equitación Ezcoláztica; y zi no oye uzted hablar de eze niño en Aztley'z, oirá hablar de él en Paríz. ¿Y ze acuerda uzted de Kidderminzter, del que ze decía que eztaba baztante encariñado con uzted? Puez bien, también ze ha cazado. Ze cazó con una viuda. Baztante mayor para zer zu madre. Ella hacía de la cuerda floja, zí zeñor, y ahora ya no hace nada, por lo gorda que eztá. Tienen doz niñoz, azí que andamoz fuertez en el negocio de laz hadaz y en el truco de la guardería. Zi viera uzted nueztroz Niñoz en el Bozque, con el padre y la madre muriéndoze loz doz zobre un caballo, el tío recibiéndoloz como pupiloz zuyoz, zobre un caballo, elloz mizmoz yendo loz doz a coger moraz, zobre un caballo, y loz petirrojoz entrando a cubrirloz de hojaz, zobre un caballo, diría uzted que ez la coza máz completa que jamáz vio. ¿Y ze acuerda uzted de Emma Gordon, querida, que fue cazi una madre para uzted? Claro que zí, no hace falta que pregunte. ¡Puez bien! Emma perdió a zu marido. Le dio una mala caída de ezpaldaz dezde un elefante, en una ezpecie de pagoda, haciendo de zultán de laz Indiaz, y nunca ze recuperó; y ella ze cazó una zegunda vez, con un quezero que ze enamoró de ella dezde el patio de butacaz, y él ez capataz y eztá haciendo fortuna.

Todos estos diversos cambios se los relató el señor Sleary, ya bastante falto de aliento, con gran efusión y con una especie de

asombrosa inocencia, teniendo en cuenta el veterano legañoso y aguado de coñac que era. Después hizo entrar a Josephine, y a E. W. B. Childers (con las mandíbulas bastante más marcadas a la luz del día), y a la Pequeña Maravilla de la Equitación Escolástica, y, en una palabra, a toda la compañía. Eran criaturas asombrosas a los ojos de Louisa, de tez tan blanca y sonrosada, tan escasas de ropa y tan pródigas en piernas; pero era muy grato verlas apiñarse en torno a Sissy, y muy natural que Sissy no pudiera contener las lágrimas.

—¡Ea! Ahora que Zezilia ya ha bezado a todoz loz niñoz, y ha abrazado a todaz laz mujerez, y le ha eztrechado la mano a todoz loz hombrez, ¡fuera de aquí, cada uno de uztedez, y que toque la banda para la zegunda parte!

En cuanto se hubieron marchado, continuó en voz baja: —Ahora, Zezilia, no pretendo conocer ningún zecreto, pero zupongo que puedo conziderar que ézta ez la zeñorita del zeñor.

—Es su hermana. Sí.

—Y la hija del otro. Ezo ez lo que quería decir. Ezpero verla bien, zeñorita. ¿Y ezpero que el zeñor ezté bien?

—Mi padre llegará pronto —dijo Louisa, ansiosa por ir al grano—. ¿Está mi hermano a salvo?

—¡Zano y zalvo! —respondió—. Quiero que eche uzted un viztazo a la pizta, zeñorita, por aquí. Zezilia, uzted conoce loz trucoz; buzque uzted mizma un agujero por donde ezpiar.

Cada una de ellas miró por una rendija de las tablas.

—Ezo ez Juan el Matagigantez, pieza cómica infantil —dijo Sleary —. Ahí hay un decorado de utilería, ya ve, para que Juan ze ezconda dentro; ahí eztá mi Payazo con la tapa de un cazo y un ezpetón, haciendo de criado de Juan; ahí eztá el propio Juanito, con una ezplendida armadura; ahí hay doz criadoz cómicoz negroz, doz vecez máz grandez que el decorado, para eztar junto a él y traerlo y

llevárzelo; y el Gigante (uno muy caro, de mimbre), todavía no ha zalido. Bueno, ¿loz ve a todoz?

—Sí —dijeron ambas.

—Miren otra vez —dijo Sleary—, miren bien. ¿Loz ven a todoz? Muy bien. Ahora, zeñoritaz —les acercó un banco para que se sentaran—; yo tengo miz opinionez, y el zeñor, zu padre, tiene laz zuyaz. No quiero zaber en qué anduvo metido zu hermano; ez mejor que yo no lo zepa. Todo lo que digo ez que el zeñor ha reztado firme junto a Zezilia, y yo voy a reztar firme junto al zeñor. Zu hermano ez uno de ezoz criadoz negroz.

Louisa dejó escapar una exclamación, en parte de angustia, en parte de alivio.

—Ez un hecho —dijo Sleary—, y aunque lo zupieran, no podrían zeñalarlo con el dedo. Que venga el zeñor. Yo me quedaré con zu hermano aquí dezpuéz de la función. No lo voy a dezveztir, ni a quitarle la pintura. Que el zeñor venga aquí dezpuéz de la función, o venga uzted mizma dezpuéz de la función, y encontrará a zu hermano, y tendrá todo el zitio para hablar con él. No ze preocupe por zu azpecto, mientraz eztá bien ezcondido.

Louisa, con muchas gracias y con el corazón más aliviado, no entretuvo más al señor Sleary. Dejó dicho su cariño para su hermano, con los ojos llenos de lágrimas; y ella y Sissy se marcharon hasta más tarde por la tarde.

El señor Gradgrind llegó al cabo de una hora. Tampoco él se había cruzado con ningún conocido; y ahora tenía esperanzas fundadas de que, con la ayuda de Sleary, podría hacer llegar a su hijo deshonrado a Liverpool aquella misma noche. Como ninguno de los tres podía acompañarlo sin identificarlo casi con seguridad bajo cualquier disfraz, preparó una carta para un corresponsal de su confianza, rogándole que embarcara al portador cueste lo que cueste, rumbo a Norteamérica o Sudamérica, o a cualquier lugar remoto del mundo al que pudiera ser enviado con la mayor rapidez y discreción.

Hecho esto, se pusieron a caminar de un lado a otro, esperando a que el circo quedara del todo desalojado, no solo del público, sino también de la compañía y de los caballos. Tras observarlo largo rato, vieron al señor Sleary sacar una silla y sentarse junto a la puerta lateral, fumando, como si aquella fuera la señal de que podían acercarse.

—A zu zervicio, zeñor —fue su cauto saludo cuando ellos entraron —. Zi me nezezitan, aquí me encontrarán. No ze extrañe de que zu hijo lleve puezta una librea cómica.

Los tres entraron; y el señor Gradgrind se sentó, desolado, en la silla de actuación del Payaso, en mitad de la pista. En uno de los bancos del fondo, apartado en la luz mortecina y en la extrañeza de aquel lugar, estaba sentado el infame cachorro, hosco hasta el final, al que tenía la desdicha de llamar hijo suyo.

Con un levitón absurdo, como el de un alguacil de parroquia, con los puños y las solapas exagerados hasta un extremo indecible; con un chaleco descomunal, calzón corto, zapatos de hebilla y un sombrero de tres picos disparatado; sin que nada le sentara bien, y todo de tela basta, apolillada y llena de agujeros; con surcos en la cara ennegrecida, por donde el miedo y el calor habían abierto grietas en la mixtura grasienta con que la tenía embadurnada; algo tan lúgubre, tan detestable, tan ridículamente vergonzoso como el cachorro con su librea cómica, el señor Gradgrind nunca habría podido creerlo por ningún otro medio, aunque fuera un hecho pesable y medible. ¡Y a esto había venido a parar uno de sus hijos modelo!

Al principio el cachorro no quiso acercarse más, y se obstinó en quedarse allá arriba, solo. Cediendo por fin, si es que puede llamarse ceder a una concesión hecha con tanta hosquedad, a los ruegos de Sissy —pues a Louisa la había repudiado por completo—, bajó, banco por banco, hasta quedar en el serrín, en el borde del círculo, todo lo lejos que le permitían sus límites del sitio donde estaba sentado su padre.

—¿Cómo se hizo esto? —preguntó el padre.

—¿Cómo se hizo qué? —respondió el hijo, hosco.

—Este robo —dijo el padre, alzando la voz al pronunciar la palabra.

—Yo mismo forcé la caja fuerte durante la noche, y la dejé entornada antes de irme. Había mandado hacer la llave que encontraron mucho antes. La dejé caer aquella mañana, para que se supusiera que se había usado. No cogí el dinero de una vez. Fingía guardar mi saldo cada noche, pero no lo hacía. Ahora ya lo sabe usted todo.

—Si un rayo hubiera caído sobre mí —dijo el padre—, me habría conmocionado menos que esto.

—No veo por qué —refunfuñó el hijo—. Hay tanta gente empleada en puestos de confianza; y de tanta gente, siempre habrá alguna que sea deshonesta. Le he oído decir a usted, cien veces, que eso es una ley. ¿Cómo puedo evitar *yo* las leyes? Usted ha consolado a otros con esas mismas cosas, padre. ¡Consuélese usted mismo!

El padre se cubrió el rostro con las manos, y el hijo permaneció en su vergonzosa facha grotesca, mordisqueando una brizna de paja: sus manos, con el negro ya medio gastado por dentro, parecían las manos de un mono. La tarde caía deprisa; y de cuando en cuando volvía el blanco de los ojos hacia su padre, inquieto e impaciente. Eran las únicas partes de su rostro que mostraban algo de vida o expresión, de tan espeso como era el colorete que lo cubría.

—Hay que llevarte a Liverpool, y mandarte al extranjero.

—Supongo que sí. En ningún sitio podré ser más desdichado —gimoteó el cachorro— de lo que he sido aquí, desde que tengo memoria. Eso sí que es verdad.

El señor Gradgrind fue hasta la puerta, y volvió con Sleary, a quien planteó la cuestión: ¿cómo sacar de allí a aquel deplorable sujeto?

—Puez ya lo he eztado penzando, zeñor. No hay muzho tiempo que perder, azí que tiene uzted que decir zí o no. Hay máz de veinte millaz hazta el ferrocarril. Dentro de media hora zale una diligencia, que va *al* ferrocarril, a propózito para coger el tren correo. Eze tren lo llevará derecho a Liverpool.

—Pero mírelo usted —gimió el señor Gradgrind—. ¿Va a haber una diligencia que…?

—No pretendo que vaya con la librea cómica —dijo Sleary—. Diga uzted la palabra, y en cinco minutoz hago de él un paleto, zacándolo del guardarropa.

—No lo entiendo —dijo el señor Gradgrind.

—Un paleto..., un carretero. Decídaze uzted rápido, zeñor. Habrá que traer cerveza. Nunca he encontrado nada, zolo la cerveza, que limpie a un negro cómico.

El señor Gradgrind asintió rápidamente; el señor Sleary sacó rápidamente de un baúl un blusón, un sombrero de fieltro y lo demás necesario; el cachorro se cambió rápidamente de ropa tras un biombo de bayeta; el señor Sleary trajo rápidamente cerveza, y lo lavó hasta dejarlo blanco de nuevo.

—Bueno —dijo Sleary—, vamoz a la diligencia, y zuba de un zalto por detráz; yo iré con uzted hazta allí, y penzarán que ez uno de loz míoz. Diga adióz a zu familia, y rápido, que ez la palabra. —Y con esto se retiró con delicadeza.

—Aquí tienes tu carta —dijo el señor Gradgrind—. Se te proporcionarán todos los medios necesarios. Expía, con el arrepentimiento y una conducta mejor, la acción escandalosa que has cometido, y las terribles consecuencias a que ha dado lugar. Dame la mano, pobre hijo mío, ¡y que Dios te perdone como yo te perdono!

El culpable se conmovió hasta derramar unas pocas lágrimas abyectas ante estas palabras y su tono patético. Pero, cuando Louisa abrió los brazos, volvió a rechazarla.

—Tú no. ¡No quiero tener nada que ver contigo!

—¡Ay, Tom, Tom! ¿Es así como terminamos, después de todo mi cariño?

—¡Después de todo tu cariño! —replicó él, obstinado—. ¡Bonito cariño! Dejar plantado al viejo Bounderby, y despachar a mi mejor amigo, el señor Harthouse, y volverte a casa justo cuando yo estaba en el mayor peligro. ¡Bonito cariño, ese! Soltarlo todo sobre que habíamos ido a aquel sitio, cuando viste que la red se cerraba a mi alrededor. ¡Bonito cariño, ese! Me has abandonado del todo. Nunca te importé nada.

—¡Rápido, que ez la palabra! —dijo Sleary, desde la puerta.

Salieron todos en confusión: Louisa le decía a voces que lo perdonaba, y que lo seguía queriendo, y que algún día lamentaría haberla dejado así, y se alegraría, lejos de allí, de recordar estas sus últimas palabras; cuando alguien chocó con ellos. El señor Gradgrind y Sissy, que iban ambos delante de él mientras su hermana aún se aferraba a su hombro, se detuvieron y retrocedieron.

Pues allí estaba Bitzer, sin aliento, con los labios finos entreabiertos, las finas aletas de la nariz dilatadas, las pestañas blancas temblorosas, el rostro incoloro más incoloro que nunca, como si él, en vez de acalorarse como las demás personas al correr, se hubiera puesto al rojo blanco. Allí estaba, jadeando y resollando, como si no hubiera dejado de correr desde aquella noche, ya lejana, en que les había dado alcance por primera vez.

—Lamento interferir en sus planes —dijo Bitzer, negando con la cabeza—, pero no puedo permitir que la gente del circo me la juegue. Tengo que llevarme al joven señor Tom; no puede escapar con la gente del circo; aquí está, con un blusón, ¡y me lo tengo que llevar!

Y por el cuello, además, al parecer. Pues así fue como se apoderó de él.

Capítulo VIII. Filosófico

Volvieron a entrar en la carpa, y Sleary cerró la puerta para evitar intrusos. Bitzer, sujetando aún por el cuello al culpable paralizado, se quedó de pie en la pista, parpadeando hacia su antiguo patrón a través de la oscuridad del crepúsculo.

—Bitzer —dijo el señor Gradgrind, deshecho y miserablemente sumiso ante él—, ¿tiene usted corazón?

—La circulación, señor —respondió Bitzer, sonriendo ante lo singular de la pregunta—, no podría llevarse a cabo sin uno. Ningún hombre, señor, familiarizado con los hechos que estableció Harvey acerca de la circulación de la sangre, puede dudar de que tengo corazón.

—¿Es accesible —exclamó el señor Gradgrind— a alguna influencia compasiva?

—Es accesible a la Razón, señor —respondió el excelente joven—. Y a nada más.

Se quedaron mirándose el uno al otro; el rostro del señor Gradgrind tan blanco como el de su perseguidor.

—¿Qué motivo, siquiera qué motivo racional, puede tener usted para impedir la fuga de este desdichado joven —dijo el señor Gradgrind—, y para aplastar a su miserable padre? Mire aquí a su hermana. ¡Compadézcanos!

—Señor —respondió Bitzer, de manera muy metódica y lógica—, ya que me pregunta usted qué motivo racional tengo para llevarme

de vuelta a Coketown al joven señor Tom, no es más que razonable que lo sepa. He sospechado del joven señor Tom en este robo del banco desde el principio. Ya tenía puesto el ojo en él antes de esa fecha, porque conocía sus costumbres. He guardado mis observaciones para mí, pero las he hecho; y ahora tengo pruebas de sobra contra él, aparte de su fuga, y aparte de su propia confesión, que llegué justo a tiempo de oír. Tuve el placer de vigilar la casa de usted ayer por la mañana, y de seguirlo hasta aquí. Voy a llevarme de vuelta a Coketown al joven señor Tom, para entregárselo al señor Bounderby. Señor, no me cabe la menor duda de que el señor Bounderby me ascenderá entonces al puesto del joven señor Tom. Y deseo tener ese puesto, señor, porque será un ascenso para mí, y me hará bien.

—Si para usted esto es únicamente una cuestión de interés propio... —empezó el señor Gradgrind.

—Le ruego me perdone por interrumpirlo, señor —respondió Bitzer —, pero estoy seguro de que usted sabe que todo el sistema social es una cuestión de interés propio. A lo que siempre hay que apelar es al interés propio de la persona. Es el único asidero que hay. Así estamos constituidos. A mí me educaron en ese catecismo desde muy joven, señor, como usted bien sabe.

—¿Qué suma de dinero —dijo el señor Gradgrind— pondría usted frente a su ascenso previsto?

—Gracias, señor —respondió Bitzer—, por insinuar la propuesta; pero no voy a poner ninguna suma frente a ello. Sabiendo que su cabeza clara propondría esa alternativa, ya he repasado los cálculos en mi mente; y encuentro que encubrir un delito, aun en condiciones muy ventajosas, no sería tan seguro ni tan bueno para mí como mis mejores perspectivas en el Banco.

—Bitzer —dijo el señor Gradgrind, extendiendo las manos como si quisiera decir: «¡Vea usted qué desdichado soy!»—, Bitzer, no me queda más que una oportunidad de ablandarlo. Usted pasó muchos años en mi escuela. Si, en recuerdo de los desvelos que allí se

pusieron en usted, logra persuadirse en algún grado de pasar por alto su interés presente y liberar a mi hijo, le suplico y le ruego que le conceda el beneficio de ese recuerdo.

—Me sorprende de veras, señor —replicó el antiguo alumno, en tono argumentativo—, encontrarlo a usted en una posición tan insostenible. Mi educación se pagó; fue un trato; y cuando me marché, el trato terminó.

Era un principio fundamental de la filosofía de Gradgrind que todo debía pagarse. Nadie, por ningún concepto, había de dar nunca nada a nadie, ni prestar ayuda a nadie sin compra de por medio. La gratitud debía quedar abolida, y las virtudes que de ella brotaban no debían existir. Cada palmo de la existencia de la humanidad, desde el nacimiento hasta la muerte, había de ser un trato hecho al otro lado de un mostrador. Y si por ese camino no llegábamos al Cielo, es que no era un lugar político-económico, y no teníamos nada que hacer allí.

—No niego —añadió Bitzer— que mi educación fue barata. Pero eso está bien, señor. A mí me hicieron en el mercado más barato, y tengo que venderme en el más caro.

Aquí se sintió un poco turbado, al ver llorar a Louisa y a Sissy.

—Les ruego que no hagan eso —dijo—; no sirve de nada hacerlo: solo inquieta. Parecen ustedes pensar que le tengo alguna animosidad al joven señor Tom; cuando no le tengo ninguna en absoluto. Solo voy, por los motivos razonables que ya he mencionado, a llevarlo de vuelta a Coketown. Si él opusiera resistencia, yo daría la voz de ¡Al ladrón! Pero no va a resistirse, pueden estar seguros.

El señor Sleary, que con la boca abierta y el ojo móvil tan inmóvilmente encajado en la cabeza como el fijo, había escuchado estas doctrinas con profunda atención, dio entonces un paso al frente.

—Zeñor, uzted zabe perfectamente bien, y zu hija lo zabe perfectamente bien (mejor que uzted, porque fui yo quien ze lo

dije), que yo no zabía lo que había hecho zu hijo, y que no quería zaberlo; le dije que era mejor no zaberlo, aunque entoncez zolo penzé que zería alguna travezura. Zin embargo, dezde que ezte joven ha dado a conocer que ez un robo de banco, puez ezo ya ez una coza zeria; demaziado zeria para que yo la encubra, como muy bien lo ha llamado ezte joven. Por conziguiente, zeñor, no debe uzted enfadarze conmigo zi tomo partido por ezte joven, y digo que tiene razón y que no hay máz remedio. Pero le voy a decir lo que voy a hacer, zeñor: llevaré a zu hijo y a ezte joven en coche hazta el ferrocarril, e impediré que ezto ze zepa aquí. No puedo conzentir en máz, pero ezo zí lo haré.

Nuevos lamentos de Louisa, y una aflicción aún más honda por parte del señor Gradgrind, siguieron a este abandono por parte de su último amigo. Pero Sissy lo miró con gran atención; y en su fuero interno no lo malinterpretó. Cuando salían todos de nuevo, él la favoreció con un leve giro de su ojo móvil, pidiéndole que se rezagara. Mientras cerraba la puerta con llave, dijo, excitado:

—El zeñor eztuvo a zu lado, Zezilia, y yo eztaré al lado del zeñor. Máz aún: ezte ez un canalla preciozo, y pertenece a eze fanfarrón al que mi gente cazi tiró por la ventana. Va a zer una noche ozcura; tengo un caballo que hace de todo menoz hablar; tengo un poni que hará quince millaz por hora con Childerz llevando laz riendaz; tengo un perro que mantendrá a un hombre en un zolo zitio veinticuatro horaz. Conziga hablar un momento con el joven zeñor. Dígale que, cuando vea que nueztro caballo empieza a bailar, no tema que lo tiren, zino que ezté atento a un calezín tirado por poni que ze acerque. Dígale que, cuando vea eze calezín cerca, zalte, y que lo llevará a pazo vivo. Zi mi perro deja que ezte joven mueva un pie en el zuelo, le doy permizo para irze. Y zi mi caballo alguna vez ze mueve del zitio donde empieza a bailar, hazta la mañana... ¿que no lo conozco yo?... ¡Rápido ez la palabra!

Tan «rápida» resultó ser aquella palabra que, en diez minutos, el señor Childers, que paseaba por la plaza del mercado en zapatillas, ya tenía su consigna, y el carruaje del señor Sleary estaba listo. Fue

un hermoso espectáculo ver al perro sabio ladrando a su alrededor, y al señor Sleary indicándole, con su único ojo útil, que Bitzer era el objeto de su atención particular. Poco después de anochecer, subieron los tres y partieron; el perro sabio (una criatura formidable) ya tenía clavados los ojos en Bitzer, y se mantenía pegado a la rueda de su lado, listo para él en caso de que mostrara la más mínima intención de bajarse.

Los otros tres se quedaron despiertos toda la noche en la posada, con gran inquietud. A las ocho de la mañana reaparecieron el señor Sleary y el perro, los dos de excelente humor.

—¡Bien, zeñor! —dijo el señor Sleary—. Zu hijo puede eztar ya a bordo de un barco a eztaz horaz. Childerz ze lo llevó, una hora y media dezpuéz de que noz marcháramoz de allí anoche. El caballo bailó la polca hazta quedar rendido (habría bailado el valz también, zi no hubiera eztado enganchado), y entoncez le di la orden y ze fue a dormir tranquilamente. Cuando aquel preciozo jovenzuelo granuja dijo que zeguiría a pie, el perro ze le colgó del pañuelo del cuello con laz cuatro pataz en el aire, lo tiró al zuelo y lo hizo rodar. Azí que volvió al carruaje, y allí ze quedó zentado, hazta que hice girar la cabeza del caballo, a laz zeiz y media de ezta mañana.

El señor Gradgrind lo abrumó con agradecimientos, como es natural; e insinuó, con toda la delicadeza posible, una generosa remuneración en dinero.

—Yo no quiero dinero para mí, zeñor; pero Childerz ez hombre de familia, y zi a uzted le guztara ofrecerle un billete de cinco libraz, quizá no le viniera mal. Azimizmo, zi uzted quiziera poner un collar para el perro, o un juego de cazcabelez para el caballo, lo tomaría con mucho guzto. Coñac con agua zí que tomo ziempre. —Ya había pedido una copa, y ahora pidió otra—. Zi a uzted no le parece ir demaziado lejoz, zeñor, hacer un pequeño convite para la compañía, a unoz trez chelinez y zeiz peniquez por cabeza, zin contar el trago, loz haría muy felicez.

Todas estas pequeñas muestras de su gratitud, el señor Gradgrind se comprometió muy gustosamente a concederlas. Aunque, dijo, las consideraba demasiado modestas para semejante servicio.

—Muy bien, zeñor; entoncez, zi zolo noz da uzted una función ecueztre, una función de beneficio, cuando pueda, dejará laz cuentaz máz que zaldadaz. Ahora, zeñor, zi zu hija me dizculpa, me guztaría decirle una última palabra a zolaz.

Louisa y Sissy se retiraron a una habitación contigua; el señor Sleary, removiendo y bebiendo su coñac con agua de pie, prosiguió:

—Zeñor, no hace falta decirle que loz perroz zon animalez maravillozoz.

—Su instinto —dijo el señor Gradgrind— es sorprendente.

—Como quiera llamarlo... y que me condene zi *yo* zé cómo llamarlo —dijo Sleary—, ez azombrozo. ¡La manera en que un perro lo encuentra a uno..., la diztancia que ez capaz de recorrer!

—Su olfato —dijo el señor Gradgrind—, que es tan fino.

—Que me condene zi zé cómo llamarlo —repitió Sleary, meneando la cabeza—, pero he tenido perroz que me encontraban, zeñor, de un modo que me hacía penzar zi ezte perro no habría ido a ver a otro perro y le habría dicho: «¿No conocerá uzted, por cazualidad, a una perzona llamada Zleary? Una perzona llamada Zleary, del ramo ecueztre..., hombre corpulento..., ojo eztropeado, ¿no?». Y zi ezte otro perro no habría podido decir: «Puez no puedo decir que lo conozca yo mizmo, pero conozco a un perro que creo que podría eztar familiarizado con él». Y zi eze perro no lo habría penzado un momento, y dicho: «¡Zleary, Zleary! ¡Ah, zí, claro! Un amigo mío me habló de él una vez. Puedo conzeguirle zu dirección enzeguida». A cauza de eztar yo tan a la vizta del público, y de andar tanto por ahí, ya ve, debe de haber un buen número de perroz que me conocen, zeñor, ¡que *yo* no conozco!

El señor Gradgrind parecía completamente desconcertado por aquella especulación.

—En todo cazo —dijo Sleary, tras llevarse los labios al coñac con agua—, hace catorce mezez, zeñor, dezde que eztuvimoz en Chezter. Eztábamoz montando nueztroz Niñoz en el Bozque una mañana, cuando entra en nueztra pizta, por la puerta del ezcenario, un perro. Había viajado un largo trecho, eztaba en muy mal eztado, cojeaba y eztaba cazi ciego del todo. Fue dando vueltaz a nueztroz niñoz, uno traz otro, como zi buzcara a un niño que conociera; y luego vino hacia mí, ze alzó por detráz y ze zoztuvo zobre zuz doz pataz delanteraz, débil como eztaba, y entoncez meneó la cola y murió. Zeñor, aquel perro era Merrylegz.

—¡El perro del padre de Sissy!

—El viejo perro del padre de Zezilia. Ahora bien, zeñor, puedo jurar, por lo que conozco a eze perro, que aquel hombre eztaba muerto..., y enterrado..., antez de que el perro volviera a mí. Jozephine y Childerz y yo lo hablamoz largo y tendido, zi debía ezcribir o no. Pero acordamoz: «No. No hay nada bueno que contarle; ¿para qué inquietarle el ánimo y hacerla dezdichada?». Azí que zi zu padre la abandonó vilmente, o zi ze le partió el corazón él zolo, antez que arraztrarla con él en zu caída, nunca ze zabrá, zeñor, hazta... no, ¡hazta que zepamoz cómo hacen loz perroz para encontrarnoz!

—Ella conserva hasta el día de hoy el frasco que él la mandó a buscar; y creerá en su cariño hasta el último momento de su vida —dijo el señor Gradgrind.

—Ez como zi le prezentara a uno doz cozaz, ¿no cree, zeñor? —dijo el señor Sleary, pensativo, mirando al fondo de su coñac con agua—: una, que el amor exizte en el mundo, no todo ez interéz propio, dezpuéz de todo, zino algo muy diztinto; la otra, que ezte tiene una manera propia zuya de calcular o no calcular, que, de un modo u otro, ez al menoz tan difícil de nombrar como laz maneraz de loz perroz.

El señor Gradgrind miró por la ventana y no respondió. El señor Sleary apuró su copa y llamó de nuevo a las señoritas.

—¡Zezilia, querida mía, béseme y adióz! Zeñorita del zeñor, verla a uzted tratándola como a una hermana, y una hermana a la que uzted eztima y honra con todo zu corazón y máz, ez un ezpectáculo muy hermozo para mí. Ezpero que zu hermano viva para merecerla mejor a uzted, y para zer un mayor conzuelo para uzted. ¡Zeñor, démonoz la mano, por primera y última vez! No ze enfade con nozotroz, pobrez vagabundoz. La gente tiene que divertirze, zeñor, de algún modo. No puede eztar ziempre trabajando, ni tampoco puede eztar ziempre aprendiendo; no eztán hechoz para ezo. Uzted *tiene* que tenernoz, zeñor. Haga lo zenzato y también lo bondadozo, y zaque lo mejor de nozotroz; no lo peor.

—Y nunca antez había penzado —dijo el señor Sleary, asomando de nuevo la cabeza por la puerta para decirlo—, ¡que fuera tan Charlatán!

Capítulo IX. Final

Es cosa peligrosa ver algo en la esfera de un fanfarrón vanidoso antes de que el fanfarrón vanidoso lo vea él mismo. El señor Bounderby sentía que la señora Sparsit se le había anticipado con audacia, y que había presumido de ser más sabia que él. Indignado sin remedio con ella por su triunfante descubrimiento de la señora Pegler, le daba vueltas y más vueltas en la cabeza a aquella presunción, por parte de una mujer en su posición de dependencia, hasta que fue acumulándose, a fuerza de girar, como una gran bola de nieve. Por fin hizo el descubrimiento de que despedir a aquella dama de tan altas relaciones —tener en su mano decir: «Era una mujer de familia, y quería quedarse pegada a mí, pero yo no lo consentí, y me deshice de ella»— sería sacarle a la relación toda la gloria coronadora posible, y al mismo tiempo castigar a la señora Sparsit según sus merecimientos.

Más pleno que nunca de esta gran idea, el señor Bounderby entró a almorzar y se sentó en el comedor de los tiempos antiguos, donde estaba su retrato. La señora Sparsit estaba sentada junto al fuego, con el pie metido en su estribo de algodón, sin sospechar apenas hacia dónde se encaminaba.

Desde el asunto Pegler, aquella dama había cubierto su compasión por el señor Bounderby con un velo de tranquila melancolía y contrición. En virtud de ello, se le había hecho costumbre adoptar un semblante de aflicción, semblante de aflicción que ahora dirigía a su patrón.

—¿Qué le pasa ahora, señora? —dijo el señor Bounderby, con mucha brusquedad y aspereza.

—Le ruego, señor —replicó la señora Sparsit—, que no me arranque la nariz de un mordisco.

—¿Arrancarle la nariz de un mordisco, señora? —repitió el señor Bounderby—. ¡*Su* nariz! —queriendo decir, según entendió la señora Sparsit, que era una nariz demasiado desarrollada para semejante propósito. Tras esta ofensiva insinuación, se cortó un mendrugo de pan y arrojó el cuchillo con estrépito.

La señora Sparsit sacó el pie del estribo y dijo: —¡Señor Bounderby, señor!

—¿Y bien, señora? —replicó el señor Bounderby—. ¿Qué está usted mirando?

—¿Puedo preguntarle, señor —dijo la señora Sparsit—, si esta mañana le han contrariado?

—Sí, señora.

—¿Puedo indagar, señor —prosiguió la mujer ofendida—, si *yo* soy la desdichada causa de que haya perdido usted los estribos?

—Ahora le voy a decir una cosa, señora —dijo Bounderby—: no he venido aquí para que me acosen. Una mujer podrá tener muy buenas relaciones, pero no se le puede permitir que moleste y hostigue a un hombre en mi posición, y no pienso tolerarlo. (El señor Bounderby sentía necesario seguir adelante: previendo que si se permitía entrar en detalles, saldría derrotado.)

La señora Sparsit primero enarcó y luego frunció sus cejas coriolanas; recogió su labor en la cesta que le correspondía; y se levantó.

—Señor —dijo ella, majestuosamente—. Se me hace evidente que estoy estorbando en este momento. Me retiraré a mi propio aposento.

—Permítame abrirle la puerta, señora.

—Gracias, señor; puedo hacerlo yo misma.

—Más vale que me deje, señora —dijo Bounderby, adelantándosele y poniendo la mano sobre el picaporte—, porque así aprovecho la ocasión de decirle una palabra antes de que se vaya. Señora Sparsit, señora, más bien creo que aquí se encuentra usted agobiada, ¿sabe? Me parece que, bajo mi humilde techo, apenas hay espacio suficiente para una dama de su talento en los asuntos ajenos.

La señora Sparsit le dirigió una mirada del más negro desdén, y dijo con suma cortesía: —¿De veras, señor?

—Lo he estado pensando, ¿sabe usted?, desde que ocurrieron los últimos sucesos, señora —dijo Bounderby—; y le parece a mi pobre juicio que...

—¡Oh! Le ruego, señor —interrumpió la señora Sparsit, con vivaz alegría—, que no denigre usted su juicio. Todo el mundo sabe lo infalible que es el juicio del señor Bounderby. Todos han tenido pruebas de ello. Debe de ser el tema de conversación general. Denigre usted lo que quiera de sí mismo, señor, menos su juicio —dijo la señora Sparsit, riendo.

El señor Bounderby, muy colorado e incómodo, prosiguió:

—Me parece, señora, digo, que un establecimiento de índole muy distinta haría lucir a una dama de *sus* dotes. Un establecimiento como el de su parienta, lady Scadgers, por ejemplo. ¿No cree usted, señora, que allí podría encontrar algunos asuntos en los que meterse?

—Nunca se me había ocurrido antes, señor —replicó la señora Sparsit—; pero, ya que lo menciona usted, debo de pensar que es muy probable.

—Pues entonces, suponga que lo intenta, señora —dijo Bounderby, depositando en su cestita un sobre con un cheque dentro—. Puede tomarse el tiempo que quiera para marcharse, señora; pero quizá, entretanto, le resulte más agradable a una dama

de sus facultades mentales comer sola, sin que nadie la importune. Realmente debería disculparme con usted —no siendo yo más que Josiah Bounderby de Coketown— por haberle hecho sombra tanto tiempo.

—Le ruego que ni lo mencione, señor —replicó la señora Sparsit—. Si ese retrato pudiera hablar, señor —aunque tiene sobre el original la ventaja de no poseer el poder de comprometerse y repugnar a los demás—, atestiguaría que ha transcurrido un largo período desde que empecé a dirigirme a él habitualmente como el retrato de un Papanatas. Nada de lo que hace un Papanatas puede despertar sorpresa ni indignación; los actos de un Papanatas solo pueden inspirar desprecio.

Dicho esto, la señora Sparsit, con sus rasgos romanos semejantes a una medalla acuñada para conmemorar su desdén hacia el señor Bounderby, lo escudriñó fijamente de la cabeza a los pies, pasó junto a él barriéndolo con desdén, y subió la escalera. El señor Bounderby cerró la puerta y se quedó de pie ante el fuego, proyectándose, a su vieja manera explosiva, dentro de su retrato... y dentro del porvenir.

¿Cuánto porvenir alcanzaba a ver? Vio a la señora Sparsit librando a diario una batalla con todas las armas del arsenal femenino, contra la rencorosa, mordaz, quisquillosa y atormentadora lady Scadgers, todavía postrada en cama con su misteriosa pierna, y devorando su renta insuficiente hacia mediados de cada trimestre, en un mísero alojamiento sin aire, un mero armario para una persona, un mero catre para dos; pero ¿vio algo más? ¿Alcanzó a vislumbrarse a sí mismo exhibiendo a Bitzer ante los desconocidos, como el joven prometedor, tan devoto de los grandes méritos de su amo, que había ganado el puesto del joven Tom, y que casi había atrapado al propio joven Tom, en los tiempos en que diversos bribones lo hicieron desaparecer? ¿Vio algún tenue reflejo de su propia imagen redactando un testamento vanaglorioso, por el cual veinticinco Farsantes, mayores de cincuenta y cinco años, tomando cada uno el nombre de Josiah Bounderby de Coketown, cenarían para siempre

en Bounderby Hall, se alojarían para siempre en los edificios Bounderby, asistirían para siempre a una capilla Bounderby, se dormirían para siempre bajo un capellán Bounderby, vivirían para siempre a expensas de una hacienda Bounderby, y repugnarían para siempre a todos los estómagos sanos con una vasta cantidad de disparates y fanfarronadas Bounderby? ¿Tuvo alguna presciencia del día, cinco años más adelante, en que Josiah Bounderby de Coketown habría de morir de un ataque en plena calle de Coketown, y en que este mismo precioso testamento habría de comenzar su larga carrera de argucias, expolio, falsos pretextos, vil ejemplo, poco servicio y mucho pleito? Probablemente no. Y sin embargo, el retrato habría de verlo todo hasta el final.

Ahí estaba el señor Gradgrind, ese mismo día y a esa misma hora, sentado y pensativo en su propio despacho. ¿Cuánto porvenir alcanzaba a ver *él*? ¿Se veía a sí mismo, un anciano decrépito de cabellos blancos, doblegando sus teorías hasta entonces inflexibles ante las circunstancias señaladas; poniendo sus hechos y sus cifras al servicio de la Fe, la Esperanza y la Caridad; y renunciando ya a moler a aquel trío celestial en sus polvorientos molinillos? ¿Se vislumbraba, por ello, muy despreciado por sus antiguos correligionarios políticos? ¿Los veía, en la era en que ya estaba del todo asentado que los basureros nacionales solo tienen que ver los unos con los otros, y no deben lealtad alguna a una abstracción llamada Pueblo, «increpando al honorable caballero» con esto y con lo otro y con qué sé yo, cinco noches por semana, hasta altas horas de la madrugada? Probablemente tenía ese tanto de presciencia, conociendo como conocía a los suyos.

Ahí estaba Louisa, la noche de aquel mismo día, contemplando el fuego como en los días de antaño, aunque con un semblante más dulce y más humilde. ¿Cuánto porvenir podría alzarse ante *su* mirada? Los pasquines por las calles, firmados con el nombre de su padre, que exoneraban al difunto Stephen Blackpool, tejedor, de una sospecha equivocada, y hacían pública la culpa de su propio hijo, con cuantas atenuantes pudieran implorar sus años y la tentación (no se atrevía a añadir: su educación), pertenecían al Presente. Así,

la lápida de Stephen Blackpool, con el epitafio que su padre redactara sobre su muerte, era casi del Presente, pues sabía que había de existir. Estas cosas las veía con claridad. Pero, ¿cuánto del Futuro?

¿Una obrera, bautizada Rachael, que tras una larga enfermedad volvía a presentarse al tañido de la campana de la fábrica, y pasaba de un lado a otro a las horas señaladas, entre los brazos de Coketown; una mujer de belleza pensativa, siempre vestida de negro, pero de carácter dulce y sereno, e incluso alegre; que, de toda la gente del lugar, era la única que parecía compadecerse de una desdichada degradada y beoda de su mismo sexo, a la que a veces se veía en la ciudad mendigándole en secreto y llorándole; una mujer que trabajaba, que trabajaba sin cesar, pero conforme con hacerlo, y que prefería hacerlo como su suerte natural, hasta que fuera demasiado vieja para seguir trabajando? ¿Veía Louisa esto? Tal cosa había de ser.

¿Un hermano solitario, a muchos miles de millas de distancia, escribiendo, en un papel emborronado de lágrimas, que sus palabras se habían cumplido demasiado pronto, y que todos los tesoros del mundo serían trocados a bajo precio por una sola mirada de su querido rostro? ¿Que, al fin, ese hermano se iba acercando a su hogar, con la esperanza de verla, y se veía retrasado por una enfermedad; y luego una carta, de mano desconocida, que decía «murió en el hospital, de fiebre, tal día, y murió en penitencia y en amor hacia usted: su última palabra fue el nombre de usted»? ¿Veía Louisa estas cosas? Tales cosas habían de ser.

¿Ella misma, de nuevo esposa —madre—, vigilando con amor a sus hijos, siempre cuidadosa de que tuvieran una infancia del espíritu no menos que una infancia del cuerpo, sabiendo que aquella es cosa aún más hermosa, y una posesión de la cual cualquier fragmento atesorado es bendición y felicidad hasta para el más sabio? ¿Veía Louisa esto? Tal cosa no había de ser jamás.

Pero los hijos felices de la feliz Sissy, queriéndola; todos los niños, queriéndola; ella, hecha docta en el saber infantil; sin juzgar jamás

despreciable ninguna fantasía inocente y hermosa; esforzándose por conocer a sus semejantes más humildes, y por embellecer sus vidas de mecanismo y de realidad con aquellas gracias y deleites de la imaginación sin los cuales el corazón de la infancia se marchita, la más recia virilidad física será muerte moral en absoluto, y las cifras más llanas que pueda mostrar la prosperidad nacional serán la Escritura en la Pared; ella siguiendo este rumbo no como parte de ningún voto fantástico, ni lazo, ni fraternidad, ni cofradía, ni promesa, ni pacto, ni disfraz de fantasía, ni feria de beneficencia; sino simplemente como un deber por cumplir; ¿veía Louisa estas cosas de sí misma? Estas cosas habían de ser.

¡Querido lector! De ti y de mí depende que, en nuestros dos campos de acción, sucedan cosas semejantes, o no. ¡Que sean! Nos sentaremos con el pecho más aliviado junto al hogar, a ver cómo las cenizas de nuestros fuegos se tornan grises y frías.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web